

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**SAUL  
BELLOW**  
**La víctima**

Lectulandia

Con su esposa fuera de casa visitando a su madre, Asa Leventhal disfruta del tiempo que le toca estar solo. Una tarde, mientras busca alivio en un parque de la ola de calor que se abate sobre Nueva York, es abordado por un hombre desgarrado que lo acusa de haber arruinado su vida. Tras intentar sin éxito convencerlo en su error, Leventhal sucumbirá poco a poco a la historia del extraño hasta creer, de hecho, que es efectivamente responsable de un irreparable daño. Incapaz de deshacerse del extraño o de ignorar sus propias dudas al respecto, Leventhal descenderá poco a poco en una espiral de miedo y paranoia.

**«Una especie de pesadilla a lo Dostoievski escrito con una inusual fuerza y perspicacia».**

***The New York Times***

**Lectulandia**

Saul Bellow

# **La víctima**

ePub r1.0

Titivillus 21.03.16

Título original: *The Victim*  
Saul Bellow, 1947  
Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi amigo  
Paolo Milano*

Se cuenta, oh Rey afortunado, que había un mercader de mercaderes con una gran fortuna y negocios en diferentes ciudades. Un día montó a caballo y se puso en camino para cobrar diferentes sumas de dinero en varias ciudades; como el calor era extremado, se sentó bajo un árbol, metió la mano en las alforjas, sacó de allí un trozo de pan y unos dátiles secos y empezó a desayunar. Cuando hubo terminado de comerse los dátiles, arrojó los huesos con fuerza y he aquí que apareció un Ifrit de gran estatura y blandiendo una espada desenvainada con la que se acercó al mercader y dijo: «¡Levántate para que te mate de la misma forma que tú has matado a mi hijo!». El mercader le preguntó: «¿Cómo he matado a tu hijo?», y el otro contestó: «Cuando comiste los dátiles y arrojaste los huesos, estos dieron de lleno a mi hijo en el pecho mientras iba caminando y murió inmediatamente».

«El cuento del Mercader y del Genio»,  
de *Las mil y una noches*

Sea como fuese, lo cierto es que ahora sobre las agitadas aguas del océano el rostro humano empezó a mostrarse; el mar apareció cubierto de rostros innumerables, vueltos hacia el cielo; rostros implorantes, coléricos, desesperados; rostros que surgían por millares, por decenas de millares, por generaciones...

DE QUINCEY,  
*The Pains of Opium*

# 1

A veces, por la noche, en Nueva York hace tanto calor como en Bangkok. El continente entero parece haberse movido de su sitio para acercarse al ecuador; el Atlántico, gris y desolado, se convierte en algo verde y tropical; y las gentes, que se arremolinan en las calles, se transforman en toscos campesinos egipcios entre los prodigiosos monumentos de su culto, cuyas luces, en deslumbradora profusión, trepan interminablemente hacia el bochorno del cielo.

En una de esas noches, Asa Leventhal se bajó apresuradamente del metro de la Tercera Avenida. Estaba tan preocupado que casi se pasó de estación. Al reconocerla, se puso en pie de un salto gritándole al revisor: «¡Eh, espere un momento!». La puerta del viejo vagón estaba ya cerrándose; haciendo fuerza con el hombro la obligó a volver atrás y se escabulló por la abertura. El tren se alejó velozmente y Leventhal, jadeando, lo miró con odio mientras dejaba escapar una maldición; después, se volvió hacia la salida.

Estaba muy irritado. Había pasado las primeras horas de la tarde con su cuñada, la mujer de su hermano, en Staten Island. O, más bien, las había perdido por culpa suya. Poco después del almuerzo le había telefoneado a la oficina —era redactor de una modesta revista comercial en la parte baja de Manhattan— y al instante, dando unos gritos terribles, le rogó que fuera a su casa, que fuera inmediatamente. Uno de sus hijos estaba enfermo.

—Elena —le dijo en cuanto consiguió que le escuchara—; estoy ocupado. De manera que quiero que te calmes y me digas: ¿es algo verdaderamente grave?

—¡Ven enseguida! ¡Asa, por favor! ¡Ahora mismo!

Leventhal se tapó el oído como para defenderse de sus chillidos y murmuró algo sobre la excitabilidad de los italianos. Después se cortó la comunicación. Colgó, pensando que le llamaría de nuevo, pero el teléfono permaneció silencioso. Leventhal no sabía cómo ponerse en contacto con ella; su hermano no tenía teléfono en el apartamento. Ella le llamaba desde una tienda o desde la casa de un vecino. Durante mucho tiempo, Leventhal había tenido muy poco que ver con su hermano y con la familia de su hermano. Hacía muy pocas semanas había recibido una postal de él con matasellos de Galveston. Estaba trabajando en unos astilleros. Al leerla, Leventhal había comentado con su esposa: «Primero, Norfolk; ahora, Texas. Cualquier cosa mejor que el propio hogar». Era la misma historia de siempre; Max se había casado joven y ahora buscaba algo nuevo, aventuras. Había astilleros y trabajo de sobra en Brooklyn y en Jersey. Mientras tanto, Elena cargaba con el cuidado de los niños.

Leventhal le había dicho la verdad. Estaba ocupado. Tenía delante una pila de pruebas sin corregir. Apartó el teléfono después de esperar unos minutos y, haciendo un ruido de impaciencia con la garganta, cogió una galerada. El niño tenía que estar enfermo; probablemente muy enfermo, de lo contrario Elena no se habría comportado así. Y puesto que su hermano estaba ausente, acudir era prácticamente un deber. Iría

por la noche. Seguro que no era tan urgente. Elena era incapaz de hablar serenamente de nada. Se lo repitió varias veces a sí mismo; sin embargo, sus gritos le seguían sonando en los oídos junto con el zumbido de los ventiladores eléctricos de largas paletas y el tecleo de las máquinas de escribir. ¿Y si fuera realmente grave? De repente, con un impulso súbito y reprochándose al mismo tiempo, se puso en pie, cogió la chaqueta del respaldo de la silla, se acercó a la chica de la centralita y dijo:

—Voy a entrar a ver a Beard. Avísale, ¿quieres?

Con las manos en los bolsillos de atrás, apoyándose contra el escritorio de su jefe e inclinándose hacia él ligeramente, Leventhal anunció en voz baja que tenía que salir.

En el rostro de Mr. Beard, un rostro prolongado por la calvicie, con una nariz huesuda y agresiva y una frente surcada de venas, apareció una expresión de impaciencia y de incredulidad.

—¿Con el número sin cerrar? —dijo.

—Es un asunto de familia muy urgente —respondió Leventhal.

—¿No puede esperar unas pocas horas?

—No saldría si pensara que puede esperar.

Mr. Beard le dio una contestación breve y desagradable. Golpeó las páginas del catálogo de tipos con su regla de metal, y dijo:

—Haga lo que le parezca oportuno.

No había nada más que añadir, pero Leventhal se quedó junto a la mesa, deseando que su jefe dijera algo. Mr. Beard se cubrió la frente con una mano temblorosa y examinó un artículo en silencio.

—Toda un alma caritativa —murmuró Leventhal. Empezaba a caer un chaparrón con acompañamiento de truenos cuando llegó a la puerta de la calle. Estuvo un rato mirando la lluvia. El aire se había vuelto de pronto tan azul como cristal de sifón. La pared sin ventanas del almacén de la esquina se cubrió de rayas negras y en la calle brillaban los mojados adoquines y las juntas de alquitrán. Leventhal regresó a la redacción a coger el impermeable y mientras cruzaba el vestíbulo oyó decir a Mr. Beard, con aquella voz suya, malhumorada y acusadora:

—Se marcha y lo deja todo empantanado. En el momento más crítico. Cuando los demás están con el agua al cuello.

Otra voz que Leventhal identificó como la de Mr. Fay, el administrador, le contestó:

—Es extraño que se levantara de pronto y se fuera. Tiene que estar pasando algo.

—Abusa —continuó Mr. Beard—. Como el resto de los de su raza. No he conocido a ninguno que no lo hiciese. Su propia conveniencia va siempre por delante. ¿Por qué no se ofreció al menos a venir después?

Mr. Fay no dijo nada.

Sin cambiar de expresión, Leventhal se puso el impermeable. Se le enganchó el brazo en la manga y acabó de pasarlo con un tirón violento. Salió del despacho con su

andar más bien desmañado, deteniéndose en el vestíbulo para servirse agua del refrigerador de cristal. Mientras esperaba el ascensor se dio cuenta de que aún llevaba en la mano el vaso de papel. Arrugándolo, lo lanzó violentamente entre las barras del hueco del ascensor.

El trayecto hasta el ferry era corto y Leventhal no se quitó el impermeable en el metro. Hacía bochorno; en su rostro aparecieron gotitas de sudor. Las aspas del ventilador giraban con tanta lentitud en la melancólica luz amarilla que podía contar las vueltas que daban. Fuera había dejado de llover y cuando el barco salió del embarcadero y empezó a deslizarse sobre el suave oleaje, el sol brilló de nuevo. Leventhal se quedó en cubierta, con el impermeable echado al hombro y sujetando los pliegues con la mano. Había un lento movimiento rítmico en el puerto en torno a los cascos pintados y herrumbrosos. La lluvia se había alejado hasta el horizonte, una banda oscura que se extendía más allá de la apenas visible silueta de la orilla. A bordo el aire era más fresco, pero del lado de Staten Island los enormes y deslustrados barracones verdes exudaban calor y la luz del sol salpicaba generosamente las superficies de cemento. La multitud, al desembarcar, se fue extendiendo por los barracones, camino de la hilera de autobuses que esperaban junto a la acera con el motor en marcha, mientras el calor y el humo de los tubos de escape hacían vibrar la atmósfera.

Max vivía en un edificio con muchos apartamentos, pero sin ascensor. Para llegar a su piso, como al del propio Leventhal en Irving Place, había que subir un buen número de escalones. Los niños corrían y gritaban por el portal; inscripciones hechas por manos infantiles cubrían las paredes. Un portero negro con una gorra de cuartel estaba lavando la escalera y contempló indignado las huellas que dejaba Leventhal. En el patio, la colada se balanceaba tiesa y amarilla bajo la intensa luz del sol; las poleas chirriaban. Elena no dio señales de vida cuando Leventhal tocó el timbre. Al llamar con los nudillos, el mayor de sus sobrinos acudió a abrir la puerta. El chico no le conocía. Por supuesto, reflexionó Leventhal, ¿cómo iba a saber quién era? Al mirar al desconocido, el muchacho alzó un brazo hasta los ojos en el soleado, polvoriento y vacío corredor blanco para no deslumbrarse. Detrás de él, el piso quedaba a oscuras; las persianas estaban echadas y había una lámpara encendida entre el desorden de la mesa del comedor.

—¿Dónde está tu madre?

—Dentro. ¿Quién es usted?

—Tu tío —dijo Leventhal. Al entrar en el vestíbulo tuvo inevitablemente que empujar al chico.

Su cuñada vino enseguida de la cocina. Estaba distinta; había engordado desde la última vez que la viera.

—¿Qué sucede, Elena? —dijo Leventhal.

—¡Asa! ¿Estás aquí? —Extendió la mano para dársela.

—Claro que estoy aquí. Me dijiste que viniera, ¿no es cierto?

—Te llamé otra vez, pero me dijeron que te habías ido.

—¿Por qué otra vez?

—Philip, coge el impermeable del tío —dijo Elena.

—¿No funciona el timbre?

—Lo hemos desconectado por el pequeñín.

Leventhal dejó caer la gabardina en brazos del chico y siguió a su cuñada hasta el comedor, donde ella se afanó por dejar libre una silla para que pudiera sentarse.

—Fíjate cómo está la casa —dijo Elena—. No he tenido tiempo de limpiar. No sé dónde tengo la cabeza. Hace tres semanas que quité las cortinas y todavía no las he vuelto a poner. Y fíjate en mí.

Dejó la ropa que había quitado de la silla y extendió los brazos para que la viera. Su pelo negro estaba sin peinar, llevaba un camisón debajo del vestido de algodón e iba con los pies descalzos. Elena sonrió tristemente. Leventhal, impasible como de costumbre, se limitó a hacer una inclinación de cabeza. Notó que los ojos de su cuñada reflejaban ansiedad; que brillaban demasiado y se licuaban en exceso; había una energía innecesaria en sus movimientos, un atisbo de aturdimiento o incluso de locura que apenas era capaz de controlar. Pero Leventhal estaba demasiado sensibilizado ante aquel tipo de indicios. Era consciente de ello y se dijo a sí mismo que no se precipitara. La miró de nuevo. Su rostro, antes saludable y moreno, se había ablandado, llenándose y volviéndose más pálido y un tanto amarillento. Pudo imaginársela tal como había sido en otro tiempo al mirar a su sobrino. Se le parecía mucho. Solo la ligera curva de su nariz pertenecía a los Leventhal.

—Ahora, Elena, dime qué es lo que pasa.

—Mickey está enfermo, terriblemente enfermo —respondió ella.

—¿Qué tiene?

—El médico dice que no lo sabe. No puede hacer nada por él. Lleva mucho tiempo con fiebre alta. Le empezó hace un par de semanas. Le doy de comer y no retiene nada. Lo he intentado todo. No sé qué hacer con él. Y hoy me ha dado un susto tremendo. Entré en el cuarto y no le oía respirar.

—¿Qué quieres decir? —dijo Leventhal.

—Precisamente lo que te estoy diciendo. No le oía respirar —dijo ella poniendo gran fuerza en las palabras—. No respiraba. Puse la cabeza sobre la almohada al lado de la suya. No se oía nada en absoluto. Le puse la mano en la nariz. Tampoco sentía nada. Me entró un sudor frío por todo el cuerpo. Pensé que me moría. Salí corriendo a llamar al médico. No lo encontré. Por eso te llamé a ti. Cuando volví a casa respiraba otra vez. Estaba perfectamente. Después, volví a llamarte a la oficina.

Una mano de Elena descansaba sobre su pecho; los largos y afilados dedos estaban sucios; debajo de ellos su piel era blanca y muy suave.

De manera que aquello era la crisis. Podía haberse figurado que se trataría de algo por el estilo.

—Respiraba todo el tiempo —dijo él, de manera un tanto brusca—. ¿Cómo podía

dejar de respirar y empezar de nuevo?

—No, no —insistió ella—. No respiraba.

La compostura de Leventhal no era perfecta; estaba socavada por el miedo. Dejando de mirarla para contemplar un rincón del techo, pensó: «¡Cuánta superstición! Lo mismo que en el país de sus antepasados. Los muertos también vuelven a la vida, imagino, y todo lo demás».

—¿Por qué no viste si le latía el corazón? —le dijo.

—Debería haberlo hecho, probablemente...

—Desde luego que sí.

—Estabas muy ocupado, ¿verdad?

—Sí, claro, tenía trabajo...

Elena manifestó tal contrición ante esto que Leventhal se dijo a sí mismo que tenía que ser más amable. Más le valía; había ido hasta allí y el daño ya estaba hecho. Le aseguró a su cuñada que una tarde no tenía importancia. Llevaba seis años trabajando para la misma firma y si no podía faltar unas pocas horas por un asunto personal al cabo de seis años, más valía que renunciara a seguir. Aunque faltara al trabajo todas las tardes durante un mes, aún le sobrarían muchas horas del tiempo extra sin remuneración que había invertido en la revista. Después de dejar de hablar todavía siguió pensando sobre el asunto. Para los funcionarios públicos era diferente. Tenían permiso por enfermedad y se iban a casa por un simple dolor de cabeza. Y el cargo era vitalicio..., pero no deseaba darle vueltas a aquello. Se levantó e hizo girar la silla, como si fuera a modificar el tenor de sus pensamientos cambiando de posición.

—Deberías levantar las persianas —le dijo a Elena—. ¿Por qué las tienes cerradas?

—Hace que la habitación esté más fresca.

—Pero impide que se ventile... y te obliga a tener la lámpara encendida. Eso da calor.

Ella había pasado la ropa de su silla a la mesa, empujando los platos, el pan, botellas de leche, revistas. Leventhal se figuró que tenía las persianas echadas simplemente para evitar que los vecinos del otro lado del patio fueran testigos de su dejadez. Contempló la habitación con desagrado. Y Max vagando de Norfolk a Galveston y de allí a Dios sabía dónde. Quizá prefería vivir en pensiones y en hoteles.

Elena le dio un dólar a Philip y le mandó que bajara por cerveza. Sacó el dinero del bolsillo del vestido, que estaba lleno de cambio. Cuando el chico salió, Leventhal preguntó si podía ver a Mickey.

Estaba acostado en la calurosa, oscura y mal ventilada habitación de Elena, dormitando en la ancha cama arrimada a la pared, con la sábana por la cintura. Llevaba una camiseta sin mangas. Su cabello corto, muy negro, parecía húmedo; tenía la boca abierta. Leventhal puso cuidadosamente el revés de la mano contra su mejilla; estaba ardiendo. Al apartarse golpeó con el anillo el poste de la cama. Le

sobresaltó la mirada que le dirigió Elena. Y se descubrió levantando la misma mano con gesto de disculpa y notó que se sonrojaba. Pero ella no le miraba ya; estaba alzando la sábana sobre el hombro del niño. Leventhal salió al corredor y esperó. Elena cerró la puerta, lentamente, con tanto cuidado que le pareció que pasaban varios minutos. Al mirar dentro de la habitación vio cómo la oscuridad se espesaba alrededor de la figura en la cama, oculta en parte desde donde él estaba por el saliente de la cómoda. Finalmente, Elena soltó el picaporte y volvieron al comedor.

Leventhal se sentó, deprimido y desalentado. Enseguida empezó a insistir en que era necesario llevar a Mickey al hospital.

—¿Quién es tu médico? —dijo—. ¿Cómo es posible que te deje tener al niño en casa? Su sitio es el hospital. Pero enseguida se dio cuenta de que era culpa de Elena, no del doctor. Ella defendió con gran testarudez que el niño estaba mejor en casa, donde podía cuidarlo ella misma. Manifestaba tal temor hacia los hospitales que Leventhal terminó por exclamar:

—¡No seas tan de pueblo, Elena!

Ella no respondió, aunque parecía más angustiada que ofendida y probablemente no le entendió. Leventhal se enojó consigo mismo por mostrarse tan vehemente, pero todo aquello le abrumaba: la casa, su cuñada, el niño enfermo. ¿Cómo podía ponerse bien el niño en un sitio como aquel, en aquella habitación?

—Vamos, por el amor de Dios, Elena —añadió, cambiando de tono—, no hay ninguna razón para asustarse de los hospitales.

Ella cerró los ojos y movió la cabeza; él empezó a dar forma a otra frase, pero se detuvo, recostándose en el sillón de tela de angora.

De pronto, ella dijo con animación, casi con alegría:

—Aquí llega Philip con la cerveza.

Se levantó para traer vasos. Hubo que organizar la búsqueda del abrebotellas; no fue posible encontrarlo, y Philip tuvo que recurrir al tirador del armario de metal que había en la cocina. Elena quería hacer unos sándwiches, pero Leventhal dijo que no tenía hambre.

—Claro, es casi la hora de cenar. A tu señora no le gustaría que se te quitara la gana antes de comer. ¿Qué tal está? Es una chica muy guapa.

Elena sonrió afectuosamente. Ni siquiera sabía el nombre de su mujer. No se habían visto más que una o dos veces. Dudó si decirle que Mary se había ido al sur para pasar unas semanas con su madre. Elena habría insistido en que se quedara a cenar.

Para cambiar de tema, Leventhal le preguntó por su hermano. Max llevaba en Galveston desde febrero. Quería que la familia fuera a reunirse con él, pero había tanta gente en la ciudad que resultaba imposible encontrar un apartamento. No hacía más que buscar uno siempre que tenía algún tiempo libre.

—¿Por qué no vuelve a Nueva York, donde sí tiene un apartamento? —dijo Leventhal.

—Allí gana mucho dinero; trabaja cincuenta y sesenta horas a la semana. A mí me manda más que suficiente. —No parecía sentirse abandonada ni que la ausencia de Max le preocupara mucho.

Después de beberse la cerveza a toda prisa, Leventhal se puso en pie, diciendo que tenía que volver una hora a la oficina para recoger algunas cosas. Elena le dio el número de teléfono de unos vecinos; él lo apuntó en su libreta y le dijo que volviera a llamarle al cabo de un par de días si Mickey no mejoraba. Ya en la puerta, llamó a Philip y le dio una moneda de veinticinco centavos para que se comprara un refresco. El muchacho la cogió, murmurando «Gracias», pero con una mirada que excluía cualquier obligación derivada del agradecimiento. Quizá veinticinco centavos no significaban mucho para Philip. El bolsillo de Elena estaba lleno de cambio; probablemente se desprendía de las monedas sin dificultad. Leventhal acarició con un dedo la mejilla del chico. Philip bajó la cabeza y, sintiéndose algo desilusionado y poco satisfecho consigo mismo, Leventhal salió de la casa.

Tuvo que esperar mucho tiempo el autobús y estaba anocheciendo cuando llegó a Manhattan. Aunque se había hecho demasiado tarde para ser de utilidad en la oficina, estuvo dudando en South Ferry, en la parda oscuridad sofocante, sobre si volver o no. «Saldrán adelante sin mí», decidió por fin. Beard interpretaría su vuelta a aquella hora como un reconocimiento de que estaba equivocado. Además, podía crear la impresión de que estaba tratando de distinguirse de sus «hermanos de raza». No, no les daría pie para que creyeran nada semejante, pensó Leventhal. Cenaría pronto y se iría a casa. Sentía más sed que hambre, pero era necesario que comiera. Bruscamente, se puso en movimiento hacia el tren.

Leventhal era un hombre corpulento, de cabeza grande; la nariz también la tenía grande. El pelo, negro, fuerte y ondulado. En cuanto a los ojos —bajo unas cejas sin solución de continuidad—, eran intensamente negros y de un tamaño poco frecuente en rostros adultos. Pero aunque infantilmente grandes, su expresión nada tenía de infantil. Parecían poner de manifiesto una inteligencia sin interés en sus propias posibilidades, como si prefiriera no tomarlas en consideración y las viera con indiferencia; indiferencia que parecía extenderse, además, a otras personas. No es que tuviera expresión malhumorada, sino más bien distante, apática. Aquella noche, a causa del calor, llevaba la ropa en desorden, pero incluso en días corrientes no podía llamársele pulcro. El nudo de la corbata lo llevaba ladeado y demasiado bajo; los puños de la camisa sobresalían en exceso bajo las mangas de la chaqueta y cubrían sus anchas muñecas morenas; los pantalones se abombaban a la altura de las rodillas.

Leventhal había nacido en Hartford. Estudió allí el bachillerato y al terminarlo se marchó de casa. Su padre, propietario de una pequeña tienda de ultramarinos, era un hombre inquieto, áspero y egoísta con sus hijos. La madre de Leventhal había muerto en el manicomio cuando él tenía ocho años y su hermano seis. En la época de su desaparición de la casa, Leventhal padre había respondido a sus preguntas sobre ella con un amargo «se ha marchado», que sugería deserción. Eran ya casi adultos cuando supieron lo que le había pasado a su madre.

Max no terminó el bachillerato; lo dejó cuando le faltaban un par de años. Leventhal se graduó, trasladándose a Nueva York, donde durante algún tiempo trabajó para un subastador llamado Harkavy, amigo de su tío Schacter. Harkavy lo tomó bajo su protección; le animó para que fuera a la universidad por la noche y llegó incluso a prestarle dinero. Leventhal hizo un curso preparatorio de derecho, pero con pobres resultados. Quizá saber que estaba tratando de hacer una cosa difícil le abrumaba. Y la misma academia —su ambiente, especialmente en las noches azules del invierno, el aspecto tétrico de algunos alumnos, muchos de ellos por encima de los cincuenta, con fracasos a las espaldas, pero perseverantes— le perturbaba. No sabía estudiar; nunca había aprendido a hacerlo en la trastienda de su padre. Aprobó el curso, pero sin brillantez y no le animaron a que empezara derecho. Se habría contentado con seguir siendo el ayudante de Harkavy, pero el viejo subastador enfermó de pulmonía y murió. Su hijo Daniel, que estudiaba entonces tercer año de *college* en Cornell, abandonó la universidad para hacerse cargo del negocio. Leventhal recordaba aún cómo se había presentado en la tienda después del funeral con un abrigo de piel de oso, alto, rubio, serio, diciendo con tono emocionado a cada uno de los dependientes: «¡Vamos a atrincherarnos y a mantener el frente!». Leventhal, que era en la práctica quien se había quedado huérfano, se sentía demasiado deprimido por la muerte del anciano y tenía demasiada poca confianza en sí mismo para serle útil a Daniel. Hubo que cerrar la tienda enseguida. Regresar a

Hartford era impensable (su padre se había vuelto a casar), y Leventhal, a la deriva, llegó en poco tiempo —unos meses desde la muerte de Harkavy— a alojarse en un sucio dormitorio colectivo, a pasar hambre y a adelgazar a ojos vistas. Durante una temporada vendió zapatos los sábados en el sótano de unos grandes almacenes. Más adelante encontró trabajo estable tiñendo pieles, y después de aquello, un año más o menos, estuvo de recepcionista en un hotel para gente de paso en la parte baja de Broadway. Luego, le llegó el turno en una lista de solicitantes para ser funcionario público y Leventhal pidió que «lo destinaran a cualquier sitio en Estados Unidos». Lo mandaron a la aduana de Baltimore.

La vida que llevó en Baltimore fue considerablemente distinta; sobre todo, mucho menos solitaria. Lentamente llegó a darse cuenta de que en Nueva York, al aceptar la soledad como un hecho incontrovertible, apenas había advertido que le hacía profundamente desgraciado. Durante su primer invierno en la aduana le invitaron a formar parte de un grupo que iba los sábados a Washington para asistir a la ópera. Presenció cinco o seis representaciones sin modificar su actitud de distante y escéptico interés. Pero empezó a salir con regularidad. Consiguió que le gustara el marisco. Se compró dos trajes y un abrigo ligero: él, que sudaba desde octubre hasta abril enfundado en uno de piel de camello que le regalara el anciano Harkavy.

En un pícnic en la costa de Chesapeake, el Cuatro de Julio, se enamoró de la hermana de uno de sus amigos. Era una muchacha alta, bien parecida, de movimientos desgarrados. La fue siguiendo con la vista, sobre el centelleante resplandor del agua de la bahía, mientras trepaba hasta el muelle desde la cubierta del barco y se dirigía luego del brazo de su hermano hacia el bosquecillo y el humo aromático de la barbacoa que se quedaba entre los árboles como una neblina. Después la vio participar en la carrera para mujeres, con los brazos muy pegados a los costados. Se fue quedando entre las rezagadas y acabó por pararse y salirse de la pista, riendo y secándose la cara y la garganta con un pañuelo del mismo tejido que su vestido veraniego. Leventhal estaba junto a su hermano. Ella se acercó y dijo: «Bueno, solía ser capaz de correr cuando era más pequeña». Que todavía no se hubiera acostumbrado a considerarse una mujer, y hermosa por añadidura, hizo que Leventhal sintiera una gran ternura hacia ella. Seguía pensando en Mary cuando presenció cómo los participantes en la carrera por parejas<sup>[1]</sup> iban dando saltos por el prado. Se fijó en uno en particular, un pelirrojo que se esforzaba por seguir adelante, muy enfadado con su compañero, como si la carrera fuera un sufrimiento y una humillación que solo podían borrarse venciendo. «Qué diferencia», se dijo Leventhal. «Qué distintas son las personas».

Él tomó parte en la carrera en que había que avanzar llevando un huevo sobre una cuchara, estuvo nadando y sintió que todo él se deshela por dentro. Pasó la mayor parte de la tarde con Mary. Se llevaron los sándwiches a la playa y los zapatos se les hundían en la arena blanca mientras buscaban un sitio para colocarse. Desde la puesta de sol, cuando el barco emprendió el regreso, hasta que penetraron otra vez en el

calor del puerto en calma entre los cascos de los petroleros, atravesando la película amarilla arrojada sobre el agua y el aire por muelles y fábricas, estuvieron juntos sentados en la popa del pequeño vapor. Su hermano la estaba esperando entre la multitud al final de la pasarela y se dieron las buenas noches mientras el vapor de la caldera del barco se escapaba ruidosamente hacia el cielo.

Al llegar el otoño se habían prometido y Leventhal no salía de su asombro ante tamaño éxito. Le parecía que los sinsabores de la vida lo habían desfigurado, y que una chica como Mary tenía que notar aquella deformación y sentir repugnancia. No estaba completamente seguro de su afecto y, de hecho, sucedió algo terrible un mes después de prometerse. Mary confesó que se sentía incapaz de romper una relación anterior con un hombre casado. En un primer momento, el dolor hizo que Leventhal casi perdiera el habla. Se quedó mirándola, allí en mitad del restaurante. Luego le preguntó si había seguido viendo a aquel hombre después de su compromiso. Ella respondió que sí, y al decirlo pareció darse cuenta por primera vez de la importancia del asunto. Leventhal se puso en pie para marcharse, y cuando ella trató de retenerlo, la empujó. Mary perdió el equilibrio y se cayó al suelo; él le ayudó a levantarse. Los labios de la muchacha habían palidecido, y apartó la vista para no mirarlo. Salieron juntos del restaurante —Mary esperó incluso a que Leventhal pagara la cuenta—, pero al pisar la calle se separaron inmediatamente sin hablar.

Unos años más tarde Mary le escribió una carta amistosa. Leventhal no sabía cómo responder. La carta permaneció sobre la cómoda durante más de un mes, enfrentándose con él todas las noches y desbancando todas sus otras preocupaciones. Seguía sin decidirse a escribir cuando recibió una segunda carta de Mary. Le pedía sin circunloquios que tuviera en cuenta la situación tan difícil en que se había encontrado; admitía que había tratado de poner fin a su atracción hacia el otro prometiéndose con él, pero que esa no había sido la única razón; no había elegido a Leventhal al azar. A él le resultó más fácil contestar a esta carta. Empezaron a escribirse regularmente. En Navidades fue a verla y se casaron en Wilmington ante un juez de paz.

Mientras tanto él había vuelto a Nueva York, después de marcharse de Baltimore a las pocas semanas de romper el compromiso matrimonial. Daniel Harkavy había terminado trabajando en una publicación comercial. Leventhal, que tuvo a su cargo la preparación de un libro con las ordenanzas de su departamento, pensó que también él podía ocuparse de un trabajo de la misma especie. Se puso en contacto con Harkavy, y Harkavy le contestó que estaba seguro de encontrarle sitio en una publicación si quería volver a Nueva York. Harkavy estaba muy bien relacionado. Leventhal preparó su baúl durante un fin de semana y lo envió a la casa donde se alojaba Harkavy. No soportaba seguir viviendo en Baltimore; se sentía destrozado. Posteriormente no podía acordarse de ello sin sonrojarse. Un hombre educado en la adversidad no debiera nunca cortar amarras por completo. Incluso entonces se había dado cuenta de que era una tontería dejar su empleo, y otra todavía peor confiar en

Harkavy, de manera que le dijo a su jefe que se despedía porque tenía otro empleo. Le daba vergüenza decirle la verdad.

Descubrió que Harkavy había cambiado un poco de aspecto. Estaba perdiendo pelo y se había dejado un bigote pelirrojo. Había algo de jactancioso en todos sus gestos; se había aficionado a llevar grandes corbatas de lazo y zapatos negros de ante. Pero en lo esencial seguía siendo el mismo. Por carta había hablado de sus muchas relaciones, pero en la práctica solo pudo acordarse de una sola persona a quien llamar. Era un hombre de mediana edad llamado Williston, nacido en Kentucky, bajo y rubicundo, de cabeza ancha y un pelo castaño que se peinaba con todo el cuidado de un montañés en domingo. Era una de esas personas que conservan sus rasgos regionales a pesar de haber vivido veinte años en Nueva York. Era un destemplado día de otoño, y Williston tenía una estufa eléctrica al lado del escritorio. Estaba recostado en un sillón giratorio y de cuando en cuando levantaba un pie para calentarlo sobre las resistencias.

No, dijo, no tenía ninguna plaza libre en su despacho. Un hombre con experiencia encontraría algo, incluso en una época tan mala como aquella. Alguien sin experiencia no tenía la menor posibilidad. Como no fuera por una chiripa —su zapato brilló sobre la bruñida estufa— o porque conociera a alguien muy bien relacionado.

—No conocemos a nadie —dijo Harkavy—. No tenemos ningún enchufe. ¿Y cómo podría adquirir experiencia?

No se le ocurriría sugerir, dijo Williston, que Leventhal tratara de conseguir un empleo buscando anuncios con una jauría de mozalbetes por seis dólares a la semana. Incluso empleos así escaseaban. Su sugerencia sería que siguiera haciendo lo mismo que hacía hasta entonces. El rostro de Leventhal se oscureció, más por los reproches que se hacía a sí mismo que por resentimiento. En lugar de abandonar la administración pública tenía que haber solicitado el traslado y esperar a que se lo concedieran, por mucho que se retrasara. Se imaginó que Williston adivinaba en parte lo que había sucedido. Lo que había hecho le dejaba estupefacto. Pero Harkavy estaba diciendo, hablando de sí mismo, que él había conseguido su empleo por pura suerte, sin experiencia. No, le contestó Williston, el nombre de su padre tenía peso en el campo de las antigüedades, y Harkavy trabajaba en una publicación para subastadores y anticuarios.

—Leventhal trabajó con mi padre y conmigo durante mucho tiempo —le dijo Harkavy. Y Williston se encogió de hombros y contempló la superficie de la estufa como diciendo: «En ese caso cualquier cosa le parecerá bien». Pareció arrepentirse de tal pensamiento al ver que Leventhal bajaba la cabeza, lleno de confusión. Haría lo que estuviera en su mano, por supuesto, dijo, pero no quería darles la impresión de que había muchas esperanzas. Telefonaría a algunas personas y mientras tanto Leventhal podía empezar a hacer visitas.

Se lanzó a ello totalmente descorazonado. Las publicaciones comerciales más modestas se limitaron a decirle que no había nada. Las de más importancia le dieron

formularios para rellenar; de cuando en cuando conversaba unos minutos con un director de personal y se le daba la oportunidad de estrechar la mano de alguien. Con el tiempo se fue volviendo particularmente agresivo y, evitando a las secretarías, se introducía en algún despacho, detenía a alguien con aspecto de tener autoridad y se presentaba. Se asustaban, le hizo notar a Harkavy, cuando uno abandonaba la cola, cuando se salía del canal adecuado. Pero el canal adecuado llevaba directamente a la calle. ¿Cómo podía creer alguien que fuera a quedarse en él? Todo esto lo discutía con Harkavy de manera bastante razonable, pero los desafíos y casi peleas continuaban, y con el calor de las confrontaciones a menudo perdía de vista su verdadero objetivo. Quizá se dijera a sí mismo, mientras se afeitaba o entraba en el banco a sacar parte de sus ahorros, que estaba utilizando una técnica contraproducente; y que si alguien, por una remota posibilidad, tuviera un empleo disponible, no se lo daría a él. Pero no cambió por ello.

Este extraño comportamiento se prolongó por espacio de unos dos meses. Luego, como cada vez resultaba más difícil convivir con Harkavy (varias noches a la semana recibía a una amiga en la habitación y Leventhal tenía que irse a ver una película o a sentarse en una cafetería) y se le estaba acabando el dinero, decidió aceptar cualquier empleo, el primero que se presentara —estaba pensando en intentar suerte con su antiguo hotel en la parte baja de Broadway—, pero recibió una nota de Williston diciéndole que fuera a verlo. Uno de sus empleados estaba enfermo y tenía que pasar el invierno en Arizona; Leventhal podía ocupar su puesto hasta que volviera.

Así fue como, a través de Williston, Leventhal consiguió entrar en la profesión. Le estaba agradecido y trabajó a conciencia por él, descubriendo enseguida que tenía facilidad para aquel tipo de ocupación. Desde junio hasta el final del verano estuvo otra vez en paro. También aquel fue un período difícil. Pero tenía ya un año de experiencia, y finalmente encontró un puesto con Burke-Beard y compañía. Aparte de sus dificultades con Beard de cuando en cuando, estaba satisfecho. Ganaba más dinero que de funcionario.

A veces, poniendo al descubierto su sentir más profundo, le decía a Mary: «Tuve suerte. Me salí con la mía». Quería decir que su desastroso principio, sus errores, las cosas que podían haberle destrozado por completo, se habían combinado de alguna manera para situarlo en la vida. Casi había tenido que alinearse con aquella parte de la humanidad que él recordaba a menudo (nunca olvidaría el hotel en Broadway), la parte que no se salía con la suya: los perdidos, los parias, los marginados, los vencidos, los arruinados.

### 3

El suegro de Leventhal había muerto recientemente, y la familia persuadió a su viuda para que dejara la casa de Baltimore y se fuera a vivir a Charleston con su hijo. Mary había ido a ayudarla con la mudanza.

Durante su ausencia, Leventhal comía en un restaurante italiano del barrio. Estaba en el sótano de un antiguo edificio de apartamentos. Las paredes de estuco se habían vuelto prácticamente negras. Había allí un olor a madera húmeda, debido al serrín esparcido sobre el suelo de tablas. Pero Leventhal lo encontraba adecuado: era barato, y en general no necesitaba esperar para encontrar mesa. Aquella noche, sin embargo, solo había una libre. El camarero le acompañó hasta allá. Estaba en el rincón, detrás de un saliente de la pared, y no le llegaba la brisa del ventilador. Leventhal estaba a punto de protestar y abrió la boca con gesto de impaciencia, pero el camarero, un hombre de tez oscura y escasos cabellos, que formaban una onda sobre su frente sudorosa, se le adelantó con un cansado encogimiento de hombros bastante insincero, indicando con un movimiento del brazo sobre el que descansaba la servilleta que el restaurante estaba lleno. Leventhal se quitó el sombrero, retiró los platos que había sobre la mesa y se inclinó hacia delante apoyándose en los codos. Cerca del escalón que llevaba a la cocina, el propietario y su mujer terminaban de cenar. La mujer dirigió a Leventhal una mirada como saludo, y él correspondió con un leve movimiento de la silla. El camarero le trajo la cena: una tortilla sobre un plato de porcelana ennegrecido y desconchado, acompañada de salsa de tomate solidificada en los bordes, ensalada y unos albaricoques en conserva. Mientras comía, su humor fue mejorando gradualmente. El café estaba dulce y muy espeso; se bebió incluso los posos, y dejó la taza otra vez sobre la mesa con un suspiro. Encendió un cigarro. No había nadie esperando para sentarse en aquella mesa y siguió allí durante un rato, inclinado hacia atrás y lanzando bocanadas de humo, con las manos unidas sobre su codo cubierto de abundante pelo. Del bar de enfrente llegaban las lentas notas de una guitarra; las agudas desapareciendo enseguida, las graves prolongándose sosegadamente.

Al cabo de un rato puso una propina bajo el platillo y salió del restaurante.

El cielo estaba todavía enrojecido, como el resplandor en el fondo de un espacioso horno de panadero; el día se negaba a desaparecer, dando enérgicas boqueadas sobre la oscuridad de la costa de Jersey. El río Hudson brillaba apagadamente, y el frío del océano, pensó Leventhal, no resultaría, a buen seguro, más entumecedor que el calor del metro, que se deslizaba bajo sus pies; los trenes que corrían bajo el enrejado, entre las sesgadas paredes de roca parda, parecían hacer estallar cargas de polvo metálico. Leventhal atravesó un pequeño parque donde los bancos, en doble círculo, estaban abarrotados. Había colas delante de las fuentes para beber, mientras el agua tibia caía en chorros renqueantes sobre los tazones de piedra. Por los cuatro costados de la superficie verde, el tráfico de coches y taxis seguía su

curso interminable, y los pesados autobuses descendían con lentitud, entre gruñidos, desde el azul resplandor de los faroles, en lo más alto de la calle. En las esquinas de tupida vegetación, donde crecían los árboles, los niños jugaban y daban gritos, y una banda de un movimiento evangélico cantaba y tocaba el tambor y la trompeta en una de las aceras. Leventhal no se quedó mucho tiempo en el parque. Enseguida puso rumbo hacia su casa. Pensaba prepararse una bebida fría y tumbarse junto a una ventana abierta.

El apartamento de Leventhal era amplio. En otro barrio mejor o tres plantas más abajo, habría tenido que pagar el doble. Pero la escalera era estrecha, sofocante, y daba muchas vueltas. Aunque subió despacio, se había quedado sin aliento cuando llegó al cuarto piso, y el corazón le latía con violencia. Descansó un momento antes de abrir la puerta. Nada más entrar tiró el impermeable y se dejó caer sobre la cama baja tapizada que había en la sala de estar. Mary había retirado algunas de las sillas a los rincones, tapándolas con sábanas. No podía contar con él para que mantuviera las ventanas cerradas y las persianas y las cortinas echadas durante el día. Aquella tarde había venido la mujer de la limpieza y olía intensamente a jabón en polvo. Leventhal se puso en pie y abrió una ventana. Las cortinas se movieron una vez y luego se quedaron tan quietas como antes. Había un cine muy iluminado al otro lado de la calle; en el tejado un depósito de agua descansaba pesadamente y algo desnivelado sobre las maderas que lo sujetaban; los sombreretes de las chimeneas, que repiqueteaban con el primer sople de aire, estaban inmóviles.

El motor del frigorífico se puso en marcha. Los recipientes para hacer el hielo estaban vacíos y se entrechocaban. Wilma, la asistente, había deshelado la nevera, olvidándose después de volver a llenarlos. Buscó en el interior una botella de cerveza que había visto el día antes; había desaparecido. No había más que unos cuantos limones y algo de leche. Bebió un vaso y se sintió confortado. Ya se había quitado la camisa y estaba sentado en la cama desatándose los zapatos cuando oyó un breve timbre. Fue a abrir la puerta con súbita energía y gritó: «¿Quién es?». El piso estaba insoportablemente vacío. Confió en que alguien se hubiera acordado de que Mary no estaba y viniera a hacerle compañía. No recibió la menor respuesta desde abajo. Gritó de nuevo impacientado. Era muy probable que alguien hubiera apretado su timbre por equivocación, pero tampoco oyó el ruido de otras puertas abriéndose. ¿Podría ser una broma? No era la época. Nada se movía en el hueco de la escalera, y el descubrir lo mucho que anhelaba tener alguna visita solo sirvió para aumentar su depresión. Se tumbó sobre la cama, sacando una almohada de debajo de la colcha, doblándola. Pensó que se quedaría dormido. Pero muy poco después se encontró en pie junto a la ventana, agarrado a las cortinas con ambas manos. Tenía la impresión de haberse quedado dormido. Pero no eran más que las ocho y media en el runruneante reloj eléctrico sobre la mesilla de noche. No habían pasado más que cinco minutos.

«No, no debería haber salido», se dijo a sí mismo. De pronto se sintió lleno de

temores. Era una equivocación marcharse así de la oficina. Si se hubiera parado a razonar habría esperado hasta la noche. Cinco minutos más y Elena le habría llamado de nuevo. ¿Por qué no había esperado? ¿Era en realidad que quería enfrentarse con Beard? ¿Era esa la razón de que se hubiera marchado? No, y además Beard había hecho un comentario odioso. Pero no le había sorprendido. Sabía desde el primer momento que era capaz de hacerlo. Si a un hombre no le caes bien, encontrará todas las razones imaginables para reforzar su hostilidad. No era una cosa importante; desagradable solo. De todas formas no tendría que haberse marchado. Se lavó la cara, se puso la camisa y salió del apartamento. Su problema, reflexionó, era que cuando no tenía tiempo para pensar, cuando se veía sometido a presión, se comportaba como un imbécil. Eso era fundamentalmente lo que le creaba dificultades. Por ejemplo, la semana pasada en la imprenta, Dunhill, el linotipista, le había vendido una entrada que no quería. Se excusó diciendo que no le interesaban los espectáculos, y que una sola entrada no le servía de nada (esto había sucedido antes de que Mary se marchara). Pero como Dunhill había insistido, acabó por comprársela. Luego se la dio a una de las chicas de la oficina. Ahora bien, si hubiera sido capaz de decir desde el principio: «No voy a comprarle la entrada...». Leventhal murmuró: «Bien, y ¿por qué lo hago?», frunciendo el entrecejo. Salió uno de sus vecinos, desnudo de medio cuerpo para arriba y en pantalones cortos, y dejó junto a la puerta, para que la recogiera el conserje, una bolsa de botellas que se entrechocaban.

Mr. Núñez, el puertorriqueño que cuidaba la casa, con un sombrero de paja y los morenos pies en unas zapatillas chinas también de paja, estaba sentado en el portal. Leventhal le preguntó si había visto a alguien tocando el timbre de su piso, y el otro contestó que llevaba media hora allí y no había salido ni entrado nadie durante el último cuarto de hora.

—Quizá fuera la radio —sugirió—. A veces creo que hay alguien en casa que me habla, pero es una radio que está encendida.

—No; fue el timbre —dijo Leventhal con convicción; miró con expresión preocupada al conserje—. ¿Cree usted que pueda haber sido el timbre del montaplatos?

—Solo si había alguien enredando en el sótano. Yo no lo he tocado esta noche.

Leventhal se puso en camino hacia el parque. Quizá fue una radio, aunque a él le parecía que no. Quizá algo en los cables de la luz; un efecto del calor —no sabía mucho de electricidad—, o el montaplatos. Lo que realmente le preocupaba era que la culpa pudiera ser de sus nervios, y que se hubiera imaginado el timbrado de la misma manera que había creído dormirse. Desde la marcha de Mary sus nervios estaban en tensión. Dejaba encendida toda la noche la luz del cuarto de baño. Era una cosa absurda aquella sensación de que algo le amenazaba mientras dormía. Y eso no era todo. Se imaginaba que veía ratones corriendo por las paredes. Era cierto que había ratones en el apartamento. El edificio era viejo; no se podía evitar que existiera alguna madriguera bajo el suelo. No les tenía miedo y, sin embargo, se descubría

volviendo la cabeza a toda prisa ante la sospecha de un movimiento. Y ahora no había conseguido dormirse. El calor nunca le había impedido conciliar el sueño. Estaba seguro de que no se encontraba bien.

El parque estaba más abarrotado incluso que antes, y también había aumentado el ruido. Había otra banda de un grupo evangélico en la esquina, y el estruendo de las dos se mezclaba confusamente por encima de los otros sonidos. Los faroles daban una luz más amarilla, cubiertos de moscas y polillas. En uno de los senderos un anciano, muy tostado por el sol, nervudo, con una gorra de hilo, ejercía de limpiabotas. La fuente corría con un lento resplandor verdoso. Niños en ropa interior chapoteaban y giraban bajo las salpicaduras, mientras sus padres los contemplaban. Los ojos de las personas parecían más amables que durante el día, y más grandes; y lo miraban a uno durante más tiempo, como si en la calurosa oscuridad se hubiera esfumado cierto espacio de reserva y los extraños pudieran acercarse unos a otros como si se reconocieran. Uno miraba y pensaba, al menos, que conocía a la persona que había visto.

Alguna idea así de imprecisa ocupaba la mente de Leventhal, mientras esperaba que le llegara su turno para beber en la fuente, cuando de repente tuvo la sensación no solo de que lo miraban, sino de que alguien lo vigilaba. O mucho se equivocaba o un hombre lo examinaba con detenimiento, avanzando lentamente a su lado a medida que la cola se desplazaba. «Parece conocerme», pensó. ¿O era solo alguien que se paseaba por allí, un simple espectador? Instantáneamente Leventhal adoptó una actitud de reserva, en parte para contrarrestar sus nervios, su activa imaginación. Pero no era imaginación. Cuando dio un paso al frente, el hombre se movió también, bajando la cabeza como para ocultar una sonrisa ante la seriedad que indicaban los labios apretados de Leventhal. No había, sin embargo, el menor indicio de buen humor en sus ojos —estaba ya muy cerca—, crueles y llenos de desprecio.

«¿Quién será este tipo?», se dijo Leventhal. «Todo un actor, no cabe duda. Dios mío, ¿a qué especie pertenecerá? Uno de esos pájaros que quieren hacerte creer que penetran hasta el fondo de tu alma». Trató de hacerle apartar la vista mirándolo fijamente, y solo entonces se dio cuenta de lo insolente que era. Pero el desconocido no se marchó. Era más alto que Leventhal, pero mucho menos corpulento; de huesos grandes, pero sin fuerza muscular. «Si trata de hacer algo», pensó Leventhal, «le agarraré del brazo derecho y le haré perder el equilibrio... No, mejor el otro brazo, para empujarlo hacia mi izquierda; ese es mi lado más fuerte. Y cuando se esté cayendo le daré un golpe en la nuca. Pero ¿por qué tendría que intentar nada? No hay ninguna razón».

Estaba preparado, dispuesto a pelear; sin embargo, le temblaban los brazos, y durante todo el tiempo sentía que era él mismo la causa de su desasosiego y de sus sospechas, debido a sus nervios inestables. Luego oyó con asombro cómo el desconocido pronunciaba su apellido.

—¡Cómo! ¿Me conoce usted? —preguntó en voz alta.

—Usted es Leventhal, ¿no es cierto? ¿Cómo no voy a conocerlo? Pensé que quizá no me reconocería. Solo nos vimos unas cuantas veces, y me imagino que he debido de cambiar un poco.

—Allbee, ¿no es eso? ¿No se llama usted Allbee? —dijo Leventhal lentamente, recordando de manera gradual.

—Kirby Allbee. ¿De manera que me ha reconocido?

—Vaya, qué sorpresa —exclamó Leventhal, pero lo dijo con voz más bien indiferente. ¿Qué importancia tenía que fuera Kirby Allbee? Y, desde luego, había cambiado; bien, ¿y qué?

En aquel momento varias de las personas en la cola lo empujaron. Le había llegado el turno, y mientras bebía un trago de agua tibia estuvo mirando a Allbee de reojo. La mujer que le había precedido en el uso de la fuente —muy pintada y con aspecto de corista que se ha escapado del teatro para respirar un poco de aire— le cerraba el paso a Allbee, y mientras este buscaba una salida, atrapado en el círculo que rodeaba la fuente, Leventhal se alejó.

Nunca le había sido simpático el tal Allbee, pero tampoco se había parado nunca a pensar en él. ¿Cómo era entonces, que había recordado su nombre tan fácilmente? Tenía muy mala memoria para los nombres; sin embargo, nada más ver a aquel individuo lo había reconocido. «Qué caja de sorpresas es la mente humana», pensó Leventhal con un gesto que era casi una sonrisa. «Algunas de las cosas que salen de ella son tan sorprendentes como que crezca pelo en la palma de la mano».

—¡Espere!

Allbee iba abriéndose camino entre la multitud, en dirección a él. «¿Qué demonios quiere?», se preguntó Leventhal bastante irritado.

—Espere, ¿adónde va?

Leventhal no respondió. ¿Qué podía importarle?

—¿Va usted a casa?

—Sí, enseguida —respondió Leventhal con expresión distante.

—De manera que como ya ha descubierto que todavía existo, se vuelve a casa, ¿no es eso?

En su rostro había una extraña sonrisa.

—¿Por qué tendría que dudar de su existencia? —También Leventhal sonreía, pero sin mucha animación—. ¿Hay alguna razón para ello? Me parece que no lo entiendo.

—Quiero decir que usted deseaba solo echarme la vista encima.

—¿Cómo? —dijo Leventhal. Alzó las cejas—. ¿Echarle la vista encima?

—Sí, creo que quería hacerlo para ver cómo me había ido. Los resultados.

—He salido de casa para ver si me refrescaba un poco. —Empezaba a sentirse realmente molesto—. ¿Qué le hace pensar que tenga usted algo que ver con mi salida?

—No me esperaba esto —dijo Allbee—. En realidad no sabía qué esperar. Me

preguntaba qué actitud iba usted a adoptar conmigo.

Juntó los labios como para contener la risa, burlándose discretamente, presuntuoso, y se pasó la mano por la mejilla, sobre la rala barba rubia, sin que por ello, al mismo tiempo, sus ojos con cercos profundos dejaran de mirar a los de Leventhal llenos de indignación. Parecía estar diciendo que sabía perfectamente de qué hablaba; que negarlo suponía un exceso de cara dura, y que Leventhal era un pésimo actor. «Muy propio de un mal actor acusar a los demás de ser tan malos como él», pensó Leventhal, pero no por ello disminuyó su preocupación. ¿Qué pretendería? Examinó a Allbee más detenidamente; hasta entonces no se había dado cuenta de su aspecto andrajoso, como uno de esos hombres que se ven durmiendo la borrachera en la Tercera Avenida, tumbados en los quicios de las puertas o junto a las entradas de los sótanos, indiferentes al frío, al estruendo de la circulación o al directo resplandor del sol cayéndoles sobre el rostro. También Allbee bebía; de eso no había duda. Tenía voz pastosa y pelo rubio con raya en medio sobre su frente despejada, con gotas de sudor que iluminaba la luz del farol. Llevaba una camisa muy fina, de un tejido que debía de ser imitación de seda; quedaba abierta a la altura del pecho y dejaba ver el sucio dobladillo de una camiseta; su traje de algodón estaba manchado.

—Lo cierto es que usted quería verme —prosiguió.

—Se equivoca.

—Ha recibido usted mi carta, ¿no es cierto? ¿Y no le pedía que se reuniera aquí conmigo esta noche...?

—¿Me ha escrito usted una carta? ¿Para qué, se puede saber? No he recibido ninguna carta suya; no entiendo una palabra de todo esto.

—Ni yo; si no la ha recibido, esto sería realmente toda una coincidencia. Pero —continuó, sonriendo— está claro que finge usted no haber recibido la carta.

—¿Por qué tendría que fingir? —dijo Leventhal muy excitado—. ¿Qué razón tengo para fingir? No sé de qué carta está usted hablando. No existe ningún motivo para que me escriba. No me he vuelto a acordar de usted desde hace años, si he de serle franco, y no entiendo por qué piensa que me importa si existe o no. ¿Somos acaso parientes?

—¿Parientes? No, no... ¡santo cielo! —Allbee rio.

Leventhal le miró fijamente mientras reía y luego echó a andar, pero Allbee le puso el brazo delante, deteniéndolo. Leventhal lo agarró, pero su contrincante no tiró de él bruscamente como había supuesto. No encontró la menor resistencia. Fue él y no Allbee quien perdió el equilibrio, y tuvo que retirar la mano; pareció mirar ceñudamente —en realidad se estaba aclarando la garganta— y dijo, con voz apenas audible:

—¿Qué quiere usted?

—Eso ya es más razonable. —Allbee enderezó los hombros y se tiró de los puños de la camisa—. No tengo ningún deseo de pelearme. Probablemente no soy adversario para usted. Quería hablar. No pensé que hubiera violencia física. No es así

como hacen ustedes las cosas. No con violencia.

—¿De qué «ustedes» habla? —preguntó Leventhal.

Allbee no respondió a aquello.

—Quería discutir unas cuantas cosas con usted, y esa es la razón de que escribiera —dijo.

—Le repito que no he recibido ninguna carta suya.

—De manera que se empeña en mantener eso... —Allbee sonrió con gesto desaprobador, como preguntándose por qué Leventhal rechazaba todas las oportunidades de abandonar aquella ridícula pretensión—. En ese caso, ¿por qué está usted aquí? Quería ver sin ser visto, y está enfadado porque lo han descubierto.

—Estoy aquí porque vivo un poco más allá, en esta misma calle. ¿Por qué no reconoce usted, en cambio, que quería hacerse el encontradizo? Solo Dios sabe para qué y qué es lo que tiene usted que decir.

Allbee movió la cabeza de lado a lado en gesto negativo.

—Es precisamente al revés. Usted sabía que yo estaba aquí... en cualquier caso, no tiene importancia. En cuanto a decir, no me faltan cosas que decir. Pero de eso también está usted enterado.

—Es la primera noticia que tengo.

Allbee le sonrió con un gesto que insinuaba la existencia de un secreto compartido, insinuación que turbó y exasperó a Leventhal, produciéndole náuseas.

—Sentémonos —propuso Allbee.

«Maldito sea, me ha cogido, me tiene agarrado», pensó Leventhal. «Está completamente chiflado. No debiera haber salido. Tendría que haber intentado dormirme, después del día que he pasado».

Encontraron sitio en un banco.

—Dispongo de poco tiempo. Me levanto pronto. ¿Qué es lo que quiere?

Allbee lo estaba examinando.

—Ha engordado usted —dijo—. Y también está más moreno. ¿Cuánto pesa?

—Unas doscientas diez libras.

—Eso es demasiado. Es malo para el corazón arrastrar tanto peso. ¿No lo nota con este tiempo? Apuesto a que su corazón se resiente. Tiene usted que subir muchos escalones.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé que vive usted en un cuarto piso.

—Pero ¿«cómo» lo sabe? —insistió Leventhal.

—Lo sé, sin más. ¿Acaso es un secreto? ¿No le está permitido a nadie saber que vive usted en un cuarto piso?

—¿Qué más sabe de mí?

—Trabaja para Burke-Beard. Prepara una de sus revistas.

—¿Nada más?

—Su esposa está ausente. Se ha marchado... —Miró a Leventhal como para ver

si estaba en lo cierto—. Al sur. Se fue hace unos pocos días. No cuesta mucho trabajo descubrir estas cosas.

—¿Llamó usted a mi timbre hace un rato?

—¿Al timbre? No, ¿por qué tendría que hacerlo?

Leventhal lo miró sombríamente a la luz que se filtraba entre las hojas. Había estado espíandolo, y el misterio era por qué. Cuánto tiempo llevaba vigilándolo y con qué motivo, con qué grotesco motivo. Allbee le devolvió la mirada, examinándolo mientras era a su vez examinado, con interés y seriamente, la mandíbula inferior torcida, y los ojos, melancólicos y contemplativos, llenos de un color verde y plomizo. En presencia de aquellos ojos y sintiendo en la cara la tibieza del aliento del otro, porque estaban muy juntos en el banco, Leventhal tuvo la repentina sensación de que había sido escogido como objeto de algún absurdo y demencial proceso, y por un instante tuvo miedo. Después se repuso y se dijo a sí mismo que no había ninguna razón para asustarse. Aquel hombre estaba chiflado, resultaba molesto y era, desde luego, muy desagradable que a uno lo observaran a escondidas. Pero no había nada en aquel individuo que justificara tanta alarma. Se había convertido en un vago y en un borracho, y parecía presa de una idea fija o de un desvarío, de alguna fantasía; incluso podría estar fingiendo. ¿Cómo podía uno saberlo, tratándose de un borracho? Habría razones, pero nadie con capacidad para esclarecerlas: razones envueltas en humo, nebulosas, alcohólicas. Allbee lo había pillado de improviso. Era sorprendente. Y, además, dado su estado de ánimo en aquellos momentos, perdía la calma enseguida. No se sentía bien y eso tampoco ayudaba. Trató, sin mucho éxito, de enderezar los hombros.

Sin dejar de mirarle, Allbee dijo:

—No resulta fácil saber qué clase de persona es usted.

—¿Entonces es de mí de quien quiere hablar?

—¿Lo ve? Ahí tiene un ejemplo. Es usted un hombre que habla sin rodeos, pero ¿no se está alejando del asunto principal? Ciertamente. Es una maniobra. No sé si es usted inteligente o falto de tino. Quizá ni siquiera le preocupa lo más importante.

—¿Qué es lo que no me preocupa?

—¡Vamos, deje de fingir, Leventhal, deje de fingir! Sabe usted de qué se trata.

—No lo sé.

Hubo una pausa; después, haciendo un esfuerzo para mostrarse paciente, Allbee dijo:

—Bien, si tiene que ser así... Imagino que quiere oírmelo repetir. Pensé que no sería necesario, pero no tengo inconveniente. *Dill's Weekly*. ¿Se acuerda de *Dill's Weekly*? ¿De Mr. Rudiger?

—Claro que me acuerdo. Por supuesto. Rudiger. Tengo ese nombre escrito en una agenda vieja que quiero revisar desde hace tiempo; su nombre se me escapa una y otra vez. Rudiger —dijo Leventhal evocadoramente, empezando a sonreír, aunque permitiendo apenas que se le distendieran los labios.

—¿De manera que se acuerda?

—Naturalmente.

—¿Y de todo lo demás? No, lo demás también tendré que contarlo yo. De acuerdo, lo haré. Fue a través de Rudiger como se vengó de mí.

—¿Que me vengué? —dijo Leventhal, con sincero asombro. Volvió su rostro sofocado hacia Allbee, y su cuero cabelludo pareció descender hacia las cejas.

—Sí, se desquitó. Se tomó la revancha —dijo Allbee con gran claridad. Su labio inferior se proyectó hacia delante, seco y lleno de grietas; y al mismo tiempo también su nariz parecía estar hinchada. Tenía los ojos completamente abiertos.

—No, no —murmuró Leventhal—. Está equivocado. Yo no hice nada de eso.

Allbee pasó la mano por delante de él, en un movimiento negativo, y movió la cabeza lentamente.

—Sé que no me equivoco.

—¿No? Pues yo le aseguro que sí.

—¿No le conseguí una cita con Rudiger? Logré que se entrevistara con él, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto...

—Usted fue a la entrevista e insultó a Rudiger deliberadamente, montó toda una escena, le insultó deliberadamente para perjudicarme. Rudiger es una persona muy excitable, y se volvió contra mí. Usted sabía que reaccionaría así. Estaba todo calculado. Salió todo como usted pensaba. Fue realmente una jugada maestra. Ni siquiera me dio una semana de plazo. Me despidió el mismo día.

—Todo eso es falso. Supe que ya no trabajaba usted para Dill's. Me lo dijo Harkavy. Pero no pudo ser culpa mía. Estoy seguro de que se equivoca. Rudiger no pudo hacerle responsable de la pelea que tuvimos. También él tuvo la culpa.

—Pues lo hizo —replicó Allbee—. Lo dijo bien claro. Casi le dio un ataque mientras me gritaba. Y era eso lo que usted quería.

—Todo lo que yo quería era un empleo —explicó Leventhal—, y Rudiger se mostró despiadado y cruel. Ese hombre no es normal. Excitable no es la palabra adecuada. Es un ser malvado. Reconozco que no aguanté el chaparrón pacientemente. Tengo que admitirlo. Bien, si es esa la razón, quizá la culpa sea mía de alguna manera, indirectamente. Pero usted dice...

—Digo que tiene usted toda la culpa, Leventhal.

Abrió la boca y pareció retener el aliento un instante mientras sonreía. El esfuerzo de Leventhal para conservar la cabeza fracasó completamente; se sintió dominado por la confusión.

—Y, ¿qué razón dice usted que tenía para hacerlo?

—Para vengarse, ¡maldita sea! Quiere que se lo cuente todo para asegurarse de que realmente sé de lo que estoy hablando. Sí que lo sé, Leventhal. ¡Santo cielo! ¿Cree que todavía no he atado todos los cabos? Haga el favor de no creerme tan estúpido; hace mucho tiempo que puse todas las piezas en su sitio. Pero si quiere que

lo saque todo a relucir, estoy dispuesto. Empezaré mucho más atrás: en casa de Williston. Daban una fiesta.

—Sí, allí nos conocimos, en casa de Williston.

—Vaya, se acuerda de eso. Creí que iba a plantarse por completo y que se negaría a recordar. Muy bien. Su amigo también estaba allí, otro judío..., antes mencionó usted su nombre.

—Harkavy.

—Ese es, Harkavy. Estamos avanzando. —Rio francamente—. Bien, esa es la clave. Un judío. Señor, quiere usted que salga todo el asunto a relucir, ¿no es eso? Bien, supongo que no hay más remedio. Le molestó algo que dije sobre los judíos. ¿Lo recuerda?

—No. Sí, es cierto. Lo recuerdo —se corrigió, frunciendo el entrecejo—. Y además recuerdo que estaba usted borracho.

—Falso. Había bebido bastante, pero no estaba borracho. En absoluto. Ustedes los judíos tienen ideas curiosas sobre la bebida. Especialmente la de que todos los gentiles son borrachos de nacimiento. Tienen una canción acerca de eso: «Está borracho, tiene que beber, porque es un “goy”... “Schicker”».

Había dejado de reír; parecía malhumorado.

—¡Bah! —dijo Leventhal desdeñosamente. Apoyándose en el travesaño del banco, se puso en pie.

—¿Adónde va?

—Yo no tuve nada que ver con que usted perdiera su empleo. Probablemente la culpa fue toda suya. Le debió de dar a Rudiger todas las razones del mundo para despedirlo, y no me cuesta trabajo imaginármelas. No soy una persona rencorosa. Todo eso es producto de su imaginación. Me acuerdo de lo que pasó aquella noche en casa de Williston, pero estaba usted borracho y no se lo tomé en cuenta. Además, ya ha llovido mucho desde entonces, y no veo qué es lo que se propone usted buscándome para recordármelo. ¡Buenas noches!

Cuando echó a andar Allbee, se puso en pie y le gritó:

—Quería vengarse. Lo planeó. ¡Lo hizo aposta!

La gente se volvió a mirarlos y Leventhal apresuró el paso.

«Si me sigue ahora le doy un puñetazo. Lo dejo sin sentido», pensó. «Lo juro. ¡Lo tiro al suelo y le machaco las costillas!».

Abrió el buzón al llegar a su casa y encontró la nota. Estaba firmada «Sinceramente, Kirby A.» y decía que estaría en el parque a las nueve. ¿Por qué habría elegido el parque? Más bien, ¿por qué semejante acusación? ¡Qué cosa más peregrina! Lo uno tenía tan poco sentido como lo otro. El sobre no tenía sello; el mismo Allbee debía de haberla echado al buzón. Lo más probable es que fuera él quien había tocado el timbre.

—Sí que calcula bien el tiempo ese Núñez —gruñó Leventhal mientras empezaba a subir las escaleras.

Se durmió enseguida y profundamente. Cuando sonó el despertador que tenía sobre la mesilla de noche, lo hizo parar apretando la palanca. Después se acurrucó junto a la ventana —estaba desnudo— y miró por encima del alféizar. Aunque no eran más que las siete y media, la calle parecía ya abrumada por el calor y por la luz. Las nubes colgaban pesadamente y se trasladaban con lentitud. Hacia el sur y el este el aire tenía un color bronceado, las fábricas —almagre y marrón— empezaban a arder como rescoldos, enfrentándose masivamente con el sol y el ardiente entramado verde de los puentes. El áspero traqueteo de camiones y trenes subterráneos lo rodeaba por todas partes. Núñez estaba delante de la casa, limpiando la acera con un cubo de agua y el muñón de una escoba. Su mujer trabajaba en las jardineras. Había colocado unos cordones blancos que llegaban hasta el dintel; y estaba inclinada hacia fuera, ensortijando en ellos unas enredaderas.

Leventhal se lavó y afeitó. La nota de Allbee se había quedado sobre la mesa de la cocina. Volvió a leerla y la tiró después en el cubo de la basura, junto al fregadero. Iba a dejar caer la tapa con violencia, pero se contuvo —se estaba comportando como lo habría hecho el día anterior, después de agotársele completamente la paciencia— y, casi sonriéndose, la colocó suavemente y empujó el cubo hacia la pared con el pie. Se le podía perdonar que el día anterior perdiera la paciencia y hasta la cabeza. ¡Vaya día! Con toda la carga que ya llevaba encima, aparece el tal Allbee y pone las cosas un poco más difíciles. Seguramente se habría pasado años dándole vueltas al asunto hasta convencerse de que Rudiger le había despedido por culpa de aquella entrevista. Era bien cierto que Rudiger tenía un carácter abominable y probablemente había nacido ya con mal humor, pero ni siquiera él despediría a un empleado a causa de alguien que hubiese recomendado, sino por algo que esa persona hubiera hecho. «¿Cómo se le iba a ocurrir?», se preguntó Leventhal. «No despediría a un hombre que trabajara bien; nunca». Era absurdo. A Allbee le habrían despedido por emborracharse. ¿Cuándo se ha visto que un borracho reconozca que sus dificultades le vienen de la bebida? Especialmente si está hundido en alcohol hasta las cejas. Y el tal Allbee lo estaba.

Se puso los arrugados pantalones de verano de color marrón que había dejado caer al pie de la cama la noche anterior y unos zapatos blancos. Se acordó de cerrar las ventanas y echar las cortinas. La habitación quedó a oscuras. Cogió un pañuelo de la cómoda y se tropezó con una declaración sobre deducciones en los impuestos con fecha de aquel año, sombrío recordatorio de Mr. Beard y de la oficina. En lugar de guardar aquellas cosas en el escritorio —que era donde tenían que estar—, Mary tenía la costumbre de ponerlas debajo de la ropa blanca. Irritado, Leventhal escondió el papel más abajo y cerró el cajón de un manotazo. Salió de la casa con el ceño fruncido. Beard le haría llamar probablemente y el motivo aparente sería alguna equivocación que habría conseguido desenterrar Dios sabe dónde. O quizá delegara

en otro... ya lo había hecho anteriormente; quizá en Millikan, su yerno, el de la nariz respingona y el rostro informe. «Si lo azuza contra mí...», pensó. Pero no se le ocurrió ninguna amenaza. Y tuvo de pronto la impresión de que había descansado mal. Tenía las piernas cansadas, le dolía la cabeza y en cuanto a los ojos —los estuvo examinando en el espejo alargado que había en la columna delante de la cafetería— estaban inyectados en sangre: parecía agotado. Movi6 la cabeza lleno de preocupación. Las esquinas del cristal llameaban con el azul y el rojo del espectro solar.

Durante un rato estuvo tan preocupado con lo que le esperaba en la oficina que se olvid6 de Allbee. No volvi6 a pensar en 6l hasta que tom6 el metro. Todav6a le preocup6 m6s que anteriormente. Semejante acusaci6n, viniendo de una persona sobria —es decir, una persona normal, alguien a quien habr6a que tener en cuenta— no ser6a un problema despreciable. Trat6ndose de Allbee, era un golpe de efecto: la nota, el timbrazo, la representaci6n. Aunque no del todo, porque un golpe de efecto era algo totalmente deliberado, y pod6a ponerse en duda que aquel peculiar, derrotado y, con toda probabilidad, sufriente Allbee fuera capaz de controlar sus actos. ¿Sufriente? Por supuesto, se dijo Leventhal con absoluta seriedad: arruinado, viviendo en alguna pensi6n mugrienta, pasando las horas muertas en los bares, durmiendo durante d6as enteros, recogido en las calles por la camioneta de la polic6a o por la ambulancia, acosado por equivocaciones y faltas propias que su mente convert6a en malas pasadas en contra suya; y aquel girar y revolverse de ideas y sentimientos, aquel girar vertiginosamente: todo el mundo lo hab6a experimentado, pero para un hombre as6, todos aquellos pensamientos dando vueltas y m6s vueltas ten6an que ser una cosa horrible y siniestra. En algo parecido pensaba Leventhal cuando dec6a en algunas ocasiones que se hab6a salido con la suya. Pero (sin considerarlo como un m6rito; 6l pod6a haber ca6do de otra manera) su car6cter era diferente. Algunos hombres, comport6ndose como si tuvieran un caballo entre las piernas, cruzaban la vida al galope. O por lo menos pensaban que pod6an hacerlo. 6l no era as6.

Hab6a visto a Allbee varias veces en casa de Williston. En aquellos d6as dif6ciles, cuando 6l andaba a la caza de un empleo, los Williston daban fiestas con mucha frecuencia. Quiz6a las dieran todav6a; no los ve6a desde a6os atr6s. Como eran compa6eros de cuarto, a 6l y a Harkavy sol6an invitarlos juntos. Harkavy no le ca6a simp6tico a Allbee y Leventhal recordaba c6mo a 6l le hab6an ofendido de hecho varias de las observaciones de Allbee y su actitud en general. Mrs. Allbee era una rubia que hablaba muy poco. Se pregunt6 que habr6a sido de ella; ¿lo habr6a dejado, divorci6ndose de 6l? Descubri6 que conservaba su imagen con toda claridad, que recordaba la firmeza de su rostro y la forma de sus ojos grises. Por aquel entonces pensaba que aquel marido que haraganeaba a su lado con una copa, mirando a los otros invitados y sonriendo, no se la merec6a en absoluto. Se dir6a que Williston le hab6a pedido que los clasificara, tal era la atenci6n con que los examinaba, recostado

en el sofá, con las largas piernas extendidas, y el rostro en una sonrisa constante. De cuando en cuando hacía un comentario para su mujer, clavando la mirada en alguien hasta tal punto que resultaba desagradablemente evidente quién era el objeto de sus críticas. A Harkavy lo elegía con frecuencia, cosa que molestaba a Leventhal, aunque el mismo Harkavy nunca parecía darse cuenta de aquellas miradas persistentes.

Hay que admitir que Harkavy atraía muchas miradas. Le gustaba hablar y, por alguna razón, en aquellas fiestas se animaba enseguida. Cualquier insignificancia le entusiasmaba, y cuando hablaba sus manos se echaban a volar y sus cejas se alzaban, aguzando el perfil de su nariz. Tenía ojos claros, redondos y sin profundidad; su cabello rubio iba desapareciendo al crecerle las entradas y sus rizos eran cada vez más malos. Allbee lo estudiaba, sonriente y curioso; Harkavy parecía deleitarle. Tuvo sin duda que decir algunas cosas bastante ingeniosas acerca de él porque a veces hacía sonreír a su esposa, quien, por regla general, no se daba por enterada de sus observaciones. Quizá Harkavy se diera cuenta de esto. Leventhal nunca se lo había preguntado, pero es posible que fuera así, porque todos sus rasgos, especialmente los judíos, se acentuaban. Se exhibía haciendo imitaciones de subastadores y en realidad caricaturizando a su padre. Leventhal le miraba sin sonreír e incluso con gesto de desagrado. Las risas y los aplausos más bien ambiguos, iniciados a veces por Allbee, parecían excitar a Harkavy, con lo que volvía a empezar, exagerando más la nota. Los Williston se reían como los invitados, aunque con más moderación y con algún síntoma de ansiedad a causa de Allbee. El mismo Leventhal, a veces, no podía por menos de participar. Pero estaba molesto.

El incidente a que Allbee había hecho referencia se produjo una noche en que Harkavy y una chica que llevó a la fiesta estaban cantando espirituales y viejas baladas. Era tarde y todos los demás, más bien cansados, guardaban silencio. Aquella noche Harkavy se había mostrado un poco más comedido que de ordinario. No cantaba bien, pero al menos no provocaba risas ni trataba de conseguirlas. Tampoco la chica cantaba bien; no se sabía las letras. Pero resultaba agradable, de todas maneras. A mitad de una balada Allbee les interrumpió. Aunque después lo negara, estaba borracho.

—¿Por qué canta esas canciones? —dijo—. Usted no puede cantarlas.

—¿Por qué no, si se puede saber? —dijo la muchacha.

—Vaya, también usted —contestó Allbee, sonriendo solo con una comisura, como acostumbraba—. No está bien que las canten. Tienes que llevarlas en la sangre. Si no, no tiene sentido intentar cantarlas.

Su mujer intervino.

—No le hagan ningún caso —dijo—. Las cantan ustedes muy bien.

—Siii, ya lo creo que sí —dijo Allbee desdeñosamente.

—Muchas gracias, Mrs. Allbee —dijo Harkavy—. Es una canción preciosa.

—Sigue, Dan, sigue —le pidió Phoebe Williston.

Y Leventhal dijo:

—Canta lo que falta.

—Voy a hacerlo —replicó Harkavy, y volvió a empezar.

—¡No, no, no! —interrumpió Allbee de nuevo—. No debería cantar esas viejas canciones. Hay que llevarlas en la sangre.

Su esposa enrojeció y dijo:

—Kirby, no seas así.

—No tiene importancia, señora. —Harkavy hundió la barbilla y cruzó los brazos, sus ojos redondos llenos de incertidumbre.

—Canta, Dan —dijo Leventhal.

—Cante un salmo. No pongo reparos a que cante. Cante uno de los salmos. Me encantaría oír uno. Se lo aseguro —dijo Allbee.

—No sé ningún salmo.

—Entonces, cualquier canción judía. Algo con lo que usted se sienta de verdad compenetrado. Cántenos esa que habla de la madre. —Y con un gesto de vivo interés deformado por la borrachera se inclinó hacia delante, apoyándose en las rodillas, y fingió que se preparaba a escuchar. Resultaba evidente para todo el mundo que se sentía extraordinariamente satisfecho consigo mismo; sonrió a Harkavy y a la chica y dirigió también una mirada a Leventhal. Su mujer dio la impresión de desentenderse calladamente de él. Los Williston estaban desconcertados. Allbee era amigo suyo, no un simple conocido, y más adelante Williston trató de excusarle y de quitarle importancia al insulto.

Eso era lo que había pasado. Leventhal se enfadó, naturalmente, pero se le pasó pronto. ¿Creía Allbee que para vengarse de una cosa como aquella se había tomado tantas molestias? Era un imbécil si pensaba así. Sobrevaloraba la magnitud del insulto y su propia capacidad para insultar. ¿O pensaba quizá que aquella noche había revelado algo que antes no resultaba evidente? En ese caso era doblemente idiota. «Y si yo estuviera enojado, ¿es eso lo que haría?», pensó Leventhal. «Ese tipo se da muchísima importancia por nada. ¿Quién se cree que es?».

El que después le pidiera a Allbee una presentación para Rudiger debería haber bastado para demostrar la importancia que le daba al incidente. Por aquel entonces el empleado de Williston había vuelto de Arizona y Leventhal buscaba otro empleo. Williston le dio una excelente carta de recomendación que hacía más fácil conseguir entrevistas. Sin embargo, tuvieron que pasar varios meses antes de que lo contratara Burke-Beard y compañía; durante aquellos meses Leventhal estaba desanimado y se hizo otra vez pendenciero, difícil, quisquilloso, con tendencia a exagerar, ilógico y demasiado confiado. Williston llegó a enterarse de esto, lo mandó llamar y le echó un rapapolvo. Leventhal se sentía lleno de amargura, tuvo sospechas de él e intentó devolverle la carta de recomendación: un gesto estúpido, se daba cuenta ahora. Pero entonces pensó que Williston se arrepentía de haberla escrito.

Fue idea del mismo Leventhal acudir a Allbee para un posible empleo en Dill's. Williston se mostró de acuerdo y es posible que hubiera mediado personalmente para

conseguir que Allbee lo presentara a Rudiger. O quizá Allbee aceptara pensando reparar así su desafortunada intervención. Williston trataba continuamente de quitarle importancia. Tendrías que conocer a Allbee cuando estaba sereno, decía; es un hombre inteligente y una persona muy decente. Su educación puritana en Nueva Inglaterra era la responsable de sus excesos en la bebida; había eclesiásticos en su familia, influencias que superar, y una vez que las hubiera superado sería un hombre distinto. Leventhal reconoció sin el menor entusiasmo que muy bien podía ser así; no tenía ningún resentimiento personal contra él.

—Le quedaré muy agradecido si me presenta. Sería una gran suerte conseguir un empleo en una publicación como esa.

La entrevista en Dill's todavía le preocupaba.

Rudiger le hizo esperar casi una hora en la sala de espera y unos minutos más ya dentro de su despacho. Estaba viendo cómo varios remolcadores arrastraban un enorme trasatlántico río arriba y se hallaba de espaldas a la puerta. Pero tan pronto como se volvió, Leventhal supo que no tenía ninguna esperanza; ya antes de que pronunciara la primera palabra vio que no quería darle trabajo. Era un hombre de corta estatura, de facciones anchas y tez encarnada; su cabello tenía una intensa coloración roja. Lucía un bigote rubio que apenas dejaba crecer, dominado por una poderosa nariz con los cartílagos muy separados en la punta. Habló con energía, de forma perentoria, muy deprisa, y con voz ronca. En un principio Leventhal pensó: «Lo he pillado en un mal momento». Después, no fue ya capaz de decidir si lo había encontrado en una situación anímica de gran tensión, nada habitual, que le impulsaba a ser cruel o si Rudiger le había tratado como trataba de ordinario a las personas que no quería emplear y que le hacían perder el tiempo. Al contárselo a Harkavy aquella misma tarde, Leventhal dijo: «Echaba humo como una caldera. No he visto nunca nada parecido».

—¿Y bien? —dijo Rudiger, poniendo las manos sobre la mesa. Es posible que estuviera deteniendo momentáneamente el impulso de volver junto a la ventana.

Leventhal empezó a hablar y Rudiger le interrumpió con:

—No hay plazas libres, no tenemos sitio aquí. Estamos a tope. Vaya a algún otro sitio.

Leventhal dijo a trompicones:

—Pensé que quizá habría un hueco. No sabía... ¿No le mencionó Mr. Allbee mis deseos?

Rudiger le contempló unos momentos. Se hallaban en el piso sesenta del edificio Dill. El sol estaba mucho más allá de las negras y deslustradas agujas y de los pináculos de los rascacielos que quedaban más abajo.

—¿Qué experiencia tiene usted? —preguntó Rudiger.

Leventhal se lo explicó.

—No, no, eso no me interesa. ¿En qué periódicos ha trabajado?

—En ninguno —dijo Leventhal, más bien nervioso.

Rudiger explotó, encolerizado:

—Entonces, ¿por qué demonios me está haciendo perder el tiempo? ¿Qué hace usted aquí? Váyase. Santo cielo, viene a molestarme cuando estoy ocupado y no tiene una maldita cosa que ofrecer.

—Siento haberle importunado. —Leventhal hablaba muy envarado, para no poner de manifiesto su sobresalto.

—Esto es una revista de información general. Si no tiene usted experiencia en ese campo, aquí está de más. ¿Es que nos toma por una escuela de formación profesional?

—Pensé que podría hacer el trabajo. He leído su revista y pensé que podría hacerlo.

Pronunciaba despacio las palabras, deteniéndose a veces, y al terminar agachó la cabeza.

—Eso es lo que usted cree, ¿eh?

—Sí... —Estaba empezando a recuperar la presencia de ánimo—. Ignoraba que mi experiencia no fuera la adecuada para usted. Tengo una carta de Mr. Williston. Dice que le conoce a usted.

Leventhal se llevó la mano al bolsillo. Pero Rudiger exclamó:

—No quiero verla.

—Bueno, Mr. Williston dijo que en su opinión podría desenvolverme con un trabajo aquí...

—Nadie le ha pedido su opinión. No me importa lo que diga.

—Creo que Williston sabe lo que se dice. Siempre respeto sus puntos de vista.

—Yo sé lo que me traigo entre manos. Olvídense de Williston. Nadie tiene que decirme lo que hace falta aquí, y usted no reúne las condiciones.

—Probablemente sabe usted lo que se trae entre manos —dijo Leventhal impasiblemente, sin alzar la voz, echando la cabeza hacia delante—. No voy a decir que no lo sepa. Pero su revista no es una cosa tan especial. La he leído, como le decía antes.

Leventhal se puso un cigarrillo en la boca y, sin pedir permiso a Rudiger, cogió una caja de cerillas que tenía sobre la mesa, sacó una, la encendió y la arrojó después a un cenicero. Aunque estaba furioso y con los nervios en tensión, lograba dar una impresión de despreocupada calma.

—Cualquiera que sepa escribir en inglés puede escribir para Dill's. Si usted le hiciera una prueba a una persona y después pensara que no daba la talla, sí diría que sabe usted lo que se trae entre manos. Pero eso de la experiencia periodística no es más que un prejuicio, Mr. Rudiger.

Rudiger gritó:

—Prejuicio, ¿eh?

Leventhal comprendió que el otro no era invulnerable y para entonces se había creado ya una atmósfera de hostilidad agresiva a la que ninguno de los dos era capaz

de sobreponerse.

—Claro que sí —dijo Leventhal, sin perder la calma—. Así se crean los gremios. Los que están fuera no tienen la menor posibilidad. Pero de hecho usted debería pensar primero en la revista y contratar a las personas que sean capaces de hacer un buen trabajo. No le haría ningún daño.

—¿Cree usted que sería capaz de mejorar la revista?

Leventhal replicó que cualquier otro nuevo punto de vista, además del suyo, no le haría ningún daño. La seguridad que sentía en sí mismo era enorme, y tan fuera de lo habitual que, a pesar de su calma, era como si estuviera poseído o inspirado, y dijo cosas que su memoria, limitada por la costumbre, fue incapaz de retener. De manera que Leventhal no podía precisar ahora lo que dijo después. Recordaba algo como: «Si uno va a la tienda a por un producto, ya sabe lo que le van a dar cuando compra una marca corriente. Se abre la lata y el producto está dentro. No se siente desilusión ni alegría. Es un producto corriente». Se sintió incapaz de seguir recordando, como si se tratara de un momento de enajenación mental, y notó que su rostro enrojecía; imaginó que podía estar desfigurando el recuerdo, haciéndolo peor de lo que había sido, pero incluso una décima parte de aquello resultaba desastroso.

Luego, con el rostro desencajado, Rudiger dijo:

—Entonces, ¿para qué ha venido usted aquí si la revista es tan mala?

Y él contestó:

—Da la coincidencia de que necesito un empleo.

El aire entre ellos tuvo que vibrar, tan cargado estaba de insultos y de ira. En ningún caso podía Leventhal imaginarse haciendo ahora lo que había hecho entonces. Pero en aquella ocasión estaba decidido a no dejarse avasallar. Eso era lo que se había dicho a sí mismo. «Cree que todo el mundo que va a verle está dispuesto a dejarse pisotear». Demasiadas personas que buscaban trabajo estaban dispuestas a permitir cualquier cosa. La costumbre de decir que sí era fuerte, terriblemente fuerte. A esas personas se les podía decir cualquier cosa: se les llamaba imbéciles y sonreían, se ridiculizaban sus creencias y seguían sonriendo, se les despreciaba y quizá enrojecieran pero seguían sonriendo, porque no podían permitirse el lujo de decir que no. Y Rudiger estaba acostumbrado a eso.

—¡Váyase! —gritó Rudiger. Su rostro había adquirido un color purpúreo. Se puso en pie apoyándose en uno de sus fornidos brazos mientras Leventhal, sin dejar traslucir enojo ni satisfacción, aunque experimentaba ambas sensaciones, también se alzaba, y decía, mientras alisaba su sombrero verde:

—Tengo la impresión de que no soporta usted que le lleven la contraria, Mr. Rudiger.

—¡Fuera, fuera! —repitió Rudiger, proyectándose hacia delante sobre el escritorio, apoyado en los dos brazos—. ¡Fuera, chiflado, que tenía usted que estar en el manicomio! ¡Fuera! ¡Lo suyo es una camisa de fuerza!

Y Leventhal, camino de la puerta, se volvió y le replicó; hizo un comentario sobre

personajes de pacotilla y vagones vacíos. Creía que no había dicho nada más, a pesar de que Allbee le acusaba de utilizar palabrotas. Es cierto que dijo algo sobre lo ruidosos que eran los vagones vacíos. Su malestar actual no sería mayor, aunque hubiera usado palabrotas. Sí recordaba, y con gran claridad, que se sentía alborozado. Se felicitó a sí mismo. No había permitido que Rudiger lo avasallara.

Fue inmediatamente a ver a Harkavy y le contó toda la historia en la cafetería de la esquina. Al otro le encantó:

—¿Le dijiste eso a Rudiger? ¡Caramba, tiene que haber sido algo digno de verse! Te lo digo en serio, Asa. Ese hombre es una bestia. He oído las historias que cuentan de él. ¡Una bestia de tomo y lomo!

—Sí. Pero hay que acordarse de una cosa, Dan. —Leventhal se sintió repentinamente deprimido—. Un tipo como él puede crearme dificultades: hacer que me pongan en la lista negra. ¿No te das cuenta...?

—Ni hablar, Asa —dijo Harkavy.

—¿Crees que no?

—En absoluto. ¿Quién te crees que es?

Harkavy le miró con sus ojos claros y redondos llenos de reproches.

—Es todo un personaje.

—No puede hacerte nada. Hagas lo que hagas, no dejes que se te metan esas ideas en la cabeza. No va a perseguirte. Y ten cuidado, porque tienes tendencia a dejarte llevar por ideas de ese tipo. Le has dado lo que se merecía y no puede hacer nada. Quizá ese Allabee, o como se llame, le instigó a hacerlo, quizá quería jugarle una mala pasada. Ya sabes cómo funciona: «Hay un tipo que me está fastidiando. Hazme el favor de apretarle las clavijas cuando aparezca por aquí». De manera que Rudiger lo hace. Bueno, pues resulta que tira piedras a su propio tejado. ¿Me sigues? Eso es lo que ha hecho, tirar piedras a su propio tejado. De manera que ya se habrá dado cuenta de que la culpa ha sido suya y de que se lo tenía merecido. ¿Cómo sabes que no estaba preparado?

—¿Tú crees? No sé qué decirte. Y yo no le di la lata a ese Allbee. Solo se lo pedí una vez.

—Quizá no fuera cosa suya. Pero puede que sí. Es una posibilidad. A un amigo mío, Fabin, le pasó una cosa parecida. Tú lo conoces. Se las hicieron pasar moradas y luego resultó todo un engaño. Solo que él no replicó como tú lo has hecho. Tú has hecho lo que había que hacer y no tienes por qué preocuparte.

Sin embargo, Leventhal no se quedó tranquilo. Y al volver a pensar en ello le asustó aquella referencia a una persecución hecha por Harkavy. Dan usaba palabras así tanto si encajaban como si no. La indignación de Rudiger no era imaginaria y era un hombre temible. Las listas negras existían; eso lo sabía todo el mundo. Por supuesto, nunca había trabajado para Rudiger y Rudiger no podía ponerlo en una lista negra de antiguos empleados. Tendría que ser necesariamente por un procedimiento secreto, utilizando muchas influencias, privadas y profesionales. No cabía duda de

que Rudiger era un hombre influyente, poderoso. ¿Y quién sabía cómo se hacían estas cosas, qué canales se utilizaban? Era de una estupidez manifiesta que Harkavy hablara de persecuciones imaginarias.

En los días que siguieron Leventhal llegó a sospechar que la lista negra existía de verdad, porque le fueron rechazando en una firma tras otra. Solo cuando encontró su empleo actual se habían desvanecido sus sospechas y había dejado de tenerle miedo a Rudiger.

Beard no lo mandó llamar; los celos de Leventhal carecían de fundamento. Cuando se encontraron aquella tarde en los servicios, el viejo no se mostró afable, pero tampoco tan desagradable como Leventhal esperaba. Le preguntó incluso por sus dificultades familiares. Fue Leventhal quien se mostró más distante.

—¿Era tan urgente como usted creía? —dijo Beard.

—Desde luego —replicó Leventhal—. Y, además, mi hermano está fuera. Tengo que cuidar de su familia.

—Ya entiendo. Es lógico. Su hermano tiene familia, ¿no es eso?

—Dos hijos. Está casado con una italiana.

—Ah, un matrimonio mixto.

Leventhal asintió con una leve inclinación de cabeza. Mr. Beard se sacudió las manos que goteaban y las secó con una toalla que llevaba sobre el hombro. No usaba las toallas de papel. Con voz apenas más alta que un susurro hizo un comentario sobre el calor, se secó la descolorida frente y salió, apretándose el cinturón y tirándose del chaleco blanco, con su figura de hombros redondeados, cabeza calva y codos desproporcionadamente grandes. La relativa cordialidad del anciano le hizo sentirse más tranquilo. Lograron terminar el número sin él. No había sido tan catastrófico; Fay y Millikan se habían quedado una hora más. Él habría hecho lo mismo en un caso parecido. Ya le había sucedido más de una vez. Y podía haberse puesto enfermo él mismo. Un hombre no estaba hecho de partes metálicas. Maldita sea, el viejo Beard podía haberle dejado ir sin poner tan mala cara. A Leventhal le agradaba, sin embargo, haber mencionado la procedencia de Elena. ¡Matrimonio mixto! Había brotado de sus labios instantáneamente. Se preguntó cómo podría insinuarle al anciano que le había oído el día anterior o, por lo menos, que no se hacía ilusiones. Quería que lo supiera.

Camino de su escritorio se encontró con Millikan, nervioso, amarillento, con su cara alargada y su esbozo de bigote. También llevaba una toalla, y se acercó señalándole con ella. ¡Cómo imitaba a su suegro!

—Al teléfono, Leventhal. Miss Ashmun le ha estado buscando.

—¿Quién me llama?

Leventhal se sintió repentinamente lleno de ansiedad. Se acercó a toda prisa al escritorio.

—¿Asa?

Era Elena.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Sucede algo?

—El niño está peor. Mickey... —le oyó decir. Luego su voz se hizo más aguda y empezó a hablar incoherentemente.

—Más despacio, Elena, más despacio, haz el favor. No te sigo. ¿Qué es lo que está pasando? —Temió, con el corazón en un puño, que también ella estuviese empeorando—. Dime con calma lo que sucede.

—Quiero un especialista.

—¿Por qué no mandas al niño al hospital?

—Quiero que un especialista venga a casa.

—¿Qué dice tu médico?

—No ha venido hoy. Ni falta que hace. ¿De qué le sirve a Mickey? No hace nada. Ni siquiera viene cuando sabe que el niño está tan enfermo. ¿Me oyes, Asa? Quiero una persona con prestigio.

—De acuerdo. Pero si aceptaras mi consejo sobre el hospital...

De nuevo Elena empezó a gritar de manera incoherente, con voz muy aguda. Leventhal lanzó exclamaciones y le hizo preguntas, pero apenas consiguió otra cosa que sus persistentes «¡No! ¡No, no, no!». Él trató de interrumpirla. Fue la telefonista, dejando caer la moneda con un zumbido mecánico, quien consiguió pararla. Elena, asustada, gritó:

—¡Asa!

—Te oigo. Todavía no nos han cortado. Escucha, encontraré otro médico e iré yo también cuando salga de trabajar.

—Un especialista... No quiero a nadie más.

La telefonista pidió dos veces otra moneda.

—¡Cállese! —dijo Leventhal, finalmente, exasperado—. ¿No puede esperar un segundo?

Pero ya se había cortado la comunicación. Dio un golpe con el teléfono al colgarlo y lo empujó a un lado con el codo. Miss Ashmun parecía desconcertada. Leventhal la contempló con expresión sombría y enseguida descolgó otra vez el teléfono. Llamó a los Harkavy. Julia, la hermana de Harkavy, tenía una hija y estaría en condiciones de recomendar un buen médico. La madre de Harkavy le contestó. Quería mucho a Leventhal, y le habló con gran cordialidad, preguntándole por su mujer.

—Pero imagino que quieres hablar con Dan'l. ¡Dan'l! —llamó—. Hoy está en casa.

Leventhal le explicó enseguida que quería hablar con Julia. Después sintió no haber aprovechado la oportunidad para preguntarle a Harkavy por Kirby Allbee. Pero ¡vaya momento para acordarse de él!

Después de cenar apresuradamente un sándwich y un refresco en un quiosco cercano al ferry, Leventhal hizo la travesía hasta Staten Island. Subió a cubierta con las manos en los bolsillos de su chaqueta arrugada, que llevaba con todos los botones abrochados. Sus zapatos blancos estaban sucios. Situado junto a un salvavidas, la frente oscura brillando débilmente bajo sus cabellos espesos y mal peinados, miraba hacia el agua con semblante sereno; no parecía tan abrumado como en realidad se sentía. El agua informe, en continuo movimiento, de color amarillo verdoso, resultaba totalmente opaca; las gaviotas iban y venían; el barco se deslizaba hacia el deslumbrante resplandor. Una barcaza rociaba con pintura anaranjada el casco de un buque de carga que apuntaba hacia lo alto, levantando la proa sobre la nube torpe y espesa. Seguramente, en cualquier Singapur o Surabaya el sol no calentaba con más fuerza las cadenas, las planchas y los raíles de los barcos anclados en sus puertos. Un petrolero, rumbo al mar, cruzó la trayectoria del ferry, y Leventhal, siguiéndolo con la vista, se imaginó el cuarto de máquinas; tenía que ser terrible, pensó, en un día como aquel: los hombres casi desnudos en el pasadizo del pozo, mientras el gigantesco barco avanzaba entre sudores de aceite, gracias al esfuerzo de las máquinas. Cada revolución tenía que ser una nueva fatiga acumulada sobre los corazones y las costillas de los árboles de levas, tan cerca de la quilla, debajo del agua. Las torres del puerto se alzaban en enormes bloques, requemados, humeantes, grises, y de un blanco puro allí donde el sol las iluminaba directamente. Por la mente de Leventhal pasó de refilón la idea de que la luz que caía sobre ellas y sobre el agua era semejante al amarillo que asomaba en las pupilas de los animales salvajes, en las de un león, por ejemplo: algo inhumano a lo que nada humano le importaba, y que, sin embargo, también existía en todos los hombres —una partícula diminuta— que respondía en el interior de cada uno al calor y al brillo deslumbrante, a pesar del cansancio que provocaban, e incluso a las cosas ásperas, salobres, heladas, a todas las cosas difíciles de soportar. La costa de Jersey, amarilla, tostada y llana, apareció a la derecha. Se alzó la estatua de La Libertad y enseguida empezó a deslizarse hacia atrás; resultaba negra en el aire tembloroso, nada más que un trenzado negro que se alzaba del suelo como si fuera humo. Tablones a la deriva y canastas llenas de agua, a punto de irse a pique, se agitaban con el oleaje que causaba el barco.

El especialista estaba ya en camino. Sin embargo, lo que pudiera hacer dependía de Elena. Los casos contagiosos iban al hospital, y se avisaba a las autoridades sanitarias. Pero el primer doctor parecía haber renunciado a imponer su criterio, y lógicamente conocía las disposiciones legales. Leventhal se preparó para enfrentarse con Elena haciendo de tripas corazón. Mientras ella no cediera, todos los especialistas del mundo serían inútiles. La perspectiva de inmiscuirse, de lanzarse al rescate del niño, le repugnaba; le hacía comprender, más que nunca, que él era un extraño. Pero ¿qué se podía hacer con Elena? En primer lugar, si el niño hubiera estado bien

cuidado quizá no habría caído enfermo, y a juzgar por lo que él había visto... incluso su miedo a los hospitales demostraba su falta de condiciones para criar hijos. Algunas personas dirían que los quería y que su amor compensaba sus deficiencias, para no tener así que mirar con demasiado detenimiento esas deficiencias. Amor, claro que sí. Pero, aunque la madre y el hijo estuvieran unidos de esa manera, si el niño moría por culpa de su ignorancia, ¿seguía siendo una buena madre? ¿Debería alguna otra persona —Leventhal lo pensaba con toda seriedad— arrogarse el derecho de separar al niño de la madre? ¿O debería considerarse el destino de los dos uno y el mismo y decir que la muerte del hijo era asunto de la madre, solo porque ella sería quien más sufriera a causa de su muerte? En ese caso no se consideraba al niño como persona y, ¿era eso justo? Bueno, ese era el sentido de la impotencia, eso era lo que quería decirse cuando se usaba la palabra. Recordando eso podía entenderse por qué los niños pequeños lloraban a veces de la forma que lo hacían. Era como si fueran incapaces de comprenderlo. Injusto, pensó Leventhal, por no llamarlo trágico.

Se acordó de su desgraciada madre, cuyas facciones, nada delicadas, y negros cabellos, apenas era capaz de reproducir. Invariablemente se la imaginaba con expresión ensimismada, pero de hecho no estaba seguro de que su expresión fuera ensimismada. Quizá no hacía más que adjudicársela. Y cuando examinaba más detenidamente su idea de ella, se daba cuenta de que lo que realmente quería decir con ensimismada era trastornada; un rostro familiar, en el que, sin embargo, no había nada relacionado con él. Un rostro que le asustaba; le asustaba que algo parecido se manifestara en él. Su relación con Harkavy se había enfriado durante una temporada, a raíz de su comentario sobre persecución. Conociendo su historia, ¿cómo era posible que Harkavy le dijera una cosa así? Pero terminó por convencerse de que Harkavy era simplemente atolondrado, y que no tuvo plena conciencia de lo que estaba diciendo. Hasta que empezaba a hablar, el mismo Harkavy no sabía las palabras que iba a usar. De manera que le había perdonado, pero ahora Leventhal era más consciente de su susceptibilidad ante observaciones de aquel tipo. Le asustaba que la verdad sobre sí mismo fuera algo tan evidente que el mismo Harkavy pudiera notarlo.

Una noche en la cama, ya tarde, había hablado con Mary de sus temores. Ella se había reído de él. ¿Por qué daba por buena la explicación de su padre sobre la enfermedad de su madre? Y era cierto que Leventhal nunca se había enterado de los detalles exactos. No tenía más prueba de que hubiera muerto loca que la palabra de su padre. Muchas de las cosas que asustan a la gente pierden todo su horror cuando un médico las explica. Años atrás todo el mundo hablaba de fiebre cerebral; ahora se sabía que tal enfermedad no existía. «Aunque solo fuera por quedarme tranquila», dijo Mary, «yo trataría de averiguar qué fue lo que tuvo». Leventhal prometió entonces que se ocuparía del asunto enseguida, que haría una auténtica investigación, pero hasta el momento presente no había hecho nada en absoluto. En cuanto a sus miedos, le dijo Mary, estaba siempre demasiado dispuesto a creer cualquier cosa acerca de sí mismo. «Eso se debe a que no estás seguro de ti mismo. Si tuvieras un

poco más de seguridad no dejarías que una cosa así te preocupara», le dijo con todo el peso de su confiada fortaleza. Y probablemente tenía razón. Pero, santo cielo, ¿cómo podía uno decir que estaba seguro de sí mismo? ¿Cómo podía saber todo lo que se necesitaba saber para poder afirmar algo así? No era justo. Leventhal se dio cuenta del atrevimiento sin condenar por ello a Mary; sabía que su mujer manifestaba con toda sinceridad sus propios sentimientos.

«La única prueba de que a tu madre le pasaba algo raro es que se casara con ese padre tuyo», terminó Mary. Aquella observación hizo que a Leventhal se le llenaran los ojos de lágrimas, sentado como estaba en la oscuridad, con las piernas cruzadas y la espalda hacia delante, lo más lejos posible de la almohada que tenía detrás. Las palabras de Mary resultaron en conjunto beneficiosas. Hasta que tuviera pruebas más precisas, sus temores eran los temores de un hipocondríaco. La palabra era útil; le daba a su miedo un aspecto divertido. Pero seguía siendo un hecho que, a pesar de aquello, cuando en algún momento recordaba el rostro de su madre su expresión seguía siendo ensimismada.

Contempló los abollados adornos de latón que había en cubierta. Por el momento prefería mostrarse cauto acerca de Elena y suponer que tenía los nervios agotados. Se dejaba llevar, sin tratar de controlarla, por la angustia que una madre o un padre con un hijo enfermo estaban abocados a sentir. Pero cuando Leventhal se permitía a sí mismo ir un poco más lejos, pensar en algo más que nervios agotados y emociones italianas, veía el paralelismo entre ella y su madre y, consiguientemente, entre Max y él y los dos niños. Lo último no tenía tanta importancia. Pero le hizo tener una visión más clara de ambas mujeres considerar que quizá las dos se parecieran. Por lo menos se podía decir que las dos se salían de lo corriente (Leventhal no había olvidado los chillidos de su madre) cuando estaban alteradas: fuera cual fuese la palabra adecuada para expresarlo.

Los manubrios empezaron a rechinar y un portón se abrió con gran estrépito en la caleta de madera pintada de verde del embarcadero. El agua se volvía amarilla y blanca bajo las proas como la nieve cuando lleva ya varios días en las calles de la ciudad. El ferry dio marcha atrás y después, con las máquinas paradas, se introdujo deslizándose, chocando con las tablas cubiertas de musgo. Sobre la larga pendiente de la colina, más allá de los arcos de los barracones, las fachadas de las casas aparecieron de golpe, y Leventhal, mientras bajaba al muelle con el resto de los pasajeros oyó la vibración de los motores de los autobuses delante de la estación.

También esta vez le abrió la puerta Philip. Al reconocer a su tío se hizo a un lado para que pasara.

—¿Y Elena? ¿No está aquí? —dijo Leventhal, entrando en el comedor a grandes zancadas—. ¿Qué tal está el niño?

—Duerme. Mamá está abajo, usando el teléfono de Villani. Dijo que volvería enseguida. —Se dirigió hacia la cocina—. Estaba cenando —explicó desde la puerta.

—Entonces, acaba de cenar —dijo Leventhal. Se puso a pasear intranquilo por la

habitación. Mickey estaba dormido; la segunda alarma parecía ser como la primera. Con la mano en la puerta que daba al vestíbulo estuvo dudando sobre si entrar solo en la habitación del niño. No, sería más prudente no hacerlo; no había manera de saber cómo se lo tomaría Elena.

Faltaba muy poco para la puesta del sol; había luces encendidas en los apartamentos que daban al patio, cuyas paredes, en una breve extensión bajo la cornisa negra, quedaban enrojecidas por la luz del crepúsculo. Leventhal entró en la cocina donde Philip estaba junto a la mesa, sentado en un taburete alto. Tenía delante un tazón con copos de maíz, y les estaba echando leche por encima, levantando la solapa del envase de cartón con la uña del pulgar; enseguida peló un plátano, lo cortó en rodajas, añadió azúcar y tiró la cáscara al fregadero, junto con los platos y cacerolas. Los adornos de papel a lo largo de las estanterías de la alacena crujían debido a la corriente del ventilador, ennegrecido por el humo que giraba posado sobre el armario, veloz como un insecto, y con el peculiar zumbido de sus blandas aspas de goma; hacía pensar en una mosca suspendida bajo el calor y las manchas del techo, y junto a las desconchadas y retorcidas cañerías llenas de uniones, donde Elena colgaba trapos para que se secasen. Las rodillas del muchacho estaban a un mismo nivel con la mesa; cada vez que comía se doblaba en dos, separando ambas piernas. Leventhal pensó que Philip estaba utilizando el taburete en lugar de una silla porque sentía la necesidad de hacer algo extraordinario en su presencia. «También yo hacía acrobacias cuando había visitas», se dijo Leventhal. «Y eso es lo que soy aquí, una visita».

—¿Es eso toda tu cena? —preguntó.

—Cuando hace tanto calor como ahora nunca como mucho. —El muchacho hablaba de una manera bastante meticulosa.

—Tendrías que comer pan y mantequilla, y también verduras —dijo Leventhal.

Philip dejó de comer para lanzar a su tío una breve mirada.

—Apenas cocinamos durante la ola de calor —dijo. Puso los pies en un travesaño todavía más alto, y tuvo que inclinarse aún más para seguir comiendo. Llevaba el pelo recién cortado, con trasquilones en la parte alta y todo el cogote afeitado, trazando una línea que pasaba por encima de sus grandes pero delicadas orejas de piel muy blanca.

—¿Quién demonios te corta el pelo?

Philip volvió a levantar la vista.

—Jack McCaul, que vive en esta manzana. Vamos todos allí; también papá cuando está en casa. Le dije yo que me lo cortara así. Le pedí un corte de pelo para verano.

—Habría que retirarle la licencia por dejarte así.

Lo dijo con demasiada energía, con lo que echó a perder lo que pretendía ser un chiste, de manera que hizo una pausa y se esforzó por encontrar el tono adecuado.

—McCaul no está mal —dijo Philip—. Nos atiende bien. Estaba esperando a que el crío se pusiera bueno para ir juntos. Pero mamá dijo que sería mejor que fuera ya o

iba a tener que comprarme un violín que hiciera juego con mis greñas. Este corte de pelo va muy bien con el tiempo. El año pasado me lo cortaron al cero.

—Bueno, en realidad no tengo nada en contra.

Leventhal le estuvo mirando comer, sintiéndose repleto de simpatía hacia él. «Un muchachito independiente», pensó. «Pero hay que ver cómo lo tratan».

Se sentó junto a la ventana, desabrochándose la chaqueta llena de arrugas, y miró al cielo a través de la abertura del patio, enmarcada en negro. En uno de los otros apartamentos una chica, sentada en un silloncito, estaba cepillando un perro, que bostezaba e intentaba lamerle la mano. Ella le empujaba el hocico hacia abajo. Una mujer en bata atravesó la habitación en ambas direcciones, desde la cocina hasta el vestíbulo. La habitación de Mickey también daba al patio; estaba en la esquina, y si se había despertado quizá fuera capaz de ver a su hermano y a su tío.

—El doctor va a llegar aquí en cualquier momento. —Leventhal se sintió de repente lleno de impaciencia—. Creí que Elena estaba ansiosa de que apareciera. ¿Qué es lo que la retiene abajo?

—Voy a ver.

Philip se bajó de un salto del taburete.

—Sigue cenando. Dime dónde está y yo la encontraré.

Pero Philip estaba ya en el corredor. Leventhal, sin embargo, en lugar de pasos, oyó voces a través de las puertas abiertas. ¿Se había encontrado Phil con Elena que subía ya las escaleras? Se encendió la luz en el comedor, bajo los cristales verdes de la pantalla, y Leventhal vislumbró a una mujer con un vestido negro que se movía junto a la mesa.

—¡Chico! —llamó—. Phil, ¿me oyes?

—Estoy aquí, ven.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja. Trató de ver lo que había al otro extremo de la habitación, más allá de la lámpara.

—Mi abuela.

—¿Ha venido aquí? —dijo Leventhal sorprendido. Le había oído a Max algunas cosas acerca de ella, pero no la había visto nunca. Desde el quicio de la puerta, con aire desconcertado, se dirigió hacia la mesa del comedor, cambiando de dirección cuando la anciana se dio la vuelta y se sentó en el sillón de mohair.

—Este es el hermano de papá —le dijo Philip a su abuela.

Leventhal fue consciente de que prolongaba su inclinación de cabeza hasta convertirla casi en una reverencia; quería mostrarse agradable. La anciana señora le dirigió tan solo una breve mirada penetrante. Más alta que Elena, era enjuta y de espalda muy recta; la cabeza la llevaba también muy tiesa. Lucía unos pendientes de oro de gran tamaño.

El cabello, corto y cano en las sienes, era negro detrás de la cabeza, y estaba recogido en un moño muy apretado. Su vestido también era negro, de seda, y a pesar del calor llevaba un chal sobre los hombros.

Como ella no abrió la boca, Leventhal se quedó en pie indeciso; no parecía prudente decir nada más; sentarse sin recibir una respuesta le resultaría embarazoso. Pero, por otro lado, podía ser descortés volver a la cocina. Quizá interpretaba equivocadamente su silencio. Sin embargo, ella parecía volver la cabeza para evitarlo, y Leventhal tuvo que contener un furioso deseo de obligarla a hacerle frente. Lo cierto, de todas formas, es que ella no había hablado, y no podía estar seguro. Cabía que se equivocara.

—Creía que ibas a buscar a tu madre —le dijo a Philip con tono algo impaciente. Y cuando Philip hizo gesto de marcharse se apresuró a añadir—: Iré contigo.

Había decidido que la mirada de la abuela no tenía nada de amistosa, aunque la polvorienta luz teñida de verde que llegaba a través de la pantalla no facilitara una impresión muy precisa. Pero Leventhal sentía su hostilidad. Con paso cansino —el calor le hacía sentirse pesado— siguió a Philip escaleras abajo hasta el apartamento del vecino. Philip llamó y a los pocos segundos Elena vino apresuradamente hacia ellos, anhelante y asustada.

—Asa, eres tú —dijo—. ¿Y el especialista? ¿Ha venido contigo?

—Dijo que llegaría entre las siete y las ocho. No tardará.

El vecino, Mr. Villani, apareció por la puerta del vestíbulo fumando una tagarnina, y exclamó dirigiéndose a Elena:

—Háganos saber enseguida lo que diga del chico.

Miró a Leventhal sin tratar en absoluto de disimular su curiosidad.

—¿Qué tal? —le dijo.

—Es el hermano de mi marido —explicó Elena.

—Sí, claro —respondió Mr. Villani, sacándose el cigarro de la boca. Leventhal le devolvió la mirada, imperturbable, con ojos solemnes y nada comunicativos que tan solo reflejaban el esbozo de una pregunta protocolaria. Una gota de sudor le corría por la mejilla. Villani hundió una mano en el bolsillo y el pantalón pareció ensancharse—. Se parece usted mucho a Mr. Leventhal, desde luego —dijo. Enseguida se volvió hacia Elena—. Y lo que el doctor le diga, hágalo usted, señora, ¿me oye? Vamos a sacar adelante a ese muchacho, de manera que no se preocupe. Yo creo que no tiene más que una fiebre de verano —le dijo a Leventhal—. Nada serio. Mis chicos la tuvieron. Pero aquí, la señora, es de las que se preocupan.

—Es una cosa muy seria —dijo Elena.

Hablaba tranquilamente, pero Leventhal, observándola muy de cerca y atendiendo en especial a la expresión de sus ojos, sintió un característico pinchazo de temor al verlos dilatarse de repente.

—Vamos, vamos, ¿cómo lo sabe? ¿Es usted médico acaso? Hágame el favor de esperar un poco.

—Creo que tu vecino tiene razón, Elena —dijo Leventhal.

—Claro que la tengo. Es preciso que confíe en el médico. —Un sonido agudo y apasionado se adueñó de su garganta y alzó el brazo en una breve curva, rígida y

elocuente—. ¡No pasa nada! ¡Seguro! Usted hágame caso. Ese chico está perfectamente.

El cigarro brillaba entre sus dedos.

—Tendrá confianza —le aseguró Leventhal.

Empezaron a subir las escaleras. En el cuarto piso Elena se detuvo y, dejando escapar el aliento llena de excitación, exclamó:

—Philie, ¿qué me has dicho antes...? ¿Está aquí la abuela?

—Acaba de llegar.

—¡Dios mío! —Se volvió con ansiosa brusquedad hacia Leventhal—. ¿Te ha dicho algo?

—Ni una palabra.

—Asa, si dijera algo... Le pido a Dios que no lo haga. Déjale que diga lo que quiera. No le hagas caso.

—Claro —dijo él.

—Mi madre es una persona muy extraña. Se portó horriblemente cuando Max y yo nos casamos. Quería echarme de casa porque salía con él. No pude llevarlo allí nunca. Teníamos que vernos fuera.

—Max lo mencionó una o dos veces...

—Es una católica terriblemente estricta. Dijo que si me casaba con alguien que no fuera católico no querría nunca saber más de mí. Que me maldeciría. Y cuando me fui de casa así lo hizo. No volví a verla hasta después de que naciera Philie. Sigo sin verla mucho, pero desde que Mickey está enfermo viene con frecuencia. Pero si Max está en casa se niega a aparecer. Es muy supersticiosa. Conserva todas las costumbres de su país. Piensa que sigue en Sicilia.

Elena hablaba casi en un cuchicheo, tapándose un lado de la cara con la mano.

—No te preocupes. Sabré como tratarla.

—Es su manera de ser —explicó Elena, sonriendo con aire desvalido.

—No tienes que preocuparte más.

La anciana les esperaba en el vestíbulo y empezó a hablar con su hija inmediatamente, mirando a Leventhal de cuando en cuando. Su voz tenía lo que él consideraba como característica aspereza italiana. Su cabeza se alzaba con gran tiesura sobre los negros hombros. Leventhal observó cómo descendía su labio inferior, mostrando los dientes, cuando alargaba una sílaba. Elena, abatida, movía la cabeza y contestaba con frases muy breves. Leventhal trataba de reconocer una palabra aquí y allá. Pero no entendía nada. De repente, Elena interrumpió a su madre, exclamando:

—¿Dónde? ¿Por qué no lo dijiste enseguida, mamá? ¿Dónde está? ¡El médico ha llegado! —le explicó a Leventhal—. ¡El especialista!

Echó a correr. Leventhal, andando detrás de la abuela por el corredor que llevaba al dormitorio, hizo una mueca de indignación, dejando traslucir sus sentimientos, cosa nada frecuente en él. ¡La vieja bruja! Detener a su hija y hacerle escuchar sus

quejas antes de decirle que había llegado el médico. «¡Los padres!», murmuró. «¡Claro, los padres! ¡Menudos son!»». Estuvo tentado de darle un empujón.

Entraron en el dormitorio. El médico había levantado la camiseta de Mickey y estaba auscultándolo. El niño apenas parecía despierto; estaba como embobado y se sometía al examen, apático a causa de la fiebre, alzando los ojos únicamente hacia su madre, más con un gesto de reconocimiento que de súplica. Philip se apoyó en la cama para ver mejor a su hermano.

—Apártate, Phil, que le estás moviendo —dijo Elena.

El doctor miró un momento por encima del hombro. Era un hombre joven de cara larga, sonrosada y enjuta, con gafas de montura dorada sobre unos ojos muy juntos. Mientras apretaba el estetoscopio contra el pecho y los hombros del niño, miraba fijamente a Leventhal, tomándolo sin duda por el padre. A Leventhal le molestó esta confusión al principio. Pero pronto se dio cuenta, sin embargo, de que el médico estaba tratando de decirle que la enfermedad era grave. Sin ser visto por Elena, que estaba doblando la colcha, hizo una abatida inclinación de cabeza, para indicarle que había entendido. El médico dejó caer los auriculares del instrumento alrededor de su cuello y palpó los brazos del niño con sus cuidados dedos de piel sonrosada. Tras la tela amarillenta y rígida sobre la negrura de la ventana se veían unas mariposas nocturnas y helechos, acribillados por los orificios de aquella. El aire de la cocina y los ruidos del patio llegaban hasta la habitación. El niño fue incorporado y el médico le dio la vuelta a la almohada.

—Debería usted limpiarlo con una esponja varias veces al día —dijo el doctor.

—Lo hice a primera hora de la tarde. Volveré a hacerlo enseguida —explicó Elena.

Había estado cuchicheando al oído de Leventhal de cuando en cuando y ahora le hablaba con vehemencia, casi alegremente. Parecía pensar que ya no había nada que temer.

—Me inspira mucha confianza —le dijo a Leventhal, mirando hacia el médico.

Las manos de Leventhal estaban sudorosas y frías. Empezaba a sentirse enfermo por el repentino aumento de su tensión interior. Se limpió la cara pasándose el pañuelo por la mejilla donde ya empezaba a crecerle otra vez la barba, y se le quedó una bolita de pelusa en ella. Estaba seguro de que había interpretado correctamente el mensaje silencioso del médico. La esperanza de Elena le pasmaba. Se volvió, agobiado, para mirarlos a ella y a los niños, y pasaron unos instantes antes de que se le ocurriera que, después de todo, aquello era un problema de su hermano. Inmediatamente se enfureció con Max por estar ausente. En primer lugar, no tenía derecho a irse. Leventhal se palpó la cartera con la mano; era allí donde tenía la tarjeta de Max. Le pondría un telegrama aquella misma noche. No; una carta nocturna por telégrafo era mejor, podía decirle más cosas. Empezó a dar forma al texto mentalmente. «Querido Max, si puedes romper con lo que estás haciendo..., si estás en condiciones de marcharte por algún tiempo...». No trataría de ser diplomático.

Cuanto más duro, mejor. Bastaba con mirar a lo que había dejado tras de sí: esta casa, un apartamento deprimente en un edificio desvencijado; Elena, que quizá necesitara cuidados especiales; los hijos que habían traído al mundo. Leventhal volvió a redactar la carta nocturna. «Haces falta aquí. Urgentemente». Que fuera él, casi un extraño en la familia, quien mandaba el mensaje, debería indicarle a Max lo serio del asunto. ¡Qué historia más triste! ¿Y la abuela? Si al niño le pasaba algo, lo tomaría como una condena del matrimonio. Ella consideraba impuro aquel matrimonio. Sí, Leventhal se daba cuenta de cuáles eran sus sentimientos. Un judío, un hombre de sangre perversa, maldita, le había dado dos hijos a Elena, y aquellas eran las consecuencias. Nadie habría persuadido a Leventhal de que estaba equivocado. Oyendo apenas lo que se decía en la habitación, contempló a la anciana sombríamente; examinó sus sienes canosas, la delgada línea recta de su nariz, la severidad de su cabeza bien erguida sobre los hombros, el que enseñara los dientes cada vez que abría los labios para hacerle alguna indicación a su hija. No, no estaba equivocado. Desde su punto de vista se trataba del castigo inevitable: así era como ella lo veía, como castigo. Aunque sintiera, además otras cosas —después de todo el niño era su nieto—, aquello sería lo primero que pensara.

En aquel momento se dio cuenta de que Elena manifestaba gran agitación y empezó a prestar atención a lo que estaba diciendo. Oyó al doctor hablando del hospital y pensó: «No puede insistir en que se quede aquí el crío. Tendrá que rendirse».

—Ya le dije ayer que debería mandarlo al hospital —intervino.

Elena aún se resistía.

—Pero ¿por qué no va a estar igual de bien en casa? Mejor. Sé cuidarlo mejor que una enfermera.

—Tiene que ir si quiere usted que me ocupe de este caso.

—Pero ¿qué hay de malo en que se quede en casa? —suplicó ella.

—Hay que llevarle —dijo el doctor cerrando los broches de su cartera.

—¿Voy a buscar un taxi? —le dijo Philip a su tío en voz baja.

Leventhal asintió con la cabeza. Philip salió corriendo de la habitación.

## 6

El médico le dijo a Leventhal en el camino de vuelta a Manhattan que en su opinión —aunque necesitaba más pruebas para confirmar el diagnóstico— Mickey padecía una infección bronquial de un tipo muy raro. Repitió el nombre dos o tres veces y Leventhal trató de retenerlo en la memoria, pero no lo consiguió. Eran casos graves; no necesariamente fatales, sin embargo.

—¿Cree usted que podrá ayudarle, doctor? —le preguntó con gran ansiedad, y las palabras de esperanza del médico le animaron.

El barco se separó del muelle; las inmensas coronas de luces sobre los barracones tenían espacio ahora para jugar sobre el agua entre la popa y la orilla.

—Iba a telegrafiar a mi hermano para que viniera —dijo Leventhal (ya había explicado que él no era el padre).

El doctor contestó que no lo creía necesario por el momento. Bastaba con decirle que estuviera preparado. A Leventhal le pareció un consejo razonable. ¿Qué necesidad había de asustarlo antes de tiempo? La cosa no era tan crítica, después de todo. Enviaría a Max una carta nocturna y le dejaría que decidiera por sí mismo si tenía que venir o no. El ferry se arrastraba, atravesando el calor y la oscuridad del puerto. La masa de pasajeros sobre cubierta permanecía inmóvil, como una multitud de almas, cada uno pensando en el sitio al que se dirigía. Los finos cristales de las gafas del médico estaban vueltos hacia el cielo, los dos iluminados exactamente igual por la bombilla que pendía sobre su cabeza. Leventhal quería preguntarle más cosas de la enfermedad. Era poco común. Bien, ¿tenía la medicina alguna idea de por qué una cosa como aquella elegía a un niño en Staten Island en lugar de otro en Saint Louis o Denver, por ejemplo? Un niño entre miles. ¿Cómo lo explicaban? ¿Acaso estaba latente en todo el mundo? ¿Podía ser hereditaria? O, por otra parte, ¿no era incluso más extraño que las personas, tan diferentes, puesto que no había dos con las mismas huellas dactilares, no tuvieran más enfermedades individuales? Liberado de su depresión por las buenas palabras del médico, Leventhal sentía grandes deseos de hablar. Le habría gustado discutir aquello, pero ya había preguntado varias veces el nombre de la enfermedad sin conseguir retenerlo, de manera que el médico debía de tener una pobre opinión de él. Y quizá se mostrara condescendiente con un profano. Leventhal guardó, pues, silencio y pensó: «Bueno, no le prestes atención». Pero siguió dándole vueltas en la cabeza. Contaban que Dios no hacía excepciones con nadie, en el sentido de que las reglas eran las mismas para todos. ¿Dónde estaba escrito? Trató de recordarlo.

Se hallaban en el centro del puerto cuando una brisa se llevó el calor de repente.

Entre las dos orillas, las luces de los barcos, de las señales y de los puentes corrían a la deriva, se arqueaban, rodaban con la marejada, y las sonoras campanas tañían con tono más bien lastimero en el agua cuando la brisa agitaba las boyas. El viento arrojó agua pulverizada sobre cubierta y de cuando en cuando el barco

temblaba, como si el lejano océano tirase de las aguas. Al acercarse al lado de Manhattan, la gente empezó a abandonar los bancos del salón; todo el mundo estaba muy apiñado cuando soltaron las cadenas. Leventhal quedó separado del doctor.

Volvió a casa en el metro, y cuando atravesó la puerta giratoria de acero en su estación y salió a la calle, respiró el aire más fresco con profundo alivio.

Esperaba carta de Mary —le correspondía recibir una— y abrió el buzón rápidamente mientras la perra de Núñez le olisqueaba las piernas. En lugar de una carta, Mary había enviado dos postales totalmente cubiertas de letra menuda. Su madre y ella salían el viernes para Charleston. Habían vendido la casa. Las dos estaban bien y esperaba que también él se encontrara bien a pesar del calor. Hacía el característico tiempo de los veranos de Baltimore: un tiempo que le dejaba a uno completamente abotargado. La segunda postal era diferente; hacía alusiones muy íntimas. Solamente Mary podía escribir cosas semejantes en una postal que cualquier persona podría leer. Divertido, orgulloso, contento de ella, satisfecho más que molesto ante la posibilidad de que los carteros hubieran leído las postales, se las metió en el bolsillo.

—¡Qué! ¿Paso la inspección? —le preguntó a la perra de Núñez—. Ahora lárgate. Agachándose, cogió la cabeza de la perra y la acarició. Empezó a subir las escaleras y la perra le siguió.

—Que te largues, he dicho.

Le cerró el paso con una pierna, luego se volvió rápidamente hacia el interior y cerró la puerta del vestíbulo con violencia.

—¡Vete a casa! —gritó, riendo a carcajadas—. ¡Vete de una vez!

Golpeó sobre el cristal y la perra ladró ásperamente y saltó contra la puerta. Leventhal le dijo a uno de los vecinos, a quien apenas conocía:

—A la perra del conserje le ha dado un ataque. ¿Lo oye?

Un rostro avanzado en años, pálido y cauteloso le respondió con una incierta sonrisa y pareció escuchar sobrecogido el estruendo del vestíbulo. Leventhal se apresuró escaleras arriba con zancadas retumbantes, golpeando el pasamanos con el sombrero, y entró en el apartamento con gran estrépito. ¡Querida Mary! ¡Si estuviera allí en aquel momento para rodearla con sus brazos y darle un beso! Tiró el sombrero y la chaqueta, se quitó los zapatos y fue a abrir las ventanas y correr las cortinas. Se había quedado una noche espléndida. El aire temblaba y resplandecía. Había salido la luna; se veían estrellas muy lejos unas de otras y nubecillas que hacían una pausa y después avanzaban otra vez cuando las ráfagas más frescas atravesaban la cálida atmósfera.

Encendió la luz del secreter y empezó a escribir a su esposa. Los mosquitos caían sobre el iluminado secante verde y volvían a emprender el vuelo. Leventhal le dijo cómo se encontraba, olvidándose de que se había sentido nervioso, inquieto e indispuesto. No le dijo nada de lo que había sucedido en la oficina. No parecía que mereciera la pena hablar de ello. Escribía deprisa y de manera exuberante; habló del

tiempo, mencionó que Wilma se había bebido la cerveza, que los parques estaban abarrotados. Después se descubrió contándole lo ocurrido a su sobrino, escribiendo con repentina emoción, dejando que las letras se hicieran irregulares a medida que su mano apresuraba el ritmo. Cambiando de tono describió a Elena. Le confesó que había tenido miedo de mirarla cuando se subió al taxi y él depositó al niño bien arropado —Elena lo había envuelto en dos mantas a pesar de que la temperatura debía de estar por encima de los noventa Fahrenheit— sobre su regazo. Todas las impresiones del momento volvieron a presentarse ante él: los ojos del niño iluminados por la luz del contador, la rígida estrechez del asiento de atrás, la barbilla inexistente del taxista y la larga visera de su gorra negra, las lágrimas de Philip, Villani reteniendo a los niños en la acera. Los latidos del corazón de Leventhal se aceleraron y se le secó la boca. En cuanto a su hermano... Pero después de escribir el nombre de Max se puso en pie inclinándose sobre el papel. Su intención había sido mandarle la carta nocturna antes de subir a casa. La pluma le estaba manchando los dedos. La soltó y empezó a buscar los zapatos más allá del círculo de luz de la lámpara. Acababa de encontrarlos y se los estaba metiendo a viva fuerza sin molestarse en desatar los lazos, cuando sonó su timbre, con un clamor agudo y prolongado. Leventhal se enderezó con un gruñido de disgusto y de sorpresa.

—¿A quién demonios se le puede ocurrir llamar así? —dijo.

Pero ya sabía quién era. Era Allbee. Tenía que ser. Abrió la puerta y escuchó el rítmico arrastrarse y golpear de los pasos en el hueco de la escalera. Se le ocurrió que podía dar de lado a Allbee subiendo al tejado. Si salía sigilosamente podría marcharse. Y en el caso de verse seguido, el tejado siguiente estaba a unas seis pulgadas de distancia, así que no era difícil pasar a él. Luego bastaba con llegar a la calle y hasta siempre. Podía irse incluso ahora. Incluso ahora. Sin embargo, siguió sin moverse de donde estaba y, cosa curiosa, sintió que se había apuntado un tanto a su favor. «No voy a perder terreno», pensó. «Que me encuentre. ¿Por qué tendría que esconderme?». Volvió rápidamente a su carta, dejando la puerta abierta. La terminó abruptamente con unas cuantas frases rutinarias y la releyó. Después de firmar puso la dirección en el sobre y para entonces Allbee ya estaba en la habitación; sin embargo, dominó el deseo de volverse. Primero puso el sello, cerró el sobre, calculó su peso durante unos instantes y solo después pareció advertir la presencia de su visitante, que le sonreía sin separar los labios. Entrar sin llamar o sin invitación previa era una descortesía. La puerta estaba abierta, desde luego, pero aun así entrar sin llamar era tomarse demasiadas libertades. Leventhal advirtió una pizca de regocijo en la mirada insolente de Allbee. «Cree que le debo hospitalidad, por eso se comporta así», fue la explicación que se le pasó por la cabeza.

—Sí —dijo con voz sin inflexiones, indiferentemente cortés.

—Está usted bien instalado —comentó Allbee abarcando la habitación con una mirada. Quizá la había estado comparando con su propio alojamiento. Leventhal podía imaginarse cómo era.

—Ya que está usted aquí, siéntese —dijo Leventhal—. ¿De qué sirve quedarse en pie?

No se libraría de él hasta oír todo lo que tenía que contar y daba lo mismo que fuera entonces o en cualquier otro momento.

—Muy agradecido —dijo. Inclino la cabeza cortésmente y pareció escrutar las facciones de Leventhal—. Son muchas escaleras. No estoy acostumbrado a estos pisos altos.

Acercó una silla al escritorio, cruzó las piernas y se abrazó la rodilla con dedos un tanto rígidos. Los puños de la camisa estaban deshilachados, y las hebras se mezclaban con el vello rubio de sus muñecas. Llevaba las manos sucias. El pelo, desigualmente dividido sobre la cabeza, lo traía algo mojado. Al parecer, era cierto que subir las escaleras le había resultado duro.

—Es mucha altura. —Sonrió—. Y en cuanto a mí, bueno... —Se detuvo para recobrar el aliento—. Estoy acostumbrado a sitios bajos.

Apuntó al suelo con el dedo y lo movió como si apretara un gatillo.

—¿Viene usted con la misma cantinela que la última vez? Porque si es así, déjeme decirle de una vez por todas...

—Espere un momento —dijo Allbee—. Seamos razonables y francos. No he venido a quejarme. ¿Por qué tendría que hacerlo? Solo he dicho una cosa completamente obvia. Nada que haga falta discutir. Estoy tocando fondo. Eso no querrá usted negarlo, ¿verdad? —Extendió los brazos como para ofrecerse a examen, y aunque lo hizo con gesto burlón, Leventhal notó que hablaba en serio—. Mientras que usted...

Señaló el apartamento.

—Por favor —dijo Leventhal, moviendo la cabeza—. No me venga con esa historia.

—Se trata de un hecho, un simple hecho —dijo Allbee—. Soy el mejor juez en lo que a hechos se refiere. Los conozco íntimamente. En mi caso no se trata de una cuestión teórica. La distancia entre usted y yo es mayor que entre usted y el hombre más rico del país. Cuando me comparo con usted, es evidente que usted está en el empíreo, como solían decir en el colegio, y yo en el foso. En cambio, yo he estado en su posición y usted nunca ha estado en la mía.

—¿Qué quiere decir? Yo he estado sin un céntimo.

Allbee le obsequió con una sonrisa condescendiente.

—Totalmente arruinado, sin una moneda de cinco centavos para la lavadora.

—Siga, siga. No sabe usted una palabra de todo eso, me basta con oírle hablar. Usted no ha estado nunca en mi situación. Cambio para la lavadora..., pasas un mal rato, eso es todo. Ese tipo de cosas... —Terminó con la cabeza inclinada, casi hasta tocar el hombro y con un brazo extendido y la mano abierta hizo un gesto de descartar la comparación.

En la cabeza de Leventhal aparecieron inmediatamente las más horribles

imágenes de hombres cansadamente sentados en bancos de organizaciones caritativas esperando su café bajo un turbio sol de invierno; de sábanas con remiendos y almohadas mugrientas; de espantosos cubículos de cartón pintado para que parezca madera, donde los filamentos de las bombillas son semejantes a gusanos encendidos que más parecen comerse la luz que darla. Mejor estar a oscuras. Él había visto sitios así. Podía recordar el olor a ácido fénico. ¿Y si fuera su carne en aquellas sábanas, sus labios bebiendo aquel café, su espalda y sus muslos bajo aquel sol de invierno, sus ojos mirando las tablas del suelo...? Allbee tenía razón al sonreír; Leventhal nunca se había visto en semejante situación. «Así que estoy equivocado», reflexionó. «Pero ¿por qué tengo que igualarme con él en eso? ¿Es acaso necesario? Y, además, ¿qué es lo que quiere?». Durante un rato se olvidó de la carta nocturna. Esperó a que Allbee manifestara el motivo de su visita. No sabía exactamente qué esperar, pero consideraba muy probable que volviera a repetir su acusación, aunque dijera que no estaba allí para quejarse.

—Bien —dijo Leventhal, anteponiendo a su comentario una breve risa—. Es una peculiar afirmación para empezar una visita.

—No, ¿por qué? No hay otra más adecuada. Admirar la casa del anfitrión es el colmo de la cortesía. Y el contraste entre nosotros debiera agradarle mucho. Debiera proporcionarle gran satisfacción haberlo hecho usted todo.

—¿Haber hecho qué? —preguntó Leventhal con tono suspicaz.

—Mejorar su posición, quiero decir —añadió Allbee rápidamente—. Explicaba usted que en una ocasión estuvo sin un céntimo, con lo que viene a implicar que se ha hecho a sí mismo. Eso produce gran satisfacción, ¿no es cierto? Y cuando se ve a alguien a quien no le han ido tan bien las cosas, la satisfacción aumenta. Es muy humano. Aunque uno sepa que no debería ser así.

—Yo no he afirmado que me hubiera hecho a mí mismo ni nada semejante. Todo eso no son más que tonterías.

—Me alegro de que se me corrija —replicó Allbee—. Debo de haber sacado una impresión errónea. Porque, ¿sabe?, cuanto más pienso sobre ello más me parece que este asunto de hacerse uno mismo es pura palabrería. La época en que uno triunfaba gracias a su propio esfuerzo ha pasado a la historia. Ahora todo es movimiento ciego, un movimiento muy amplio en el que el individuo se ve lanzado de un lado a otro. Solo él cree que es el todo. Pero la realidad es muy distinta. Los grupos, las organizaciones son los que hoy triunfan o fracasan, no los individuos. ¿No está usted de acuerdo?

—No es así exactamente —dijo Leventhal—. No, no estoy de acuerdo.

—¿No cree usted que a las personas se les impone un destino? Bueno, pues es ridículo, porque sucede así exactamente. Y ese es todo el destino que reciben, de manera que más les valdría no imaginarse que son ellos los que llevan la batuta. Ese es el tipo de equivocación que no me gustaría cometer. No hay nada peor que estar confundido, además de tener mala suerte. Pero uno se encuentra a gente afortunada

que se atribuye también la buena suerte: creen que es todo cerebro y personalidad, cuando lo que ha sucedido únicamente es que alguien les dio un cubo cuando llovía.

—Vamos a aclarar esto ahora mismo, si no le importa —dijo Leventhal con frialdad—. Nos cuesta el mismo trabajo ser abiertos y sin tapujos. ¿Adónde quiere usted ir a parar con todo esto?

—No quiero ir a parar a ningún sitio. No es más que conversar, hablar. ¡Hablar, hablar, hablar, hablar! —exclamó sonriendo, mientras agitaba las manos. Sus ojos empezaron a brillar.

Leventhal lo miró sin expresión alguna.

—Y todo esto, ¿con qué fin? —preguntó.

Allbee parecía muy deprimido, quizá a causa de su propio desequilibrio, y Leventhal sintió algo de compasión por él. Sus cambios de humor, sin embargo, le producían una impresión desagradable. Estaba claro que aquel hombre no era estúpido. Pero ¿de qué servía no ser estúpido si se obraba de aquella manera? Su lenguaje, por ejemplo, ¿era necesario que hablara así, que sonara tan grandilocuente? ¿Lo haría porque necesitaba darse ánimos? Algo se había derrumbado en algún sitio, ciertamente; un derrumbamiento de trágicas consecuencias, sin duda. Algo aplastante, definitivo. Pero lo que seguía preocupando a Leventhal más que cualquier otra cosa: «¿Qué es lo que quiere?». Y a pesar de su insistencia en que fueran sinceros no era capaz de hacerle la pregunta directamente.

—¿Es su mujer? —Allbee miraba por encima de la cabeza de Leventhal a una fotografía con marco colocada sobre el escritorio.

—Sí, esa es Mary.

—Vaya, es encantadora. ¿Sabe que es usted un hombre con suerte? —Se puso en pie, inclinándose por encima de él, volviendo la fotografía hacia la luz—. Es encantadora.

—Es una buena fotografía suya —dijo Leventhal, a quien no le hacía gracia su entusiasmo.

—Tiene un aire orgulloso sin ser altivo. Ya sabe lo que quiero decir. Es un aire serio. Se ve en las esculturas asiáticas.

—¿Asiática? —dijo Leventhal con tono de burla.

—Asiática, claro que sí. Mire los ojos y esos pómulos. ¿Está usted casado con esa mujer y no sabe que tiene los ojos sesgados? —Hizo un descriptivo movimiento con el pulgar—. Estoy seguro de que es asiática.

—Procede de Baltimore.

—¿Primera generación?

—Su madre también nació en Estados Unidos. Más atrás ya no sé decirle.

—Estoy dispuesto a apostar que vienen de Europa del este originariamente —dijo Allbee.

—Vaya, eso es ya muy corriente. No creo que nadie le aceptara la apuesta.

—Sé que nadie me aceptaría la apuesta en lo que a usted se refiere.

—¿No? Puesto que ha estado haciendo investigaciones acerca de mí y ha descubierto tantas cosas, quizá se haya tomado la molestia de averiguar de qué parte de Europa procedían mis padres.

—Es una cosa evidente; no hace ninguna falta investigar. Rusia, Polonia... basta con una mirada.

—Una mirada, ¿eh?

—Por supuesto. He vivido en Nueva York el tiempo suficiente. Es una ciudad muy judía, y una persona tendría que tener muy pocas dotes de observación para no aprender aquí muchas cosas sobre los judíos. Usted mismo sabe perfectamente la cantidad de platos judíos que sirven en las cafeterías, hasta qué punto los teatros... cuántos comediantes y chistes judíos hay, y tiendas y todo lo demás, y judíos en la vida pública, etc. Lo sabe usted perfectamente. No es ningún descubrimiento.

Leventhal se abstuvo de contestar. No era ningún descubrimiento, efectivamente.

Allbee concentró una vez más su atención en la fotografía de Mary. Mientras la estudiaba y asentía con la cabeza, sus ojos, para asombro de Leventhal, se llenaron de lágrimas, y adoptó una expresión de dolor contenido.

—¿«Su» esposa...? —aventuró Leventhal en voz baja.

—Ha muerto —replicó Allbee.

El tono de voz de Leventhal se hizo todavía más bajo mientras decía con acento de consternación:

—¿Muerta? Qué atroz. Lo siento...

—Debiera usted sentirlo, desde luego, debiera usted sentirlo.

Las palabras parecían salir del pecho de Allbee como si hubieran estado almacenadas allí y se vieran expulsadas y pronunciadas involuntariamente antes de que él consiguiera retenerlas.

Leventhal se concentró en ellas, apartando el rostro: una característica suya cuando estaba desentrañando algún problema. No entendió lo que Allbee quería decir.

—Claro que tengo que sentirlo —murmuró, sin darse claramente cuenta de que estaba admitiendo una responsabilidad. Las cosas sucedidas en los dos últimos días habían aguzado su sensibilidad, haciéndole reaccionar enseguida—. ¡Qué lástima! —dijo con profunda emoción, recordando su rostro.

«No se la merecía en absoluto», pensó acto seguido. «Pero ¿eso qué más da? Era su marido, de manera que eso no importa ahora. Es a él a quien hay que tener en cuenta. Ella ha muerto, pero él está vivo y tiene sentimientos. Eso fue lo que pudo con él. Si no, no estaría así».

—Así que ahora está usted solo —dijo.

—Sí, soy viudo, lo he sido por espacio de cuatro años. Cuatro años y tres semanas.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé con exactitud. Yo no estaba con ella. Su familia escribió contándomelo. Sufrió un accidente de automóvil. Ellos creyeron que se recuperaría,

pero falleció de repente. Eso es todo lo que sé. La enterraron antes de que me fuera posible llegar a Louisville.

—¿No le esperaron?

—Bueno, a decir verdad yo no quería estar allí. Habría sido una cosa terrible. La familia se habría desahogado enfadándose conmigo. Y mi desahogo habría consistido en meterme a escondidas en un bar, quedarme allí sentado y perderme toda la ceremonia. Eso habría empeorado las cosas para todo el mundo. En esa situación me encontraba. Y hacía calor. Louisville en la época calurosa. ¡Para «aquello»! Nada de eso, amigo, me quedé donde estaba. Habría sido brutal. Mi mujer estaba muerta. No habría ido a verla a «ella», sino a «ellos», las personas de su familia. Muerta quiere decir muerta. Acabada. Nada más. Uno echa de menos a su mujer cuando desaparece, si la quiere. Y a veces quizá también, aunque no se la quiera mucho. No sabría decirlo. Pero estáis juntos, ella se somete a ti y tú te sometes a ella en todo, y cuando muere te quedas allí, sometido, con un aspecto absurdo, sin encajar en nada. Esa es mi manera personal de sentir. Por supuesto, yo soy del primer tipo. Yo la quería. Bueno, como decía, se la echa de menos..., pero todas las cosas inanimadas significan lo mismo para mí. No soy sentimental.

Estaba representando, mintiendo, decidió Leventhal. Su momento de autenticidad había pasado, y una vez más había recuperado su aplomo, tan extrañamente descentrado y precario. Al anunciar la muerte de su esposa daba la impresión de estar furioso, pero Leventhal se había sentido más cerca de él o de algo más claro, familiar y sincero en él. Pero ahora se sentía repelido otra vez. Se preguntó si Allbee no estaría en realidad un poco borracho en aquel momento.

—Pero —dijo Allbee— eso no es todo.

—¿No? Hay algo más, ¿eh?

—En cierto modo. Estábamos separados antes de que muriera. Por eso no eran buenas mis relaciones con su familia. Naturalmente, desde su punto de vista... —Hizo una pausa para frotarse un párpado, y cuando terminó estaba rojo y parecía haber descendido más que el otro—. Tenían prejuicios contra mí, querían hacerme cargar con toda la culpa. Yo podría acusarles a ellos, si quisiera. Su hermano conducía el coche; escapó con rasguños y unas cuantas magulladuras. Ya sabe cómo conducen los del Sur. Se pasan la vida repitiendo la carga de Pickett<sup>[2]</sup>. Bueno, lo cierto es que nos habíamos separado. ¿Sabe usted por qué?

—¿Por qué?

—Porque después de que Rudiger me despidiera no fui capaz de encontrar un empleo.

—¿Qué quiere decir? ¿No encontró trabajo? ¿De ninguna clase?

—No en mi especialidad. ¿Qué podría haber ganado con un empleo cualquiera? No lo suficiente para seguir adelante. Cuando un hombre lleva años haciendo una misma cosa no quiere cambiar. No está en condiciones de hacer algo nuevo. Si se dedica a algo diferente tiene que empezar por abajo. ¿Qué iba a hacer, convertirme en

vendedor ambulante? ¿Dependiente? Además, habría tenido que dejar de buscar lo que quería al aceptar otro trabajo.

—Yo habría trabajado en cualquier cosa antes de dejar marchar a mi mujer.

—Usted y yo estamos hechos de materiales diferentes. —Allbee sonrió—. Y no la dejé marchar. Me dejó ella. Yo no quería que se marchara. Era ella la que quería irse.

—No me está usted contando la historia completa.

—No, no —dijo el otro, casi con regocijo—. No se la estoy contando. ¿Y qué es lo que falta? Dígamelo usted.

—¿No tuvo el alcohol algo que ver con ello?

—Ah, ya salió aquello, ya salió aquello —dijo Allbee, sonriendo con la mirada en el suelo, mientras movía levemente todo el cuerpo—. Mi vicio, mi terrible vicio. Me dejó porque bebía. Esa es la explicación.

—Una mujer no abandona a su marido por cualquier insignificancia.

—Eso es absolutamente cierto, no lo hace. Es usted un auténtico judío, Leventhal. Tiene usted el verdadero horror a la bebida. Para usted somos hijos de Belial, y nuestro olor a whisky es peor que el de azufre. Cuando Noé se emborracha, ¿se acuerda de la historia?, sus hijos, con mentalidad de gentiles, se ríen del anciano, pero el hijo judío queda horrorizado. Hay verdad en esa historia. Es una historia cierta.

—Tenga cuidado con lo que dice —replicó Leventhal con voz severa—. Habla usted como un necio. No sé qué es lo que busca, pero no le favorece nada hablar de esa manera. Se lo digo sin rodeos.

—Bien... —empezó el otro; pero se detuvo—. De acuerdo, olvídalo. Pero es injusto tratar de culparme por la muerte de mi mujer. Es peor que injusto; es cruel, si se tiene en cuenta lo que significaba para mí y lo que he tenido que pasar. No sé cómo ve usted estas cosas, pero yo doy por sentado que no somos dioses, solo criaturas, y que las cosas que creemos permanentes no lo son. De manera que un día somos algo así como paquetes bien llenos, y al siguiente nada más que papel de envolver, y el viento nos va arrastrando por las calles.

—Yo lo único que le digo es que no voy a tolerar que vuelva a hablar como antes. ¡Entérese de una vez!

Leventhal habló con brusquedad, y Allbee pareció perder su presencia de ánimo y bajó la cabeza, apesadumbrado e incapaz de contestar. Era difícil decir si buscaba nuevas fuerzas para continuar, inventando algo nuevo, o revelando su verdadera situación sin pretenderlo. Leventhal veía un lado de su cara, con las muescas profundas del párpado y de la boca, la mejilla y el mentón cubiertos de pelo rubio, el azul de su ojo perdido en cavilaciones. La piel de la frente, de textura muy uniforme bajo la luz de la lámpara, estaba húmeda, y la de la mandíbula y la garganta tenía unos surcos que a Leventhal le hicieron pensar en agallas. La observación de Allbee acerca de las criaturas había tenido un singular efecto sobre su imaginación, y por un instante su interlocutor no le resultó más humano que un pez o un cangrejo o cualquier organismo carnoso que viva dentro del agua. Pero solo por un instante,

fugazmente, hasta que Allbee se movió y le miró. Parecía desanimado y cansado.

—Tendrá usted que disculparme —dijo Leventhal con cortesía un tanto desafiante—, pero tengo que enviar un telegrama. Estaba a punto de salir cuando llegó usted.

¿Sonaba aquello como algo inventado? Allbee podía pensarlo así e interpretarlo como una maniobra para librarse de él. Sin embargo, puesto que le había visto escribiendo cuando entró, ¿por qué dudar que era verdad? Podía haberse tratado del borrador del mensaje. En cualquier caso, ¿qué más le daba? Y además, era un hecho que tenía que telegrafiar a Max. Allbee podía acompañarlo y comprobar la veracidad de sus palabras si así lo deseaba. Examinó su rostro para ver cuál era su reacción. Allbee se había puesto de pie. De repente Leventhal giró sobre sí mismo y su corazón dio un salto. Creía haber visto un ratón cruzar como una flecha por detrás de él y desaparecer. Se apresuró a seguirlo, encendió una cerilla y examinó la moldura. No había ningún agujero en el rincón. «¡Se ha escapado!», pensó. ¿O era imaginación suya?

—Tenemos ratones aquí —le explicó a Allbee, que estaba junto a la puerta, en el vestíbulo a oscuras. Pareció volver la cabeza en la dirección opuesta, indiferente.

Cuando llegaron al portal, Allbee se detuvo y dijo:

—Trata de echarme toda la culpa, pero sabe muy bien que el responsable es usted. Usted y nadie más que usted. De todo. Usted me arruinó. Me convirtió en lo que soy ahora, ¡una ruina! Usted es el responsable. Y lo hizo deliberadamente, por odio. ¡Sin otra razón que el odio!

Había agarrado la camisa de Leventhal y la retorció mientras hablaba.

—¡Está usted loco! —gritó Leventhal muy cerca de su cara—. Está usted completamente sonado, eso es lo que le pasa. El alcohol le está derritiendo el cerebro. Quíteme las manos de encima. ¡Le digo que se aparte!

Empujó a Allbee con toda la fuerza de sus robustos brazos. Y al caer contra la pared, el ruido sordo del impacto hizo que Leventhal sintiera náuseas. Allbee se incorporó, se limpió la boca y se miró la mano.

—No hay sangre. Qué lástima. Porque entonces también podría decir que derramé su sangre —gritó Leventhal.

Allbee no contestó. Se limpió la ropa desmañadamente, como si estuviera golpeando los brazos. Luego se marchó. Leventhal le contempló mientras se alejaba con paso apresurado e inseguro calle abajo.

Mr. Núñez, que había presenciado el incidente, se incorporó a caballo sobre la lona a rayas de su hamaca playera, y su mujer, que estaba tumbada en la cama, cerca de la ventana, con una combinación blanca, susurró:

—«¿Qué pasa?»<sup>[3]</sup>.

Leventhal la miró desconcertado.

—¡Será cara dura, ese maldito payaso! —dijo Leventhal con furia. Su tórax, abombado y ancho, experimentaba una opresión intolerable, y alzó los hombros en un esfuerzo para normalizar su respiración—. ¡Arruinado! Yo sí que le voy a arruinar como se me vuelva a acercar. ¡Qué cínico!

La carta para Mary estaba completamente arrugada. No era posible mandarla así. Necesitaría otro sobre y otro sello, y por un momento la molestia que le ocasionaría se convirtió irresistiblemente en la peor consecuencia del altercado. Abrió la carta, hizo un rebujo con el sobre y lo tiró por encima de la balaustrada. Núñez había entrado en la casa y estaba él solo en el pórtico. Su mirada parecía abarcar toda la calle; en realidad no veía prácticamente nada, distinguiendo tan solo la monótona oscuridad del brillo igualmente monótono de las bombillas a lo largo de la manzana.

Luego su furia empezó a disminuir. Hundió las mejillas, dando con ello un sombrío realce a sus ojos. Sentía la piel alrededor de ellos seca y tirante. ¡Inventar una cosa así! La falta de sentido de todo ello era lo que más le preocupaba. «¿Por qué yo?», pensó, frunciendo el entrecejo. «Por supuesto, tiene que echarle la culpa a alguien; así es como se empieza. Pero cuando pasa revista a todas las personas que conoce en ese cerebro suyo, ¿por qué termina eligiéndome a mí?». Eso era lo inexplicable. Sin duda, el asunto de Rudiger estaba relacionado con ello; por alguna razón había funcionado como detonante, e influido sobre una causa más profunda. Pero solo aquella, entre centenares de alternativas, había llegado a tomar cuerpo.

En abstracto, cualquiera podía ver la gran injusticia ligada al hecho de que un hombre disponga de todas las comodidades de la vida y otro no tenga ninguna. Pero entre dos personas particulares, ¿cómo podía encararse este problema? Cualquier mendigo o vago zarrapastroso podría detenerte en la calle y decir: «El mundo no se hizo más para usted que para mí, ¿no es cierto?». La equivocación consistía en ignorar que ninguno de los dos hombres había organizado las cosas, de manera que estaba perfectamente justificado replicar: «¿Por qué me elige usted a mí? Soy tan poco responsable como usted de que el mundo funcione así». Era preciso admitir que algo estaba mal de manera generalizada. Allbee, por otra parte, llegaba y decía: «¡Usted!», y eso era lo que no tenía ningún sentido. Porque uno podía creer que al mendigo la vida no le había tratado con justicia, pero convertirse en responsable directo era ya otra cosa muy distinta.

La gente te veía una o dos veces y te detestaba. ¿Cuál era la razón? ¿Qué inspiraba aquel sentimiento? Allbee ilustraba bien este principio porque estaba demasiado en poder del alcohol para ocultar sus antipatías. Bastaba con que fueras tú mismo para que les diera rienda suelta. ¿Por qué? A Leventhal se le escapó un suspiro de desesperanza. Si todavía creyeran que iban a funcionar harían muñequitos de cera y les clavarían alfileres. Y ¿por qué elegían para su odio a esta, a esa o a aquella otra persona, a Fulano, a Mengano o a Zutano? Nadie lo sabía. Odiaban tu sonrisa, o la

manera de sonarte la nariz o de coger la servilleta. Cualquier cosa servía como excusa. Y mientras tanto, Fulano, el objeto de todo aquel odio, no lo sospechaba siquiera. ¿Cómo podría saber que alguien llevaba encima una imagen suya (igual que una mujer pega la fotografía de su amante en el espejo del neceser o un hombre guarda la instantánea de su mujer en la cartera), que la llevaba encima para mirarla y odiarle? Ni siquiera tiene que ser una reproducción del pobre Fulano. Podría igualmente ser un rey de la baraja, con sus bordados, sus patillas, su espada y todo lo demás. No tiene la menor importancia. El mismo Leventhal tenía que confesarse culpable de aquel pecado en algunas ocasiones, y no podía decirse que fuera una persona malévola. Pero algunas gentes despertaban este tipo de sentimientos. Veía a Cohen, digamos, una o dos veces, y más adelante, cuando se mencionaba su nombre en un grupo, dejaba caer un comentario desfavorable. Y no era que el tal Cohen le hubiera ofendido nunca. Pero ¿qué eran todos los códigos y todas las reglas, reflexionó Leventhal, excepto una respuesta a nuestra propia naturaleza? ¿Se nos tendría que decir: «¡Ama!» si amáramos igual que respiramos? No, evidentemente. Lo que no quería decir que no amáramos, sino que necesitábamos ayuda cada vez que el motor empezaba a fallar. Se dio cuenta de una cosa singular: en la naturaleza todo lo demás estaba limitado; los árboles, los perros y las hormigas no crecían más allá de cierto tamaño. «Pero nosotros», pensó, «nosotros avanzamos en todas direcciones sin límite alguno».

Se había metido la carta en el bolsillo y la sacó de nuevo mientras deliberaba sobre si subir al apartamento a por un sello y un sobre o tratar de comprarlos en un drugstore. Quizá no le dieran un sobre suelto, y no quería tener que comprar un paquete entero.

Entonces oyó su nombre y reconoció la voz de Harkavy.

—¿Eres tú, Dan? —dijo, mirando escaleras abajo hacia la figura en la acera, alta y desdibujada. El parpadeo de las luces del cine al otro lado de la calle le dificultaba la visión. Era Harkavy. Le acompañaban dos mujeres, una de ellas con una niña de la mano.

—Baja y sal de las nubes —dijo Harkavy—. ¿Te has dormido de pie o algo parecido?

Núñez regresó a su hamaca. Su mujer estaba junto a la ventana, con la cabeza recostada sobre el marco.

—¿Te quedas en trance cuando tu mujercita se va de viaje?

Las acompañantes de Harkavy se echaron a reír.

—Dan, ¿qué tal estás? —dijo Leventhal, bajando los escalones—. ¿Es usted, Mrs. Harkavy?

—Y Julia, también está Julia. —Harkavy señaló a su hermana con la boquilla que llevaba en la mano.

—Julia, Mrs. Harkavy, me alegro de verlas a las dos.

—Y esta es Libbie, mi nieta —dijo Mrs. Harkavy.

—¿Tu hija, Julia?

—Sí.

Leventhal trató de distinguir los rasgos de la niña; pero solo vio la intensa palidez de su rostro y la rojiza oscuridad de sus cabellos.

—Libbie nunca está quieta —dijo Harkavy—. Le sobran energías.

—A mí me destroza —dijo Julia—. No soy capaz de seguir su ritmo.

—Son los alimentos que le das. Ningún niño debiera tomar tantas proteínas —dijo Mrs. Harkavy.

—No toma más que otros niños, madre. Es su naturaleza.

—Veníamos a hacerte una visita —le dijo Harkavy a Leventhal—. Pero parece que estás a punto de irte.

—Tengo que hacer un par de cosas —respondió Leventhal—. Iba a mandar un telegrama.

—Iremos contigo hasta la oficina de telégrafos, en ese caso. ¿El telegrama es para Mary? Imagino que quieres que vuelva ya. —Harkavy sonrió.

—Daniel, el que una pareja esté muy unida no es motivo de chiste —dijo su madre—. No tiene nada de ridículo. En estos tiempos cuando los matrimonios son tan frágiles, produce verdadero placer hallar un afecto sincero. Las parejas van al ayuntamiento como yo podría ir a una ferretería a comprar una bisagra. Una bisagra entre dos tablas y, bang, bang, bang, eso es un matrimonio. Telegrafía a tu mujer, Asa, está muy bien y es un detalle de cariño. No le hagas ningún caso.

—El telegrama se lo tengo que mandar a mi hermano, no a Mary.

—¡Libbie, ven aquí conmigo! —exclamó Julia con voz enfurecida, tirando del brazo de la niña—. ¡Te voy a atar con una cuerda por la cintura!

—¿A tu hermano? —dijo Mrs. Harkavy.

Leventhal se sonrojó inexplicablemente.

—Sí. Mi llamada a Julia era por causa de su hijo, mi sobrino.

—¿Localizaste al médico? —preguntó Julia—. Es el doctor Denisart, madre.

—Es muy buen médico, Asa; su madre y yo fuimos compañeras de habitación y a él lo conozco desde niño. Puedes tener confianza en él. Le dieron la mejor educación posible. Estudió en Holanda.

—En Austria, madre.

—En el extranjero, de todas formas. Su tío le pagó los estudios. Luego estuvo en la cárcel, el tío, por los impuestos, pero los Denisart no tenían la culpa. Solían mandarle faisanes a SingSing y decían que le permitían tener partidas de cartas en su celda. Pero es cierto que aprenden mucho en Europa, ¿sabes? Se debe a que los barrios pobres son peores; ven casos muy complicados en sus clínicas. Nuestro nivel de vida es tan alto que resulta perjudicial para la formación de nuestros médicos.

—¿Cómo? ¿Quién dice eso? —preguntó Harkavy, mirando a su madre con interés.

—Todo el mundo. Los libros de medicina que papá se traía a casa de la sala de

subastas estaban llenos de casos europeos... Fraülein J. y fraülein K. y mademoiselle tal y cual. La mejor educación médica se consigue en el extranjero.

—¿Qué tal está tu sobrino? —preguntó Harkavy.

—Lo han ingresado hoy en el hospital.

—¿Quiere eso decir que está muy enfermo? ¡Cuánto lo siento! —dijo Julia.

—Sí, está muy enfermo.

—Pero ten confianza en el doctor Denisart. Es un joven excelente... y brillante. Hablaré mañana con su madre. Se tomará más interés por el caso.

—Estoy segura de que hará todo lo que pueda sin necesidad de recomendaciones —dijo Julia. Iban andando, y la hermana de Harkavy apretó la cabeza de su hija contra su costado.

—Tener influencias es una buena cosa —dijo Mrs. Harkavy—. No debes olvidarlo. Si no las usas, te quedas atrás en la carrera de los que van deprisa. Todo depende de eso. Es cierto que el médico se esforzará debido a su responsabilidad ética y todo lo demás, pero si yo hablo con su madre pondrá especial atención en el caso y lo hará todavía mejor. Las personas no pueden dejar que los problemas de otros les afecten demasiado; es una protección necesaria. No queda más remedio que usar influencias con ellos.

—Háblalo con Mrs. Denisart, en ese caso. No puede resultar perjudicial —dijo Harkavy.

—Lo haré.

—Dan —dijo Leventhal, quedándose un poco atrás con su amigo—, ¿te acuerdas de un tipo llamado Allbee?

—¿Allbee? ¿Quién? ¿Cuál era su apellido?

—Allbee es su apellido. Kirby Allbee. Lo conocimos en casa de Williston. Un hombre alto. Rubio.

—Supongo que podría acordarme de él si me lo propusiera. Tengo bastante buena memoria.

Habían llegado a la oficina de telégrafos y Leventhal, en pie junto al mostrador de madera de pino, escribió el mensaje para su hermano, olvidándose por completo de las palabras enérgicas que tenía intención de usar. Cuando salió, hizo un aparte con Harkavy.

—Dan, ¿podríamos hablar en privado durante unos minutos? —dijo.

—Hombre, por supuesto. ¿Qué te pasa, muchacho? Espera un momento. Déjame que despida a las mujeres.

Mrs. Harkavy, Julia y Libbie estaban esperando en la esquina.

—Señoras, tendrán que excusarnos —dijo Harkavy con una sonrisa de satisfacción, encajando un pitillo en la boquilla—. Asa quiere discutir un asunto conmigo.

—Veré mañana a Mrs. Denisart para hablarle de tu sobrino. No te preocupes —dijo Mrs. Harkavy.

Leventhal le dio las gracias y él y Harkavy cruzaron la calle.

—Y ahora dime qué es lo que te pasa, ¿te has metido en un lío? —preguntó Harkavy—. Ya sabes que puedes confiar en mí. Puedes contarme lo que sea con toda tranquilidad. Sin el menor riesgo. Las confidencias que me hagas nunca volverás a escucharlas en boca de una tercera persona; será igual que si las hubieras susurrado en el confesionario. De manera que ya puedes empezar.

—No hay que guardar ningún secreto. No se trata de nada parecido. —Mirando a su amigo, Leventhal dudaba, intranquilo. ¿Merecería la pena contarle a Harkavy todo el asunto? Era una persona cariñosa y un amigo sincero, pero con frecuencia daba importancia a cosas que no la tenían. De hecho, había cogido ya una pista falsa, imaginándose un embrollo. Probablemente se refería a una intriga amorosa, un lío con una mujer—. Es ese Allbee —dijo Leventhal—. Me está haciendo la vida imposible. Tienes que acordarte de él. Se burló de tu manera de cantar una noche en casa de Williston. De ti y de aquella chica. Claro que tienes que acordarte. Trabajaba en Dill's.

—Ah, él. Aquel pájaro.

A Leventhal le pareció que Harkavy escuchaba más atentamente, aunque quizá lo que creaba aquella impresión fuera su mismo deseo de que algo tan angustiante para él se tomara en serio.

Le contó su primer encuentro con Allbee en el parque. Cuando le explicó su sorpresa al descubrir que Allbee había estado espiándole, Harkavy murmuró:

—Caramba, ¿no es el colmo? ¿Hasta dónde se puede llegar? Semejante desfachatez. ¡Qué desagradable!

—Pensé que no habrías olvidado cómo fue a por ti con la excusa de aquella canción.

—No, no; lo tengo ya perfectamente situado. ¿De manera que es ese el individuo? —Echó la cabeza para atrás con un movimiento que enseguida frenó y, por la manera de dilatársele los ojos, Leventhal se dio cuenta de que en su mente acababa de establecerse una conexión muy importante.

—Dan, ¿conoces algún dato acerca de él que yo ignore?

—¿A qué llamas tú datos? Depende. Creo que sí. Quiero decir que algo he oído. Pero ¿ha vuelto después? Termina de contarme la historia.

—¿Qué es lo que has oído?

—Primero, cuéntamelo todo. Vamos a ver si casan las piezas. Quizá no sea así. Quizá no merezca la pena ocuparse de ello... Si solo se trata de un lunático, ¿crees que hace falta atarle una lata al rabo?

No estaba dispuesto a hablar, y Leventhal le explicó muy deprisa todo lo que Allbee había hecho y dicho y, a pesar de su impaciencia y su ansiedad por enterarse de lo que sabía Harkavy, a veces se interrumpía para hacer comentarios despreciativos, casi jocosos, que reconocía para sus adentros como llamamientos a Harkavy para que confirmara lo absurdo, lo desquiciado de las acusaciones. Harkavy,

sin embargo, no respondió a aquellas súplicas. Seguía diciendo: «Desagradable, qué desagradable», pero sus gestos no contribuían a tranquilizar a Leventhal.

—¡Inventa toda una historia según la cual yo soy el responsable de lo que pasó con su mujer y todo lo demás...! —dijo Leventhal, alzando la voz hasta casi convertir sus palabras en un grito.

—¿Su mujer? Eso sí que es forzar las cosas —dijo Harkavy—. Yo no prestaría oídos a cosas como esa.

—¿Crees que yo lo hago? Tendría que estar tan loco como él. ¿Cómo podría hacerlo una persona normal? ¿Podrías tú?

—No, no, ya te digo que es sacar las cosas de quicio. Se está dejando llevar por la imaginación. Le debe de faltar algún tornillo. —Harkavy hizo girar un dedo cerca de la sien y suspiró—. Pero se supo que lo habían puesto en la calle y después oí que no conseguía encontrar otro empleo. Por lo visto ya lo habían echado antes de unos cuantos sitios.

—Por la bebida...

Harkavy se encogió de hombros. Tenía el ceño fruncido y no miraba a Leventhal de frente.

—Quizá. No lo apreciaban en ningún sitio, por lo que he oído, y estaba llegando al límite cuando consiguió el empleo con Dill's.

—¿Quién te dijo eso?

—Así, de buenas a primeras, no lo recuerdo.

—¿Crees que hay una lista negra, Dan? Cuando hablé contigo sobre aquella discusión mía con Rudiger, la idea te hizo reír.

—¿Sí? En general, no creo en ese tipo de cosas.

—Bueno, pues aquí tienes la prueba. ¿No lo ves? Hay una lista negra.

—Eso no me convence. Ese tipo no estaba del todo equilibrado y se fue corriendo la voz. Simplemente se llegó a decir que no era de fiar.

—¿Por qué perdió el empleo con Dill's? Fue porque bebía demasiado, ¿no es cierto?

—Bueno, no sabría decirlo —replicó Harkavy, y Leventhal pensó que le miraba con ansiedad—. No tengo información directa del asunto. Según la versión que me llegó a mí, el motivo fue otro. Pero en esos casos se oye todo tipo de rumores. ¿Quién sabe? Es difícil llegar a la verdad. Si la vida de uno dependiera de ello, lo más probable sería que la perdiera. No hace falta que te explique lo que pasa. Uno dice esto y otro dice aquello. Fulano dice trigo, Mengano dice cebada y hay muchas probabilidades de que sea... centeno. Con seguridad, solo te lo puede decir el que lo cosechó. Lo demás es todo teoría. ¿Por qué? Patinaba sobre una capa de hielo muy fina y tenía que patinar cada vez más deprisa. Pero disminuyó la marcha... y el hielo se rompió. Tal como yo lo veo... —El mismo Harkavy estaba descontento con esta explicación; era evidente que se trataba de una improvisación sobre la marcha. Vaciló y su mirada se hizo huidiza. Sin duda alguna estaba tratando de ocultarle la

información que tenía.

—¿Por qué perdió el empleo? ¿Qué es lo que ellos dicen?

—No hay ningún «ellos».

—Dan, no trates de contestarme con evasivas. No voy a poder descansar hasta que lo sepa. No es una cosa sin importancia. Tienes que contarme lo que dicen.

—Si no lo tomas a mal, Asa, hay una cosa que todavía no has aprendido y que tengo que señalarte. No somos niños. Somos hombres de mundo. Es casi un pecado ser tan inocente. Sal un poco de ti mismo, hazme el favor. Quieres gustarle a todo el mundo. Pero es inevitable que algunas personas no tengan buena opinión de ti. A diferencia de lo que yo pienso, por ejemplo. ¿No te basta con que algunos sí la tengamos? ¿Por qué te niegas a aceptar el hecho de que otros no la tendrán nunca? Calcúlalo de acuerdo con un porcentaje. ¿Acaso es una cuestión de vida o muerte? Yo mismo acabo de descubrir que una joven que siempre me había gustado me considera presuntuoso. Quizá ella no pensara que fuera a enterarme, pero lo cierto es que me he enterado. Es muy triste que todo el mundo no sepa cómo soy en realidad. O que no sepa cómo eres tú. Viviríamos en un universo diferente. Las cosas son demasiado sutiles para mí; tengo que guiarme por el sentido común. ¿Y esa muchacha? Sé que tiene motivos que ella misma no entiende. Todo lo que puedo decir es: «Señorita, que Dios la bendiga, todos tenemos nuestras faltas y somos lo que somos. Tengo que aceptarme tal como soy o desaparecer. Soy todo lo que tengo en este mundo. Y con todos mis defectos, mi vida es algo precioso para mí». El corazón no se me parte. La experiencia me ha enseñado a esperar cosas así de cuando en cuando. Pero tú te preocupas demasiado cuando no le gustas a alguien, o dice esto o aquello sobre ti. Un poco más de independencia, muchacho; lo contrario es debilidad, convéncete.

—Quiero que me lo digas —insistió Leventhal—. No te voy a dejar hasta que lo hagas. Si tienes en cuenta de qué se me acusa, comprenderás que quiera enterarme.

Harkavy terminó por rendirse.

—Williston pensó que perjudicaste a ese sujeto cuando fuiste a Dill's y le cantaste las cuarenta a Rudiger. Más o menos insinuó que lo habías hecho aposta.

—¿Cómo? ¿Williston dice eso? ¿Es posible que dijera eso?

—Bueno, algo parecido.

—¿Cómo pudo hacerlo? ¿Es posible que sea tan idiota como todo eso? —Pálido, con los labios apretados, haciendo un gran esfuerzo para contener su indignación y el inexplicable miedo que le invadía, Leventhal se llevó la mano a la garganta y miró a Harkavy con el ceño fruncido. Enseguida dijo con voz muy alta—: ¿Y tú no saliste en mi defensa?

—Dije que estaba equivocado, naturalmente, e hice todo lo que pude. Le dije que no era cierto.

—Tenías que haberle dicho que fui inmediatamente a contarte mi entrevista con Rudiger. Tú llegaste incluso a pensar que podía haber estado amañada, que Allbee y Rudiger querían reírse de mí y lo habían maquinado entre ambos. ¿No lo

mencionaste?

—No, no me molesté en hacerlo.

—¡Por qué no! —Leventhal cerró el puño rápidamente como si quisiera atrapar algo—. ¡Por qué no! —quiso saber—. Era tu deber si eres amigo mío. Incluso aunque no conocieras bien los hechos tendrías que haberme defendido. Y estabas bien enterado de todo. Te lo había contado yo. Tendrías que haber dicho que era una calumnia y una mentira. Si alguien me contara una mentira semejante acerca de ti, verías qué pronto le interrumpía. No es solo lealtad sino sentido de la justicia. ¿Y cómo sabía él lo que yo había hecho en Dill's? ¿Por qué te quedaste tan parado? ¿Tenías miedo de herir sus sentimientos contradiciéndole?

—No tenía miedo de eso —dijo Harkavy. Contempló a Leventhal con ojos llenos de asombro, pero contestó calmadamente—. No creí que te beneficiara el que yo discutiera con Williston. Me limité a decir que estaba equivocado.

—¡Mi amigo!

—Sí, y nunca has tenido otro mejor que yo. Soy tu amigo, Asa.

—Podía haber hablado conmigo antes de decir una cosa así, darme la posibilidad de defenderme. Prefirió creer lo que le dijo ese borracho de Allbee. ¿Dónde está su imparcialidad anglosajona... su juego limpio?

—Me resulta difícil entender la postura de Williston. Tenía la impresión de que era una persona muy equilibrada.

—¿Te resulta difícil? —dijo Leventhal con amargura—. Ya te he explicado por qué Allbee dijo que yo quería vengarme. Y si Williston cree que fui a Dill's con mala intención, debe de creer lo mismo que Allbee, de cabo a rabo.

—¿Quién, Williston? Estás muy equivocado, muchacho, muy equivocado.

—Sí, ¿eh? Bien, está claro que no sabes de qué va, no es difícil darse cuenta. Quieres decir que Williston es demasiado buena persona. ¡Mira quién habla de ser inocente! ¡Y hombre de mundo! Cualquiera niño sabe más que tú de estas cosas, Dan. Si se siente inclinado a pensar que fue aquel insulto... un insulto, por cierto, contra ti, Dan. Si es eso lo que cree...

—Williston es una excelente persona —dijo Harkavy—. Recuerda que se portó muy bien contigo.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Qué te hace pensar que lo haya olvidado? Por eso precisamente resulta tan espantoso todo este asunto. Es la parte de maldad que hay en ello. No cabe duda de que me ayudó. De manera que si ahora quiere creer esto de mí, está en su perfecto derecho, ¿verdad? ¿No ves como todo concuerda? —Hizo un gesto como de buscar un camino en la oscuridad—. Es cierto que me ayudó.

—Puedes estar seguro de que no sabe nada de los planes de Mr. Allbee y que no le gustaría si los conociese. A pesar de lo que opinara entonces. Quiero decir que no podría creer que Allbee ande diciendo... que tú lo arruinaste. Ese hombre está como una cabra, persiguiéndote de esa manera. Completamente chiflado. ¿Nunca has visto antes un caso parecido? Resulta muy penoso. Se dio en mi familia. La hermana de mi

padre se puso muy extraña al llegar a la edad crítica: decía que todos los relojes le avisaban para que tuviera cuidado, tuviera cuidado, tuviera cuidado. Estaba completamente ida. Una verdadera calamidad. Aseguraba que alguien le robaba cosas del buzón, que se llevaban las cartas. Todo tipo de cosas. No acabaría nunca de contártelas. Bueno, pues es evidente que te enfrentas con un caso semejante. Es desagradable, pero no hay ninguna razón para alarmarse. Mi tía empezó a decir que ella era la viuda de Krueger, el rey de las cerillas, a pesar de que mi tío aún estaba vivo. A veces decía Cecil Rhodes, en vez de Krueger. Mi abuelo tomó parte en la guerra de los bóers. ¿De dónde, si no, se habría sacado una cosa así? La llevaron a una institución, ¡pobrecilla! Solo Dios sabe cómo se les meten esas ideas en la cabeza.

Leventhal asintió distraídamente. No podía hacer otra cosa que cavilar sobre Williston. ¿Cómo podía creer aquello de él? ¿Era posible conocerle y, sin embargo, creerle capaz de hacer daño a alguien deliberadamente? ¿Por semejante motivo? ¿Por cualquier motivo, incluso estrictamente en propia defensa? Él no era capaz de imaginar ni de llevar a cabo semejante plan. Leventhal apenas conseguía controlar su agitación. Se alejó de Harkavy con el entrecejo fruncido. Williston le había ayudado. Estaba en deuda con él. ¿Acaso podía negarlo? Harkavy le había reprendido a su manera por dar la impresión de olvidarlo. No lo había olvidado. Pero era lógico preguntar cuánto debía a Williston y hasta dónde se podía esperar que llegara la gratitud. Había usado la palabra «maldad» poco antes, y lo que le había impulsado a hacerlo era la sensación de que Williston le había acusado debido a una influencia que era incapaz de resistir. Si estaba dispuesto a creer que él era una persona capaz de llevar a cabo un plan semejante debido a su condición —¿por qué no decirlo?— de judío, se había llegado a la situación que Leventhal siempre temiera: toda su buena suerte quedaba eliminada y todos los favores se esfumaban. Miró abatido delante de sí. Williston, al igual que él, al igual que todo el mundo, era arrastrado por corrientes que lo llevaban primero en una dirección y luego en otra. Las corrientes habían dado un nuevo giro, y a él se le hacía ir más deprisa, cada vez más deprisa. Se le encogió el corazón; por un momento se sintió mareado y cerró los ojos.

—Tendrá que decírmelo directamente —murmuró, reponiéndose un poco—. No me daré por satisfecho con la palabra de otra persona. Eso sería obrar como él lo hizo.

Sacó el pañuelo y se secó la cara.

Pero pasó la semana y Leventhal no hizo nada para ponerse en contacto con Williston, aunque todos los días se prometía a sí mismo aclarar de una vez por todas aquel asunto. Allbee no apareció y Leventhal abrigaba la esperanza de que ya no volvería a verlo, aunque en realidad supiera que no iba a ser así. En Staten Island, al menos, las cosas marchaban mejor. No es que Mickey estuviera fuera de peligro, pero mejoraba y Leventhal se sentía menos angustiado por él. Max había contestado al telegrama diciendo que estaba listo para volver en cuanto el médico lo indicara, y Leventhal le escribió diciendo que aunque él pensaba que debería volver a casa porque era allí donde hacía falta, era él quien tenía que tomar la decisión.

El viernes por la noche Leventhal sintió con especial intensidad la ausencia de Mary. Antes de acostarse estuvo tentado de ponerle una conferencia a Charleston. Se llegó incluso al teléfono, lo descolgó y le dio la vuelta, desenredando el cordón, pero volvió a colgarlo y siguió desvestiéndose. Se puso un batín blanco de algodón que Mary le había regalado por su último cumpleaños, y estuvo alisando suavemente las solapas y mirando hacia abajo. Si la llamaba en aquel momento, al empezar el fin de semana, Mary pensaría con toda seguridad que le resultaba insoportable estar solo y que le hacía un llamamiento para que volviera a casa. Y eso era injusto, porque no podía volver mientras su madre la necesitara. Además, cuando él colgara y Mary se hiciera otra vez inaccesible, la echaría de menos más incluso que ahora. Y ella a él.

Había varios vasos en el fregadero. Los lavó y los puso boca abajo para que se secaran. Después entró en el comedor, que había estado cerrado desde que Mary se marchara. Dejó abiertas todas las puertas del apartamento; eso hizo que se sintiera más a gusto.

No durmió bien. Se pasó la mayor parte de la noche oyendo cómo el motor del frigorífico daba sacudidas y se estremecía al ponerse en marcha y al detenerse. Varias veces abrió los ojos a causa de ello. La luz del cuarto de baño estaba encendida. Cayó un breve chaparrón y junto a la ventana quedó flotando una neblina. De madrugada se dio cuenta de que alguien hablaba muy alto en la calle y se puso a escuchar, respirando pesadamente. Se había acostado con el batín de algodón y estaba tumbado con las dos almohadas bajo la cabeza y las manos unidas sobre el pecho; sus pies y sus piernas extendidas eran visibles junto a la zona más oscura de la pared. Había una luz gris y tamizada en el largo desfiladero de la calle.

Se oyó un grito de mujer. Leventhal se incorporó a toda prisa y apartó las cortinas con un entrecocar de anillas. Había revuelo en la esquina. Vio a un hombre que echaba a correr enloquecidamente hacia una mujer que se hallaba junto a otra; alguien —un hombre— se interpuso en su camino, dando alaridos, y lo detuvo. En la acera de enfrente, dos soldados observaban. Habían estado con las dos mujeres, eso resultaba evidente, y luego el hombre les había sorprendido —quizá el marido de una de ellas, o el hermano, probablemente lo primero— y se habían apartado. El hombre

andaba en círculos con pasos breves y cautelosos, y la mujer retrocedía torpemente, en tensa atención, dispuesta a salir corriendo. Sus tacones altos resonaban sobre la acera. El hombre la había alcanzado ya una vez y llevaba el vestido rasgado desde el cuello hasta la cintura. Agitó la cabeza echándose el cabello para atrás. El otro se lanzó de nuevo, tratando de agarrarla, y la amiga, con gemidos lastimeros y suplicantes, le cogió de los brazos y salió despedida. Los soldados parecían estar asistiendo a un espectáculo especialmente preparado para ellos, y daban la impresión de reír para sus adentros de cuando en cuando. Los zapatos del marido chirriaron sobre la acera al dirigirse hacia su mujer, y esta vez ella salió corriendo. Echó a correr calle arriba desmañadamente, pero deprisa, su figura delicada en un continuo temblor, y los soldados se pusieron en marcha inmediatamente en la misma dirección. El marido no trató de perseguirla; se quedó inmóvil. La otra mujer, con las manos sobre su brazo, le habló con tono perentorio, acercándose mucho a su cara. La lluvia caía sobre la calle se estaba secando muy deprisa, aunque de manera desigual. Leventhal gruñó de manera apenas audible y se ciñó mejor el batín alrededor de la cintura. Se produjo un destello, como si surgiera del agua un cable de cobre y se alzara rápidamente, pasando sobre la mampostería y sobre las ventanas. El sol se estaba abriendo camino por una esquina del aire grisáceo. La mujer todavía hablaba con el hombre, implorante, tirando de él hacia el otro lado. Quería que se fuese con ella. Leventhal corrió la cortina y se dejó caer sobre la cama.

Se levantó a las diez con todo un fin de semana por delante. El día había cambiado de aspecto desde la aurora; la mañana estaba tibia y era de una extraordinaria belleza. El cielo tenía un intenso color azul; y las nubes, tan blancas como las plumas de las gallinas leghorn, avanzaban empujadas por una brisa que movía las cortinas y zarandeaba las cuerdas de las jardineras de Mrs. Núñez. Leventhal se bañó, se vistió y salió a desayunar. En el restaurante se sentó a una mesa en lugar de hacerlo junto al mostrador, como acostumbraba en los días de trabajo. Encontró un ejemplar del *Tribune* sobre el asiento y lo estuvo leyendo, con el periódico apoyado contra el azucarero, mientras se bebía el café. Después fue paseando hacia la parte alta de la ciudad, disfrutando del buen tiempo y mirando los escaparates.

La escena de la calle seguía presente en su imaginación, sin embargo, y la repasaba de cuando en cuando con la sensación de que, en realidad, ignoraba por completo las cosas extrañas, las cosas salvajes, que sucedían a su alrededor. Todo el tiempo colgaban cerca de él en gotas temblorosas, normalmente invisibles o, todo lo más, vistas desde lejos. Pero eso no quería decir que siempre fuese a haber una distancia, o que más pronto o más tarde una o dos gotas no le cayeran encima. De hecho, pensaba en Allbee —no estaba seguro de que hubiera dejado de espíarle— y con el pensamiento le vino un débil desasosiego. Una vez más se recordó a sí mismo que tenía que llamar a Williston. Pero gradualmente el desasosiego se esfumó y su propósito se vio relegado a un segundo término. Después, cuando sacó unas cuantas

monedas del bolsillo para pagar un refresco y vio un teléfono público en la parte trasera del establecimiento, reconsideró la situación y decidió no hacer la llamada por el momento. Hacía tres años o quizá más que no veía a Williston y preguntarle, sin previo aviso, por algo tan difícil y tan oscuro, quizá olvidado, podía parecer extraño. Además, si Williston era capaz de creer que había perjudicado a Allbee deliberadamente, se mostraría frío con él. Y quizá Harkavy tenía razón. Tal vez buscaba que Williston le confirmara su aprecio. Tal vez buscaba más esa seguridad que una actitud imparcial. Se imaginó a Williston sentado delante de él en su postura habitual, cómodamente instalado en su sillón, los dedos en los bolsillos del chaleco; sus mejillas sonrosadas y sus azules ojos parecían decir: «Mi sinceridad tiene un límite», sin aclarar dónde se hallaba ese límite. Lo más probable era que Williston hubiera decidido que él era responsable de lo que le había sucedido a Allbee y aunque —si Leventhal le conocía como creía conocerlo— le escuchara con aparente cortesía y con disposición de ser ecuánime, lo cierto es que ya estaría convencido. Imaginarse a sí mismo implorándole hizo que Leventhal se sintiera muy avergonzado. ¿No sabía él, Leventhal, que nunca había querido perjudicar a Allbee de manera consciente? Claro que lo sabía. Era Williston, aunque se tratara de su benefactor, quien tenía que explicar por qué estaba dispuesto a creer una cosa semejante. Y cuando uno decía que alguien era su benefactor, ¿qué significaba exactamente? Se podía ayudar a un hombre porque a uno le molestaba y quería librarse de él. Podía hacerse porque a uno le caía mal sin razón alguna y había que compensarle por semejante perjuicio, y después, considerando que ya se le había pagado la deuda, podía uno sentirse libre e incluso con derecho a detestarlo. No decía que fuese así en el caso de Williston, pero en un asunto como aquel nadie podría condenarle por examinar todas las posibilidades, o acusarle de excesiva sangre fría o falta de corazón. Era mejor pensar bien de las personas: había una especie de mandamiento que exigía hacerlo así. Y en conjunto Leventhal opinaba que él tenía un carácter poco dado a las sospechas y que prefería que la gente se aprovechara de él antes que mirar a todo el mundo con desconfianza. Era mejor ser genuinamente confiado; era lo que ellos llamaban una actitud cristiana. Pero no tenía sentido negarse a reconocer las sospechas que aparecían en su mente en un asunto como aquel. Porque si las tenía, no había por qué adoptar una fachada de inocencia y negar que estaban allí.

Al mismo tiempo, Leventhal era lo suficientemente razonable para admitir que quizá estaba tratando de librarse de un sentimiento de obligación hacia Williston criticándolo. Nunca había sido capaz de pagarle su deuda. ¿Estaba buscando un pretexto para darla por cancelada? Leventhal creía que no. Ojalá pudiera estar seguro. Enseguida se dijo a sí mismo que lo estaba. Nunca había sentido otra cosa que gratitud. Una y otra vez había dicho —Mary podía dar testimonio— que Williston le había salvado.

Resultaba así que al examinarlo con más detenimiento, todo el asunto empezaba a perder gran parte de su importancia. Era, después de todo, algo que se podía tomar

seriamente o ignorar como si se tratara de una simple molestia. Dependía de él. Le bastaba con insistir en que no era responsable para que desapareciera por completo. Era su convencimiento frente a una acusación que nadie podía esperar que aceptara sin más ni más. ¿Y qué otra cosa podía él hacer excepto decir que su participación en ello era accidental? En el peor de los casos, un accidente, algo no intencionado.

La mañana, con su brillo y sus simples contrastes, blanco y azul, brillando y oscureciéndose, tenía sobre él un efecto sedante del que era consciente. Levantó la mirada y apareció en su rostro, atezado bajo la luz del sol, una ligera sonrisa. Su camisa blanca recién lavada estaba mal abotonada y le apretaba en el cuello; metió los dedos entre la piel y la tela y tiró para abajo, alzando la barbilla al mismo tiempo. Luego rectificó torpemente el delantero de la camisa, consiguiendo que su anillo de boda chocara contra los botones.

Al mediodía, estaba en la zona oeste de las calles Cuarenta. Almorzó carne con ají en un restaurante frente a una tienda de instrumentos musicales, donde un hombre en mangas de camisa, en pie junto a una de las amplias ventanas del segundo piso, dejaba escapar alguna nota suelta al probar una trompeta, rodeando con un brazo la redonda brillantez del metal. Tocaba caprichosamente sonoras notas impacientes y ronquidos profundos, cuyas vibraciones Leventhal sentía entrar en su misma sangre mientras su vista vagaba por la calle en calma, soleada y polvorienta. Rompió el envoltorio de un cigarro, haciendo con el celofán una bola pequeña. Buscó a tientas las cerillas a la altura del muslo, y después de expulsar la primera bocanada de humo se llegó hasta una cabina telefónica y llamó a Elena. Mandaron a uno de los hijos de Villani a buscarla. Los ojos de Leventhal siguieron fijos en el hombre que tocaba la trompeta durante la conversación.

Elena parecía más tranquila que de ordinario. Iría a visitar a Mickey a las tres. Le preguntó por Philip y mientras Elena, después de decir «¿Philie? Está arriba», seguía hablando del hospital, a Leventhal se le ocurrió la idea de pasar el día con él y la interrumpió para proponerle que Philip viniera a Manhattan.

—Me reuniré con él en South Ferry. Si lo prefieres iré a buscarlo.

—No, te lo mandaré —dijo Elena—. Me parece muy bien. Le gustará. Puede tomar el ferry solo. No tiene ninguna importancia.

Repleto ya de planes, Leventhal se apresuró calle arriba. Se darían un paseo por el Drive en un autobús con baca. Probablemente al chico le gustaría. Quizá prefiriera Times Square: el tiro al blanco, las máquinas tragaperras y los billares mecánicos. Se felicitó a sí mismo por haber pensado en Philip; estaba satisfechísimo. Habría pasado el día aceptablemente bien, reflexionó, hasta que al llegar la noche se diese cuenta de que no había intercambiado tres palabras con un ser vivo, y la melancolía descendiera sobre él. Y también Philip se habría quedado solo al marcharse su madre al hospital. Leventhal tomó el metro y fue a sentarse a la placita, en un banco que dominaba las puertas del ferry.

Desde el primer momento mantuvo su impassible y atezado rostro vuelto hacia la

salida. La tensión de la espera casi le hacía temblar, pero era placentera, una excitación agradable. Se preguntó por qué desde hacía poco se había vuelto más receptivo ante cierta clase de sentimientos. Con todo el mundo, excepto Mary, tendía a mostrarse seco y distante, exteriormente un poco como su padre, y esta sequedad suya no era, cuando se la examinaba a fondo, más que negligencia. Cuando uno no quería tomarse molestias con la gente encontraba medios para darles de lado. El mundo era un lugar lleno de actividades: Leventhal recorrió con la vista los edificios, los bancos y las oficinas en su quietud dominical, los pilares con manchas de hollín, y el cambiante color de las ventanas, donde el color más estable del cielo se oscurecía, se dilataba y volvía a oscurecerse. No era posible encontrar sitio para todo en los propios sentimientos, o abrirse ante cada contacto, como una puerta giratoria, ofreciéndose por igual a todos, con la gente entrando y saliendo como les apeteciera. Por otra parte, si uno se cerraba por completo, prefiriendo que no lo molestaran, entonces era como un oso en su refugio invernal, o como un espejo envuelto en un trozo de franela. Y al igual que ese espejo uno corría menos peligro de romperse, pero tampoco brillaba. Y había que brillar. Eso era lo curioso. Todo el mundo quería ser lo que era hasta el límite. Al mirar alrededor, era eso lo que se veía con más claridad. Tanto en los grandes éxitos como en los delitos y en los vicios. Cuando la mujer se enfrentó con su marido de madrugada, después de que él, casi con toda seguridad, la hubiera estado siguiendo de bar en bar para sorprenderla por fin en una situación demasiado comprometida para que pudiera pensar en defenderse; cuando ella se enfrentó con él, ¿no le decía, sin palabras: «No he hecho otra cosa que ser hasta el límite lo que soy»? En este caso, una puta. Era posible que se equivocara sobre sí misma. No cabía esperar que la gente estuviera en lo cierto; tan solo que trataran de hacer lo que tenían que hacer. Por eso se llevaban a cabo actos horribles, actos canibalísticos. También pasaban cosas buenas, por supuesto. Pero incluso entonces, nada verdaderamente bueno estaba a salvo.

Había en las personas algo contra el sueño y el aburrimiento, y también la precaución que llevaba al sueño y al aburrimiento. Las dos cosas existían, pensó Leventhal. Estábamos todo el tiempo cuidándonos, guardando, almacenando, vigilando por un lado y por otro, y al mismo tiempo corriendo, corriendo desesperadamente, corriendo como si estuviéramos en una carrera con un huevo sobre la cuchara. Y a veces estábamos hartos del huevo, incapaces de aguantar más, y en tales momentos preferiríamos pasarnos al demonio, o a lo que llaman el poder de las tinieblas, antes que correr con la cuchara, vigilando el huevo, temiendo por el huevo. El hombre es débil y frágil, necesita determinadas cantidades de todo: agua, aire, alimentos; no puede comer ramas y piedras; tiene que evitar que se le rompan los huesos y perder toda su grasa. Esto y aquello. Acumula azúcar y patatas, esconde dinero en el colchón, procura no herir sus propios sentimientos siempre que puede, y se esfuerza y toma precauciones. Todo eso se podía decir, en bien del huevo. ¿Morir, entonces, es echarlo todo a perder? ¿Pudrirse? Y el juicio final, ¿mirar el huevo al

trasluz? Leventhal rio en voz baja y se frotó la mejilla. También existía la situación contraria, jugar con el huevo, arrojándolo de unas manos a otras, amenazar al huevo.

Los barcos llegaban de la isla cada pocos minutos y, después de que los pasajeros descendieran y se dispersaran varias veces, Leventhal vio a Philip parado junto a la salida. Se levantó y le hizo señas, gruñendo, «Aquí, por este lado», y, moviendo el brazo, avanzó hasta la acera. El ruido de los autobuses hacía inútiles los gritos.

—¡Aquí, aquí!

Siguió haciéndole señas, y por fin el chico le vio y vino hacia él.

—Bien, ¿tuviste buena travesía? —Fueron las primeras palabras de Leventhal—. Hace un día estupendo. Desde aquí se huele el mar. —Respiró profundamente—. Pescado y almejas.

Observó complacido que los cortos cabellos de Philip estaban peinados, y que el cuello de la camisa, que descansaba sobre el cuello de la chaqueta, estaba limpio y sin arrugas. Él mismo llevaba un traje de mil rayas recién salido de la tintorería; todo ello hizo que se sintiera preparado para la fiesta.

—Vamos a ver, ¿qué tomamos para ir a la parte alta de la ciudad? ¿El autobús? —Tocó al muchacho en el hombro—. No hay mucho que ver los sábados desde un autobús de Broadway.

—Vengo a veces a Manhattan —dijo Philip—. Sé qué aspecto tiene. Vamos a coger el metro.

Descendieron y Leventhal le fue guiando a través de la puerta con molinete y la oscuridad del andén en curva. Un lejano y rápido entrechocar de vagones, como martillazos, les llegó desde el túnel.

Era una suerte que Philip fuera hablador, porque si hubiera dado muestras de reserva, Leventhal habría pensado que le reprochaba su pasado abandono, que no era posible reparar en una sola tarde. Como reproche había interpretado el silencio de su sobrino la semana anterior, cuando le diera los veinticinco centavos. Pero no había ningún motivo de recelo. Philip hablaba mucho y Leventhal, aunque su cabeza pareciera estar a veces en otro sitio, le escuchaba con gran atención sin dar muestra de ello. Las emociones que Philip despertaba en él reforzaban su ordinaria impassibilidad. Sin embargo, miraba con frecuencia el contorno de su cabeza alargada, pero de agradables proporciones, con el pelo muy corto, y también su rostro; y pensaba que la sangre de Elena quizá se manifestara en sus facciones, pero no en su forma de ser. En ese terreno había entre ellos dos algo en común. También el chico parecía notarlo, se dijo Leventhal.

Philip puso la mano en una de las máquinas para vender chocolatinas apoyada contra un pilar, y Leventhal se apresuró a buscarse monedas de un centavo por los bolsillos hasta poner cinco o seis y hacer girar después los mandos. El metro llegó a la estación mientras él sacaba la chocolatina del orificio de metal, y tuvieron que echar a correr para alcanzarlo.

—¿Qué te parece si andamos un poco? —sugirió Leventhal en Pennsylvania

Station. Salieron y se pusieron en marcha hacia Times Square.

El aire estaba más en calma allí, en el centro de la ciudad, y fueron andando mientras Leventhal escuchaba el parloteo de Philip, con frecuencia un tanto sorprendido ante las cosas que decía. Philip se interesaba por los cimientos de los rascacielos. ¿Era cierto que necesitaban amortiguadores de choques? Les hacía falta algo para aguantar las vibraciones del metro y para resistir el movimiento en lo alto, el balanceo. Todos se balanceaban. Max le había dicho que en determinadas partes de un barco las planchas estaban colocadas para que cediesen cuando había que aguantar el mal tiempo.

—Parece razonable —dijo Leventhal—. Pero ya sabes que no soy ingeniero.

Philip continuó, imaginando las cosas que había debajo de la calle, además de los cimientos: las cañerías, para el agua y las de desagüe, las tuberías del gas, la instalación eléctrica del metro, los cables del teléfono y el telégrafo, y el del tranvía de Broadway.

—Supongo que tienen mapas y planos en el ayuntamiento —le interrumpió Leventhal—. ¿Qué te parecería beber algo?

Se tomaron un vaso de naranjada en un quiosco de bambú, cuyas paredes estaban cubiertas de hierba de papel erizada. La mujer que les sirvió apretó la palanca del depósito con la muñeca, manteniendo rígidos los dedos con sortijas de camafeo. La naranjada estaba un poco amarga y tenía trocitos de cáscara.

Al abandonar el quiosco se tropezaron con un corro formado alrededor de un hombre que vendía perros de juguete que daban saltitos y ladraban. El vendedor, con una desflecada camisa de hacer deporte y zapatos rotos, y en la frente una cinta con figuras indias, los empujaba con el dedo gordo del pie cada vez que disminuían la marcha.

—Andan tres minutos, garantizado —decía. Para darles cuerda los agarraba por la cabeza; tenía los dedos demasiado grandes para llegar a la llave fácilmente—. Tres minutos. Veinticinco centavos. A mí me cuestan dieciocho. Ese es el timo —decía su chiste con gesto tétrico. Las mejillas le abultaban mucho y tenía una mirada agresiva—. Tres minutos. No molesten, no *shtup*. Compren y váyanse.

Hubo risas entre los mirones.

—¿Qué está diciendo? —quiso saber Philip.

—Les está diciendo en yiddish que no empujen —replicó Leventhal. Le vino a la memoria lo que había dicho Allbee sobre los judíos y Nueva York—. Vamos, Phil —añadió.

En la calle Cuarenta y dos el chico empezó a pararse con frecuencia para mirar los anuncios de los cines, y Leventhal, a regañadientes —no le gustaba el cine—, le preguntó si quería ver una película.

—Sí que me gustaría —dijo Philip.

Leventhal supuso que la enfermedad de Mickey había impedido que pudiera ir al cine los sábados.

—La que prefieras —dijo.

Philip escogió una película de miedo; compraron las entradas y pasaron sobre las marrones alfombras del vestíbulo, privado de la luz del sol, entre lámparas nebulosas con pantallas de seda, rotas y polvorientas, y largos sofás tapizados de brocado, hasta entrar en la sofocante oscuridad. Se sentaron en las butacas de cuero.

En la pantalla se veía cómo un viejo científico rondaba el vestuario de un teatro donde había asesinado a su amante muchos años atrás. Sufría alucinaciones con una joven estrella que se le parecía, y trataba de estrangular a la muchacha. Las luces fulgurantes molestaban a Leventhal en los ojos, la música era estridente y, al cabo de media hora de película, con los nervios de punta, fue a los servicios. Encontró allí a un viejo, recostado contra un fregadero amarillo, que estaba limpiando el extremo de un cigarrillo liado.

—Hay que ver en qué cosas ponen a Karloff —dijo—. Un hombre de su talento.

—¿A usted le gusta? —preguntó Leventhal.

—En su especialidad es un genio. —Ofreció lumbre a Leventhal, sujetando la cerilla verticalmente entre dos pegajosas uñas blancas; tenía los dedos despellejados; debía de ganarse la vida fregando platos—. Aquí está perdiendo el tiempo. Es una película por debajo de sus posibilidades. Pero incluso así destaca. Entiende de verdad lo que es una mente genial, alguien que se dicta sus propias leyes. Eso es lo que hace que yo lo admire.

Leventhal tiró el cigarrillo; el olor a desinfectante estropeaba el sabor. Se reunió con Philip deslizándose en el asiento. Enseguida se quedó dormido. Los esfuerzos del hombre que estaba a su lado para salir de la fila consiguieron despertarlo. Se incorporó de repente y oyó la música del noticiario.

—Vámonos, Phil. No hay aire en este sitio —dijo Leventhal—. Es un milagro que alguien consiga mantenerse despierto.

La calle los deslumbró al salir. Las luces de la marquesina resultaban descoloridas. Les asaltó un olor caliente y muy intenso de cacahuetes tostándose y de palomitas de maíz al caramelo. Desde un tiro al blanco les llegó un sonido de choques metálicos. Y durante algún tiempo Leventhal se sintió vacío y falto de equilibrio. El sol era demasiado fuerte y el tráfico incesante demasiado ruidoso, demasiado rápido.

—Bien, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó—. ¿Qué te parece el parque? Podemos visitar el zoo. Un poco de aire fresco no nos vendrá mal, ¿no crees? Primero nos tomaremos un sándwich y después iremos andando hasta allí.

Philip se mostró de acuerdo, pero Leventhal no fue capaz de decidir si la idea le agradaba o era más bien que, después de haberse salido con la suya en cuanto a la película, se sentía obligado a ceder. «No sé cómo tratar a un chico», pensó. «Quizá ya no le interesen los zoos. Pero no entiendo por qué tendría que ser así». La previa confianza en su capacidad para entenderse se estaba desvaneciendo.

—¿Preferirías hacer alguna otra cosa? —le preguntó al muchacho—. No tengas

miedo a decir lo que piensas.

—Lo único que se me ocurre es el partido de béisbol entre los Dodgers y Boston. Pero deben de estar ya en el quinto *inning*. Y no tengo miedo a decir lo que pienso.

—Me alegro. Iremos al béisbol en otra ocasión. Cuando se te ocurra algo, quiero que me lo digas. Mientras tanto, vamos a tomar un bocado.

El restaurante en el que entraron era un lugar inmenso, abarrotado de gente. Había varias colas delante de cada mostrador. Leventhal mandó a Philip a por los refrescos; él se ocuparía de comprar los sándwiches. Encontraron una mesa y Leventhal empezó a comer, pero Philip se levantó para ir en busca de un tarro de mostaza. Leventhal se quedó bebiendo. De repente se produjo un revuelo entre la gente en la parte delantera del restaurante; se alzaron algunas voces. Varias personas se subieron a las sillas para ver lo que pasaba. También Leventhal se puso en pie, mirando alrededor en busca de Philip, frunciendo el entrecejo y empezando a sentirse preocupado. Se metió entre la gente y fue avanzando.

—Ahí está mi tío. ¡Tío! —gritó Philip, al verlo. Un hombre vuelto de espaldas lo sujetaba por el brazo, pero su cabeza rubia y su chaqueta de algodón hicieron que Leventhal lo reconociera inmediatamente.

—¿Qué están haciendo? —dijo. El asombro hizo que no se dirigiera ni a Philip ni a Allbee, sino a los dos, por así decirlo.

—Cogí la mostaza de la mesa y este hombre me sujetó —exclamó Philip.

—Así es, eso es lo que hice. Pon la mostaza donde estaba.

Leventhal enrojeció y liberó a Philip de la mano de Allbee.

—¿De manera que este es tu tío? —Allbee sonrió, pero sus ojos no descansaron mucho tiempo sobre Leventhal. Estaba actuando para el público y, allí parado, con la cabeza extrañamente inclinada hacia delante, apenas podía reprimir las carcajadas ante la expectación que había producido. Y, sin embargo, estaba presente la típica nota falsa, la nota de fingimiento en todo lo que hacía.

—Pregunté si podía llevarme la mostaza. Pregunté a una señora y me dijo que sí —dijo Philip—. ¿Dónde está?

—Es cierto, señor.

Leventhal se encontró con los angustiados ojos de una muchacha. Pálida, apretaba su bolsillo contra el pecho.

—¿Lo ves?

—Habías birlado el tarro de la mostaza. No le pertenece a esta jovencita. Es de la mesa.

—No vi que estuviera usted en la mesa —exclamó la joven.

—Si usted continúa —dijo Leventhal en voz baja, llena de tensión—, si continúa siguiéndome, verá lo que pasa. Conseguiré un mandamiento judicial. No bromeo.

—Yo podría conseguir un mandamiento judicial contra usted por agresión. Muy fácilmente. Había un testigo.

—Tendría que haberle roto la crisma —murmuró Leventhal. Sacudió la cabeza

bruscamente. Disimuló su indignación a causa del chico.

—Debiera usted haberlo hecho. Me gustaría tenerla rota. —Allbee se humedeció los labios y lo miró fijamente.

—Vamos, Phil. —Leventhal lo sacó del grupo de personas.

—¿Quién es? —preguntó Philip.

—Es un pelma. Lo trataba algo hace años. No le hagas ningún caso. No es más que un pelma.

Se sentaron. Philip untó su sándwich con mostaza y miró a su tío en silencio.

—No te has asustado, ¿verdad?

—Bueno, di un salto cuando me agarró, pero no me daba miedo.

—No hay ninguna razón para tenerle miedo. —Leventhal empujó su plato hacia el otro lado de la mesa—. Ten, cómete esta mitad de mi sándwich. —El corazón le golpeaba dentro del pecho con violencia. Miró hacia la entrada. De momento no se veía a Allbee por ningún sitio.

«No voy a consentirlo», pensó. «Más le valdrá no acercarse a mí otra vez».

En el zoo, atestado de gente, Leventhal se mantuvo en guardia ante la posible aparición de Allbee. Desafiante y alerta en un principio, enseguida se sintió deprimido. Porque si Allbee quería seguirle, ¿cómo evitarlo? Entre tal cantidad de gente podría acercarse sin ser visto. Con frecuencia Leventhal tuvo la sensación de que lo vigilaban, pero lo soportó pasivamente. En parte, el miedo a estar equivocado le hizo reprimir cualquier intento de sorprender a Allbee. Trató de no pensar en él, de estar pendiente de Philip y de comportarse con naturalidad. Pero de cuando en cuando, al pasar de una jaula a otra observando a los animales, Leventhal, mientras hablaba con Philip, o fumaba o sonreía, era tan consciente de la presencia de Allbee, estaba tan seguro de ser estrechamente vigilado que podía verse a sí mismo como si lo contemplaran unos ojos distintos: el perfil de su rostro, la palpitación en la garganta, los pliegues de la piel, la conformación de su cuerpo y hasta la de sus pies dentro de los zapatos blancos. Convertido de esta manera en espía de sí mismo, también era capaz de ver a Allbee, y se imaginaba tan cerca detrás de él que podía examinar la trama de su chaqueta, los cabellos de su nuca, demasiado crecidos y en desorden, el relieve de su mejilla, el color de la sangre en su oreja; incluso evocar el olor de sus cabellos y de su piel. La fuerza y el carácter íntimo de estas sensaciones le asombraron, oprimiéndolo y mareándolo. Volvía a hacer más calor, y el olor acre de los animales y el del heno seco, del polvo y del estiércol apenas dejaban sitio para otra cosa en su cabeza; el sol, desbordándose sobre las ramas más altas y reflejado por los barrotes y las jaulas en alargadas y deslumbrantes formas blancas, llegó a privarle por un momento de su sentido del aspecto habitual de las cosas y tuvo también miedo de que su fuerza física estuviera a punto de abandonarlo. Pero volvió a sentirse bien cuando hizo un esfuerzo para seguir andando.

Al salir del zoo, Philip y él fueron al parque. Su sobrino quería descansar y se dirigió hacia un banco. Pero Leventhal dijo: «Encontraremos otro sitio con más sombra», porque aquel estaba en el cruce de dos senderos y resultaba visible desde todas las direcciones. Se sentaron en una pendiente donde nadie podía acercarse sin ser visto. En el cruce, a unas cincuenta yardas, había un grupo de personas, una de las cuales podía ser Allbee. Llegaba el crepúsculo, y con él una nueva ola de calor, espesando el aire y aplastando la hierba y los arbustos bajo su peso. Leventhal vigilaba. Pensó incluso en invertir los papeles y esperar escondido a Allbee en algún sitio. Pero si lo atrapaba, ¿de qué serviría? ¿Conseguiría acaso avergonzarlo? Había superado toda posibilidad de avergonzarse. ¿Darle una paliza? Con mucho gusto. Pero comprendió que tenía que tener cuidado, por su propio bien, y no responder al disparate con otro disparate, y a la locura con más locura. Y desde luego no quería tener un nuevo altercado mientras Philip estuviera con él. Ignoraba qué efecto le había hecho el encuentro con Allbee en el restaurante. Creía que Philip se daba cuenta de lo angustiado que él estaba, y debido a ello ocultaba sus sentimientos

discretamente. Tenía ganas de hablar con él del asunto. Pero no quería traicionar su ansiedad; además, le asustaba empezar una conversación sin saber de antemano adónde conduciría. Y quizá estaba atribuyendo al chico más discernimiento del que en realidad tenía. Pero era cierto que el clima de su salida en común había cambiado. Philip parecía pensativo; no tenía nada que decir; y habría sido lógico mencionar el incidente una vez, al menos. Porque estaba claro que no lo había olvidado.

—¿Qué te pasa, Phil? —dijo.

—Nada. Tengo los pies cansados —contestó, y Leventhal siguió a oscuras sobre su verdadero estado de ánimo.

Decidió tomar un taxi para ir al ferry, y se levantó diciendo:

—Vámonos, Phil. Es hora de llevarte a casa.

Se puso en camino a buen paso hacia la Quinta Avenida. Philip pareció algo sorprendido de que tuviera tanta prisa, pero disfrutó del paseo en el taxi descapotado. Leventhal lo acompañó hasta Staten Island y lo dejó subido en el autobús. Después regresó a Manhattan.

A eso de las nueve, después de una cena a base de marisco que casi no probó, tomó rumbo a su casa sin pensar en ir a ningún otro sitio. Entró en un estanco casi por casualidad, echó una ojeada a las estanterías más allá del mostrador y compró un paquete de cigarrillos. Recogió el cambio distraídamente, pero, en lugar de guardarlo en el bolsillo, examinó las monedas en busca de una de cinco centavos para llamar a Williston. Y es que de repente sentía una imperiosa necesidad de que le diera una explicación aquella misma noche, inmediatamente. No entendía por qué había ido posponiéndolo toda la semana. Pasó rápidamente las hojas de la guía de teléfonos, apunto el número y se metió en la cabina.

Le contestó Phoebe Williston, y el sonido de su voz le produjo un inesperado sobresalto; hizo que recordara las muchas veces que había llamado para pedirle un favor a Williston; para que le aconsejara o le diera una recomendación. De ordinario los Williston se habían mostrado pacientes con él, y Leventhal, a menudo, les había expuesto sus dificultades, de manera más bien torpe y desvalida, y había esperado, en su salón o al otro lado del hilo telefónico, mientras sopesaban sus problemas, consciente de que no estaba contribuyendo en nada a su solución, y deseoso de poder retirarlos, pero incapaz de hacerlo. Inevitablemente había habido ocasiones en que sus llamadas no eran bien recibidas y la paciencia de los Williston tenía que estirarse más de lo necesario. Siempre que llamaba a la puerta o ponía una moneda en la ranura del teléfono y daba la señal de marcar, la pregunta en lo más hondo de su corazón era: «¿Qué pasará esta vez?». Y también ahora la pregunta seguía presente, aunque las circunstancias fueran completamente diferentes.

—Aquí Leventhal —dijo—. ¿Qué tal estás?

—¿Leventhal? Ah, Asa Leventhal. ¿Qué tal estás, Asa?

No le pareció que hubiera hostilidad en su voz. Era mucho pedir que fuera decididamente cordial, considerando que llamaba por primera vez en tres o cuatro

años.

—No estoy mal.

—Supongo que quieres hablar con Stan.

—Sí.

Oyó el ruido del auricular al dejarlo Phoebe sobre la mesa y después, por espacio de varios minutos, el sonido de una conversación mantenida a cierta distancia. «No quiere hablar conmigo», pensó Leventhal. «Debe de estar riñendo a su mujer por no haber dicho que había salido». Finalmente alguien cogió el teléfono.

—¿Oiga?

—Sí, hola. ¿Eres tú, Asa?

—Oye, Stan, quiero verte —dijo Leventhal sin preámbulos—. ¿Puedes concederme unos minutos?

—¿Esta noche? No me avisas con mucho tiempo.

—Sí, lo sé. Debería haber preguntado si pensabais salir.

—Bueno, a decir verdad teníamos intención de hacerlo más tarde.

—No me quedaré mucho. Solo necesito un cuarto de hora.

—¿Dónde estás ahora?

—No muy lejos. Tomaré un taxi.

Le pareció que Williston no ocultaba su desgana. Pero cuando dijo: «De acuerdo», Leventhal no se molestó siquiera en decir hasta luego. No le importaba la actitud de Williston con tal de que accediera a recibirle. Se puso en el centro de la calle e hizo señas a un taxi para que parara. Por supuesto, se hizo notar a sí mismo mientras subía al vehículo, Williston estaba disgustado por su manera de telefonar y de espetarle su deseo, prescindiendo de las reglas habituales. Pero había otras cosas mucho más importantes de que ocuparse, suponiendo que Williston estuviera realmente de parte de Allbee. Cosas como la equidad, la reputación de un hombre, el honor. Y no faltaban además otras consideraciones que hacer.

Mientras el taxi se dirigía hacia la parte alta de la ciudad, Leventhal sintió de repente que le ardía la cara, porque acababa de recordar un verso que a su padre le gustaba repetir:

*Ruf mir Yoshke, ruf mir Moshke,*

*Aber gib mir die groschke.*

«No me importa cómo me llames con tal de que me des el dinero. ¿Qué más me da que me desprecies? ¿Qué crees que significa para mí ser tu igual? ¿Qué tienes tú que me interese excepto el *groschen*?». Tal era la opinión de su padre. Pero no la suya. Él la rechazaba y le horrorizaba. Y de todas formas, su padre había vivido y había muerto pobre, aquel severo y orgulloso viejo estúpido, de aspecto tan salvaje, a quien solo le importaban las ventajas que pudiera conseguir y librarse mediante el

dinero del poder de sus enemigos. Y, ¿quiénes eran los enemigos? El mundo, todas las personas. Enemigos imaginarios. No había ninguna ventaja en eso. Se comportaba como un aristócrata del comercio entre sus rollos y sus retales, y estaba dispuesto a ser un roedor cualquiera para llegar a León. No había ventajas; nunca llegó a León. Leventhal sufría al pensar en el sentido que aquellas cosas tenían para su padre. Dejó a un lado los recuerdos para decirle al taxista que se diera prisa. Pero el coche estaba ya en la manzana de Williston, y él se agarró a la manija de la puerta.

Reconoció al anciano negro que manejaba el ascensor. Bajo, de anchos hombros y lento, se inclinaba sobre la palanca manejándola con el cuidado más extremo. Subieron y se pararon con gran suavidad en el cuarto piso. También el llamador en la puerta de los Williston le resultaba familiar: una cabeza de mujer fundida en cobre que sorprendía al cogerla por lo mucho que pesaba.

Phoebe Williston le abrió la puerta. Leventhal le estrechó la mano y ella le fue precediendo por el gris corredor de paredes muy altas hasta el cuarto de estar. Williston se levantó del sillón junto al mirador, mientras se le caía del regazo un periódico que se desparramó alrededor del pie de la lámpara. Estaba en mangas de camisa, con los puños vueltos sobre sus rojizos y lampiños antebrazos. Su pelo, castaño, estaba peinado hacia los lados y llevaba suelto el nudo de la corbata verde, de raso.

—Sigues prácticamente igual, ¿eh? —dijo con su agradable voz, llena de sonoridad.

—Sí, más o menos. Tú también, por lo que veo.

—En conjunto un par de años más viejo —hizo notar Phoebe.

—Bueno, eso no hace falta decirlo.

Williston acercó otra silla al mirador, y los dos hombres se sentaron. Phoebe se quedó en pie, apoyando todo el peso sobre un pie, con los brazos cruzados, y a Leventhal le pareció que su mirada seguía fija en él más tiempo del necesario. Se sometió a ello con aire de concederle el derecho, dadas las circunstancias, de examinarlo con más detenimiento.

—Pareces estar muy bien, algo más grueso —dijo—. ¿Qué tal está tu mujer?

—Se fue una temporada al sur, con su madre y la familia. Está muy bien.

—¡Cielo santo! ¿Al sur con este tiempo? ¿Tú sigues en el mismo sitio?

—¿Te refieres al domicilio o al trabajo? No me he cambiado de ninguno de los dos. Sigo en el mismo empleo, Burke y Beard; la misma gente. Supongo que Stan lo sabe.

Apareció la criada para hacerle una pregunta a Phoebe. Era una chica pálida, que hablaba muy despacio. Phoebe la escuchó, inclinando la cabeza y retorciendo el collar entre los dedos. Volvió con ella a la cocina.

—Es nueva y todavía está aprendiendo a manejarse —explicó Williston.

Leventhal, como en tiempos pasados, fue consciente de que en aquella casa había más atmósfera de costumbres establecidas que en ninguna otra de las que conocía.

Williston se había sentado cómodamente en su butaca con los pies cruzados y los dedos de las manos bajo el cinturón. Dentro del reborde metálico del mirador semicircular había varias macetas con capullos de un color tan áspero como trozos de mineral rojo. Mirándolos, Leventhal consideró de qué manera debería empezar. No estaba preparado. Antes le había parecido muy simple; él venía con una queja y solicitaba una explicación. Quizá había contado con hallar a Williston predispuesto en contra suya; desde luego no esperaba que se quedase quieto y aguardara mientras se consumían, uno tras otro, los minutos del tiempo solicitado. No había previsto el efecto que Williston estaba ejerciendo sobre él; se había olvidado de cómo era. Más de una vez había desconfiado de él en el pasado. Se había sentido lleno de rencor cuando pensó que Williston lamentaba haber escrito la carta de recomendación. Pero tanto en aquella ocasión como en otras había cambiado de opinión; lo hacía invariablemente cuando estaba cara a cara con Williston. Iba a verlo para quejarse, pero pronto, sin saber muy bien lo que sucedía, empezaba a sentirse poco seguro del terreno que pisaba. Lo mismo le ocurría en aquel momento, y no era capaz de empezar. Estaba sentado en el mirador, contemplando, por encima de las flores, las veloces luces de los coches al fondo del parque, bajo el entramado de los árboles, cuando tomaban una curva e iluminaban las rocas y los arbustos colgantes de una ladera muy pronunciada, atravesando con un haz y luego con el otro un paisaje inmóvil de negro y verde.

—Quería hablar contigo sobre tu amigo Allbee —dijo Leventhal finalmente—. Quizá tú entiendas qué es lo que pretende.

Williston se interesó inmediatamente; se incorporó en el asiento.

—¿Allbee? ¿Lo has visto?

—Ciertamente.

—Hace años que perdí su pista. ¿Qué hace? ¿Dónde lo has visto?

Pero Leventhal no estaba dispuesto a contestar preguntas hasta que supiera a qué atenerse con Williston.

—¿Qué hacía la última vez que tú lo viste? —preguntó.

—Nada. Vivía con el dinero de un seguro. Su mujer se mató, ya sabes.

—Eso he oído.

—Fue un golpe muy duro para él. La quería mucho.

—De acuerdo, la quería. No fue a su funeral. Pero ¿por qué le dejó ella?

Williston alzó los ojos y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué? —dijo con cierta cautela—, no sabría decir con seguridad. Era algo entre ellos.

Leventhal acusó inmediatamente el reproche que aquello implicaba, y cambió algo de tono.

—Sí, supongo que una tercera persona nunca llega a saber la verdad. Pensé que quizá tú la supieras. —Notó que tenía que explicar las cosas con mayor claridad—. No es que esté tratando de enterarme de algo que no me concierne. Tengo un

excelente motivo. ¿Quizá te imaginas a qué me refiero...?

—Bueno, creo que sí —replicó Williston.

El corazón de Leventhal se puso al rojo.

—Creo haber entendido que estás de su parte —dijo—. Ya sabes sobre qué. Piensas, como él, que soy responsable de todo.

—«Todo» es un territorio muy extenso —dijo Williston—. ¿Qué es lo que quieres decir? Yo procuraría ser más concreto cuando lo que me propongo es acusar a alguien.

Ya no resultaba tan dueño de sí ni tan cordial; su voz empezaba a crisparse, y Leventhal pensó: «Mejor, mucho mejor. Quizá lleguemos a algún sitio». Incluyó más hacia delante su rostro atezado, de facciones acusadas.

—No he venido a acusarte de nada, Stan. No te estoy atacando. He venido a preguntar por qué dijiste ciertas cosas de mí sin oír mi versión sobre el caso.

—Como no me expliques de qué estás hablando exactamente, no te podré responder.

—¿Quieres hacerme creer que no lo sabes? Lo sabes... —Hizo un impreciso gesto de apremio—. Quiero que me digas sin rodeos si piensas que a Allbee lo despidieron de *Dill's Weekly* por culpa mía.

—¿Quieres que te lo diga? ¿En serio? —Williston se lo preguntó con tono sombrío, como si le ofreciera la oportunidad de reconsiderarlo o de retirar la pregunta.

—Sí.

—En ese caso te diré que sí pienso que tuviste la culpa.

Una violenta punzada de decepción y de cólera atravesó a Leventhal, dejándolo sin aliento. Las extremidades se le quedaron vacías, los muslos huecos y rígidos como bronce, y no podía separar las manos de ellos. Apenas sabía qué expresiones iban apareciendo en su cara.

—¿Sí? —dijo con dificultad—. No veo por qué.

—Por razones muy precisas.

Leventhal, con la mirada llena de amargura y de incertidumbre, dijo a trompicones:

—Quería saberlo...

Williston no consideró que esto necesitara una respuesta.

Leventhal continuó con voz más segura:

—Te lo he preguntado, de manera que estabas obligado a darme tu opinión. Si es acertada, de acuerdo. Pero ¿qué sucede si es equivocada? Puede ser que no estás en lo cierto.

—No soy infalible.

—No. Cuando dices que es culpa mía es como si me dijeras que me propuse perjudicar a Allbee por la forma en que se comportó con Harkavy aquella noche, aquí, en tu casa. Es como decirme que quería vengarme por lo que dijo sobre los

judíos. —La expresión de Williston le hizo saber que aquello era algo que no quería oír. Pues tendrá que oírlo, se dijo Leventhal con furia—. Eso es lo que Allbee sostiene, que yo no estaba dispuesto a dejárselo pasar y que monté un plan para que lo pusieran en la calle. ¿No es eso lo que piensas también tú?

—Yo no he dicho eso.

—Pero si me culpas es porque piensas lo mismo. No veo la menor diferencia. ¿Y qué pasa si te equivocas? ¿No es terrible si estás equivocado? ¿No me conviertes en un ser odioso sin darme una oportunidad de contar mi versión? ¿Es eso justo? Quizá pienses que tienes un punto de vista distinto del de Allbee, pero el resultado viene a ser el mismo. Si crees que lo hice deliberadamente, para vengarme, entonces no es solo porque soy una persona atroz, sino porque soy judío.

El rostro de Williston había enrojecido extraordinariamente. En las comisuras de la boca tenía unas manchas blancas por la presión de los labios. Miró a Leventhal como para advertirle que estaba a punto de perder el dominio de sí mismo.

—No debiera necesitar decirte, Asa, que eso no cuenta en mi caso —replicó—. No entiendes mi posición. Espero que Allbee no te dijera que estoy de acuerdo con él acerca de eso. Porque no lo estoy.

—Todo eso está muy bien, Stan. Pero el resultado es el mismo, por lo que a mí respecta. Piensas que consiguió enfurecerme y que yo quería darle su merecido a toda costa. ¿Por qué? Porque soy judío; los judíos son susceptibles, y si les haces daño no te perdonarán. Enseguida aparece la libra de carne. Sé que crees que eso no rige contigo; que es superstición. Pero no cambias nada llamándolo superstición. De cuando en cuando se oye decir a la gente: «Eso es una cosa medieval». ¡Cielo santo! Tenemos nombres para todas las cosas excepto para lo que realmente pensamos y sentimos.

—Parece que estás muy seguro de lo que yo siento y pienso —dijo Williston con entonación sarcástica. Luego apretó los dientes como para controlar su irritación—. La relación con los judíos es invención tuya. Das por sentado que, en mi opinión, perjudicaste a Allbee a propósito. Yo no he dicho eso. Puede que quisieras perjudicarlo y puede que no. Mi opinión es que no lo hiciste a propósito. Pero los resultados fueron los mismos. Conseguiste que perdiera su trabajo. Es muy posible que lo hubiese perdido de todas formas a la larga. Estaba muy poco seguro en Dill's; lo tenían a prueba.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya estaba enterado entonces y posteriormente hablé con Rudiger sobre ello. Me lo dijo él mismo.

Los negros ojos de Leventhal le miraron inexpresivamente.

—¡Sigue! —dijo.

—Esa es la historia. Te la habría contado inmediatamente si no hubieras tenido tanta prisa por echárteme encima. Rudiger aseguraba que Allbee te llevó a Dill's deliberadamente y que o bien te dio instrucciones o sabía que reaccionarías como lo

hiciste. Los dos se la tenían jurada, el uno al otro. Imagino que Rudiger no es una persona fácil de contentar. Le había concedido a Allbee una última oportunidad, pero estaba deseando que diera un paso en falso para ponerlo en la calle. Debía de vigilarlo todo el tiempo y sabía mejor que nadie si Allbee tenía razones para querer jugarle una mala pasada.

—Es una historia de locos. Nadie puede responder de todas las personas a las que recomienda. Tú lo sabes..., pero ¿eso es lo que Rudiger te contó?

Williston hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y la afición al alcohol de Allbee no tuvo nada que ver con ello?

—Perdió muchos empleos por causa de la bebida. No voy a negarlo. Su reputación no era nada buena.

—¿Estaba en una lista negra? —dijo Leventhal, con enorme curiosidad.

Williston no le miraba. Su rostro, con gesto reflexivo, estaba vuelto hacia las flores de colores ásperos que parecían desmoronarse en el cálido aire nocturno.

—Bueno, como digo, estaba a prueba en Dill's. Le pregunté a Rudiger sobre la bebida. Admitió que no tenía queja de Allbee en aquel aspecto. No lo despidió porque bebiera.

—Así que... —dijo Leventhal con voz inexpresiva—. De alguna manera parece realmente que la culpa es mía, ¿no es cierto? —Hizo una pausa y miró a Williston sin verlo, las manos todavía inmóviles sobre las rodillas—. De alguna manera. Sin embargo, yo no quería perjudicarlo. Yo no sabía cómo era el tal Rudiger...

—Es cierto, no lo sabías.

Había algo más que asentimiento en aquella respuesta. Leventhal esperó a que Williston lo concretara, pero esperó en vano.

—¿Cómo podía saber lo que me esperaba? —dijo—. Ese Rudiger... no entiendo cómo hay alguien que trabaje para él. Es un ser malvado. Nada más entrar se tiró sobre mí como un perro rabioso.

—Rudiger dijo que no recordaba otra entrevista parecida.

—Nadie le había replicado nunca. Está acostumbrado a hacer lo que quiere. Es...

Williston, cuyo color se había convertido otra vez en un rojo muy intenso, le interrumpió.

—No te conformes con una excusa tan fácil. En aquella época tenías peleas con todo el mundo. La peor fue la de Rudiger, pero me enteré de otras. Fuiste a pedirle un empleo y no te lo quiso dar. No estaba obligado a hacerlo, ¿no es cierto? Tenías que haberte portado con un poco más de sentido común y no organizar un escándalo.

—¿Limpiarme el escupitajo de la cara y marcharme como un caballero? No tendría muy buena opinión de mí mismo si lo hubiera hecho.

—Ese es el problema precisamente.

—¿Lo que pienso de mí mismo? Bueno... —Se contuvo, suspiró y se encogió de hombros con gesto levemente conciliatorio—. No lo sé. Vas a ver a un hombre en busca de trabajo. No es solo el trabajo, sino tu derecho a vivir. Digamos que no es

asunto suyo; él tiene sus propios intereses. Pero tú crees poseer algo que él está en condiciones de usar. Estás allí para que te compre. Entonces él te dice que no tienes nada. No solo te falta lo que él quiere; asegura que no tienes nada en absoluto. ¡Santo cielo, nadie quiere que lo pisoteen de esa manera! —De repente se sintió mareado y confuso; tenía la cara empapada en sudor. Cambió torpemente la posición de los pies sobre el blando círculo de la alfombra.

—Cometiste una equivocación.

—Quizá —dijo Leventhal, inclinándose—. Tenía los nervios de punta. Y nunca se me ha dado bien eso de llevarles la corriente a los demás. No sé cómo complacerlos.

—No puede decirse que te sobre tacto, eso es totalmente cierto —dijo Williston. Parecía algo más conciliatorio.

—Nunca tuve intención de perjudicar a Allbee. Te doy mi palabra de honor.

—Y yo te creo.

—¿De verdad? Gracias. Me harás un favor si se lo dices a Allbee.

—No lo veo nunca. Ya te he dicho antes que no lo veo desde hace años.

Allbee se avergonzaba de que lo vieran sus viejos amigos, pensó Leventhal. Era lógico después de todo.

—Cree que soy su peor enemigo.

—¿Dónde lo encontraste? ¿Qué hace? Ignoraba que siguiera viviendo en Nueva York. Desapareció por completo.

—Me ha estado siguiendo —dijo Leventhal. Y le contó sus tres encuentros con Allbee. Williston escuchó con una seria expresión interrogativa y una contracción diferente, aunque claramente desaprobadora, en las comisuras de la boca—. No entiendo qué pretende. No logro descubrir qué es lo que quiere.

—Deberías hacerlo —dijo Williston—. Sin ninguna duda.

«¿Quiere decir con eso que debo hacer algo por él?», se dijo Leventhal. Evidentemente, era eso lo que quedaba implícito. Pero ¿qué y cómo? No estaba nada claro. Tuvo la impresión de que no había dicho todo lo que había ido a decir. Las cosas verdaderamente importantes, los problemas más hondos se habían quedado inéditos. Pero comprendió que no le quedaba más remedio que aceptar parte de la responsabilidad por la caída de Allbee. Había contribuido a ella, aunque aún no tenía nada claro hasta qué punto se le podía culpar a él. Allbee había hecho un último gran esfuerzo para conservar su trabajo... Pero ya era hora de marcharse. Había consumido mucho más de quince minutos. Se puso en pie.

Ya en la puerta, Williston le dijo que esperaba saber más de aquel asunto por boca suya; que le interesaba mucho lo que le sucediera a Allbee.

Leventhal apretó el botón del ascensor, que se puso en marcha con un suave deslizarse y cerrarse de las puertas metálicas para subir después con mesurada lentitud.

Más tarde, ya en la cama, tumbado cerca de la pared, con las rodillas y la cara descansando sobre la funda a rayas del colchón, Leventhal fue pasando revista a sus errores. Algunos le hicieron dar un respingo; otros le oprimieron el corazón con demasiada violencia para poder moverse, y Leventhal sofocó por completo su emoción, sin hacer otra cosa que cerrar los párpados. No tuvo compasión de sí mismo; los repasó todos, desde su ataque a Williston aquella misma noche hasta la escena en la oficina de Rudiger, origen de todas las complicaciones. Al llegar a esta última, se puso boca arriba y se tapó los ojos con los brazos desnudos.

Pero incluso mientras lo hacía, tomaba conciencia de uno de aquellos problemas más profundos a los que antes no había conseguido dar forma. Estaba dispuesto a aceptar su responsabilidad por perder la cabeza en Dill's. Pero ¿por qué la había perdido? ¿Solo por los insultos de Rudiger? No; él, el mismo Leventhal, había empezado a temer que por muy bajo que fuera el precio en que fijara su propia valía, siempre sería demasiado alto, y le costaba creer que alguien quisiera pagar por sus servicios. Y esos habían sido sus sentimientos en presencia de Rudiger. «Hizo que creyera lo que tanto me asustaba», pensó Leventhal, y puso en duda que Williston pudiera entender aquello. Porque pertenecía al mundo profesional y le era fiel. Siempre había un sitio para alguien como él, allí o en alguna otra parte. Y las palabras y las miradas de otro hombre nunca podrían convertirlo en el peor enemigo de sí mismo. No tenía que preocuparse por una cosa así.

Era cierto que Williston no había tratado de justificar a Rudiger, pero para Leventhal estaba claro que lo consideraba el principal responsable a él. Y viendo el incidente desde el punto de vista de Rudiger y tomando también en consideración el carácter de Allbee, era plausible, después de todo, que él, Leventhal, hubiera sido enviado con la consigna de provocar una escena. Harkavy había sido el primero en sospechar que Allbee y Rudiger lo hubieran preparado todo. A él le había parecido razonable y también se lo había parecido a Rudiger. Solo que en el caso de Rudiger la sospecha se había convertido instantáneamente en certeza, probablemente por el mero hecho de habersele ocurrido. Eso mostraba la clase de hombres a que pertenecía.

Quedaba aún otra consideración; se pasó la mano por la garganta y el vello del pecho, que empezaba en la línea por encima de la clavícula donde dejaba de afeitarse. ¿Era posible que sin saberlo, es decir, inconscientemente, hubiera querido vengarse de Allbee? Estaba seguro de que no era así. La noche de la fiesta estaba furioso, desde luego. Pero después ya no. Con toda sinceridad, no. Williston había dicho que le creía; se preguntó, sin embargo, si realmente era así. Era difícil saber a qué carta quedarse con Williston.

Leventhal se encontró con Harkavy el domingo, poco después del mediodía, en un autoservicio de la calle Catorce.

Había entrado tanto para librarse del viento tórrido, que soplaba con fuerza, como para comer. Al cerrarse tras él la puerta de cristal, dejando al otro lado la polvareda, avanzó unos pasos sobre el suelo de baldosines verdes e hizo una pausa, abriendo un poco la boca para inhalar el frescor del aire acondicionado. La pila de bandejas quedaba muy cerca; Leventhal cogió una y echó a andar hacia el mostrador. La cajera le llamó. Se había olvidado de coger el tique de la máquina.

—¿Resaca dominical? —le dijo sonriendo.

Pero Leventhal no respondió. Camino ya del mostrador encontró a Harkavy interceptándole el paso.

—¿Es que estás sordo? Te he llamado tres o cuatro veces.

—Hola. La cajera también me estaba gritando. No es posible oír todo al mismo tiempo.

—Hoy no estás muy despierto, ¿verdad? De todas formas, ven a sentarte con nosotros. Estoy con un grupo. Mi cuñado, Goldstone, el marido de Julia, y varios amigos suyos.

—¿Los conozco yo?

—Creo que sí —dijo Harkavy—. Uno de ellos es Shifcart.

—¿El músico? ¿El que toca la trompeta?

—Ya no. Dile a la camarera lo que quieres o no te servirán nunca. No, ya no se dedica a eso. Trabaja con una firma muy importante de Hollywood, Persevalli y Compañía, los empresarios y descubridores de talentos, o como quieras llamarlos. Y tienes que acordarte de Schlossberg.

—¿Seguro?

—Claro que sí. El periodista. Escribe para las publicaciones judías.

—¿Y qué es lo que escribe?

—Imagino que lo que le pidan. Ahora, reminiscencias teatrales: tuvo que ver con el teatro. Pero también se ocupa de ciencia, según he oído. Ya sabes que no sé leer yiddish.

—Póngame un sándwich de queso con pan de centeno —dijo Leventhal a la camarera al otro lado del mostrador—. ¿No es un hombre mayor? ¿No lo conocí en tu casa? Iba con otro.

—Es cierto; su hijo, al que sigue manteniendo a sus treinta y cinco años.

—¿Está enfermo?

—No, sigue buscando; todavía no ha decidido cuál es su vocación. También tiene hijas. Todavía peores.

—¿Demasiado libres?

—Ahí está tu sándwich —dijo Harkavy.

La camarera envió el plato desde el otro lado del mostrador girando sobre sí mismo y repiqueteando. Harkavy llevó enseguida a Leventhal hacia su mesa. Los tres hombres corrieron sus sillas para hacerles sitio.

—Un viejo amigo mío, Leventhal.

—Creo que conozco a Mr. Shifcart —dijo Leventhal—, ¿qué tal está usted? De los tiempos en que Dan y yo vivíamos en el mismo apartamento.

—Cuando éramos solteros —dijo Harkavy—. Goldstone; no hace falta que os presente. Y este es Mr. Schlossberg.

Shifcart era calvo y rubicundo, con cuello robusto y boca pequeña, aunque de labios carnosos.

—Sí, creo que le sitúo —dijo amistosamente, y con la mano abierta se colocó mejor los redondos lentes de montura dorada.

Schlossberg repitió su nombre con entonación sonora, aunque era evidente que no lo recordaba. Hablaba con voz profunda, pero no siempre se le entendía bien debido a su respiración trabajosa. Era un hombre corpulento de robusta cabeza cana, ancho de hombros y con un rostro como una máscara de cansancio; sus ojos azules eran desproporcionadamente pequeños y también miraban cansadamente. Pero aún quedaba vigor en él, y en otro tiempo tuvo que haber sido (algunas de sus observaciones permitieron a Leventhal imaginárselo de joven) sensual, enérgico, llamativo, un dandy, como atestiguaban su chaqueta cruzada y sus zapatos puntiagudos. Llevaba una corbata de punto que había perdido su forma con el uso, pero el nudo era ancho, atrevido. Leventhal se sintió intensamente atraído hacia él.

—Estábamos hablando de una actriz que Shifcart mandó a California hace unos años —dijo Goldstone poniéndose una mano larga, huesuda y cubierta de vello detrás de la cabeza—. Wanda Waters.

—Persevalli es el que crea a los actores —dijo Shifcart—. Es un hombre de gran talento para los espectáculos.

—Pero tú encontraste a la chica.

—No sabía que la hubieras descubierto tú, Jack —dijo Harkavy.

—Sí, la vi cantando con una orquesta una noche.

—No me digas.

—En la costa de New Jersey. Yo estaba de vacaciones.

—Es muy atractiva —dijo Goldstone.

—Quizá no te gustara mucho si la vieras en persona.

—¿Por qué? En las películas, desde luego, parece una criatura encantadora.

—Sí, tiene unos ojos muy expresivos. Pero si te cruzaras con ella en la calle, no le prestarías la menor atención.

—No sé qué decirte —respondió Harkavy—. Vosotros, como veis tantas bellezas, tenéis en esto una actitud profesional. Yo todavía no estoy echado a perder. Supongo que se puede hacer mucho con el maquillaje y las cámaras, pero tiene que haber algo para empezar. Seguro que no se pueden falsificar esas espléndidas encarnaciones del

sexo femenino. ¿O vas a hablar otra vez de la credulidad del público? A mí me parecen genuinas.

—Algunas lo son realmente. Y las demás dan el pego, que es lo que tienen que hacer.

—Saber elegir las debe de ser un don —hizo notar Goldstone.

—No se trata de un puro azar, claro. No se puede salir a la calle y hacer pruebas a todas las chicas que ves. Pero a mí, personalmente, no me gustan nada algunas de las chicas con más éxito que he mandado a Hollywood.

—¿Cuáles te gustan? —preguntó Goldstone.

—Bueno —dijo lentamente, pensando—, está Nola Hook.

—No hablas en serio —dijo Schlossberg—. Un cactus... delgada, seca...

—Creo que tiene encanto. O Livia Hall, ¿no os parece bien Livia Hall?

—¡Vaya descubrimiento!

—Sí que lo es. Estoy dispuesto a salir por ella.

—¡Una mujer que desata las pasiones! —El semblante del anciano no era el vehículo adecuado para expresar sutiles niveles de ironía. Solo Shifcart, con los labios separados para replicar, no participó en la carcajada colectiva.

—¿Qué pasa? ¿Es que no tiene ningún atractivo?

—¡Claro que los tiene! —Schlossberg le hizo un ademán de que se calmara—. Dios la hizo mujer y, por lo tanto, ¿qué podemos decir nosotros? Pero no es una actriz. Vi a esa devoradora de hombres la semana pasada en una película. ¿Cómo se llama? Envenena a su marido.

—*La tigresa.*

—¡Qué cosa tan pobre!

—Ignoro cuáles sean sus criterios. Era la actriz perfecta para ese papel. ¿Quién sino habría podido hacerlo?

—Un leño, que Dios me perdone. Envenena a su marido y lo ve morir. Quiere el dinero del seguro. Él pierde la voz y trata de suplicarle que le ayude. No se oye hablar a nadie. ¿Qué es lo que tiene que verse en el rostro de la mujer? Miedo, odio, un corazón muy duro, crueldad, fascinación.

Schlossberg cerró los ojos con gesto orgulloso por un momento, y los demás vieron las venas claramente marcadas en sus párpados. Después los alzó lentamente volviendo la cara, y un temblor recorrió sus mejillas mientras les mostraba cómo interpretar la escena.

—¡Vaya, eso está muy bien! —exclamó Harkavy, sonriendo.

—Es el viejo estilo ruso —dijo Shifcart—. No se lleva ya.

—¿No? ¿Y en qué consiste la mejora? ¿Qué hace esa mujer? Hunde las mejillas y mira fijamente. Un hombre muere a sus pies y todo lo que sabe hacer es sacar los ojos de las órbitas.

—Creo que estaba maravillosa en ese papel —dijo Shifcart—. Nadie lo habría hecho mejor.

—No es una actriz porque no es una mujer, y no es una mujer porque un hombre no significa nada para ella. No sé lo que es. No me preguntes. Una vez vi a Nazimova en *Las tres hermanas*. Hacía el papel de la que tiene un novio soldado que muere estúpidamente en un duelo por una nadería. Se lo dicen, y ella aparta la mirada del público y solo en ese movimiento de la cabeza y el cuello... ¡qué intensidad! ¡Pero esta chica...!

—Terrible, ¿eh? —dijo Shifcart sardónicamente.

—¿Ah, no lo es? ¿Es un éxito? Los éxitos de hoy. Tú mismo afirmas que uno puede cruzarse en la calle con esa Waters sin reconocerla. ¡Daos cuenta! —dijo el anciano, haciendo que todos sintieran la profundidad de su asombro—. No reconocer a una actriz, o que un hombre no advierta la presencia de una mujer hermosa. Antes una actriz era una mujer. Tenía una boca, tenía un cuerpo de mujer, sabía andar. Cuando hablaba en susurros, se te llenaban los ojos de lágrimas, y cuando decía una palabra, se te derretían las piernas. Y no había ninguna diferencia; en el escenario y fuera del escenario, se sabía que era una actriz.

Se detuvo. Los otros consideraron sus palabras gravemente.

—Oíd —empezó Harkavy—. Mi padre contaba una historia sobre Lily Langtry, la actriz inglesa, cuando fue presentada en la corte por Eduardo VII. La vieja Victoria todavía estaba viva y él era príncipe de Gales.

—Es a la que llamaban Jersey Lily, ¿no es cierto? —dijo Shifcart.

—Ya conozco la historia. —Goldstone se puso en pie y recogió la bandeja de Leventhal—. ¿Alguien quiere café? Voy al mostrador.

—¿Es buena, Monty?

—La favorita de mi difunto suegro —respondió Goldstone alejándose.

—Mi padre me la contó cuando yo alcancé la edad de votar. Se reservó las mejores historias hasta que fui mayor de edad. Antes de eso... Claro está que uno se entera de todo por su cuenta y ellos lo saben. Pero es extraoficial. Bueno, sabéis que Eduardo era un «viva la Virgen». Y cuando se enamoró de Langtry quiso presentarla en la corte. Dicen que las personas enamoradas quieren que se les vea en público con la persona amada. Orgullosos de que se sepa. Imagino que a veces tiene consecuencias peligrosas. Bueno, el caso es que quería presentarla. Todo el mundo se escandalizó. ¿Qué le iba a decir Lily a la anciana señora? ¿Y no enfurecería a Victoria tener a la amiga de su hijo en St. James o en Windsor o donde fuera? Todos los periodistas estaban esperando después de la ceremonia. Ella salió y le preguntaron: «Lily, ¿qué le has dicho a Su Majestad?». «Tenía mucho miedo de no acertar», respondió Lily. «Pero en el último momento se me ocurrió lo más adecuado. Besé la orla de su vestido y dije: *Ich die!*»<sup>[4]</sup>»

Una sonrisa recorrió la mesa. Goldstone, que volvía con una bandeja, apartó su silla con el pie.

—La divisa del rey de Bohemia en la guerra de los Cien Años —exclamó Harkavy, mirándolos con ojos brillantes—. Lo encontraron en su casco después de la

batalla de Poitiers<sup>[5]</sup>.

—Dudo mucho que besara el vestido de la reina —dijo Leventhal—. ¿Es eso parte de la ceremonia?

—Tenía que hacerle una reverencia. —Goldstone rio, desplegando su servilleta para imitar el movimiento.

—Bueno, yo lo cuento igual que mi padre. No he cambiado una palabra.

—Como la vieja era alemana, se imaginó que la entendería —dijo Schlossberg.

—¿Cómo? No, esa es la divisa de la casa de Hannover —intervino Goldstone.

—Aquello fue toda una combinación. Una reina alemana, un imperio británico y un judío italiano de primer ministro.

—¿Disraeli italiano? —dijo Goldstone—. ¿No había nacido en Inglaterra?

—Pero su padre no.

—Su padre también. El abuelo es el que nació en Italia. Disraeli era un inglés auténtico, si la ciudadanía significa algo.

—Los ingleses no lo consideraban inglés —dijo Leventhal.

—¡Cómo! Lo querían mucho.

—Entonces, ¿quién dijo que era el mono en el pecho de John Bull?

—Tenía enemigos, naturalmente.

—Creo que nunca lo aceptaron —declaró Leventhal.

—¡Falso! —exclamó Harkavy—. Fue un motivo de orgullo para ellos y para nosotros.

—No estoy de acuerdo. —Leventhal movió lentamente la cabeza—. No le dieron la menor importancia a que Victoria fuese alemana. Pero Disraeli...

—Demostró a Europa que los judíos podían ser líderes nacionales —dijo Goldstone.

—Ahí tenéis al Leventhal más típico —exclamó Harkavy—. Eso muestra cuáles son sus ideas.

—¿Judíos o imperios? ¿Suez, India y todo lo demás? Nunca me ha parecido bien.

—Enseñar al mundo una lección con las manos vacías: me sé de memoria todo eso. —Harkavy le lanzó una mirada de disgusto y de reproche—. El imperio era ciertamente asunto suyo. Disraeli era inglés y un gran hombre. Bismarck lo admiraba. *Der alter Jude, das ist der Mann!*

—¿Es que hay tanta diferencia entre un imperio y unos grandes almacenes? —preguntó Shifcart—. Se trata de administrar un negocio.

—Y él administraba la empresa, ¿no? —dijo Goldstone—. Bull y compañía. En nuestros almacenes nunca se pone el sol. B. Disraeli, jefe de compras.

Al principio, Leventhal se había sentido un poco reacio a intervenir y tuvo la pasajera impresión de que era un error dejarse tentar y romper su silencio.

Tampoco se le había ocurrido, al hacer la primera observación, que tuviera mucho que decir sobre el tema. Pero ahora, para su sorpresa, era incapaz de guardarse sus opiniones: eran suyas, por supuesto, pero nunca las había expresado antes y le

sonaban extrañamente.

—Ya que sacas a relucir a Bismarck —dijo—. ¿Por qué dijo *Jude* en lugar de inglés? Disraeli regateaba y, naturalmente, era un judío para él.

—No tergiverses la actitud de Bismarck hacia los judíos —le advirtió Harkavy—. Ten cuidado, muchacho. Les hizo la vida más llevadera.

—Sí, dijo que había que crear una gran raza<sup>[6]</sup>. ¿Cómo era? «Un semental alemán y una yegua judía».

—Sí, vamos, un auténtico Kentucky Derby<sup>[7]</sup> —dijo Schlossberg—. Alfalfa para todo el mundo.

—No hay que juzgar a un hombre por una metáfora —dijo Goldstone—. Había sido oficial de caballería. Era su manera de expresar las mejores cualidades de los dos.

—¿Quién necesita sus cumplidos? —dijo Schlossberg—. ¿Quién los quiere?

—¿Os parece un elogio? —Leventhal alzó interrogativamente la mano que tenía encima de la cabeza.

—Ya entiendo lo que quieres decir —contestó Goldstone—. Le culpas por cómo son los alemanes hoy.

—No —exclamó Leventhal—. Pero ¿por qué agradeces tanto una frase elogiosa de Bismarck, cuando, además, se trata de un elogio disparatado?

—¿Por qué le tienes manía a Disraeli? —quiso saber Harkavy.

—No le tengo manía. Pero quería gobernar Inglaterra. Más por ser judío que por el gran interés que le inspiraran los imperios. La gente se reía de su nariz, de manera que aprendió a boxear; se rieron de sus trajes de seda llenos de colorines y se vistió de negro; y como también se rieron de sus libros les dio una lección. Se metió en política y llegó a ser primer ministro. Lo hizo todo a base de fuerza de voluntad.

—¡Venga, hombre! —dijo Harkavy.

—Fuerza de voluntad —insistió Leventhal—. Eso es extraordinario, lo reconozco. Pero no me inspira admiración. Está muy bien superar un punto débil, pero depende de cómo y depende de a qué llames un punto débil... Julio César padecía epilepsia. Aprendió a montar a caballo con las manos a la espalda y dormía sobre el suelo como un soldado raso. ¿Por qué razón? Su enfermedad. ¿Por qué hay que admirar a gente así? Cosas que suponen la vida o la muerte para otras personas no son más que una prueba para ellos. ¿Qué hay de bueno en ese tipo de grandeza?

—Vaya, te estás dejando convencer por todas las cosas que dicen contra nosotros —empezó Harkavy con tono de reproche.

—No, eso no es cierto —dijo Leventhal. No quería seguir discutiendo. Ya había dicho demasiado y anunció su propósito de no añadir nada más con la brusca caída del tono de voz al pronunciar la última frase.

Un camarero filipino se acercó a limpiar la mesa. Era un hombre de edad avanzada y de aspecto frágil, y sus manos y antebrazos tenían un color blanquecino por las repetidas inmersiones en agua caliente. Cuando terminó de cargar el carrito, se

inclinó hacia delante hasta quedar con el pecho pegado al asidero y se alejó lentamente. Detrás del mostrador, sacaron de su marco de acero las tablillas con los menús en letras blancas y las sustituyeron por otras con cierto estrépito.

—Solo he visto hacer de Disraeli a un actor —dijo Goldstone—. George Arliss.

—Era un papel que le iba a la medida —asintió Shifcart.

—En ese sí me gustaba —dijo Schlossberg—. Tienes razón, Jack, le iba a la medida. Tenía la cara adecuada para interpretarlo, con los mismos labios finos y una nariz muy larga.

—Nunca he visto a una actriz interpretar el papel de la reina Victoria —hizo notar Goldstone—. No sé por qué razón.

—No te has perdido nada —dijo Schlossberg—. Todavía no he visto a nadie que haga una buena representación de ese papel.

Era un momento de calma en el restaurante. Por todos lados se extendían las largas perspectivas de mesas con la parte superior de color negro, colocadas en ángulo para que parecieran romboidales, y cada una con un grupo simétrico formado por el azucarero, el salero, la pimienta y la caja con las servilletas de papel. De extremo a extremo, su simetría daba una especie de movilidad al salón casi vacío. En la parte de atrás, bajo un escenario de bosquecillos pintados en la pared, algunos de los empleados fumaban, sentados, mirando hacia el sol de la calle.

—Yo he visto algunas buenas —arguyó Shifcart—. ¿A ti no te ha gustado ninguna?

—No. Quisiera saber por qué se han hecho tantas Victorias. Quizá sea porque era una mujer sin ningún encanto. Una reina de aspecto vulgar tiene mucho atractivo en estos tiempos. Hay que rebajarlo todo un poco. ¿No es así? ¿Por qué es tan popular? —Schlossberg extendió las manos hacia los demás como solicitando una respuesta mejor—. Quería a Alberto; era testaruda; era una buena ama de casa. Y vuelta a empezar.

—A mí me pareció que Eunice Sherbarth hacía una excelente Victoria —dijo Harkavy.

—Es una mujer hermosa y saludable; da gusto mirarla —dijo Schlossberg.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Schifcart—. ¿No sabe actuar? Ya se contentaría usted con tener su contrato, Schlossberg.

—¿Por qué no? —reconoció Schlossberg—. Puestos a querer, me gustaría tener treinta años y estar un poco más lejos de la muerte que ahora. Además, tengo los pantalones llenos de brillos. ¿Y hay alguien que no sepa cómo utilizar el dinero? Tiene que ganar mucho, me imagino. Y en parte se lo merece porque es muy agradable de ver. Pero ¿actuar? Yo mismo podría hacer una Victoria más convincente.

Claro que podría hacerlo, pensó Leventhal más respetuoso que divertido, si no tuviera una voz tan profunda.

—Sí, con faldas sería usted todo un éxito.

—Cualquiera puede tener un gran éxito hoy en día —replicó Schlossberg—, con

un público tan deseoso de dejarse agradar. Es un auténtico carnaval. Todo el mundo está de parte de la ilusión. Dime, Jack, ¿crees haber descubierto alguna vez una buena actriz?

—Supongo que quiere usted decir una artista, no una muñequita como Waters.

—Quiero decir una actriz.

—Entonces diría que Livia Hall.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí.

—Imposible —dijo Schlossberg—. No es más que un par de palillos.

A Shifcart se le llenó el cuello de manchas rojizas y respondió con voz al borde mismo de la indignación:

—El suyo no ha sido un éxito de pacotilla. No todo el mundo es tan difícil de contentar, Schlossberg. Parece que distraerle a usted es toda una empresa, y que quizá nadie lo consiga.

—Eres un crítico muy duro, Marcus —dijo Goldstone.

—¿Acaso me invento yo los criterios? —dijo Schlossberg—. *Narischer mensch!* También hablo por vosotros. Esto no es el público. Entre nosotros podemos decir la verdad, ¿no es cierto? ¿Qué pasa con la verdad? Todo viene en paquetes. Si está dentro de un paquete se puede meter al diablo en casa. La gente confía en los paquetes. Si se lo envuelves, lo aceptarán.

—Yo no he dicho que esa mujer fuera Ellen Terry. Dije solo que era una buena actriz. No le queda más remedio que admitirlo, Schlossberg: tiene cierto talento.

—Quizá para algunas cosas. No demasiado.

—Pero ¿tiene algo?

—De acuerdo, algo tiene —admitió Schlossberg desganadamente.

—¡Por fin hay algo que le gusta, gracias a Dios! —dijo Shifcart.

—Trato de reconocer los méritos de todo el mundo —explicó el anciano—. No soy un criticón. No me creo demasiado bueno para este mundo.

Nadie le contradijo.

—Bueno —dijo—. ¿Y qué es lo que yo defiendo? —Hizo que dejaran de sonreír, examinándolos a todos con sus ojos azules, llenos de seriedad y de cansancio—. Os lo voy a decir. Es malo no llegar a humano y es malo pasarse. ¿Qué es pasarse de humano? Nuestro amigo —dijo, y se refería a Leventhal— hablaba antes de ello. Si os acordáis, César, en la obra de teatro, quería ser como un dios. ¿Puede tener enfermedades un dios? Esa es la idea de Dios que se hace un enfermo. Una estatua, ¿tienen cera en los oídos las estatuas? Claro que no. Tampoco sudan, excepto quizá sangre en las festividades. Si me convengo a mí mismo de que nunca sudo y hago que todos los demás se comporten como si fuera cierto, quizá también pueda arreglar el problema de la muerte. Solo sabemos lo que es morir porque algunas personas se mueren y, si nos hacemos diferentes a ellas, quizá no tengamos que morirnos. No llegar a humano es el otro lado del asunto. Ya llegaré a ello. De manera que ahí tenéis

todo el problema. Interpretar bien es hacer algo humano precisamente, ni más ni menos. Y si dices que soy un crítico muy severo, quieres decir que tengo una opinión muy elevada de lo que es humano. Esa es toda mi idea. Pasándose de humano, ¿sirve de algo la vida? Si no se llega, tampoco sirve de nada.

Hizo una pausa —que no era en absoluto una invitación a interrumpirle— y continuó.

—Esa chica Livia en *La tigresa*. ¿Qué es lo que le pasa? Comete un asesinato. ¿Qué siente? Ni amor, ni odio, ni miedo; ni pulmones, ni corazón. Me da vergüenza mencionar otras cosas que faltan. ¡No siente nada! El pobre marido. Nada lo está matando, no llega a humano. Un vacío. Y tendría que ser horroroso que a todo el público le diera miedo mirarla a ella a la cara. Pero no sé si es demasiado bonita para tener sentimientos o cuál es el problema. Se ve inmediatamente que no sabe lo que es humano porque la muerte de su marido no significa nada para ella. Todo está en paquetes, y primero el paquete respira y después ya no respira, y has asegurado este paquete para poder casarte con otro y pasar el invierno en Florida. Ahora bien, quizá alguien me diga: «Eso resulta muy interesante. Hablas de no llegar a humano y de pasarse de humano. Haz el favor de explicarme qué es humano». Y es cierto que ahora estudiamos tanto a las personas que después de examinar y reexaminar la naturaleza humana (yo mismo escribo artículos científicos), que después de mirarla y de pesarla y de darle la vuelta y de ponerla en el microscopio, se podría decir: «¿A qué viene gritar tanto? Un hombre no es nada, su vida no es nada. O incluso es despreciable y sin valor. Pero eso no le gusta a su alteza real, de manera que lo adorna. ¿Con qué? Con grandeza y con belleza. ¿Belleza y grandeza? Conozco el blanco y el negro; no los he inventado yo. Pero ¿la grandeza y la belleza?», yo respondo: «¿Qué es lo que conoces realmente? Dime, de verdad, qué es lo que conoces. Cierras un ojo, miras a una cosa y la ves de una forma. Cierras el otro ojo y ya es diferente. Estoy tan seguro sobre la grandeza y la belleza como tú sobre el blanco y el negro. Si la vida humana es una gran cosa para mí, es que es realmente una gran cosa. ¿Lo sabes tú mejor? Tengo tanto derecho como tú a mi opinión. Y, ¿por qué ser mezquino? ¿Tienes que serlo necesariamente? ¿Hay alguien que te tenga agarrado por el cuello? Ten dignidad, ¿me entiendes? Elige la dignidad. Nadie sabe lo suficiente como para rechazarla». Ahora bien, ¿para quién tendría esto que significar algo si no es para un actor? Si el actor no está de parte de la dignidad, entonces os digo que en algún sitio se ha cometido una gran equivocación.

—¡Bravo! —exclamó Harkavy.

—¡Amén y amén! —Shifcart rio. Se sacó una tarjeta de la cartera y la tiró hacia el anciano—. Venga a verme; le haré una prueba.

La tarjeta cayó cerca de Leventhal, que dio la impresión de ser el único a quien no le gustó la broma. El mismo Schlossberg sonrió. La luz del sol caía sobre sus cabezas a través del gran ventanal. A Leventhal le pareció que Shifcart, a pesar de reírse, le miraba con particular desagrado. Pero no se unió a sus risas. Recogió la tarjeta. Los

otros se estaban levantando.

—No os olvidéis de vuestros sombreros —les recordó Harkavy.

El musical estrépito de la caja llenó sus oídos, mientras esperaban su turno ante la deslumbrante jaula de la cajera.

—Vi anoche a Williston —le dijo Leventhal a Harkavy cuando ya estaban fuera.

—¿Qué tal está? Sí, claro, para hablarle de aquello. —Quizá Harkavy habría dicho más, pero los otros le estaban esperando—. Oye, un día de estos tienes que contarme qué tal te va con ese asunto, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, desde luego —respondió Leventhal.

Harkavy echó a andar sin prisa en dirección oeste por la calle Catorce, acompañado de Goldstone y sus amigos. Era el más alto de los cuatro. Sus cabellos rubios flotaban, sedosos y frágiles, sobre el calvo redondel en la coronilla. Leventhal lo estuvo mirando mientras se alejaba. No quería reconocer que se sentía abandonado. «Quizá es mejor que no le interese», pensó. «En cualquier caso no sé si podría explicarlo. Se está complicando demasiado. Y Harkavy me daría todo tipo de consejos inútiles: los típicos. Me alegro de todas formas. Me parece que en realidad no tenía ganas de hablar de ello». Se quedó durante un rato, sin saber qué hacer, en el mismo sitio, y después se puso en marcha, apretando bajo el brazo el voluminoso ejemplar del periódico del domingo. No iba a ningún lugar determinado y sentía el vago temor de ser la única persona de la ciudad en aquella situación.

En la manzana siguiente recordó que tenía que llamar a Elena para asegurarse de que Philip había llegado a casa sano y salvo, y para preguntar por Mickey. Se detuvo en un estanco y marcó el número de Villani. Se sentó en la cabina, sacando una pierna fuera. Nadie cogió el teléfono. Asomándose, miró el reloj cuadrado, tallado directamente en los adornos de estaño de la pared. Eran las dos y media, y probablemente Elena había ido a visitar a Mickey. Telefoneó al hospital, aunque no se le ocultaba que la información que daban sobre los pacientes no era de fiar. Le dijeron que Mickey iba muy bien: exactamente lo que esperaba oír. Había más de tres mil camas en el hospital. ¿Cómo podía esperarse que las chicas de la centralita supieran otra cosa que los datos básicos sobre cada paciente, es decir, si estaba vivo o muerto? La palabra «muerto», disociada de lo que había estado pensando, le acompañó ominosamente al salir del estanco, y se apresuró a desecharla, dándose cuenta al mismo tiempo, en otro lugar de su cerebro, de lo supersticioso que se estaba volviendo. Solo quería decir que el hospital era demasiado grande, y de repente tenía que borrar una palabra sin importancia.

Todos los niños enfermaban antes o después. Nadie crecía sin pasar por ello. A él le tocó una pulmonía y una infección en el oído, y Max también había estado en cama, aunque Leventhal no recordaba con qué.

Empezó a preguntarse cuánto tiempo retrasaría aún Max la vuelta a casa. «Quizá tema que sea un truco para hacerlo volver», pensó. «Voy a tener un par de cosas que decirle cuando lo vea. Por una vez en la vida. Ya es hora de que alguien le llame la atención. Elena no es capaz de hacerlo, de manera que está acostumbrado a hacer lo que quiere». Y, ¿qué diría Max para defenderse? Algo ingenuo y descabellado, estaba

seguro. Porque Max era imprudente. Philip tenía más sentido común que su padre. Leventhal se imaginó el rostro de su hermano, lleno de excitación, y sus incoherencias. «Les manda dinero y eso lo convierte en padre. Ahí terminan sus responsabilidades. En eso consiste el ser padre», se repitió a sí mismo. «Esa es su idea del deber».

De la oscuridad del portal y de la escalera pasó a la sala de estar, llena de luz de sol. Se sentó en el borde de la cama y se sacó los zapatos. Al tacto, las sábanas estaban calientes. Los pesados pliegues de la cortina, la puerta marrón, las delicadas flores rojas de la alfombra, lentamente consumidas en un humo suave hecho de polvo, le daban una sensación de tiempo suspendido y de quietud. Había un largo hilo de telaraña sobre el mosquitero metálico en el exterior de la ventana, y al agitarse pasaba del rojo al azul, y enseguida a un azul todavía más intenso contra el entramado de la tela metálica, como si fuera la última cosa flexible y cambiante en un mundo sofocado e inmovilizado por el calor. Con los calcetines puestos, un pie encima del otro, y los hombros caídos, Leventhal estuvo mirándolo un rato desde la cama con rostro somnoliento; daba la impresión de que necesitaría hacer un gran esfuerzo para separar las manos.

Unos minutos más tarde se fue a la cocina. Distraídamente aclaró algunos platos bajo el ruidoso chorro del fregadero; luego, volviendo a la sala de estar, se desabrochó el cinturón, echó la cortina y, con el periódico dominical todavía sin abrir bajo las piernas, se quedó dormido.

Un sordo retumbar lo despertó. Al principio pensó que venía de abajo, que salía del metro. Pero no iba acompañado del característico temblor que recorría todo el edificio. Pronto situó el ruido fuera y por encima de él. Era un trueno. Miró hacia la calle. Había caído un chaparrón. El mosquitero estaba aún cubierto de gotas de lluvia. Y la calle había quedado suavemente oscurecida por las nubes y el color más apagado de la piedra arenisca humedecida. En una de las habitaciones al otro lado de la calle brillaba una lámpara verde. Una mujer estaba tumbada en un sofá, y se cubría los ojos con un brazo. Al siguiente trueno de la tormenta que ya se alejaba, la mujer movió las piernas.

Leventhal miró de nuevo la neblina y el agua de la calle y después se llegó al teléfono y marcó el número de Villani. Seguía sin responderle nadie. Al parecer se habían ido a algún sitio para aprovechar el día. Situó el auricular por encima del gancho y lo dejó caer en su sitio.

Se volvió a encajar los zapatos, forzando los talones, y salió a cenar al restaurante, aunque era antes de la hora habitual. El mismo camarero calvo y enteco que la semana anterior se había adelantado a su protesta por una mesa mal situada con un insincero gesto de impotencia, parecía muy ocupado en sus propios pensamientos. Su traje negro daba la impresión de estar húmedo, y la corbata de lazo

no la llevaba abrochada, sino que colgaba de uno de los ojales de la camisa. Trajo a Leventhal una chuleta de ternera y una botella de cerveza, y se alejó a toda prisa con un balanceo lleno de energía, sin hacer ruido —llevaba las suelas acolchadas con serrín—, para atender a una mesa muy larga con jugadores de *boccie* que se habían quedado sin partido por causa de la lluvia, y estaban bebiendo vino y café. El olor a madera húmeda era claramente perceptible. Leventhal no se entretuvo comiendo. Enseguida salió otra vez a la calle. La atmósfera estaba menos nítida que antes y hacía más calor. Torció hacia el oeste en la calle Dieciocho y vio a Allbee esperándole en la esquina. Tuvo que mirar dos veces en los grises indecisos y en las sombras longitudinales de la calle mojada para identificarlo.

Leventhal no se paró hasta que Allbee lo detuvo, poniéndose en su camino. Bajó la cabeza, torpe y desconfiadamente, como si le pidiera a Leventhal darse cuenta de que se veía obligado a hacer aquello.

—¿Bien? —dijo Leventhal después de un momento de silencio.

—¿Por qué no se detuvo? Me había visto...

—¿Y qué si lo vi? No le estoy buscando. Es usted el que me va siguiendo por ahí.

—Está enfadado por lo de ayer, ¿no es cierto? Fue una coincidencia.

—Claro, seguro que sí.

—Da la casualidad que ayer quería hablar con usted. Ya sé que usted no me va a buscar. Si quiero hablarle tengo que encontrar oportunidades.

—¿Es así como lo describe?

—Pero cuando recordé que era sábado, y que ustedes no se ocupan de negocios los sábados, decidí posponerlo.

Decir esto pareció causarle gran satisfacción. Pero enseguida su expresión cambió. Como si se diera cuenta de lo malo que era el chiste e incluso se deprimiese por ello. Miró ceñuda y seriamente a Leventhal, quien entendió que Allbee quería que tomara conciencia de los sentimientos que lo habían provocado, y también de que, como aquellos sentimientos eran de gran intensidad, el chiste que los disimulaba había de interpretarse en realidad como un gesto de cortesía.

—Yo no guardo la fiesta —dijo Leventhal pausada y secamente.

—No, por supuesto que no —respondió Allbee, y empezó de nuevo a sonreír. Un segundo después añadió—: En cuanto a lo que a «seguirle» se refiere, esa no es la manera de expresarlo. Tengo perfecto derecho a verlo. Actúa usted como si yo me entretuviera con algún tipo de juego, cuando es usted el que se dedica a jugar.

—¿Cómo llega usted a esa conclusión?

Allbee alzó una mano.

—Finge que no tengo un motivo de queja contra usted. Eso es jugar. —Se rozó el pecho con los dedos y luego se tapó la boca mientras se aclaraba la garganta.

—Hablando en serio..., lo del chico... tiene que dejar de hacerme cosas como esa.

—No sabía que estaba con usted.

—¡No me diga! En cualquier caso, ya queda advertido. Además, como le dije la primera vez, nunca tuve intención de perjudicarlo.

—Sobre eso no estamos de acuerdo. Y también ha habido una segunda vez. —Dio un empujón ilustrativo, deteniéndose muy cerca de los hombros de Leventhal—. Aquello fue una broma demasiado violenta para mí. ¿O estaba usted tratando de asustarme?

—Si era eso lo que yo pretendía, quiere usted decir que no lo voy a conseguir, ¿no es cierto?

—Bueno —sugirió Allbee—, podía haberme mandado al hospital, y de esa forma se habría librado de mí durante una temporada. —Sonrió—. Dijo que debería haberme roto la cabeza.

—Pero de no ser así... en cuanto a asustarle... A usted es imposible asustarlo, ¿no es eso? —dijo Leventhal, desdeñosamente.

—Hace un año no habría venido a buscarlo. Pero ahora que lo he hecho, que me he decidido a hacerlo, sería imposible.

—¿Qué diferencia había hace un año? —preguntó Leventhal.

—Entonces iba tirando, de una u otra manera, y no se me habría ocurrido acercarme a usted —dijo con absoluta seriedad.

—¿Y ahora?

—Mi mujer me dejó algún dinero. No era mucho, pero conseguí estirarlo. Mientras duró... Si todavía me defendiera no habría usted sabido de mí. No lo digo por decirlo. Pero quizá no tenga verdadero sentido del honor, o de lo contrario no me colocaría en esta situación. Quiero decir verdadero honor. Supongo que no hay manera de escurrir el bulto, el honor es el honor. O se tiene hasta aquí... —Se trazó una línea a la altura de la garganta—. O no se tiene en absoluto. Y no le hace a uno más feliz decirse que debiera tenerlo. Es como cualquier otra cosa que tiene importancia. Exige sacrificios. ¿Sabe?, soy de una vieja familia de Nueva Inglaterra. En lo que a honor se refiere, no me estoy portando muy bien, tengo que admitirlo. De todas formas, si hubiera nacido con la cantidad que me correspondía, mi desventaja en Nueva York habría sido aún más grande. ¡Nueva York, santo cielo! No hay muchas posibilidades de ver la palabra «honor» escrita de noche en el cielo con letras de fuego. Se ven otras palabras. Cosas como esa desaparecen en estas condiciones, con lo que llamamos vida moderna. De manera que tengo suerte por no haberlo heredado en mayor proporción. Me dedicaría a competir con Don Quijote. El caso de usted es completamente distinto. Usted aquí se encuentra como en su casa, igual que esas, ¿cómo se llaman?, que viven en las llamas..., salamandras. Si alguien le hace daño devuelve el golpe de cualquier manera y todo vale. Así se funciona aquí. Es duro. Y lo reconozco. Por supuesto, el tipo de honor que me es familiar no permite cosas así. El mío me dice que no hay que pedir daños y perjuicios, etcétera. Pero lo tengo de forma diluida, eso es evidente.

Allbee dijo todo esto en tono de charla, desapasionadamente; Leventhal, sin

embargo, advertía el trasfondo de rencor. Pero no manifestó el menor sentimiento ni hizo ningún comentario.

—Tengo la impresión de que es una de esas cosas que están condenadas a desaparecer.

—Así que se ha gastado el dinero —dijo Leventhal, dejando a un lado todo lo demás—. ¿Por qué no se buscó un empleo?

—¿Para qué quería trabajar? ¿Qué tipo de trabajo conseguiría en cualquier caso? Nadie me habría dado lo que quería. ¿Cree que habría aceptado un empleo para pasarme el día de un sitio para otro, como un estudiante de bachillerato? ¿Para hacer de botones? Además, no tenía prisa. ¿Qué razón había para apresurarse?

—¿Estaba usted en la lista negra? —Leventhal fue incapaz de ocultar su preocupación—. ¿Es esa la razón?

Allbee no contestó a esto directamente.

—Bueno, Rudiger no me habría admitido ni para limpiarle los ceniceros.

Después de aquellas palabras los dos se quedaron en silencio durante un rato. Bajo su cubierta plana, el globo de la farola más cercana empezó a brillar en la atmósfera gris y azul, poniendo repentinamente de manifiesto el sudor en el rostro de Allbee. Las ojeras le daban un aspecto de odio y de sufriente indignación. Sin embargo, no pareció darse cuenta de haber dejado traslucir nada especial y siguió hablando con voz perfectamente sosegada.

—No, no quería trabajar —dijo—. Pasé una temporada infernal después de que mi mujer se matara, y decidí retirarme del mercado durante algún tiempo. Estuve viviendo como un caballero.

«Ya, un caballero. Así parece. Un caballero maravilloso», se dijo Leventhal sombríamente.

—Bien, ¿qué es lo que quiere de mí? —le preguntó a Allbee—. Ha vivido usted como un caballero. Imagino que eso significa levantarse todos los días a las once o a las doce. Yo me levanto a las siete para ir a mi trabajo. Se ha tomado usted unas buenas vacaciones. Pero quiere que haga algo por usted. No sé qué es lo que quiere. Dígamelo.

—No me vendría mal un poco de ayuda. Las vacaciones han durado algo más de la cuenta.

—¿Qué tipo de ayuda?

—No lo sé exactamente. Quería hablar de eso con usted. Me podría ayudar si quisiera. Usted ha de tener buenas relaciones. Me gustaría salirme de lo que hacía antes, algo nuevo, un cambio radical.

—¿Por ejemplo?

—¿Cree que podría conseguirme algo en un banco?

—Ya veo, quiere ir directamente a donde lo guardan, a donde está el dinero —dijo Leventhal.

—¿O en una firma de corretaje?

—Déjese de chistes —dijo Leventhal con tono algo cortante—. No me divierten los chistes que hace. No estoy en deuda con usted. Haré algo por usted si puedo. Pero recuérdelo: eso no quiere decir que admita nada. Creo que está loco. Pero Stan Williston opina que debo ayudarle, y por respeto a él voy a intentarlo.

—¡Cómo! —exclamó Allbee—. ¿Ha hablado usted de mí con Williston? ¿Qué es lo que le ha contado?

—¿Qué cree que le he podido decir? ¿Teme que lo haya desprestigiado? ¿Le preocupa mucho su reputación? Creía que había perdido su sentido del honor.

—¡No tenía derecho, maldita sea! ¡No tenía ningún derecho! —gritó Allbee en un relámpago de odio y con un pudor tan intenso que turbó a Leventhal, a pesar de sí mismo.

—Vaya, tiene que estar completamente loco, falsario del demonio —dijo—. ¿Qué es lo que le pasa? Me viene con toda esa historia de que ha caído demasiado bajo para que le quede orgullo... que es capaz incluso de acudir a mí, y esto y lo de más allá. Sabía que era todo mentira. Hace un momento había tocado fondo, no podía llegar más abajo y ahora resulta ser lord Byron redivivo.

Hubo un intervalo de silencio en el cual pareció que Allbee se esforzaba por recobrar el control sobre sí mismo. Después dijo en voz baja:

—Williston es un viejo amigo mío. Sucede únicamente que siento un afecto muy especial hacia él y hacia Phoebe. Pero imagino que en realidad no tiene mucha importancia. —Gradualmente fue recobrando su sonrisa y, apartando los ojos de Leventhal e iniciando un lento estudio del trozo de calle lleno de destellos que quedaba tras él, añadió—: Tenía que haberme imaginado que no perdería usted una nueva ocasión de perjudicarme.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Leventhal—. ¿Tiene la cabeza en su sitio? ¿Es el alcohol o algo parecido? ¡Santo cielo! Cada día una nueva tergiversación. —Miró hacia el cielo y dejó escapar una breve risa—. Que Dios me ayude, es como una colección de fieras. Dicen que se va al zoo para verse a uno mismo en los animales. No hay suficientes animales en el mundo para que nos veamos en ellos. Tendría que haber un millón de nuevas plumas y de nuevos rabos. Nunca se acaban las deformaciones.

Allbee, preocupado con los agonizantes violetas y grises del crepúsculo y la multitud de luces, también parecía encontrar cómico aquello.

—Bueno; no tiene nada de qué acusarme —dijo.

—¿Piensa que no?

—No crea que usted me resulta menos monstruoso.

—¿Sí?

—Por supuesto. Para empezar es usted igual que Calibán<sup>[8]</sup> —dijo Allbee, más en serio que en broma—. Pero no es solo eso. Usted no pasa de ser uno de muchos. Uno de los muchos tipos. No creo que sea capaz de entenderlo. A veces siento, y lo digo seriamente, siento como si me hallara en una especie de oscuridad egipcia. Ya sabe,

Moisés castigó a los egipcios con la oscuridad. Y así es como me imagino con frecuencia esta situación actual. Cuando nací, mientras era niño, todo resultaba diferente. Creíamos poder disfrutar de la luz del sol para siempre. ¿Sabe usted? El gobernador Winthrop fue uno de mis antepasados. ¡El gobernador Winthrop! —Su voz vibró con violencia; había en ella una carcajada contenida—. No soy el más adecuado para hablar de tradición, estará usted diciendo. Pero con todo, nací dentro de ella. Trate de imaginar el efecto que Nueva York tiene sobre mí. ¿No es absurdo? Realmente, como si los hijos de Calibán estuvieran al frente de todo. Si bajas al metro es Calibán quien te cambia una moneda de diez centavos por dos de cinco. Vas a casa y Calibán tiene una confitería en la calle donde naciste. Las viejas castas han desaparecido. Las calles llevan sus nombres. Pero ¿qué son ellas mismas? Nada más que restos.

—Ya entiendo; en realidad es usted un aristócrata —dijo Leventhal.

—Puede que no le sorprenda como me sorprende a mí —dijo Allbee—. Pero voy a la biblioteca de cuando en cuando para echar una ojeada, y la semana pasada vi un libro sobre Thoreau y Emerson por un individuo llamado Lipschitz...

—¿Y qué?

—¿Un nombre como ese? —Allbee dijo esto con gran seriedad—. A mí me parece, después de todo, que personas con esos antecedentes no serían capaces de entender...

—¿Será posible semejante estupidez! —gritó Leventhal—. Mire, tengo cosas que hacer. He de llamar por teléfono. Es un asunto importante. Dígame qué demonios quiere y hágalo deprisa.

—Le aseguro que no trataba de molestarlo. Estaba solo exponiendo...

—Pues yo le aseguro que sí trataba. ¡Eso sí que se lo aseguro! —estalló Leventhal—. Vamos a ver, ¿qué es lo que quiere? Probablemente unos dólares para whisky.

Allbee se rio con fuerza.

—Dicen que beber es solo otro tipo de enfermedad —dijo—. Como los infartos y la sífilis. Seguro que no trataría usted tan duramente a alguien que estuviera enfermo del corazón, ¿verdad? Sería más comprensivo. Dicen incluso que la delincuencia es solo una especie de enfermedad, y que si hubiera más hospitales se necesitarían menos prisiones. Fíjese en cuántos asesinos consiguen un tratamiento médico en lugar de ir a la silla eléctrica. Si están enfermos no es culpa suya. ¿Por qué le es imposible tomar esa actitud?

—¿Por qué? —repitió Leventhal involuntariamente. Estaba perplejo.

—Porque tiene que echarme a mí la culpa, esa es la razón —dijo Allbee—. No puede suponer que no sea yo el responsable total. Necesita creer que merezco lo que me pasa. No le entra en la cabeza que un hombre no pueda evitar que lo hundan. ¿Qué me dice? ¿Cabe que no sea capaz de defenderse? No, si un hombre cae, un hombre como yo, es culpa suya. Si sufre, está siendo castigado. En la vida no hay males gratuitos. Y, ¿quiere que le diga una cosa? Es un punto de vista judío. Lo

encontrará en la Biblia por todas partes. Dios no se equivoca. Es el departamento de pesos y medidas. Si uno se porta bien, también él se porta bien. Eso es lo que le decían a Job sus amigos. Pero déjeme decirle algo. Se nos zarandea por nada y sufrimos por nada, y no se puede negar que el mal es tan cierto como la luz del sol. Créame lo que le digo, sé de lo que estoy hablando. Para usted todo consiste en que tengo que merecerme lo que me pasa. Eso le deja con las manos limpias y ya no necesita preocuparse más. No es que yo le pida que se compadezca de mí, pero está claro que usted no puede entender lo que hace que un hombre beba.

—De acuerdo, no puedo. ¿Qué más? ¿Para qué me ha parado, para decirme eso?

—No, nunca podría entenderlo y voy a decirle por qué. Porque ustedes cuidan de sí mismos antes que nada. Guardan su alma bajo llave y cerrojo. Así es como los educan. La convierten ustedes en su ayudante para los negocios; es prudente y dócil y nunca les lleva a hacer nada que implique riesgos. Nada peligroso ni nada glorioso. Usted no tendrá nunca tentaciones de disolverse, de anularse. ¿Para qué? ¿Qué ventajas tendría? No se obtienen porcentajes.

La expresión de Leventhal era de desconcierto y horror. Tenía la frente llena de arrugas. El corazón le latía lleno de angustia.

—No entiendo cómo puede hablar así —tartamudeó—. Eso no son más que palabras. Millones de los nuestros han sido asesinados. ¿Qué me dice de eso?

Parecía estar esperando una respuesta, pero antes de que el otro pudiera contestarle dio media vuelta y se alejó rápidamente, dejando a Allbee solo bajo el farol.

Leventhal se dirigió a casa muy deprisa, sin ver por dónde iba, su cuerpo robusto, extrañamente sacudido por aquel paso que no le era habitual. El sudor, que nacía profusamente entre sus espesos cabellos sin brillo, corría después sobre su piel oscura. Pensaba que tendría que haber hecho algo, haberle dado un puñetazo a Allbee, en lugar de dejarlo marchar. Tenía la impresión de haber respondido estúpidamente, aunque seguía sin saber qué podría haberle dicho; no era capaz de recordar toda la conversación. Pero cuando las primeras palpitaciones de ira se convirtieron en un dolor más sordo, empezó a tener la impresión de que desde el principio, y durante toda la conversación, había sabido lo que tenía que hacer sin llegar a hacerlo; que había sido incapaz de poner por obra algo muy sencillo, claro y totalmente necesario. «Debería haberlo hecho», pensó, «aunque hubiera tenido que matarlo».

Justo entonces, el parpadeo de una luz amarilla en el centro de la calle le hizo ponerse al trote. La nube de humo del tubo de escape le dio en la cara. Estaba detrás de un autobús. Con un ruidoso cambio de marchas el vehículo siguió adelante y Leventhal se subió a la acera, completamente sin aliento. Descansó un momento y después continuó, volviendo paulatinamente a su paso habitual. Le dolía la cabeza. Un punto entre los ojos le resultaba especialmente molesto; la piel misma estaba allí más sensible. Lo apretó con los dedos. Parecía haber sido el centro exacto de todo su interés y concentración. Se sentía peor que nunca de los nervios y pareció que la indignación le había hecho daño, afectándole incluso la sangre. Tenía una imagen de la mala sangre como algo negro, espeso, salobre, causado por la enfermedad, la lujuria o un exceso de rabia. Su corazón latió de nuevo más deprisa. Miró hacia atrás. Varias personas iban en dirección contraria. «Será mejor que no se me acerque», murmuró. Tenía la cabeza más clara, y la idea de asesinato que apareciera en ella se había esfumado ya. Sin embargo, sentía no haber golpeado a Allbee, y casi habría recibido con agrado una nueva oportunidad. ¿Qué sentido tenía malgastar palabras con aquel tipo de gente? ¡Había que darles un golpe! Era lo único que entendían. Una mujer a la que Mary, dos o tres años atrás, le pidió en el cine que se quitara el sombrero se había dado la vuelta para decir algo sobre «el descarro de los judíos». Mujer o no, Leventhal había sentido un intenso deseo de arrancarle el sombrero de un puñetazo. Después había discutido con Mary, afirmando que en algunas ocasiones había que hacer una cosa así. «¿Qué conseguirías con ello?», fue la respuesta de Mary. Desde un punto de vista práctico, tenía razón, no cabía duda; comprendía bien el valor de no perder la calma. Pero él lo lamentaba. ¡Cómo sentía a veces no haberle dado un puñetazo a aquel sombrero! Su padre había tenido al menos el *gib mir die groschke*, una compensación con posibilidades de llegar a realidad. «Pero ¿y yo?», preguntó Leventhal, alzando al cielo sus grandes y meditativos ojos. Las nubes tenían una turbia coloración rojiza, recogida de las luces de neón y de la torre del reloj en la

Quinta Avenida. Su padre confiaba en recibir de alguna manera lo que le correspondía. Y había cierta prudencia en ello. No se puede decir que uno sea dueño de sí mismo cuando hay tantas personas que pueden humillarte. En cuanto a Mary, tenía que haber estado pensando, al contestarle, en la noche en que él la empujó, años atrás, en Baltimore. Quizá quería recordárselo. Era cierto que aquello no tenía disculpa. Pero aún seguía pensando que tendría que haber arrancado aquel sombrero, tirándolo muy lejos.

Dejó escapar una risa desganada y apenas audible al recordar cómo había permanecido quieto, sin hacer nada, sin la presencia de ánimo necesaria para comprender que le estaban insultando. Porque era una cuestión de presencia de ánimo, exactamente como en el caso de Dunhill, el linotipista que le vendió una entrada que no quería. En el caso de Allbee se enfrentaba con cierta confusión, originada por el hecho de que aquel profería los insultos como quien expone sus ideas sobre un tema general. Cuando empezaba a hablar, aunque hiciera algún chiste que otro con segunda intención, parecía moverse en un terreno impersonal. Pero de repente había dicho con toda seriedad algo terrible. Se trataba, sin duda, de un hombre enfermo. Él mismo había sacado a colación el tema de la enfermedad, así que debía de ser consciente de ello. Pero ¿explicaba la enfermedad, fuera la que fuese, lo que había dicho, o sería más bien que la buena salud le daba anteriormente el dominio necesario para no manifestar sus opiniones? Algunas personas, bondadosas por naturaleza, eran amables cuando estaban enfermas. «Hay dos mil millones de personas en el mundo, más o menos, y él se siente desgraciado. ¿Qué es lo que le hace tan especial?», se dijo Leventhal lleno de irritación.

Mrs. Núñez estaba de pie en la entrada. Ella y su marido acababan de volver de un paseo dominical. Llevaba guantes y un bolso rojo de charol. El sombrero era de paja blanca con cerezas sobre el ala. Su rostro, de facciones indias, era pequeño, pero tenía una figura desgarbada, de caderas muy anchas. Llevaba un traje a rayas muy ajustado, los hombros rectos, el pecho alto, y sus labios estaban separados como los de alguien que termina una larga respiración. Mary, a quien nada se le escapaba, había comentado una vez sobre los trajes de Mrs. Núñez: «No entiendo por qué se los pone. Estaría mucho más atractiva con vestidos estampados». Hasta aquel momento Leventhal apenas había reparado en ella. Ahora, cuando Mrs. Núñez le dio las buenas noches y él le respondió con una inclinación de cabeza, se acordó de la observación de Mary, y por un momento tuvo una intensa nostalgia de su esposa.

—¿Le pilló el chaparrón? —dijo Mrs. Núñez.

—No, pasé durmiendo toda la tormenta.

—Nosotros estábamos en Prospect Park viendo las flores. Mi hermano trabaja en el invernadero. Ha sido terrible. Un árbol se partió. Le cayó encima un rayo.

—Se habrán asustado mucho.

—Terrible. Estábamos dentro. Pero yo tenía miedo. Horroroso —dijo, dejando escapar todo el aire que tenía en los pulmones—. ¿Su señora vuelve ya?

—Todavía no.

Se quitó los guantes y los estiró con sus largos dedos morenos, cuyo tamaño y fuerza Leventhal notó con distraída sorpresa.

—¿Volverá pronto?

—No creo.

—Qué lástima, qué lástima —dijo ella, con su pronunciación suave, rápida y sin inflexiones. Leventhal se paraba con frecuencia delante de la puerta de los Núñez para escuchar, curioso, su veloz castellano, del que no entendía una sola palabra—. Qué lástima —repitió ella, y Leventhal, con una mirada inquisitiva a su rostro pequeño bajo el ala blanca del sombrero, se preguntó qué insinuación podrían contener aquellas manifestaciones de simpatía. De pronto hubo un estallido de música por encima de ellos: alguien había abierto una ventana.

—Aún me queda un mes de soltería, sobre poco más o menos —dijo Leventhal.

—Quizá lo pase usted bien; supone al menos cambiar un poco.

—No —respondió él con brusquedad.

Entró en el vestíbulo, donde la perra de Núñez vino retozando hacia él y dando saltos. Él se agachó, abrazó al animal y le frotó la cabeza. Ella le lamió la mano y metió el hocico por una manga de la chaqueta.

—Le quiere muchísimo —dijo Núñez desde el dintel—. Creo que le huele cuando viene.

Se estaba limpiando las gafas con un pañuelo de flores de su mujer. Junto a la cama, en su habitación, se veían latas de cerveza y periódicos.

—Es una perra muy cariñosa. Los perros son una de mis debilidades.

—Levántate, Smoke —dijo Núñez—. ¿Los perros se desmayan, Mr. Leventhal? A veces creo que esta se va a desmayar cuando le frotan la tripa.

—No lo sé. ¿Se desmayan los animales? ¿Hay alguien que se desmaje de placer?

—Alguien habrá —bromeó Núñez—. Quizá alguna señora con un corazón sensible. Mire cómo se tumba de espaldas. Fíjese en el pecho. —Se puso las gafas y sujetó el borde de la puerta. El rojo del vestíbulo y el amarillo de su apartamento se enfrentaban en los negros entrepaños. Su camisa de sport estaba abierta y una medalla religiosa colgaba sobre un mechón de vello entre los músculos de su pecho, de un rojizo oscuro.

—Entre y tómese una cerveza —dijo.

—No puedo, gracias, tengo algo urgente que hacer.

Leventhal recordó que no había conseguido aún hablar con Elena. Se le ocurrió además que Núñez había sido testigo de su forcejeo con Allbee en el vestíbulo. Lo miró con desasosiego y se dirigió hacia la escalera.

Por tercera vez nadie cogió el teléfono en casa de Villani, y Leventhal empezó a ponerse nervioso. Los Villani tenían hijos pequeños, y a los niños pequeños había que acostarlos. Eran más de las ocho. «Quizá sea mejor que vaya y vea a Elena y a Phil», se dijo. «Esta noche no tengo nada que hacer». Pero por debajo de esto quedaba el

pensamiento de que la ausencia de Villani era una mala señal. Salió de nuevo, haciéndole una inclinación de cabeza a Mrs. Núñez, como si fuera la primera vez que la veía.

Villani y la anciana señora estaban en la sala con Philip y Elena. Acababan de regresar del hospital y Leventhal dedujo que Mickey estaba peor. Al parecer, perdía peso. Villani dejaba traslucir sus dudas al exacerbar la nota de optimismo.

—No se preocupe por él —exclamó—. Les hacen comer. En un hospital no tiene uno más remedio que comer. Ya se ocupan de ello. Saben cómo tratar a los chicos; tienen experiencia.

Elena se había encerrado en un frío silencio. Estaba claro que acusaba al hospital de no dar de comer al niño. Se la veía muy pálida. Todo en ella —sus cabellos negros, las ventanas de la nariz, la blancura de los labios, la falta de reacción ante su llegada, hasta el hecho de que estuviera vestida de calle y no con la bata y el camisón debajo— hacía que Leventhal se sintiera incómodo.

—Deles tiempo —dijo Villani—. Solo hace unos días que está allí. ¿A usted qué le parece?

Leventhal respondió con un vago sonido corroborativo y dejó de mirar a Elena para contemplar a la anciana mujer, vestida con telas oscuras. Sus descarnadas muñecas, marcadas con venas muy salientes de un azul apagado, descansaban sobre el regazo. Notó que sus tobillos, por encima de los zapatos negros pasados de moda, estaban hinchados: probablemente de andar por los largos pasillos del hospital. Sus labios eran muy finos, y el inferior no coincidía exactamente con el de arriba, porque tenía hundida la barbilla. La inclinación de su cuerpo en la poltrona, los pies cruzados, daban impresión de descanso, y, sin embargo, parecía negarse al descanso, separando los hombros del cojín que tenía detrás. Sus ojos, cada vez que levantaba los párpados, ponían de manifiesto una fiereza tan penetrante como la de un gallo. Leventhal, a pesar de sí mismo, se sintió atraído por su rostro. Otras personas todavía podían cambiarse a sí mismas; era difícil, quizá no lo consiguieran, pero podían intentarlo. Aquella mujer, tal como era, estaba terminada para siempre.

Leventhal aprovechó la primera oportunidad para susurrarle a Villani que quizá hubiera que mandar venir a Max, y Villani cerró los ojos en señal de asentimiento. Era grave, entonces. Telefonaría al doctor por la mañana y le pediría un informe. Denisart había prometido decirle cuándo sería conveniente hacer venir a Max.

Se refugió un rato en la cocina con el pretexto de beber un vaso de agua. En realidad tenía miedo de perder el control de sí mismo si permanecía más tiempo sentado frente a Elena.

Su rostro podía crispase, o quebrársele la voz. Peor aún, quizá llegara a preguntarle por qué creía que él tenía la culpa, y eso podía ser una completa equivocación y posiblemente peligrosa. Porque estaba claro que le consideraba responsable. Leventhal había insistido en que enviara al niño al hospital. Pero también el médico lo había hecho. Y, ¿qué podía esperar para más adelante, si ya

ahora le echaba la culpa? Esto no era más que el principio, a juzgar por las señales que daba Villani; cabía esperar mucho más. Ellos mismos, los padres, eran responsables, en el caso de que hubiese alguno. Especialmente Max. ¿Por qué retrasaba el volver a casa? ¿Quizá pensaba que podía arreglárselas sin venir? Pero solo podría arreglárselas si Mickey, resistiendo en el hospital, conseguía también arreglárselas. Y no es que la presencia de Max pudiera suponer ahora una verdadera diferencia para el chico, pero al menos no parecería tan completamente abandonado en aquel enorme hospital, y por parte de Max significaría reconocer algo. Después de todo, uno se casaba, tenía hijos, y esto traía consigo una cadena de consecuencias. Al empezar era imposible decir lo que iba a suceder. Quizá no era justo tener que responder a los cuarenta de lo que se había hecho a los veinte. Pero a no ser que uno se pasara de humano o no llegara a serlo, tal como lo explicaba Mr. Schlossberg, era necesario hacer los pagos a su debido tiempo. Leventhal no estaba de acuerdo con el «no llegar a humano». Si había tantos en ese nivel, ¿qué otra cosa era excepto humano? «Pasarse de humano» quedaba reservado para mucha menos gente. Pero la mayoría de las personas estaban sujetas al miedo: miedo a la vida, miedo a la muerte, quizá más a la vida que a la muerte. Aun así era un hecho que tenían miedo, y cuando el miedo predominaba no querían ninguna carga más. A los veinte tenían vigor y se despreocupaban, y más adelante se sentían demasiado débiles para ser responsables. Decían: «Dejadme en paz, es todo lo que pido». Pero o bien encontraban la fortaleza para pagar el precio o se negaban, dejándose llevar por el vértigo: el vértigo total, el vértigo de los placeres antes de las catástrofes. Quizá se pudiera llamar «no llegar a humano» a negarse; a Leventhal le gustaba pensar que «humano» significaba responsable a pesar de muchas debilidades: lo suficientemente recio para aguantar en el último momento. Pero guiándose por lo que sucedía en la mayor parte de los casos, lo más típico era el vértigo final y eso, por tanto, era lo que tenía más derecho a llamarse humano.

Volvió un rato a la sala. Cuando anunció que se marchaba, Elena lo miró, pero no le dio las buenas noches.

Philip, con los ojos rojos y desanimado, permanecía fuera del círculo de los adultos, abrazado al respaldo de la silla. Tenía la camisa fuera y desatados los zapatos.

«Cansado de trotar todo el día detrás de ellos», observó Leventhal para sus adentros. Se sintió lleno de ternura hacia él.

—Vete a dormir, Phil —le dijo.

—Ahora voy.

—¿Lo pasaste bien ayer?

—Sí, fue estupendo.

—Cuando el pequeño salga del hospital haremos una de esas excursiones en barco alrededor de la isla. Tengo entendido que son realmente maravillosas.

Philip apoyó la mejilla sobre el travesaño más alto del respaldo de una forma que

el cansancio solo no bastaba para explicar. Leventhal le pasó la mano por el pelo, diciendo:

—No te preocupes, chico.

Pero más allá de esto no fue capaz de añadir nada. Se fue a pique, roto el hilo de la confianza, el aliento mismo con que dar seguridades, aniquilado por su misma compasión hacia los niños. Se apresuró a bajar las sucias escaleras de azulejos. Divisó el bulto de un autobús media manzana más allá y cruzó la calle corriendo. Aunque había asientos vacíos a su alrededor se quedó en pie, apoyándose en la brillante barra de metal, oyendo apenas el aire que escapaba de los frenos y de las puertas neumáticas y viendo solo caóticos colores informes con ojos humedecidos. Philip debía de haberle visto hablando en voz baja con Villani. Aunque era probable que hubiera empezado a darse cuenta antes. Leventhal estaba convencido de que sabía lo que pasaba. Y quizá también el pequeño Mickey en el hospital se daba cuenta de todo, de alguna forma, sintiéndose tan afectado como la llama de una vela por las diferentes cantidades de aire, como todo aquello que quiere ser lo que su naturaleza le pide, responde a lo que lo nutre o lo pone en peligro.

Dando vueltas y bandazos, el autobús llegó al muelle. El olor del puerto y el brillo de las hileras de arcos apareció ante Leventhal. Avanzó, atravesando la penumbra del cobertizo hasta la proa del barco, y miró por encima del agua las fulgurantes estrellas, y los puntos carmesíes y amarillos que colgaban de las grúas y de los cascos, columpiándose entre la plataforma flotante y la corteza incandescente de la orilla, que quedaba a menor altura.

La semana siguiente fue terrible para Leventhal. El doctor Denisart no se mostró nada optimista el lunes, y como antes había probado que era todo menos un alarmista, Leventhal comprendió que, de manera profesional, estaba advirtiéndole que quedaban muy pocas esperanzas. El martes dijo que le parecía conveniente que Max regresara a casa.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Tan mal está? —exclamó Leventhal al otro lado del hilo telefónico.

—Conviene que el padre esté presente —contestó el doctor.

—En otras palabras, ha llegado la crisis decisiva —dijo Leventhal.

Envió el telegrama, y aquella tarde y la siguiente fue al hospital, haciendo todos los esfuerzos posibles para evitar encontrarse con Elena. Mickey había perdido el conocimiento y lo alimentaban intravenosamente. Sucio y acalorado después del largo trayecto, Leventhal se inclinó sobre la cama. El rostro del niño tenía un tono más oscuro, debido a la fiebre; los esparadrapos que sujetaban la aguja al brazo eran tan anchos como si se tratara de una persona mayor. El nivel del líquido en la ampolla sujeta por una abrazadera a un vástago muy alto no parecía modificarse. Leventhal se acercó a la ventana y levantó el borde de la persiana una pulgada o dos con la punta del dedo, descubriendo abajo las jardineras con enredaderas y geranios, que ocupaban demasiado espacio en un patio muy pequeño y con muy poca luz. Después de un momento de duda al pie de la cama, salió del cuarto. Había hecho un viaje de dos horas para pasar diez minutos en la habitación de Mickey.

Seguía diciéndose a sí mismo: «Estamos llegando a la crisis definitiva»; pero se lo decía con sentimiento de culpabilidad porque en el fondo no abrigaba ninguna esperanza. Las palabras mismas eran una forma de evasión y era él, no el doctor, quien las había utilizado. Pero eran unas palabras que incluían muchas cosas; abrazaban más que la crisis de Mickey, o la de Elena, o sus dificultades personales con Allbee. Todo esto quedaba incluido; lo que le había estado pasando con Allbee no podía prolongarse indefinidamente. Pero en realidad él se refería a una crisis que pusiera fin a su resistencia; resistencia que no tenía ningún derecho a prolongar. La enfermedad, la locura y la muerte le estaban forzando a enfrentarse con su falta. Había usado todos los medios, y principalmente la indiferencia y el descuido, para evitar reconocerla, y todavía no sabía cuál era. Pero eso se debía a su manera de arreglar las cosas para no enterarse. Había hecho grandes esfuerzos para que todo le resultara más fácil; para paliar, para suavizar, para no tener que mirar. Pero cuanto más trataba de dominar aquello —fuera lo que fuese—, más firme resultaba su oposición, y llegaría muy pronto el momento en que la capacidad de aguante de Leventhal se terminara. Estaba ya casi completamente exhausto.

Iban a dar las doce cuando llegó a su casa el miércoles. Antes incluso de abrir la puerta oyó los jadeos del frigorífico, como si estuviera tratando de mantener una

carga de energía en el aire del apartamento vacío. Encendió las luces en la sala de estar y en el cuarto de baño, mientras se desnudaba y se ponía el pijama. Al abrir el botiquín miró su interior como alguien que ha olvidado lo que está buscando; en realidad su mente se hallaba completamente vacía. Tocó la maquinilla de afeitar y, sin darse cuenta, cambió de cuchilla y volvió a colocarla sobre el terciopelo rojo del estuche. Regresó descalzo a la sala de estar. Había papel sobre el escritorio, y se le ocurrió mandar una nota a Mary. Se sentó con las piernas enroscadas alrededor de las patas de la silla, escribió unas pocas palabras y se detuvo a considerar qué era lo que debía contarle. Tenía donde escoger. ¿Que la echaba de menos? ¿Que seguía haciendo calor? Dejó la pluma y se inclinó sobre el escritorio, apoyando el pecho contra el borde de la cuartilla. Callado e inmóvil en la habitación silenciosa, oyó cerrarse con violencia las puertas de los coches en el exterior y el ruido de los motores al acelerar. De pronto empezó a sonar el timbre. Un dedo apretaba el botón despiadadamente. Abriendo la puerta a toda prisa, gritó:

—¿Sí?

Oyó que alguien repetía su nombre varias veces y contestó:

—¿Quién es?

Inclinándose sobre el pasamanos, pudo ver a Allbee en el descansillo del tercer piso; Leventhal se retiró al vestíbulo y cerró la puerta. Enseguida la manija giró en una dirección, luego suavemente en la otra y finalmente empezó a agitarse.

—Sí, sí, ¿qué es lo que quiere ahora? ¿A qué viene?

Allbee llamó con la mano. Leventhal abrió la puerta de golpe y lo encontró con los nudillos alzados, dispuesto a llamar otra vez.

—¿Y bien?

—Quería verlo —dijo Allbee.

—Bueno, ya me está viendo.

Hizo un gesto como de cerrar la puerta, y Allbee echó la cabeza hacia delante con rapidez, en un movimiento de melancólica protesta, aunque mirando a Leventhal sin rencor.

—Eso no es justo —dijo—. Tengo que echar mano de todo mi valor para venir a verlo. Tardo casi un día en hacerlo.

—Para inventar algo nuevo.

La expresión de Allbee era seria. Faltaba el elemento de desequilibrio que sus sonrisas ponían habitualmente de manifiesto.

—La otra noche, la semana pasada, estaba a punto de hablarle de algo —dijo—. Había algo que quería decirle.

—No quiero más discusiones. No pienso permitirlo. Y de todas formas son más de las doce.

—Sí, ya sé que es tarde —concedió Allbee—. Pero tenía algo importante que decir. Nos fuimos por las ramas.

—Usted se fue —dijo Leventhal recalcando mucho las palabras—. Yo ni siquiera

tomé parte.

—Imagino de qué está hablando. Pero dijera lo que dijese, no pretendía ser un comentario personal. No debe usted considerar...

—¿Cómo? ¿Era todo teoría, algo puramente teórico? —dijo Leventhal sarcásticamente.

—Bueno, en parte. Y en parte estaba bromeando —explicó Allbee con dificultad—. Es un hábito muy arraigado. Sé que resulta desagradable.

—Lo siento, pero no soy capaz de entenderle. Quizá tampoco entiendo a Emerson. Las dos cosas van juntas.

—Por favor... —dijo Allbee con abatimiento.

Se produjo un silencio en el vestíbulo, bajo las deslustradas varillas del tragaluz y su cristal opaco.

—Lo interpreta usted todo de manera equivocada —continuó Allbee.

—¿Cómo tendría que interpretarlo?

—Debería usted darse cuenta de que no... —vaciló—, de que no siempre tengo un control perfecto sobre mí mismo. —La inclinación de las sombras sobre su rostro pálido y carnosos hacía que pareciera enfermo. Sus ojeras le hicieron pensar a Leventhal en las moraduras bajo la piel de las manzanas—. Las cosas se me escapan. No estoy tratando de disculparme. Pero no creería usted cuánto...

—Hoy en día puede uno creerse casi cualquier cosa —dijo Leventhal, y se rio un poco, pero sin ganas.

Con una mirada llena de gravedad, Allbee le suplicó que no persistiera en aquella actitud. Alzó las cejas, se pasó los dedos entre sus cabellos rubios, y Leventhal no dejó de advertir que había un elemento teatral en todo lo que estaba haciendo. Pero de repente tuvo una extraña percepción muy íntima de Allbee, de su cuerpo y de su cara, un sentimiento de cercanía como el que experimentara en el zoo cuando se imaginó a sí mismo detrás de Allbee, viendo con precisión microscópica las líneas de su piel, hasta el más pequeño de sus cabellos, y estuvo respirando su olor. Se repetían las mismas sensaciones; casi podía sentir el peso de su cuerpo y el contacto de su ropa. Más aún, la realidad de su rostro, algo distendido en las mejillas, firme en la frente y en la mandíbula, se le impuso con violencia, percibiendo con nitidez todas sus facciones; y la mirada de reconocimiento que Allbee le dirigía duplicaba la suya propia. Estaba seguro de ello. Sin embargo, Leventhal mantuvo vivo en su mente el pensamiento de que Allbee lo odiaba, y su capacidad de juicio, aunque entorpecida por aquella curiosa emoción de intimidad —porque era una emoción— no le abandonó. Su figura corpulenta, en inmóvil tensión, pareció tan poco dispuesta a apartarse del umbral como las varillas del tragaluz a separarse del cristal.

—¿No me deja entrar? —dijo Allbee finalmente.

—¿Para qué?

—Quiero hablar con usted.

—Ya le he dicho que es tarde.

—Es tarde para usted, pero para mí da igual qué hora sea. Dijo que me ayudaría.

—No deseo discutir ahora su futuro. Váyase.

—No se trata del futuro, sino del presente.

Leventhal se sintió inexplicablemente débil ante él. «¿Estoy olvidando todo lo que me dijo, lo enfadado que yo estaba, el mal rato que pasé?», se preguntó. Pero era cierto que el sentimiento de haber sido injuriado carecía ya de fuerza; sus autorreproches no se lo devolvieron. En el vestíbulo faltaba el aire, igual que había pasado en la habitación de Mickey. Leventhal necesitaba respirar una bocanada de aire puro. Tenía los ojos cansados y enrojecidos, y el sentimiento de intimidad parecía haberse sobrepuesto, debilitándolos, a todos los demás sentimientos.

—¿Cómo el presente? —dijo Leventhal.

—Bueno, usted puede cerrar la puerta, apagar las luces y acostarse —contestó Allbee—. No tiene que cavilar sobre ello. Pero yo no tengo adónde ir. No lo he tenido desde hace unas cuantas noches. Me han puesto en la calle.

Leventhal lo estudió en silencio. Luego se apartó y dijo:

—De acuerdo, pase.

Dejó que Allbee le precediera en la sala de estar y le indicó una silla con la mano. Él se acercó a la ventana y sacó la cabeza, percibiendo durante un instante, mientras respiraba hondo, las macizas sombras de la calle que se enrojecían y oscurecían alternativamente. Se sentó en la cama, que emitió los chirridos habituales. Llevaba una semana sin hacerla, y había sobre ella papeles y los semicírculos de cartón que la lavandería colocaba dentro de los cuellos de las camisas. Al cruzar las piernas, Allbee tiró hacia arriba de las perneras de sus manchados y deformes pantalones. En algunas cosas seguía manteniendo los hábitos de una buena educación. Cruzó los dedos de las manos alrededor de la rodilla.

—Ahora cuéntemelo otra vez. ¿Qué ha sucedido, lo han echado? ¿Dónde se alojaba, en un hotel, en una habitación?

—Una habitación amueblada. El casero confiscó mis posesiones. No es que tuviera muchas... —La sonrisa de Allbee apareció tímidamente en las comisuras de su boca para desvanecerse enseguida—. Pero se quedó con lo que había.

—¿Por atrasos en el alquiler?

—Sí.

—¿Era mucho?

—No tengo idea de lo que le debo. O les debo. Hay también una casera. De hecho es ella la que manda. Los Punt. Una pareja de alemanes. Ella es una vieja gorda con dientes como ganchos. El sobrino es estibador. Y no tan mala persona. La culpa la tiene esa vieja maloliente. Azuzaba al otro. Las personas viejas, especialmente las mujeres, son la gente más despiadada. Ellas lo han conseguido, así que ¡al infierno con los demás!

—¿Lo han conseguido? ¿De qué me está usted hablando?

—Han conseguido vivir tanto tiempo. Han salido adelante. Una larga vida —dijo

Allbee—. Han superado todas las dificultades. Los ricos tratan con dureza a los pobres por la misma razón. Y los veteranos a los reclutas. Todo el mundo hace lo mismo. Usted lo sabe...

—¿Cuánto les debe? ¿Diez, veinte dólares...? —le interrumpió Leventhal, impaciente.

—Más bien cuarenta o cincuenta. Si he de ser sincero, no soy capaz siquiera de hacer un cálculo aproximado. De cuando en cuando les daba algo a cuenta. No lo sé. Menos de lo que dicen, de eso puede estar seguro.

—¿Y qué es lo que dicen?

—No lo recuerdo.

—¡No me diga!

Allbee no respondió.

—¿No quiere volver allí, pagarles un poco? Si son cuarenta dólares, no llevo tanto dinero encima, pero si les diera algo...

—No, gracias, toda la casa apesta. Perdóneme, pero la vieja Mrs. Punt... No soporto ese grado de suciedad.

—Apuesto a que tampoco es usted un inquilino modelo.

—No soy el peor.

—Tendrá que disculparme: me había olvidado de que era usted un aristócrata —murmuró Leventhal con una breve risa.

Allbee se limitó a mirarlo sin una sombra de reproche.

—Bien, y ¿dónde se ha metido?

—Afortunadamente el tiempo ha sido bueno. He dormido al aire libre. Podía haber ido a un refugio o al dormitorio de una misión. Pensé que si cambiaba el tiempo terminaría por hacerlo. Estoy dispuesto a volverme religioso por una temporada. Pero ha hecho un tiempo espléndido.

—No entiendo cómo ha dejado que las cosas lleguen a ese punto. Si es que me está diciendo la verdad.

—Si le dijera toda la verdad no resultaría verosímil, de manera que solo le estoy contando una parte. Un breve resumen. Supongo que no debiera haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. La semana pasada me dije a mí mismo que tenía que darme prisa y hacer algo, pero por alguna razón no conseguí recuperarme, y después Punt me echó y me vi así. —Volvió la mano hacia dentro en un gesto de autopresentación—. Con el aspecto que tengo solo encontraría trabajo como buceador de perlas.

—¿Cuánto dinero le dejó su esposa? —preguntó Leventhal de repente.

Allbee se sonrojó.

—¿Y a usted qué le importa? —dijo.

—Hombre, debiera usted haber hecho algo con él en lugar de gastárselo alegremente.

—No se puede poner al mundo de rodillas con cuatro cuartos... —Tuvo un momento de vacilación y añadió después—: No le debo una explicación, ¿verdad?

—No me debe usted nada. Ni yo le debo nada, tampoco.

Allbee no aceptó esto último, pero se limitó a manifestar su disconformidad con un encogimiento de hombros. Luego examinó a Leventhal detenidamente.

—Tenía mis razones para hacer lo que hice —dijo—. Me encontraba en un estado de ánimo muy especial y quería bajarme del ti vivo. Su mujer está fuera en estos momentos. ¿Qué pasaría si muriera en un accidente? Entonces tendría derecho a hacerme una pregunta así.

—¡Es usted un idiota! —dijo Leventhal.

—Solo hago notar que no estamos en la misma situación. Espere hasta que lo estemos.

—¡Dios no lo quiera!

—Por supuesto. Yo no le deseo mal a nadie. Pero los accidentes suceden. Tiene usted que darse cuenta de eso.

—Mire —dijo Leventhal—. Ya se lo he dicho. No le debo nada. Pero le daré unos cuantos dólares. Vuelva a su habitación o váyase a un hotel.

—No puedo volver. Es imposible. No puedo tocar el timbre de Punt a esta hora de la noche. Además, ya tienen a otra persona en la habitación. Por eso me echaron. ¿Y qué clase de hotel me aceptaría? ¿Con esta pinta? ¿Sin maletas? ¿O me está sugiriendo un antro de mala muerte?

—Bien —dijo Leventhal—. No le demos más vueltas. Ya veo que está decidido a dormir aquí esta noche. Me he dado cuenta desde el primer momento.

—¿Se le ocurre algún sitio donde pueda ir?

—Acaba usted de invitarse a este. ¿Se da cuenta de que es más de la una?

Allbee no contestó.

—Después de cómo se ha portado tendría que echarlo. Y si usted creyera la mitad de las cosas que me ha dicho, no querría estar bajo el mismo techo que yo. Todo lo que hace destila falsedad.

—No me diga que no tiene todo el piso para usted solo. No le supone un problema dejarme dormir aquí —dijo Allbee sonriendo tranquilamente—. No voy a causarle ninguna molestia. Pero si quiere que le haga la petición en toda regla...

Y para asombro de Leventhal —tan perplejo ante lo que sucedía que no dijo una palabra—, Allbee, dejándose caer de la silla, se puso de rodillas.

—¡Levántese! —gritó al conseguir reaccionar.

Allbee se puso en pie.

—¡Por el amor de Dios, deje de hacer payasadas! ¿Qué se cree que es esto?

Con aire divertido y los ojos muy abiertos y fijos en un punto, Allbee pareció saborear primero uno de sus labios y luego el otro.

—Le aviso —dijo Leventhal— que no estoy dispuesto a aguantar sus payasadas. ¡Sus chistes! —Estaba realmente indignado—. Sabe usted muy bien que no son chistes; no pretende que tengan gracia. Trata de influir sobre mí de alguna manera. Cree que me hará perder el equilibrio y que no sabré lo que está sucediendo.

—No lo entiende. Solo quería hacer lo que fuera apropiado.

—No tiene importancia —dijo Leventhal sombríamente, negándose a escuchar—. Quiero que se entere de esto: por lo que a mí respecta, le estoy dejando dormir aquí esta noche para devolverle un favor, y eso es todo. ¿Me oye?

—Entonces, es cierto que me debe usted algo.

—¿Acaso soy el único? ¿Nunca le ha hecho usted un favor a alguna otra persona? Parece como si yo fuera el único. ¿Y qué le debo? Ya ha conseguido bastante a fuerza de importunarme. Podría sacarlo al descansillo y darle con la puerta en las narices sin remordimiento de conciencia.

—En su situación, si yo estuviera en ella y no digo que pudiera estarlo, no tendría la conciencia tranquila.

—¡De acuerdo, dejemos la conciencia a un lado! No tengo ganas de discutir mi conciencia con usted —dijo Leventhal—. Es tarde.

Sacó unas sábanas del armario, se llegó hasta el comedor y las echó sobre el sofá-cama.

—Es blando —dijo Allbee tocando el colchón.

—¿Qué más necesita? ¿Quiere lavarse? Ahí está el cuarto de baño.

—Me gustaría ducharme —dijo Allbee—. Hace mucho tiempo que no lo hago.

Leventhal le dio una toalla y encontró un viejo albornoz para él en el armario. Se sentó en la cama y escuchó intranquilo el ruido del agua sobre la cortina de la ducha y el gorgoteo del desagüe. Pronto reapareció Allbee con su ropa bajo el brazo. Su pelo rubio, húmedo y peinado, le daba un aspecto muy diferente. Leventhal contempló sus pies con un extraño sentimiento de repugnancia. Los empeines, intensamente enrojecidos, eran ásperos y estaban hinchados; tenía dedos largos y deformes y uñas demasiado gruesas.

—Sorprendente, lo que la ducha puede hacer por uno —dijo Allbee.

—Voy a dormirme —dijo Leventhal. Y apagó la luz de su cama.

—Buenas noches —dijo Allbee—. Estoy realmente agradecido por la hospitalidad.

—Hay leche en el frigorífico, si le apetece.

—Gracias, quizá me tome un vaso.

Se dirigió hacia el comedor. Leventhal se tapó y puso la almohada en posición. Oyó el ruido de la puerta del frigorífico al abrirse y pensó: «Está cogiendo la leche». Casi dormía ya cuando le oyó cerrarla.

Leventhal durmió, pero no descansó. Su corazón latía rápidamente y todavía estaba lleno de las emociones del día. Tuvo un confuso sueño en el que él se mantenía al margen como un espectador reacio; era sin embargo quien lo hacía todo. Estaba en una estación de ferrocarril, con una maleta muy pesada y trataba de abrirse camino a través de una multitud; el ruido de todas aquellas personas al entremezclarse se alzaba hacia los cientos de banderas que colgaban de los arcos. Había perdido su tren, pero los altavoces anunciaron que una segunda sección iba a salir tres minutos más tarde. La puerta de acceso al andén apenas se divisaba; nunca llegaría a tiempo. El gentío empezó a retroceder —los guardias debían de estarles empujando— y Leventhal se encontró en un corredor recién pavimentado y enyesado. Parecía llevar hasta las vías. «Quizá acaban de abrirlo y soy el primero en encontrarlo», pensó. Empezó a correr y se halló de repente con una barrera, una estructura móvil parecida a un caballete de aserrar. Poniéndose la maleta delante la apartó a un lado. Dos hombres le detuvieron. «No puede usted pasar, tengo gente trabajando aquí», dijo uno de ellos. Llevaba un traje y un sombrero de fieltro de ala ancha, y parecía un contratista. El otro hombre iba vestido con un mono. «Tengo que pasar, necesito llegar al andén», dijo Leventhal. «Hay una entrada arriba. Esto no está abierto al público. ¿No vio usted el cartel en la puerta? ¿Por qué puerta ha entrado?». «No he cruzado ninguna puerta», dijo Leventhal furioso. «Es un caso de urgencia; el tren está saliendo». El segundo hombre parecía ser una persona considerada y comprensiva, pero no era más que un empleado y no podía intervenir. «Tampoco puede usted volver por donde ha venido», le dijo el contratista. «Tendrá que salir por aquí». Leventhal se volvió y un empujón en el hombro lo envió a una galería. Lágrimas abundantes corrían por sus mejillas. Algunas personas se dieron cuenta, pero no le importó.

Sin estar del todo despierto se encontró lo suficiente despejado para ser consciente de que se hallaba tumbado en la oscuridad. Tuvo una maravillosa sensación de descanso al final del sueño. Le pareció disfrutar de un estado de gran lucidez, y experimentó un excepcional sentimiento de total felicidad. Estaba convencido de haber alcanzado la verdad, y se dijo: «Sí, la he alcanzado, no hay duda. ¿Seguiré teniéndola por la mañana? Ahora sí que la tengo». Porque lo que estaba pensando le resultaría muy extraño a su cerebro cuando estuviera completamente despierto; difícil de aceptar o una absoluta estupidez. Pero ¿por qué era así? «¿Por qué?», reflexionó. «Santo cielo, ¿soy tan perezoso, tan débil, tengo el alma tan pesada como el cuerpo?». Su corazón se estremecía dolorosamente; él, sin embargo, se sentía alegre y lleno de confianza. ¿A qué se debía? ¿Qué hacían él y otros? Era preciso reconocer que él había estado equivocado, al igual que otros. Todo el mundo comete errores y ofende a los demás. Pero ahora le resultaba completamente claro que todo, todo sin excepción, sucedía como si se tratara de una

sola alma o una sola persona. Y, sin embargo —aquí casi sintió la tentación de sonreírse—, sospechaba, y más que sospechar sabía, que por la mañana aquello resultaría insostenible. «No seré capaz de mantenerlo», pensó. Algo lo impediría.

Conservaba un recuerdo particularmente vivo de la explícita mirada de reconocimiento en los ojos de Allbee, que, sin duda, duplicaba algo presente en los suyos. ¿De dónde procedía aquello? «Es una cuestión de blanco y negro», reflexionó. Blanco y negro eran las palabras de Mr. Schlossberg, a las que volvía con frecuencia. O la verdad era muy simple o había que aceptar el hecho de que no la conocíamos; y si no la podíamos conocer, no había nada que sirviera de guía. «Hay unas cosas muy determinadas que podemos hacer. ¿De qué sirve agotarse para nada?», se dijo Leventhal. No, la verdad tiene que ser algo que entendamos inmediatamente, sin introducciones ni explicaciones, pero tan corriente y familiar que no siempre nos demos cuenta de que está a nuestro alrededor.

Agarrando la almohada, se dio la vuelta y cerró los ojos. Pero estaba demasiado excitado para dormir. Oía la respiración de Allbee y se levantó para cerrar la puerta de comunicación.

Se había olvidado de poner el despertador y se levantó tarde. El día estaba gris y hacía calor. Irritado por haber dormido más de la cuenta, se vistió y se afeitó a toda prisa. Después de quitarse el jabón de la cara seguía pareciendo que no se había afeitado. Derramó polvos de talco sobre una toalla, se frotó con ella la barbilla y se puso una camisa sin desabrocharla, metiéndosela por la cabeza. No tenía tiempo para desayunar. Cogió una naranja en la cocina para comérsela camino del metro.

Entró en el comedor donde Allbee estaba tumbado boca abajo, muy arrebujaado en su sábana. Sus anchas pantorrillas estaban al aire y tenía los brazos extendidos hacia delante; con una mano tocaba la silla donde había dejado la ropa amontonada. Leventhal tiró del colchón, pero Allbee no se movió; estaba a punto de zarandearlo pero vaciló, nervioso e irritado, y acabó decidiendo que no era prudente. Porque si le hacía levantarse, lo más probable sería que perdiera media mañana sacándolo de la casa. Leventhal no sabía qué hacer con él. Sin embargo —miró su reloj—, no tenía tiempo para dedicarse a pensarlo. Lleno de temores, se puso en camino de la oficina.

Casi sintió alegría al ver su escritorio verde de metal con sus cientos de papeles. El enorme espacio gris lleno de nubes al que daban sus ventanas parecía completamente inmóvil. La actividad a su alrededor, el balanceo de las puertas al cruzarlas las chicas de la oficina, el zumbido y el suave brillo de los ventiladores de largas paletas, tuvo un efecto sedante sobre él. Trabajó mucho. A las once había terminado un juego completo de galeradas y fue a ver a M. Beard para discutir un editorial del número siguiente. Millikan, el yerno, estaba allí, sentado junto al anciano. No tomó parte en la conversación. Beard hizo unas cuantas observaciones vagamente en contra, no por otra razón, pensó Leventhal, que el deseo de hacer valer

su autoridad; nunca le gustaba mostrarse de acuerdo enseguida, aunque careciera de sugerencias. La visera, que le dividía la frente con sus manchas blancas del resto de la cara, conseguía hasta cierto punto ocultar su expresión, pero no faltaban indicios de que estaba satisfecho. La boca y la mandíbula lo demostraban. «¿Qué? ¿Soy capaz de hacer un maldito trabajo?», sentía ganas de preguntar Leventhal. No lo hizo y adoptó un aire indiferente. Sin embargo, se sintió embargado por un profundo sentimiento de orgullo reivindicativo. «Todo marcha a pedir de boca», hizo notar. Ninguno de los otros dos contestó. Leventhal prolongó el silencio casi un minuto, hasta que obligó a Beard a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza; después salió del despacho. No pretendía ser indispensable, pero de cuando en cuando podrían reconocer, sin grave quebranto personal, que les era útil. A pesar de todos sus problemas y distracciones, seguía terminando su trabajo sin salirse en absoluto de las fechas acordadas. Y Beard se daba cuenta de lo eficiente que Leventhal era, por eso había dicho aquella cosa tan desagradable a Mr. Fay. «Lo que realmente le molesta», pensó Leventhal, «es tener que admitir que necesita a alguien para su negocio. Quiere ser el único, el exclusiva y absolutamente importante. No es así como se lleva adelante una empresa moderna. Nunca pasará de ser un jefecillo de tres al cuarto».

De vuelta hacia su escritorio se encontró con Mr. Fay. El hecho de que en aquella otra ocasión Fay hubiera hecho un esfuerzo por defenderlo había llevado a Leventhal a esperar más, una insinuación sobre lo sucedido, un intento de hacerle una advertencia o de darle un consejo. Solo necesitaba una señal. No le vendría mal tener un amigo en la oficina. Además, Leventhal quería darle las gracias por salir en su defensa. «Quizá llegue a hablar un día de estos», se dijo Leventhal. Fay le detuvo y mencionó un anunciante que estaba terminando una nueva instalación que convendría hacer resaltar en un número de la revista. Ya habían hablado de ello anteriormente. Esta vez Leventhal prestó atención, pidió más detalles, tomó notas en su block y dijo:

—Eso es fácil de preparar.

Se quedó mirando a Fay tan a la expectativa que el otro pareció pensar que iba a decir algo más y se detuvo, sus ojos oscuros interrogándolo bajo sus cejas encanecidas, y detrás de los brillantes círculos de las gafas.

—Sí —dijo Leventhal—. Redactaré ese texto.

Y, con una mezcla de sensaciones y, sobre todo, con la impresión de que Fay iba a desilusionarlo, se alejó de él.

El timbre del teléfono, al recordarle a su sobrino enfermo y a Allbee, a quien había dejado durmiendo, hizo que la sangre se le agolpara en el rostro. Torció el cuello desmañadamente mientras colocaba el receptor entre el hombro y la oreja, rezando para que fuera un asunto profesional. Con una mano trató febrilmente de desenredar los retorcidos cables.

Al principio no oyó nada y trató de llamar la atención de la telefonista. Enseguida intervino con voz indiferente para informarle:

—Un tal Williston quiere hablar con usted.

Para recobrar el autodomínio, Leventhal contuvo la respiración durante un momento. Después dijo:

—Páseme la comunicación.

Se inclinó lentamente hacia atrás sobre su sillón con respaldo de cuero, abrió un cajón de la mesa con la punta del zapato y extendió una pierna por encima.

—Hoja —dijo Williston.

—Hola, Stan, ¿qué tal?

—Bastante bien.

—¿Llamas para saber de Allbee?

Leventhal sabía perfectamente que una pregunta tan directa era lo que Williston deseaba menos; Williston prefería dar rodeos. Pero ¿por qué tendría él que permitirlo?

El otro no contestó inmediatamente.

—¿No es cierto?

—Supongo que sí, claro —dijo Williston, de mala gana—. Me preguntaba si lo habías visto.

—Sí que lo he visto. Ha venido varias veces. De hecho se presentó anoche; dijo que lo habían echado de su alojamiento. Ha pasado la noche en mi casa.

—¿Echado? —dijo Williston con tono de duda.

—¿Qué sucede, crees que exagero? No lo has visto. Si le echaras una ojeada no te parecería tan imposible.

—¿Qué se propone hacer?

—Me gustaría poder decirlo, pero tampoco creo que él lo sepa. Mi opinión personal es que está enfermo. Hay algo en él que no marcha bien.

Williston pareció meditar sus palabras; no hubo respuesta durante un rato. Después dijo:

—¿No te ha dado ninguna pista sobre lo que quiere?

—Demasiadas. No consigo que me diga nada concreto, ese es el problema. —Retiró la pierna que había colocado sobre el cajón y se inclinó sobre el escritorio, acunando el teléfono con las dos manos—. Tendrías que oírle; descubrirías enseguida que hay algo que no marcha bien.

Williston rio calmamente al otro extremo del hilo. «Está tratando de tranquilizarme», pensó Leventhal, sintiéndose desanimado. «Cree que me estoy quejando más de la cuenta y quiere hacérmelo ver tomándoselo a broma».

—No será para tanto, ¿verdad? —dijo Williston.

—Está francamente mal. No te haces idea de lo mal que está. Tú no lo has visto ni has oído lo que tiene que decir, cuáles son sus argumentos. Sé que me equivoqué con Rudiger, y todo el asunto fue de lo más desafortunado. No voy a tratar de escabullirme, aunque podría hacerlo si quisiera. Pero te lo digo en serio, no te haces idea de cómo está. Probablemente habría que encontrarle un empleo. Que lo acepte o no eso ya es otro asunto. Quizá no quiera trabajar. No sabría decírtelo. Lo quiere

todo, y no creo que esté dispuesto a nada. Se pasa el tiempo haciendo teatro en beneficio mío.

Leventhal se detuvo y refunfuñó para sus adentros: «Voy a hacerle andar derecho tanto si quiere como si no».

—Bueno, eso no son más que chiquilladas —dijo Williston.

Leventhal fue incapaz de decidir a cuál de los dos se atribuían las chiquilladas. Trató de encontrar palabras, esforzándose por no desanimarse ante la dificultad de llevar adelante aquella conversación. No tenía ningún sentido, excepto ser una carga más.

—Bueno, quizá puedas hacer una sugerencia útil, Stan.

—Dije que haría lo que pudiera. —Williston dio la impresión de sentirse él mismo acusado.

—Después de todo se supone que yo soy su enemigo. Tú, en cambio, eres su amigo.

Leventhal no consiguió oír toda la respuesta. Solo captó una referencia a «medidas prácticas», y se dio cuenta de que Williston estaba molesto por la manera en que se desarrollaba la conversación.

—Claro que estoy en favor de hacer algo práctico —contestó. Pero tan pronto como las palabras salieron de su boca se dio cuenta de que Williston y él se habían alejado tanto del problema auténtico que daba por perdida toda esperanza de llegar a él. Por teléfono, las «medidas prácticas» eran ya de por sí algo muy vago, y cuando trató de referirlas a Allbee se convirtieron en algo completamente inaplicable. Por lo que a él se refería, las medidas prácticas eran librarse de aquel sujeto, y no era eso lo que Williston tenía en la cabeza—. Piensa tú en algo —le instó—. Tú lo conoces. Quizá se te ocurra algo que le satisfaga.

—Ha de tener alguna meta definida. Si pudiera hablar con él quizá lo descubriría.

—¿Cómo podrías hablar con él? No quiere que sepas nada. Se puso hecho una furia cuando descubrió que había hablado de él contigo. Pero se lo puedo sugerir y ver lo que pasa.

—Esperaré entonces a tener noticias tuyas —dijo Williston—. No te olvidarás de llamarme, ¿verdad?

—Te llamaré, no te preocupes —prometió Leventhal. Colgó y después de colocar el teléfono sobre un montón de hojas a manera de pisapapeles, hizo un distraído reconocimiento de su escritorio, retiró la chaqueta del respaldo del asiento y se fue a almorzar.

Bajó en el ascensor entre una multitud de chicas que estudiaban en la escuela comercial del piso de arriba, en su mayoría inconscientes del placer que le proporcionaban sus suaves brazos y sus rostros juveniles. El ascensor descendió lentamente entre zumbidos de señales y chispear de diminutas flechas. Ya en la calle, Leventhal compró un periódico y lo estuvo ojeando en la cafetería. Después de almorzar echó a andar hacia el río, atravesando mercados callejeros, entre sacos de

café. El aroma del tueste se mezclaba con el olor a gas. De cuando en cuando el pitido de un remolcador o la voz profunda de un buque de gran tonelaje se filtraban entre el ruido de motores y frenazos de los camiones; y los botalones se erizaban por todas partes como púas de pita, dividiendo el blanco del cielo como los malecones dividían el del agua.

Fue el primero en volver a la oficina; todos los despachos estaban vacíos. Una ráfaga de aire agitó los papeles del escritorio y las holandesas en las máquinas de escribir, y oscureció las celosías verdes de lienzo sobre la parte alta de las ventanas. Leventhal salió al descansillo de la escalera de incendios a terminar su cigarro, y acababa de apagarlo contra la barandilla y de tirarlo al vacío cuando empezó a sonar uno de los teléfonos. Al volverse con gran ímpetu se dio un golpe en el hombro con el marco de la puerta, y por un instante fue incapaz de ver: el interior de la oficina parecía completamente negro. El sonido del teléfono llenaba la atmósfera, surgiendo simultáneamente de las cuatro esquinas de la habitación. Sintió que el corazón se le encogía de horror, y que aquel agudo y penetrante sonido iba infinitamente más deprisa que el flujo de su sangre. Pudo llegar a su escritorio. La llamada era para él.

—¿Sí? ¿Quién me llama? —le gritó a la telefonista. Era Villani.

Leventhal cerró los ojos. La voz al otro lado del hilo confirmó todos sus temores. Mickey había muerto. Escuchó a Villani durante un rato y luego rugió:

—¿Dónde está mi condenado hermano?

—Vino anoche —dijo Villani—. Fue directamente al hospital. Llegó demasiado tarde. Pobre chiquitín.

Leventhal colgó el teléfono. No podía suprimir la contracción de los músculos de la garganta. Se apartó del borde del escritorio, como si fuera a ponerse en pie, y con el vértigo de una toma de conciencia más plena, su ancho rostro perdió el color y sus facciones se enturbiaron. Después de un rato cogió un block, puso el nombre de Mr. Beard con grandes letras de imprenta y escribió debajo: «Mi sobrino ha muerto». Incorporándose, fue a dejar la nota sobre el escritorio de su jefe.

Llegó con pasos rabiosamente enérgicos hasta los servicios y empezó a mojarse la cabeza. Tenía un terrible dolor de cabeza. Inclinado sobre el lavabo, con la cara mojada, se echó a llorar. Arrancó una toalla de papel de la caja y se cubrió los ojos. Entonces oyó que alguien se acercaba y fue a ocultarse a trompicones en un retrete. Cerró la puerta y con la espalda contra ella, gradualmente, con silencioso esfuerzo, logró dominarse.

En el ferry solo se notaba una débil corriente de aire salobre en lugar de la habitual brisa refrescante. El barco cortaba el agua con un malhumorado golpe bajo el ancho saliente de la proa. La atmósfera tenía un color gredoso, y el sol de la tarde resultaba más pálido que de ordinario. Uno de los marineros de cubierta estaba sentado con la espalda desnuda contra la caseta de navegación, la cabeza descansando sobre las rodillas y los robustos antebrazos rodeando las piernas. Al llegar el barco a la plataforma descendió cansinamente la escala para asegurar la cadena, y Leventhal le adelantó en dos zancadas y cruzó a toda prisa el barracón. El autobús se estaba poniendo en marcha y él corrió a su lado y fue dando golpes en la puerta con la mano extendida. El autobús se detuvo, la puerta plegable se abrió, y Leventhal se introdujo como pudo entre los pasajeros que ocupaban el escalón más bajo. El conductor se levantó del asiento y gritó algo con voz estridente. Había tensión y enojo en su garganta, y el cuello gris de su camisa estaba ennegrecido por el sudor. Nadie le contestó, y después de una pausa movió la palanca del cambio y se pusieron otra vez en marcha. Leventhal estaba jadeante. No prestaba atención al sudor que le corría por la cara ni al dolor de la mano. Pensaba, como ya había empezado a hacerlo en el barco, en estar preparado para convertirse en cabeza de turco. Era inevitable que Elena le considerase culpable, y podía estar seguro de que su madre la incitaría a hacerlo. Había insistido en la necesidad del hospital y llevado al especialista; se había inmiscuido. La anciana no le importaba, pero Elena le atemorizaba mucho. Probablemente la situación era ya irreversible cuando Denisart se hizo cargo del niño. En el hospital, Mickey había tenido al menos una oportunidad, y si Elena hubiera escuchado los consejos del primer médico, quizá se habría podido salvar. De manera que la culpa era suya, si es que alguien tenía la culpa. Pero era precisamente lo irrazonable de la acusación lo que le daba miedo. No obstante, estaba obligado a enfrentarse con ella. No podía quedarse al margen ahora.

Buscó entre las hileras de timbres, encontró el de su hermano, llamó y empezó a subir las escaleras. La puerta del piso estaba abierta unas pulgadas. La empujó y se encontró con la sorpresa de un peso que hacía resistencia desde el interior. Soltó el tirador y retrocedió un paso. Se le ocurrió enseguida que no había un niño detrás de la puerta, que no se trataba de Philip. Y ¿por qué tendría Max que impedirle la entrada? ¿Podía ser Elena? Una cálida ola de espanto le recorrió al pensar que la energía de la locura había resistido su empujón.

—¿Quién está ahí? —dijo con voz ronca—. ¿Quién es?

Se acercó de nuevo a la puerta. Esta vez, nada más tocarla, se abrió completamente. La madre de Elena estaba en el vestíbulo. Leventhal comprendió al instante lo que había sucedido. De pie junto al quicio para ver quién venía, la anciana se había encontrado aprisionada contra la pared del estrecho recibidor.

—¿Qué está usted haciendo? —Su tono era brusco. Ella guardó silencio, y a

Leventhal le desconcertó su mirada; sin abandonar su característica expresión vengativa, la anciana daba la absurda impresión de estarse divirtiendo.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Marcharon. Estoy sola —dijo ella con su voz áspera. Leventhal no la había oído nunca hablar en inglés. Le sorprendió. En cuanto a divertirse, debía de haberse equivocado. Era la intensidad de su mirada lo que le había hecho pensar aquello. Después de todo, el niño muerto era su nieto.

—¿Adónde han ido?

O no lo sabía o era incapaz de explicarlo. Emitió unos cuantos sonidos. De la cocina salía vapor de agua; Leventhal lo vio detrás de ella. ¿Estaba haciendo la cena?

—¿Dónde están, en la capilla? ¿Es hoy el funeral?

Se limitó a encogerse de hombros; no quería contestar, y le lanzó otra de aquellas terribles miradas de despecho y júbilo, como si Leventhal fuera el demonio.

—¿Volverán a casa a comer, no es cierto...?, *mangare*? ¿Cuándo?

Estaba perdiendo el tiempo. La anciana quería únicamente librarse de él. Leventhal se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Nadie le abrió la puerta en casa de Villani. Su dolor de cabeza era más intenso. Frunció el entrecejo y golpeó con más fuerza, pero sin esperanzas. Luego se le ocurrió buscar al conserje. Lo encontró en el patio, leyendo el periódico a la sombra de las escaleras que llevaban al cuarto de la caldera.

—¿Sabe usted dónde puedo encontrar a mi familia? —preguntó—. Soy el hermano de Max Leventhal.

El conserje se puso en pie. Era viejo y se movía con lentitud; apoyó parte de su peso sobre deformes e hinchados nudillos.

—Sí, claro, la ceremonia es en la funeraria de Boldi.

—La suegra de mi hermano está arriba, pero no me ha dicho nada. ¿Dónde está el establecimiento de Boldi?

—Dos manzanas más abajo. Tuerza a la izquierda cuando salga de aquí. En la misma acera. Hay una iglesia en la esquina. —Se agachó para recoger el periódico, caído sobre sus zapatillas marrones de fieltro.

El sol se había situado en una parte del cielo más despejada, y su fulgor era irresistible. Leventhal se quitó la chaqueta. El calor del pavimento atravesaba las suelas de los zapatos, y lo sentía en los huesos mismos de los pies. En un patio alargado, oscuro y abierto solo por un lado, crecía una hilera de matojos de un verde apagado. Las paredes brillaban ásperamente, y todas las cosas —los desgreñados arbustos, la cara de una mujer detrás de un mosquitero, un montón de melones delante de una frutería— llegaban hasta él como imbuidas de un nuevo poder y dotadas de nuevas cualidades debido al aire; y los colores, negro, verde, azul, en violentos puntos luminosos, se estremecían como gases sobre los firmes bordes de las sombras. La puerta abierta de la frutería era como la entrada a una cueva o a una mina; los botes de conservas brillaban como piedras pulimentadas. Tuvo la impresión

momentánea de estar en una ciudad extranjera cuando vio la iglesia a la que había aludido el conserje: el volumen, la magnificencia, el deterioro actual, la valla alrededor de la casa del párroco, el jardín, la fuentequilla con una espesa capa de albayalde y una casi invisible cortina de agua.

Cruzó el despacho de Boldi y entró en el salón. Philip estaba sentado en una silla de mimbre. Tenía las piernas cruzadas sobre un escabel, y la cabeza recostada sobre un hombro.

—¿Qué tal estás? —dijo Leventhal sin alzar la voz.

—Hola, tío —dijo Philip. Todo en él daba sensación de apatía.

—He oído que ha vuelto tu padre.

—Sí, ya ha llegado.

Leventhal percibió el brillo de las velas a través de los cristales ovalados de la puerta forrada en piel y con tachuelas doradas. Entró en la capilla. Dentro no hacía calor. Un acondicionador de aire murmuraba en algún lugar del edificio. Más allá del altar colgaba un Cristo de tamaño natural. Quitándose el sombrero, Leventhal se acercó al ataúd. Le sorprendió la dulzura del rostro del niño, que no hubiera signos de tensión o de miedo. Se fijó en la curva de su nariz, en el espesor de sus cabellos cuidadosamente peinados, que descansaban con las puntas sobre los pliegues del raso; en el gesto tranquilo con que su barbilla diminuta se apoyaba sobre el pecho, y decidió: «Iba a ser como Max y como yo. Un Leventhal». Reflexivamente pasó los dedos sobre la suave barandilla de cobre con su lazo de felpa oscura, y miró hacia arriba. La capilla le desagradaba. Elena había insistido, sin duda, en que se celebrara un funeral católico. Estaba en su derecho. Pero desde el punto de vista de Leventhal, el niño era también uno de ellos, y resultaba peculiar encontrarse con aquello, después de tantas generaciones. Inspirado por un oscuro sentimiento, murmuró para sus adentros: «Da lo mismo, gracias, nos las arreglaremos solos...».

Al darse la vuelta para alejarse de la barandilla se encontró con su hermano.

La impresión que recibió al verlo fue muy intensa. Se había preparado para presentarse ante él lleno de indignación; sus primeras palabras debían de ser una amonestación. Pero llegado el momento, en lugar de hablar, tomó conciencia del aspecto de su hermano, de la expresión sombría y dolorida de su cara hinchada, reconoció la cicatriz en la comisura de la boca, un corte que le hicieran en una pelea callejera años atrás en Hartford. El trabajo al aire libre lo había curtido; la pérdida de varios dientes le alargaba la mandíbula. Su traje... era como uno de los trajes que los trabajadores compraban en la tienda de su padre. Sus zapatos nuevos, de color negro, estaban cubiertos de polvo.

—No llegué a tiempo —dijo.

—Ya me lo han dicho, Max.

—Salí nada más recibir el telegrama. Llegué unos diez minutos tarde.

—¿Cuándo es el entierro?

—A las cuatro.

Max le hizo un gesto para que se apartaran un poco. En el pasillo, junto a la pared, apretando la mano de Leventhal e inclinándose sobre ella, Max rompió a llorar.

Hablaba en susurros, pero de cuando en cuando uno de sus sollozos o una palabra pronunciada a medias subía de tono y retumbaba por toda la capilla. Leventhal tensó su brazo y lo sostuvo. Le oyó decir: «Estaba tapado», y poco a poco, después de muchas repeticiones, supo que Max había entrado en la habitación sin saber que Mickey había muerto, encontrándose con la sábana alzada para cubrirle la cabeza.

—Horrible —dijo—. Horrible.

Contempló la corpulenta espalda de Max y su cuello tostado por el sol y, al recorrer con la vista las filas de bancos de madera brillante, descubrió a Elena sentada entre Villani y un sacerdote. La mirada que le dirigió fue de intensísima ira. Aunque había muy poca luz no era posible equivocarse. El rostro de su cuñada estaba muy pálido y reflejaba gran tensión. «¿Qué es lo que he hecho?», pensó Leventhal; su terror era tan grande como si nunca hubiera previsto aquella posibilidad. Como no quería atraer en exceso su atención no le devolvió la mirada. Después de ayudar a Max pasillo adelante se sentó a su lado, todavía sujetándole el brazo. ¿Qué haría él si allí y entonces —imaginando lo peor—, Elena empezara a dar gritos, acusándolo? Una vez más ella se volvió para mirarlo por encima del hombro; la blancura de su rostro era tal que parecía arder. Tenía que estar loca.

Estaba loca. Leventhal decidió no volver a usar aquella palabra. La rechazó desesperadamente como un hombre que tiene miedo de susurrar, no sea que termine gritando.

Se trasladó al cementerio con Villani y el sacerdote, detrás de la limusina que conducía a Max, Elena, Philip y Mrs. Villani. Durante la ceremonia frente a la tumba, Leventhal se refugió bajo un árbol, algo distanciado de los otros, que aguantaban toda la violencia del sol junto a la sepultura. Cuando cayeron sobre el ataúd las primeras paletadas de tierra echó a andar hacia el automóvil. El chófer estaba esperando sobre el estribo, al borde del camino polvoriento. El brillo del sol sobre las acacias daba un resplandor amarillento a su uniforme. Tenía el cabello blanco, los ojos inyectados en sangre y los labios contraídos en un gesto de impaciencia, mientras soportaba el calor momento a momento, y respiración tras respiración. Pronto aparecieron Villani y el sacerdote. El clérigo era un polaco, fornido y de tez pálida. Se echó atrás el sombrero negro, encendió un pitillo, aspiró profundamente y dejó escapar el humo entre los dientes. Luego, sacando un pañuelo, se limpió la cara, el cuello y el dorso de las manos.

—Usted es un pariente, ¿no? —preguntó, dirigiéndose a Leventhal por primera vez.

Villani contestó por él.

—Es el hermano del padre, reverendo.

—Ah, sí, un golpe muy duro.

Sus dedos, prácticamente sin uñas y vueltos hacia fuera en las puntas, estrujaban el cigarrillo. Miró al cielo con gran interés, arrugando la gruesa piel blanca de su frente, e hizo un comentario sobre el calor. La familia se estaba ya acercando a los coches, y los chóferes pusieron en marcha los motores.

—Hace demasiado calor para ir los tres en el asiento trasero —dijo Leventhal, y se sentó delante. No quería estar cerca del sacerdote. Tocando el metal recalentado del tirador de la portezuela, dijo mentalmente: «Hasta siempre, chico», y contempló desde la ventanilla en movimiento el color amarillo y pardo de la tierra y los dos hombres con botas altas que manejaban las palas. De vez en cuando veía a Max en el asiento de atrás del Cadillac e intentaba recuperar la imagen de Elena, viéndola tal como la había visto camino de la tumba, andando entre Max y Villani, con la rotundidad de su figura en el vestido negro, la presión de sus manos en los brazos de los dos acompañantes, los bruscos movimientos de su cabeza. Pobre Max, ¿qué iba a hacer con ella? ¿Y qué sería de Philip? «Me quedaría con él sin pensarlo dos veces», se dijo.

No se despidió de la familia. Ya había anochecido cuando llegó al ferry. El barco atravesó lentamente el puerto inactivo. Les llegó el chapoteo de un buque de gran tonelaje y Leventhal vislumbró el color anaranjado oscuro de un casco, como la aparición repentina de un horno sobre el agua. El reflector del puente pasó sobre él y se perdió en un instante, como si hubiera desaparecido. Pero su gigantesco chapoteo aún era audible, camino del mar, en la cálida oscuridad.

Después de salir del metro retrasó el volver a casa. Se detuvo en el parque. Había más gente que nunca aquella noche. La misma banda del grupo de evangelistas tocaba en la acera. Una mujer cantaba. Su voz y el acompañamiento del órgano apenas se oían: solo unas pocas notas emergían del inmenso e interminable murmullo del parque. Tardó mucho en encontrar un asiento cerca del estanque, donde jugaban unos cuantos niños medio desnudos. Los árboles estaban envueltos en una nube de polvo y eran muy pocas las estrellas que conseguían atravesarla débilmente con su resplandor. Los bancos formaban una doble rueda humana muy apretada; los senderos estaban abarrotados. Había una abrumadora proximidad y densidad humanas, y Leventhal tuvo una clara vivencia no solo de la multitud en el parque, sino de millones de personas que se entrecruzaban, se tocaban y se apretaban unas con otras. ¿Qué historia era aquella que había leído en una ocasión sobre el Infierno abriéndose de repente debido a la furia del dios del mar y todas las almas, apiñadas en su interior, mirando para fuera? Pero aquellos seres humanos estaban vivos: la pareja de jóvenes con los brazos desnudos, la mujer con un embarazo muy adelantado que iba paseándose, el limpiabotas con su caja a cuestas, pendiente de una correa muy larga.

A Leventhal se le ocurrió pensar que lo sucedido aquel día en Staten Island le habría resultado incomprensible a su padre. En Hartford solía señalar los cestos de flores en los portales y hacía notar cuántos niños extranjeros —italianos o irlandeses

— fallecían. Le asombraba el tamaño de las familias, el número de los que nacían y morían. Qué extraño si se enterara de que su nieto era uno de estos, enterrado en un cementerio católico. Con flores, como los otros. Y bautizado. A Leventhal se le ocurrió por primera vez que Elena lo habría hecho bautizar. Y que un hijo suyo fuera un trabajador, que no se diferenciaba en absoluto de los que acudían a su tienda a comprar calcetines, gorras y camisas. No lo habría entendido.

Abatido y cansado, Leventhal puso rumbo a su casa a las diez en punto. No pensó en Allbee hasta que empezó a subir las escaleras y entonces apretó el paso. Hizo girar la llave, abrió la puerta con violencia y encendió la luz. Sobre el sofá-cama del comedor, las sábanas, el albornoz y la toalla estaban hechas un rebujo. En el suelo había un vaso de leche medio vacío.

Volvió a la sala de estar y se tumbó en la cama, con intención de descansar un poco antes de desnudarse y apagar las luces. Se cubrió la cara con la mano dejando escapar un gemido. Instantes más tarde se quedó dormido.

Durante la noche se incorporó al oír un ruido. Las luces seguían encendidas. Había alguien en el piso. Se llegó silenciosamente hasta la cocina a oscuras. La puerta del comedor estaba abierta y vio a Allbee desnudándose junto a la ventana. Ya en calzoncillos, procedía a sacarse la camisa por encima de la cabeza sin desabrochársela. El miedo que Leventhal sintió, aunque profundo, no duró más que un segundo, fue un simple destello. También su indignación se esfumó enseguida. Regresó a la sala de estar y se desnudó. Después de apagar la luz volvió a oscuras hasta la cama murmurando: «Sigue, quédate; a mí me da igual». Se hallaba en un estado de indiferencia semejante al aturdimiento, y al tumbarse era más consciente del calor que de cualquier emoción personal.

Mr. Millikan, que se encargaba de la confección del número en la imprenta, había ido a representar a la firma en una conferencia de toda la industria, y después de almorzar Leventhal tuvo que ir a reemplazarlo al taller en Brooklyn Heights.

Sumergido en el aire estancado y pardusco del andén del metro, esperó la llegada del tren sintiéndose completamente exhausto. No sabía de dónde sacar fuerzas para terminar el día. Una vez en el interior del vagón se dejó caer en un asiento bajo el ventilador de pausados movimientos que revolvió el aire caliente. Una y otra vez pensó en la muerte del niño. Tan corta vida, metido ya en una caja y cubierto de tierra. Tan corta vida. Lo fue repitiendo sin darse cuenta mientras su cabeza se movía al compás de las sacudidas de los vagones durante el largo trayecto bajo el río que terminaba en el hotel St. George. Al salir del tren subió en ascensor hasta el nivel de la calle.

Millikan había confeccionado cuatro páginas, dejándole otras cuatro más. Trabajó con lentitud; el sueño le hacía equivocarse, obligándole a repetir tediosos cálculos. Hacia las cuatro empezó a quedarse dormido. «Son las máquinas», pensó. El taller de impresión estaba encima y no dejaba de funcionar en todo el día. Decidió salir a dar una vuelta. Era curioso que se sintiera tan atontado y al mismo tiempo tan lleno de aprensiones.

Entró en un restaurante para tomar café. Las sillas estaban amontonadas sobre las mesas y un muchacho pelirrojo, con la cabeza erguida y unos hombros pecosos en constante movimiento, fregaba las baldosas. La camarera tuvo que dar un rodeo para evitar la zona mojada y pedirle a Leventhal que se quitara de en medio. Se bebió el café en el mostrador, y después de limpiarse la boca con una servilleta de papel en forma de cilindro que no se molestó en desdoblar, se dio una vuelta por el vestíbulo del St. George; ojeó unas cuantas revistas y volvió al taller. Al ver de nuevo las páginas con los espacios en blanco, dio un suspiro y cogió otra vez las tijeras. Las máquinas de imprimir enmudecieron antes de que él terminara. A las seis y media pegó la última columna y se limpió las manos con un trozo de papel usado.

Camino del restaurante, pasó por su casa para mirar en el buzón. Había una nota de Mary diciendo que le estaba escribiendo una carta muy larga que esperaba echar al correo dentro de un día o dos. Decepcionado, se metió la nota en el bolsillo de la camisa. No subió a su apartamento. Cerca de la esquina se encontró a Núñez, con pantalones vaqueros y sombrero de paja, y en la mano la bolsa de la compra llena de paquetes.

—¡Eh, oiga! ¿Qué tal está, Mr. Leventhal? Ya veo que se ha buscado un acompañante mientras su mujer está de viaje.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Leventhal.

—Los conserjes estamos al tanto de todo lo que pasa en una casa. Se dice que somos entrometidos, pero no es cierto; uno se entera aunque no quiera. No hay forma

de evitarlo. Los inquilinos siempre se sorprenden. *Brujo*<sup>[9]</sup>, veo a través de las paredes. No entienden qué es lo que hago, ¿verdad? —Describió una espiral con los dedos, muy satisfecho de sí mismo—. No. Usted se marcha por la mañana y después oigo que la radio está encendida. Esta tarde el montacargas sube al cuarto piso. Más tarde, ¿qué es lo que encuentro en él? Una lata de sopa vacía y una botella de whisky.

«¿De manera que eso es lo que hace?», pensó Leventhal. «Empinar el codo de la mañana a la noche. Para eso le he dejado quedarse».

—Tengo un amigo pasando unos días en casa —le dijo a Núñez.

—Me da igual a quien tenga usted. —Núñez lanzó una risa llena de insinuaciones y arrugó la nariz complacido, mientras se le marcaban las venas de la frente.

—¿Quién se imagina que está conmigo?

—No se preocupe. Por la manera de subir el montacargas, sé que no había una señora tirando de la cuerda. No se preocupe.

Balanceó la bolsa con su musculoso brazo de huesos grandes, en el que llevaba tatuado un corazón sangrante. Leventhal siguió su camino. «No tiene dinero para el alquiler», dijo bajando las escaleras del restaurante e inclinándose bajo la marquesina. «Pero para beber sí. Para beber lo encuentra. ¿Dónde?». Se le ocurrió que Allbee podía haber robado algún objeto de la casa para empeñarlo. Pero ¿acaso había algo de valor? El abrigo de Mary de piel de foca estaba depositado durante el verano en una tienda especializada. ¿Cucharas? La cubertería no merecía la pena robarla. ¿Ropa? El dueño de una casa de empeños se expondría a un riesgo considerable tratando con Allbee después de ver cómo iba vestido. No, las casas de empeños tenían que pensar en su licencia. A Leventhal no le preocupaba su ropa. En el armario empotrado tenía un traje de tweed metido en una bolsa con bolas de naftalina; lo demás no merecía la pena empeñarlo. Y el traje sería un precio muy bajo por librarse de Allbee. Y Allbee era lo suficientemente listo para darse cuenta. Los borrachos, por supuesto, cuando tenían mucha sed, si estaban muy desesperados, se volvían imprudentes. «Pero él no anda detrás de unos pocos dólares», razonó Leventhal. Ya le había ofrecido dinero. Tenía que quedarle algo, puesto que estaba en condiciones de comprar whisky. En ese caso, ¿era una invención que le hubiesen echado de su alojamiento? Pero ¿y su aspecto, el traje tan sucio, la camisa, el pelo largo? Leventhal llegó a la conclusión provisional de que tenía unos dólares para whisky gracias a sus economías con el alquiler y con otras cosas. «Pero más valdrá que cierre con llave los objetos de valor», se dijo.

Cenó frugalmente un poco de ternera asada con demasiadas especias, bebió un vaso de té helado con azúcar terrosa que nunca acababa de disolverse y encendió un cigarro. Max y su familia habían reemplazado a Allbee en su mente. ¿Debería telefonar? No en aquel momento, no aquella noche: se afanó buscando buenas excusas, reculando un poco ante el fantasma de su propia debilidad que se escondía detrás de ellas. Sabía que estaban allí. Pero no era verdaderamente el momento de llamar. Más adelante, cuando las cosas se calmaran un poco, Max descubriría muy

pronto lo que tenía entre manos, suponiendo, claro está, que la última mirada de Elena en la capilla significara lo que él creía. Aunque quizá, dadas las circunstancias, aquella mirada no tuviera nada de extraordinario. Quizá —Leventhal estudió la unión de las hojas en la larga ceniza de su cigarro— se había dejado llevar por la imaginación. El dolor, el peso de un corazón abrumado... «El horror, ya se sabe», explicó en silencio. Personas llorando cuando sus rostros estaban contraídos podían dar la impresión de reírse y cosas parecidas. «Dios quiera que esté equivocado», dijo. «Me gustaría estarlo. Y si Max puede echar a la vieja de la casa, quizá salgan adelante». La muerte del pequeño debería al menos unir más a la familia. La influencia de la vieja sobre Elena era mala; y ahora podría ejercerla con mayor facilidad que nunca. Por el bien de Philip, Max debería poner de patitas en la calle a aquella vieja bruja. Cocinando y cuidando de la casa podía intentar, en un momento como aquel, tomar las riendas. Tenía que hacerle ver a Max el peligro de todo aquello, porque su hermano quizá se sintiera inclinado a permitirle que se quedara. «¡Échala, no le des una oportunidad!», exclamó Leventhal. Si Max llegaba a confiar en ella... y eso le dejaba a él las manos libres, quizá volviera a marcharse, dejando a Philip con la abuela. No, había que librarse de ella. Se quedó un rato sentado en la mesa del rincón casi a oscuras, sin que sus ojos negros denunciaran la sombría ansiedad que dominaba su espíritu.

Al llegar al apartamento se quitó la chaqueta en el vestíbulo. A través de la ventana, más allá del sinuoso humo pardo y de las nubes teñidas de rojo por el crepúsculo, vio la estrella de la tarde. Llegó hasta el comedor, que estaba vacío, cruzando la estrecha cocina. Al volver a la sala de estar no se dio cuenta inmediatamente de la presencia de Allbee. Solo después de dejarse caer en la silla junto a la ventana lo descubrió sentado entre el escritorio y el rincón.

—¡Qué demonios está haciendo ahí! —exclamó con gran violencia.

—Disfrutaba del atardecer.

—Y un cuerno, el atardecer —gruñó Leventhal—. ¡Maldito borracho!

Después de esto guardó silencio testarudamente, decidido a que el otro hablara primero. El reloj eléctrico zumbaba velozmente. La cabeza de Allbee descansaba sobre el respaldo de la silla y tenía las piernas completamente separadas, apoyando todo su peso en los talones. Las manos, de muñecas muy flexibles, estaban cruzadas sobre el pecho. Después de algún tiempo se movió un poco y suspiró:

—Este calor tan brutal acaba con mi energía.

—Puede que sea alguna otra cosa, además del calor, lo que le deja sin energías, ¿no es cierto?

—¿De qué...?

—Whisky —dijo Leventhal—. En teoría, está usted buscando trabajo. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Sentarse ahí y beber? Cuando vino aquí creí que iba a buscarse algo que hacer y a encontrarse un alojamiento.

Allbee echó la cabeza hacia delante.

—No quiero precipitarme —dijo empezando a sonreír—. En cualquier trato, y usted debe saberlo, tiene que saberlo por instinto, lo peor de todo es precipitarse. Antes de decidir... si se acepta esto o aquello... hay que pensárselo bien. —Terminó con una incierta, jubilosa y absurda mirada de autocomplacencia. ¿Estaría borracho?, se preguntó Leventhal.

—Usted, un trato —dijo desdeñosamente—. ¿Qué clase de trato ha conseguido?

—Puede que sí. Puede que tenga algo.

—Además, ¿cómo entra y sale de aquí? Anoche cerré la puerta con llave. Estoy seguro de haberlo hecho.

—Espero que no le parezca mal. Había varias llaves en la cocina y una de ellas servía.

Leventhal frunció el entrecejo. ¿Había olvidado Mary su llave? ¿O era una que sobraba? «En la agencia nos dieron dos cuando alquilamos el piso», pensó, «además de las llaves del buzón y la del cuarto de los trastos en el sótano. ¿O es que había tres llaves de la casa?».

—No estaba seguro de volver —dijo Allbee—. Pero mientras existiera la posibilidad, creí que sería más conveniente tener una llave. Traté de llamarle ayer a su oficina, pero no estaba usted allí.

—Haga el favor de no molestarme en la oficina —dijo Leventhal muy excitado—. ¿Qué era lo que quería?

—Pedirle permiso para usar la llave, por una parte. Y después se me ocurrió también otra cosa; que quizá existiera para alguien como yo la remota posibilidad de trabajar en Beard y Compañía y que podría solicitar el puesto. Usted está en condiciones de ayudarme.

—¿En la oficina de Beard? ¡No me diga que se le ocurrió ayer precisamente! No me lo creo.

—Pues así fue —empezó Allbee muy deprisa, pero se detuvo. Su boca grande, de labios carnosos, quedó abierta y sus ruidosas respiraciones hacían pensar en alguien que está conteniendo la risa; miró a Leventhal con divertida curiosidad. Pero, al ver la expresión de sus ojos, empezó de nuevo, más seriamente—. De verdad, fue como digo; se me ocurrió de pronto mientras desayunaba. «¿Por qué no podría Leventhal ayudarme a conseguir un empleo donde él trabaja?». Sería bastante justo, ¿no es cierto? Yo le presenté a Rudiger. No tendremos en cuenta lo que sucedió. Nos olvidaremos de ello. Lo consideraremos solo como un gesto de urbanidad. Usted me consigue una entrevista con Mr. Beard, ¿se encarga él en persona de contratar gente?, y estaremos en paz.

—No necesitan a nadie.

—Déjeme descubrirlo por mí mismo.

—De todas formas, no podrían darle el tipo de trabajo que usted quiera.

—Pero a usted no le importa el tipo de trabajo que yo quiero. Nada en absoluto —dijo sonriendo—. Le daría lo mismo que me convirtiera en lavaplatos o basurero o

que me ofreciera como cebo humano.

—Es cierto, no me importaría nada —replicó Leventhal.

—Entonces, ¿por qué tendría que preocuparle el tipo de trabajo que me ofrezcan en su oficina?

—¿No le he oído hablar de un trato? —dijo Leventhal. Se llegó a la repisa de la chimenea, sacó desdeñosamente un cigarrillo de una caja y, sentándose de nuevo, deslizó la mano sobre el alféizar de la ventana hacia la caja de cerillas que estaba en el cenicero. Allbee lo miraba mientras tanto.

—¿Sabe?, cuando veo su manera de pensar, me da usted pena —dijo finalmente.

Leventhal aspiró profundamente; el pitillo se le pegó a los labios y dio un tirón.

—Mire, la respuesta es un no rotundo. No hace falta discutirlo. Ya tengo suficientes problemas tal como están las cosas. Evítese las discusiones. —Su aplomo era momentáneo, como un reflejo en el agua que puede desaparecer con la primera oleada.

—Entiendo. Teme que aproveche la oportunidad para hacerle lo que usted me hizo a mí en Dill's. Cree que quiero ir allí y vengarme haciendo que lo despidan. Pero no necesito su presentación. Podría crearle dificultades sin recurrir a eso.

—De acuerdo.

—Sabe que puedo hacerlo.

—¡Bien, hágalo! —Empezaba a sentir la agitación del oleaje—. ¿Cree que ese trabajo tiene tanta importancia para mí? Puedo vivir sin él. Haga todo el daño que quiera. ¡Por mí que se vaya al infierno!

—Yo creí lo que Williston dijo de usted. Aseguró que era de fiar, de manera que concerté la entrevista con Rudiger. ¿Ve? No sospeché nada. No es mi manera de ser, afortunadamente. No sabía siquiera quién era usted, excepto por haberlo visto unas cuantas veces en sus fiestas.

—Me siento demasiado deprimido para bromear con usted, Allbee. Estoy dispuesto a ayudarle. Ya se lo he dicho. Pero colocarlo en la misma oficina que yo, donde tendría que verlo todos los días, ¡no! De hecho ya hay allí montones de gente que no me apetece ver todos los días. Usted encajaría con ellos mejor que yo. No tengo posibilidad de elección en cuanto a ellos. Pero sí la tengo con usted. De manera que no se hable más del asunto. ¡No!, está terminado. No lo soportaría.

Allbee parecía estar considerando algo en las palabras de Leventhal que le complacía, porque su sonrisa se acentuó.

—Sí —admitió—. No necesita usted tenerme cerca. Y está en lo cierto. Creo que tiene toda la razón. Está en condiciones de elegir. Le envidio, Leventhal. Porque en todas las cosas importantes de mi vida nunca he tenido la posibilidad de elegir. Yo no quería que mi mujer muriera. Y si hubiera podido elegir, tampoco se habría marchado, dejándome. Y, desde luego, no elegí que me dieran una puñalada por la espalda en Dill's.

—¡Quién! ¿Yo le apuñalé por la espalda? —dijo Leventhal furioso, cerrando el

puño.

—No elegí que Rudiger me despidiera, ¿le gusta eso más? En cualquier caso, usted disfruta de una situación de independencia y yo no. —Estaba volviendo al tono de reflexiva seriedad que Leventhal detestaba—. Ahora creo que la suerte... creo que existe realmente y que unos la tienen y otros no. A la larga no sé quién resulta más beneficiado. Las cosas deben perder realidad si se tiene suerte todo el tiempo. Pero en algunos casos es una bendición, y especialmente si proporciona la posibilidad de elegir. Eso no le sucede con mucha frecuencia a la mayoría de la gente, ¿verdad? No, claro que no. Es difícil de aceptar, pero tenemos que hacerlo. No elegimos mucho. No elegimos nacer, por ejemplo, y a no ser que nos suicidemos tampoco elegimos el momento de morir. Pero disfrutar de unas cuantas posibilidades de elección entre esos dos extremos basta para que perdamos la sensación de ser meros accidentes. Uno siente que su vida es necesaria. En el mundo hay demasiada gente, vaya si no. Está totalmente abarrotado. Solo hay sitio para los muertos. Aunque hasta a ellos los entierran en capas, según he oído. Hay sitio suficiente para ellos porque no quieren nada. Pero los vivos... ¿Quiere usted algo? ¿Hay algo que le apetezca? Pues existen otros cien millones que quieren precisamente esa misma cosa. Me da igual que sea un sándwich o un asiento en el metro o cualquier otra cosa. No sé cómo lo verá usted, pero, hablando por mí mismo, tengo que decir lo difícil que me resulta creer que mi vida sea necesaria. Imagino que no está usted familiarizado con preguntas como esta del catecismo católico: «¿Para quién se hizo el mundo?». O algo muy parecido. Y la respuesta es: «Para el hombre». ¿Para todos los hombres? Sí, para todo hijo de madre. Todos los hombres. Muy queridos por Dios, si me lo permite, hechos para su mayor gloria y a quienes se ha dado la tierra con todos sus dones. Como Adán, que llamó a los animales por sus nombres y le obedecían. Me gustaría poder hacer eso. ¿Ve? Está muy bien pensado. Para todos los que repiten: «Para el hombre», la frase significa: «Para mí». «El mundo fue creado para mí, y soy absolutamente necesario, no solo ahora, sino siempre. Y todo es para mí, para siempre». ¿Le parece que tiene sentido?

Hizo la pregunta acompañándola de un gesto barroco que no llegó a terminar; solo entonces, al contemplar su rostro sudoroso, se dio cuenta Leventhal de lo borracho que estaba.

—¿Quién quiere que todas esas personas estén aquí, y especialmente para siempre? ¿Dónde se les puede poner a todos? ¿A quién le sirven para algo? Mire todos los absurdos yos para los que se hizo el mundo y con los que tengo que compartirlo. ¿Ama a tu prójimo como a ti mismo? ¿Quién demonios es mi prójimo? Quiero saberlo. Sí, señor, quién y cómo. Aunque quiera odiarlo igual que a mí mismo, ¿quién es? ¿Igual que yo? Dios tenga compasión de mí si soy como las personas que veo a mi alrededor. Y en lo referente a la vida eterna, no le revelo ningún secreto si digo que la mayoría de la gente cuenta con morirse...

Leventhal no pudo evitar reírse.

—No grite tanto —dijo—. Aunque el mundo esté demasiado poblado para usted,

baje la voz.

Allbee rio también estrepitosamente, con una expresión muy peculiar; todo su rostro estaba distendido.

—¡Cálidas estrellas y corazones fríos, ese es su universo! —exclamó con voz estropajosa.

—Deje de gritar. Ya está bien. Será mejor que se vaya a dormir. Durmiendo se le pasará.

—¡Leventhal, buen amigo! Amable Leventhal, hebreo lleno de sagacidad...

—Ya está bien, ¡cállese! —le interrumpió Leventhal.

Allbee obedeció, aunque siguió sonriendo. De cuando en cuando dejaba escapar un suspiro muy hondo y se hundía más en el sillón.

—¿De verdad va usted a hacer algo por mí? —dijo.

—En primer lugar, tiene que dejarse de trucos.

—No tengo ningún interés en ver al viejo Beard —le aseguró Allbee—. No voy a molestarle en su oficina si es a eso a lo que se refiere.

—Tiene usted que tratar de rehacerse de alguna manera.

—Pero ¿lo intentará usted en serio? Quiero decir, ¿usará sus relaciones?

—¡Santo cielo, no es mucho lo que yo puedo hacer! Y mientras se siga comportando como lo hace...

—Sí, tiene usted razón. Tengo que vigilarme y que cambiar. Quiero hacerlo. Lo digo en serio.

—También usted se da cuenta, ¿no es cierto?

—Claro que me doy cuenta. ¿Cree que he perdido la cabeza por completo? Tengo que meterme en cintura antes de que se me vaya todo de entre las manos... volver a ser lo que era cuando Flora vivía. Me siento despreciable. Sé lo que soy. Despreciable. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo tenía buenas cualidades. —Se esforzaba y farfullaba, y la intensidad de su autodegradación inspiraba repugnancia, pero al mismo tiempo era imposible no sentir compasión—. Williston le dirá que es cierto. Flora lo haría si estuviera aquí para hablar y perdonarme. Creo que lo haría. Me quería. Dese cuenta de lo bajo que he tenido que caer para hablarle como lo hago. Si ella viviera, no me dolería tanto ser un fracasado.

—¡Vamos, deje...!

—Seguiría avergonzándome, pero al menos no tendría que culparme de tantas cosas.

—¿Usted? No sea hipócrita, no se echará nunca la culpa de nada, aunque viva mil años. Conozco el tipo.

—Sí que tengo la culpa. Lo sé muy bien. ¡Querida! —Puso la palma de la mano sobre la frente empapada en sudor, abrió la boca desafortadamente y se echó a llorar.

Leventhal lo contempló con una especie de consternada piedad. Se levantó y estuvo dudando sobre qué hacer. «Imagino que lo lógico es prepararle café», decidió. Se apresuró a llenar la cafetera y, encendiendo una cerilla, la acercó al quemador.

Enseguida surgieron las llamas hasta formar una estrella. Apalancó la tapa del bote con la cuchara y midió el café.

Cuando volvió a la sala de estar, Allbee se había dormido.

—¡Despierte, le estoy haciendo café! —gritó. Luego dio unas palmadas y lo sacudió. Finalmente le levantó uno de los párpados y miró al interior del ojo—. Se ha desmayado —dijo. Y pensó con sincero desagrado: «¿Puedo dejarlo aquí hasta mañana? Cabe que se escurra del sillón y se pase toda la noche en el suelo». La idea de dormir de aquella manera, con Allbee en el suelo y quizá despertándose, le asustó hasta cierto punto. Además, empezaba a tomar conciencia del desagradable olor a alcohol que se desprendía de él. Levantó a Allbee del sillón y lo fue arrastrando hasta sacarlo de la habitación. En la puerta de la cocina se lo echó a la espalda, sujetándolo por las muñecas, lo llevó hasta el comedor y una vez allí lo dejó caer sobre el sofá-cama.

Se acercaba la fiesta del Trabajo; la semana siguiente sería más corta. La fecha para llevar el número a la imprenta se había adelantado y todo el material tenía que estar listo para el viernes. Beard convocó una reunión de redactores para anunciarlo. Tenía ganas de hablar y se movía de un lado para otro, enganchando los hilos rojos de la alfombra con las ruedas de su silla giratoria. Cada dos frases levantaba la mano y la dejaba caer sin fuerza. Hizo de ello una especie de reunión oficial a causa de la fiesta. No iba a retenerlos mucho tiempo. Tenían su trabajo y la brevedad era el meollo del ingenio. Pero aquel había sido un buen año para la firma y quería que el personal supiera lo mucho que apreciaba su lealtad y su trabajo intenso. Cuando se hablaba de trabajo se hablaba de honestidad. Las dos cosas iban juntas. De manera que les estaba felicitando más que dándoles las gracias. Era mejor gastarse que enmohecerse, como se decía con frecuencia. Él mismo era un trabajador concienzudo. Vivía a cinco millas de la oficina en línea recta y siempre salía de casa con tiempo suficiente para llegar antes de las nueve, aunque se estropeará el metro. Si un empleo merecía la pena conservarlo, también merecía la pena serle leal. La vida sin lealtad — Shakespeare lo había dicho— era como una obra tediosa e insípida. Leventhal, con su camisa blanca y ocultando su cansada y sombría indignación bajo la imperturbable expresión de su cara, sabía perfectamente que todo aquello iba dirigido a él. Mantenía los ojos fijos en la imagen de la persiana veneciana que se hinchaba como una vela en la luna del escritorio, limpio ya de papeles debido a la festividad.

—*Grosser philosoph* —Leventhal, mientras atravesaba la oficina, repitió la frase de su padre con todo el sarcasmo que la acompañaba. Precisamente un día como aquel se le ocurría al viejo perder el tiempo. Estaba otra vez trabajando antes incluso de que la lámpara que iluminaba sus papeles hubiera recobrado toda su azul intensidad. Se había prometido hacer un descanso aquel día para pensar con calma en su situación. Pero en realidad no le parecía mal estar tan ocupado.

Mr. Millikan, con la cara muy pálida y las ventanas de la nariz dilatadas, atravesó la oficina llevando galeradas en las dos manos. Mr. Fay se detuvo un instante para volver a hablar con Leventhal del fabricante que quería un folleto.

—Será la primera cosa que haga la semana que viene —dijo Leventhal—. El martes mismo.

—Oiga, siento la mala suerte que ha tenido en su familia..., me refiero al fallecimiento. —Los labios de Mr. Fay se estrecharon, su tono era protocolario y la frente se le llenó de surcos—. ¿Quién era?

—Hijo de mi hermano.

—Un niño.

—Una criatura.

—Eso es terriblemente duro. Beard me lo dijo. —La severidad del gesto de su boca le daba una expresión de frialdad muy semejante al sufrimiento. Leventhal

comprendió qué era lo que la causaba—. ¿Tienen más familia?

—Otro hijo.

—Eso siempre ayuda.

—Sí —dijo Leventhal.

Dejó de trabajar unos momentos mientras seguía con la vista a Mr. Fay. Él, por lo menos, era una persona decente. Beard podía haber empleado unos segundos para decirle algo. Y Millikan pasaba a su lado a toda prisa y ni siquiera tenía tiempo de saludarle con la cabeza. Aquello ponía de manifiesto la baja calidad de las personas, lo inferiores y mezquinos que eran. No es que aquello tuviera importancia para él. El tal Millikan, cuando finalmente llegaba a hacer una pregunta personal, nunca escuchaba la respuesta, tan solo aparentaba hacerlo. Era como un molusco pegado a la arena del fondo, y uno no era para él más que el ruido del agua. Leventhal contempló su escritorio: los papeles, el vaso lleno de lápices de colores, el pesado tintero, la bandeja de alambre para las cartas. Tenía varios mensajes clavados en su gancho y los sacó. Uno, con fecha del día anterior, era de Williston; quería que lo llamara. Leventhal mantuvo el trozo de papel en la palma de la mano apoyada contra el pecho y lo estuvo contemplando. «Le llamaré cuando disminuya la tensión. No puede ser una cosa muy urgente; de lo contrario, habría tratado de localizarme en el taller o anoche en casa».

A las doce la recepcionista le llamó para decir que había un hombre en la sala de espera que quería verlo.

—¿Cómo se llama?

—No ha dado su nombre.

—Bueno, pues pregúnteselo, ¿quiere?

Se produjo un silencio. Cuando Leventhal trató de comunicar con ella unos minutos más tarde, no obtuvo respuesta. Salió al pasillo para echar una ojeada a la centralita. El sitio de la telefonista estaba vacío. Cogió su sombrero de paja del perchero y se lo puso. Primero se había imaginado que el visitante era Max. Pero Max habría dicho su nombre. Así que lo más probable era que se tratase de Allbee. Para eso había servido su promesa de no molestarle en el trabajo. En la sala de espera no había nadie. Leventhal, mientras trataba de abrir la puerta de cristal esmerilado para ver si la telefonista había vuelto a la centralita por otra entrada, la oyó detrás de él. Había venido por la puerta de la oficina.

—Bueno, ¿lo ha localizado?

—Sí, está en el descansillo de la escalera, pero no quiere dar su nombre ni pasar.

Se estaba riendo, algo perpleja, y lo miraba como preguntándole qué era lo que sucedía. Leventhal salió de la oficina.

Allbee contemplaba los cables y el contrapeso que subía y bajaba en la parte posterior del pozo del ascensor. Llevaba la chaqueta colgada del brazo; el rostro, amarillento y sin afeitar; la camisa, muy manchada, con el cuello abierto; se mantenía en pie desgarradamente y con una mano doblada sobre el pecho. También llevaba sin

atar los cordones de los zapatos. Parecía haberse vestido de cualquier manera nada más salir de la cama para ponerse en camino sin perder un segundo. No tenía nada de extraño que la recepcionista se hubiera reído. Pero en realidad a Leventhal no le preocupaban sus risas ni el mismo Allbee. La parte inferior del globo rojo encima de la puerta se encendió y el ascensor se detuvo suavemente. Los dos se apelotonaron entre las chicas de la escuela comercial.

—Muy agradable —susurró Allbee. Se veían forzados a mantenerse muy juntos. Leventhal apenas podía mover los brazos—. Tiernas chiquillas llenas de encanto. Pronto usted y yo seremos demasiado viejos para apreciarlo.

Leventhal no respondió. «Anoche lloraba por su mujer», iba pensando mientras descendían lentamente.

Allbee le siguió mientras cruzaba el vestíbulo para salir a la calle.

—¿No me había dicho que no vendría por aquí? —dijo Leventhal.

—Habría notado que he esperado fuera.

—Bueno. No quiero verlo por aquí. Ya se lo dije.

Los ojos de Allbee brillaron con reprobadora ironía. Tenían bastante buen aspecto, si se consideraba lo borracho que había estado la noche anterior. Su voz, sin embargo, seguía encontrando dificultades para pronunciar correctamente.

—Le prometí que no iba a crearle dificultades en la oficina. Puesto que las cosas están así entre nosotros, debería usted tener un poco de fe en mí.

—¿Sí? —dijo Leventhal—. ¿Cómo están las cosas entre nosotros?

—Además, he estado viendo lo que hacen ahí dentro. Eso no es para mí.

—Bueno, dígame qué es lo que tiene en la cabeza. Y hágalo deprisa. Tengo que almorzar y volver inmediatamente después.

Allbee no se decidía a empezar. «¿Podría ser —se preguntó Leventhal— que no estaba preparado e intentaba improvisar algo? ¿O era parte de su juego dar una impresión de timidez?».

—Sé que sospecha usted de mí —dijo finalmente.

—Vamos, vamos; diga lo que sea.

Allbee se pasó la mano por los ojos. Había líneas de tensión en su entrecejo.

—Tengo que ponerme en marcha.

—¿Cómo! ¿Va usted a marcharse?

—No, no he dicho que me fuera. Bueno, sí, tan pronto como pueda. Eso se da por sabido. Fundamentalmente lo que quería decir... —Reflexionó—. Anoche hablaba con toda seriedad; quiero hacer algo, salir de esta situación. Pero antes de empezar necesito ciertas cosas... tener aspecto un poco más respetable. No puedo ir a ver a nadie con esta pinta.

Leventhal asintió.

—Tendría que cortarme el pelo. Y esta camisa... —Dio un tirón de ella—. Llevar el traje al tinte. Que lo planchen, por lo menos. Necesito algo de dinero.

—Para whisky sí que encuentra usted dinero. No parece tener ningún problema en

ese sentido.

La mirada de Allbee era seria e incluso algo solemne a pesar del aspecto enfermizo de su cara.

—No irá a decirme que anoche no estaba borracho. ¿Cómo consiguió ponerse en aquel estado, con agua de fregar?

—Era lo único que me quedaba del dinero de Flora, los últimos dólares. Mi último lazo con ella —pronunció las palabras muy despacio— mediante algo tangible.

Leventhal alzó los ojos hacia el otro con gesto escéptico. Su mirada contenía todos los comentarios que juzgaba apropiados. Se encogió de hombros y volvió la cabeza.

—No esperaba que lo aprobara; ni siquiera que lo comprendiera. Ustedes, en conjunto, y esto es solo una observación, nada más, no le dé otro valor que el que tiene, ustedes, digo, solo toleran sentimientos como los suyos. Pero esto era el adiós a mi esposa. No ha sido una cosa sentimental. Precisamente lo contrario. Cortarme el pelo o comprar una camisa nueva con esos pocos dólares que quedaban de ella sí habría sido sentimental. Peor aún. Habría sido hipocresía. —Su boca se abrió con súbita expresión de repugnancia—. ¡Hipocresía pura! Ese dinero tenía que marcharse igual que el resto. Habría sido vulgar y deshonesto usar la última moneda de manera distinta que la primera.

—En otras palabras, todo esto lo ha hecho por su esposa.

—Claro que sí. Decidí no usar un solo centavo de su dinero para mejorar mi situación. Me sentí obligado a obrar de esa manera sin tener en cuenta el daño que pudiera hacerme. Y me ha hecho mucho. —Se puso la mano sobre el pecho—. Pero al menos en ese aspecto me he comportado decentemente. No me he promocionado a costa suya. No me he convertido en lo que no era antes de que ella muriese. Y debido a eso hoy estoy en condiciones de enfrentarme conmigo mismo. —Se balanceó por encima del otro, desmañadamente, mientras su boca empezaba a dilatarse en una sonrisa burlona—. Usted no habría hecho eso, Leventhal.

—Quizá no habría llegado a esa situación —dijo Leventhal con desagrado.

—Para usted es muy fácil decirlo. Nunca se ha visto afectado. Aguarde hasta tener esa experiencia.

—No le entiendo.

—Espere hasta que le pase algo a su mujer.

Leventhal se indignó.

—Estoy harto de que insista en que va a pasar algo... no me gustan sus insinuaciones. Y no es la primera vez. ¡No vuelva a hacerlo, maldita sea!

—Yo no quiero que pase nada —dijo Allbee—. Todo lo que trato de hacerle ver es que usted ha tenido más suerte que yo. Pero no se olvide que la suerte tiene dos filos y esté preparado, y cuando se halle en mi posición... si alguna vez llega a estarlo. Ese es todo el asunto, ese sí. —Había recuperado su estilo favorito y su rostro

se animó—. El si nos zarandea por las orejas como si fuéramos conejos. Pero si... Entonces tendría que hacer balance consigo mismo, con todas las equivocaciones que haya cometido, con todos sus pecados contra ella, quizá entonces admitiría que no es tan sencillo. Eso es lo que quiero decir.

—Ah, ahora hemos venido a parar a mis pecados.

—No hablo de engañar a su mujer. No sé cuál es su situación, pero constituye una parte muy poco importante de todo ello... que usted la engañe o que ella le engañe. Lo que yo digo tiene valor prescindiendo de ese aspecto. No hay que olvidar que somos animales. Ahí empiezan muchas dificultades innecesarias. No es que yo esté a favor de la infidelidad. Ya conoce mis sentimientos sobre el matrimonio. Pero se ven muchas parejas en las que un cónyuge se aprovecha demasiado del otro. Cuando una mujer se aprovecha demasiado de un hombre, este trata de recuperar lo que puede de otra mujer. La esposa hace lo mismo. Todo el mundo trata de conseguir un equilibrio. La naturaleza es a veces demasiado violenta para los ideales humanos, y los ideales tienen que dejarle mucho campo libre. Sin embargo, tampoco somos monos, y tenemos que vivir para los ideales, no para la naturaleza. Eso nos devuelve a los pecados y a las equivocaciones. Supe de un caso...

—¿Cree usted que me voy a quedar aquí oyéndole hablar de sus casos? —gritó Leventhal.

—Pensé que podría interesarle —dijo Allbee con tono apaciguador.

—Pues no, no me interesa.

—De acuerdo.

Leventhal echó a andar hacia el restaurante y Allbee le siguió. Las inclinadas paralelas de sombra de las vías elevadas pasaron por encima de ellos. Las ventanas y los metales de las ventanas temblaron y resplandecieron.

—¿Dónde come usted por esta zona?

—Un poco más abajo.

Llegaron a una esquina.

—No sirve de nada que vaya con usted —dijo Allbee—. Me tomé un café antes de coger el metro.

—Hasta la vista —dijo Leventhal con tono indiferente, sin apenas hacer una pausa; echó una mirada al semáforo. Allbee siguió con él, aunque un poco más retrasado.

—Quería preguntarle... ¿me prestaría unos dólares? ¿Cinco más o menos...?

—¿Para empezar una nueva vida? —dijo Leventhal, todavía mirando en otra dirección.

—Hace unos días me ofreció usted dinero.

—Dígame por qué tendría que darle nada. —Leventhal se volvió de frente hacia él.

Allbee respondió con una sonrisa llena de incertidumbre y perplejidad, mientras Leventhal, por su lado, se notaba más equilibrado y con mayor confianza en sí

mismo.

—Dígamelo —repitió.

—Usted me lo ofreció. Se lo devolveré. —Allbee bajó la vista, y un curioso estremecimiento recorrió no solo los párpados caídos sobre la redondez de los globos oculares, sino también las sienes.

—Claro, naturalmente —dijo Leventhal—. Es usted un hombre de honor.

—Quería que me prestara unos diez dólares.

—Ha subido la cantidad. Antes dijo cinco, y cinco es todo lo que le voy a dejar. Pero le advierto ahora que si aparece borracho...

—No se preocupe por eso.

—¿Preocuparme? No es asunto mío.

—No soy un borracho de verdad.

Leventhal estuvo a punto de preguntarle qué era de verdad, qué pensaba realmente de sí mismo. Pero en lugar de eso dijo con benevolente ironía:

—Y yo que le creí cuando me dijo que era tan temerario... —Abrió la cartera y sacó cinco billetes de un dólar.

—Se lo agradezco —respondió Allbee, doblándolos y metiéndolos en el bolsillo de la camisa—. Le devolveré hasta el último centavo.

—De acuerdo —replicó Leventhal secamente.

Allbee se dio la vuelta y Leventhal pensó: «Si echa un trago, y probablemente piensa en tomarse solo una copa y dejarlo, echará después otro y luego una docena más. Eso es lo que les pasa siempre».

Había una carta de Mary esperándole al llegar a su casa por la tarde. La sacó del buzón con una sensación de alivio. Las insinuaciones de Allbee le habían intranquilizado más de lo que pensaba. Se había limitado a dejarlas de lado. ¿Qué razón tenía para sentir ansiedad por Mary? Sin embargo, se daban coincidencias; a veces se mencionaban cosas que luego ocurrían. Fue introduciendo el dedo hasta que pudo romper el sobre. Era una carta muy larga. Se sentó en la escalera y la leyó completamente absorto y disfrutando muchísimo. Estaba fechada el martes por la noche; acababa de cenar en casa de su tío. Pedía noticias de Mickey —Leventhal había ido retrasando escribirle acerca de él— y se quejaba de su madre sin mucho entusiasmo. Era cómico y extraño que su madre la tratara como a una niña. Por las mañanas no hacía suficiente café para dos, suponiendo que su hija todavía bebía leche, incapaz de asimilar el hecho de que Mary no era solo una persona adulta, sino una mujer que había dejado atrás incluso la primera juventud. Por la mañana se había descubierto unas cuantas canas. ¡Vieja! Leventhal sonrió, pero su sonrisa estaba teñida de solicitud. Volvió la hoja. Tenía tanto tiempo libre y tan pocas cosas que hacer que se había comprado tela y se estaba haciendo varias combinaciones, adornándolas con encajes de blusas viejas de su madre, «todavía en buen estado y

muy bonitos, como podrías ver cuando llegue a casa». El resto de la carta era sobre los hijos de su hermano. Se llevó el papel a la boca como para tapar un ataque de tos y tocó la carta con los labios.

Si Mary estuviera aún en Baltimore, habría ido a pasar con ella el fin de semana prolongado por la fiesta. Pero a no ser que viajara en avión no podía volver de Charleston a tiempo para llegar el martes a la oficina. Y, además, en Charleston estaba su madre, que se había quedado viuda recientemente y con la que no sería fácil convivir. Esperaría y tendría a Mary solo para él al cabo de unas pocas semanas, cuando las cosas estuvieran más tranquilas. Ella haría que se calmaran. Leventhal tenía gran fe en su talento para restablecer la normalidad.

El pensamiento de reunirse con ella hizo que entrar en la casa le resultara más difícil. Escuchó junto a la puerta antes de abrirla. Quería evitar verse otra vez cogido por sorpresa. No se oía nada. «Que venga borracho otra vez», se dijo Leventhal. «Es todo lo que pido».

En unos pocos días el piso había llegado a estar extraordinariamente sucio. El fregadero rebosaba de platos y de residuos, se veían periódicos esparcidos por el suelo de la sala de estar, no había una colilla más en los ceniceros y el aire estaba viciado. Deprimido, Leventhal abrió las ventanas. ¿Dónde estaba Wilma? ¿No solía venir los miércoles? Quizá Mary se había olvidado de pedirle que continuara haciendo la limpieza durante su ausencia. Leventhal decidió preguntarle a Mrs. Núñez al día siguiente si podía limpiar el piso. Cogió un cenicero y lo llevó al retrete para vaciarlo. Las baldosas resudaban. Se agarró a la cortina de la ducha para apoyarse; estaban mojadas. En la oscuridad su pie tropezó con un bulto empapado en agua y, dejando el cenicero en el lavabo, se agachó para recoger su albornoz de algodón. Dio una rápida e irritada zancada hacia la sala de estar y acercó a la luz la prenda goteante. Tenía huellas de zapatos y, alrededor del bolsillo, manchas de un azul pálido que parecían ser de tinta. Vacío el contenido del bolsillo y encontró varios anuncios recortados del periódico, la tarjeta profesional que Jack Shifcart había ofrecido a Schlossberg bromeando y, arrugadas y con la tinta corrida, las dos tarjetas que recibiera de Mary unas semanas atrás. Furioso, arrojó el albornoz a la bañera. Su rostro se contrajo, torciendo la boca de indignación.

—¡El... muy cabrón! —Fueron las palabras casi inarticuladas que consiguió pronunciar luchando ferozmente contra la presión paralizadora que le atenazaba la garganta.

Empujó a un lado la silla del buró, bajó la tapa, sacó papeles de casilleros y cajones y empezó a revisarlos, como si, en su aturdimiento y ceguera, pudiera descubrir lo que faltaba. Desmañadamente, con las manos rígidas, los fue extendiendo: cartas, facturas, certificados, paquetes de cheques ya negociados, antiguos talonarios, recetas que Mary había pegado sobre tarjetas para conservarlas. Hizo un único montón, cogió el secante, levantó la tapa del buró con la rodilla y lo puso todo, incluido el secante, en uno de los cajones. Lo cerró con llave, guardó esta

en el bolsillo del reloj y se sentó en la cama. Todavía llevaba en la mano las postales y los recortes que había encontrado en el bolsillo del albornoz.

—¡Lo mataré! —exclamó, dejando caer el puño pesadamente sobre el trozo de colchón entre sus rodillas; después se quedó silencioso y con la mirada fija, como si estuviera tratando de abrir por la fuerza una ceguera interior con el filo de alguna realidad. Se frotó repetidamente la frente con los dedos.

Enseguida empezó a leer las postales de Mary, las frases íntimas destinadas únicamente para él. Había unas cuantas alusiones privadas y abreviaciones que ninguna otra persona podía entender; pero el sentido general de lo demás no podía estar más claro. «¡Llevarlas encima de esa manera, conservarlas para poder miraras!», pensó. Sintió un chorro de vergüenza que le caía como un líquido caliente sobre el cuello y los hombros. «¡No se puede hacer una cosa más sucia, retorcida y desagradable!». Le ponía enfermo. Si Allbee hubiera visto las postales accidentalmente..., también eso le habría parecido odioso. Pero no se trataba de algo casual; Allbee había estado registrando sus cosas, el buró —la tarjeta de Shifcart lo probaba, porque Leventhal estaba seguro de haberla guardado—, había curioseado su correspondencia, guardándose aquellas tarjetas para divertirse con ellas. Y quizá había visto las primeras cartas de Mary, las cartas de reconciliación después de la ruptura del compromiso. Estaban en algún sitio del buró. ¿Era esa la razón de que hubiera hecho al mediodía las observaciones sobre el matrimonio y lo demás? Podía haberlas hecho sin saber nada, contando solo con la posibilidad de que él fuera susceptible. Casi todo el mundo lo era. Leventhal recordó, sintiéndolo como una punzada, el incidente antes de su matrimonio y el comportamiento de Mary, que aún no llegaba a entender. ¿Cómo podía haber hecho aquello? Pero hacía ya mucho tiempo que decidiera aceptarlo como un hecho y dejar de dar vueltas a sus posibles causas. Pero si Allbee había leído las cartas, podía haberlas considerado una oportunidad extraordinaria: puesto que Mary estaba de viaje, ¿por qué no dejar caer una insinuación? Lo que ignoraba es que el antiguo rival de Leventhal había muerto. Dos años atrás, de un fallo cardíaco. El hermano de Mary había traído la noticia en su última visita. No constaba en ninguna carta.

«¡Cómo podría entender un sucio borracho como ese a una mujer como Mary!», se dijo Leventhal.

Se hizo de noche. Leventhal no encendió la luz de la cama, sino que se quedó inmóvil con las tarjetas en la mano, esperando a Allbee, pendiente de un ruido de pisadas, y escuchando, en cambio, los distintos sonidos que venían de abajo: el clamor de la música radiofónica que le llegaba a través del suelo, voces confusas, el roce de las cuerdas del montacargas; los gritos de los chicos que corrían en la calle se alzaban sobre todos los demás, tan nítidos como chispas que saltan de un fuego. Con la puesta de sol, los brillantes colores de las nubes habían ido transformándose cada vez más deprisa en grises y azules, mientras en lo alto de los edificios aparecían luces rojas, advertencias para los pilotos, como las señales en la orilla a lo largo de la costa. Las imperfecciones del cristal de la ventana hacían pensar en el espesor del agua a grandes profundidades cuando se levanta la vista hacia la superficie. El aire tenía olor salino. Había empezado a soplar la brisa; a su paso se ondulaban las cortinas y se agitaban los periódicos esparcidos por el suelo.

Al cabo del tiempo, Leventhal alzó la muñeca hasta los débiles, dorados fragmentos de la luz bajo la ventana y miró el reloj. Eran más de las ocho; llevaba más de una hora sentado allí. Volvió reflexivamente la vista hacia la calle. Su primera indignación no existía ya. De la tensa espera había pasado gradualmente a un estado de tranquila indiferencia; sentía hambre y se incorporó para ir a cenar. No tenía sentido esperar a Allbee; probablemente estaba terminando de beberse los cinco dólares en algún bar, decidiendo así sobre su futuro de la manera más rápida. Era preferible, reflexionó, que Allbee no se hubiera presentado, porque su deseo, evidentemente, era que se le tomara en serio. Una vez conseguido esto, podría manipularle, a él, a Leventhal, como quisiera. Estaba claro que era ese su objetivo.

El restaurante estaba lleno; había bastante gente alrededor del pequeño mostrador del bar. Leventhal se dirigió hacia el fondo en busca de una mesa.

—Tengo clientes esperando en el bar —dijo el camarero moreno y huesudo—, pero veré lo que puedo hacer por usted.

Llevaba una taza de café en cada mano y se alejó a toda prisa. Leventhal no sabía si esperar con los otros o quedarse en pie junto a la puerta de la cocina. No parecía muy probable que el camarero le diera una mesa fuera de turno si se reunía con los demás. Siguió andando hacia la pared inclinada donde estaba el paso para la cocina. A través del arco vio a uno de los cocineros junto a un horno de ladrillo sacudiéndose la harina de los brazos y agitando el delantal para refrescarse la cara. Leventhal rozó a alguien que parecía haber extendido un brazo en su camino de forma casual.

—Perdone —dijo sin volverse.

—¿Por qué no mira por dónde va? —replicó un hombre riéndose.

Y aunque era extraño que alguien dijera aquello de buen humor, Leventhal hizo una simple inclinación de cabeza sin volverse, e iba a seguir adelante cuando notó que le tiraban de la chaqueta. Era Williston. Phoebe estaba con él.

—Hola —dijo ella—. ¿Es que ya no hablas con la gente?

A Leventhal se le ocurrió que le acusaba de evitarlos deliberadamente.

—Estaba pensando en otras cosas —dijo, mientras sus mejillas enrojecían profusamente.

—Siéntate. ¿Estás solo?

—Sí. Me han prometido una mesa, así que no...

—Vamos. Aquí tienes. —Williston le ofreció una silla.

Leventhal dudó y Phoebe dijo:

—¿Qué sucede, Asa?

Por su manera de hablar estaba claro que se consideraría ofendida si vacilaba un momento más.

—Mary está de viaje —dijo Leventhal— y no me preocupo mucho de las comidas. Salgo un momento de casa y pido cualquier cosa. Y vosotros estáis casi terminando.

—Anda, siéntate, haznos el favor —dijo Williston.

—¿Qué tiene que ver el viaje de tu mujer con esto? ¡Santo cielo!

Leventhal contempló su tez de apagada blancura, sus cejas espesas y rectas y los dientes pequeños e iguales, que ponía al descubierto su sonrisa. El ruido del restaurante cortó su conversación por un momento. Aceptó la silla, llenando la mesa con su masiva presencia, mientras el camarero pasaba por detrás de él. Con expresión preocupada trató de levantarse otra vez, intentando atraer su atención. Volvió a sentarse, consciente de que no tenía por qué estar tan nervioso. ¿Por qué tendrían que azorarlo? Leyó el menú con la mano en la frente, sintiendo el calor y la humedad de la piel bajo los dedos, y poniendo en orden sus alborotadas emociones. «¿Qué demonios me pasa? ¿No soy capaz de hacerles frente?», se preguntó. La necesidad de superar aquella prueba le dio fuerzas. Cuando cerró el menú estaba más seguro de sí mismo. El camarero se acercó.

—¿Qué hay de especial? —preguntó.

—¿Quiere judías de primero? También tenemos *lasagna*.

—Veo que hay mejillones —dijo Leventhal señalando las conchas vacías.

—Muy buenos —comentó Phoebe.

—A la *possilope*.

El camarero tomó nota.

—Y una botella de cerveza; las judías para empezar.

—Enseguida.

—He estado tratando de localizarte —dijo Williston.

—¿Sí? —Leventhal se volvió hacia él—. ¿Para alguna cosa concreta?

—El mismo asunto.

—Me dieron tu recado. Iba a llamarte, pero estaba muy cogido de tiempo.

—¿Con qué? —preguntó Phoebe.

Leventhal meditó la respuesta. No tenía ganas de hablar de su familia; no quería

dar la impresión de estar buscando que se compadecieran de él, y además era incapaz de utilizar la muerte de Mickey como tema de conversación. La idea le horrorizaba.

—Bueno, diferentes cosas —dijo.

—Trabajo acumulado por la fiesta, ¿no es eso?

—Eso y algunos asuntos privados. Pero sobre todo trabajo.

—¿Qué vas a hacer durante el fin de semana? —le preguntó Phoebe—. ¿Tienes planes para ir a algún sitio? A nosotros nos han invitado a Fire Island.

—No, no voy a ninguna parte.

—¿Te vas a quedar aquí solo tres días? Pobrecillo.

—No puede decirse exactamente que esté solo. —Leventhal la miró, hablando despacio—. Tengo un amigo vuestro viviendo conmigo.

—¿Nuestro? —exclamó ella. Leventhal advirtió que la había cogido desprevenida—. ¿Quieres decir Kirby Allbee?

—Sí, Allbee.

—Quería preguntarte acerca de eso —dijo Williston—. ¿Sigue contigo?

—Aún sigue.

—Dime, ¿qué tal está? —intervino Phoebe—. La otra noche no me di cuenta de que venías a hablar de él. No me habría quedado en la cocina.

—No sabía que te interesara tanto.

—Bueno, sí que me gustaría saber qué tal está —dijo.

Leventhal se preguntó si Williston le habría repetido fielmente su descripción.

—¿No te lo ha contado Stan?

—Sí, pero quiero que tú me informes mejor.

Su serenidad y buen humor habituales habían desaparecido. Tenía en cambio una sombra muy pronunciada bajo los ojos y Leventhal comentó consigo mismo, «algo que sale al exterior, por una vez». Retrasó la respuesta, pensando que quizá Williston quisiera intervenir. El camarero puso los mejillones, negros y verdes, delante de él, y Leventhal, cogiendo el tenedor como para sopesarlo, dijo:

—Se va defendiendo.

Empezó a comer.

—¿Está muy abatido por lo de Flora?

—¿Su mujer? Sí lo está.

—Tiene que haber sido terrible para él. Nunca creí que se separaran. ¡Empezaron de una manera tan brillante!

«¿Brillante?», pensó Leventhal. Hizo una pausa, dejándoles ver que la palabra le había sorprendido. «¿Qué quiere decir? Será solo la manera que tienen las mujeres de hablar del matrimonio. ¿Qué podía haber de brillante? ¿Allbee brillante?». Hizo un leve gesto, dándose por enterado.

—Estuve en su boda, si quieres saber por qué me interesan —dijo Phoebe.

—Phoebe y Flora fueron compañeras de cuarto mientras estudiaban.

—¿Sí? —dijo Leventhal, con cierta curiosidad. Se sirvió la cerveza—. Yo la vi

unas cuantas veces en vuestra casa.

—Sí, tenéis que haber coincidido —dijo Williston.

Phoebe recobró por un momento su serenidad habitual.

—Recuerdo que iban a tener una cantante en la iglesia, pero no lo hicieron por la madre de Kirby. No querían disgustarla. Todo el mundo le llevaba la corriente sobre lo bien que cantaba. Estuvo años y años estudiando en Boston. Andaba por los sesenta, y quizá hubiera tenido buena voz en otra época, pero no entonces, desde luego. Pero cantó en la boda, de todas formas. Tenía que hacerlo, era la boda de su hijo. No pudieron impedirselo. Pobre Kirby. Pero era una señora muy simpática. Me dijo que había tenido unas piernas muy bonitas de joven; estaba muy orgullosa de ellas, y que era una pena que entonces se llevaran las faldas largas. Dijo que había nacido demasiado pronto.

—Perdóname que lo pregunte —intervino Leventhal—, pero ¿se pensaba que este matrimonio fuera una cosa conveniente desde el punto de vista de la novia?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pensaba de él la familia de Flora?

—No estaban seguros, temían algo. Pero yo siempre pensé que prometía mucho. Inteligente y encantador. Había mucha más gente que opinaba igual. Yo estaba convencida de que destacaría sobre el resto de nuestros amigos.

Williston corroboró sus palabras.

—Sí, tiene una gran cabeza y una excelente educación. Ha leído muchísimo.

—Y de repente todo se vino abajo. Me pregunto quién tendría la culpa. —Phoebe lanzó un suspiro, y con expresión pensativa volvió su hermoso rostro, con sus rectas cejas muy marcadas, primero hacia su marido y después hacia Leventhal.

—¿Por qué lo dices? Ella no tuvo la culpa, ¿verdad? —dijo Leventhal—. Su esposa, quiero decir.

—No... —Phoebe pareció desconcertarse—. ¿Por qué ella? Le quería mucho.

—Bueno, si ella no tuvo la culpa, ¿quién queda? —preguntó Leventhal—. Ella le dejó, ¿no es cierto?

—Así es. Nunca supimos por qué. Flora no me lo contó. Lo vimos todo muy desde fuera. Resultaba difícil de entender, porque él era realmente encantador.

«¡Encantador!», repitió Leventhal desdeñosamente para sus adentros. «¡Brillante comienzo!». ¿Qué es lo que Phoebe podía haber visto de verdad con aquellos ojos suyos? ¿Qué es lo que había querido ver? ¿Era posible que algo que comenzó tan bien, tan prometedoramente, acabara tan mal? Tenía que haber existido algún fallo desde el principio, visible para cualquiera que quisiera verlo. Pero Phoebe no quería verlo. Y en cuanto a Allbee, no era nada extraño que se mantuviera alejado de ellos, dado el gran aprecio en que lo tenían.

—Dicen que las personas que beben suelen causar buena impresión. Se supone que son gente muy agradable —dijo Leventhal con tono circunspecto.

—Todavía bebe, ¿eh? —preguntó Williston en voz baja.

—¿Todavía? —Leventhal se encogió de hombros, como diciendo: «¿Es que hace falta preguntarlo?».

—No; era exactamente como digo. Pregúntale a Stan. Incluso antes de que empezara a beber. Pero no me has dicho qué tal le va ni qué está haciendo.

—No está haciendo nada. Y tampoco me ha dicho lo que va a hacer en el futuro.

—Bueno, dile que venga a vernos, haz el favor. —Había una crispación de oculto resentimiento en su rostro.

—Encantado. —El tono de Leventhal resultó más bien cortante.

Williston daba vueltas a una cuchara con sus dedos rechonchos. Había hablado muy poco, dándose cuenta, quizá, de que Phoebe no tenía razón, y prefería no empeorar las cosas interviniendo. Leventhal reprimió su enojo. Querían ver a Allbee —podían quedarse con él para siempre, por lo que a él se refería—, pero no decían que desearan tenerlo con ellos, solo que fuera a visitarlos. Y, ¿por qué, le gustaría saber a Leventhal, a Phoebe no se le ocurría preguntar cuál era el motivo de que Allbee viviera con él y no con sus amigos? Lógicamente tendría que haber acudido a ellos. Pero de pronto comprendió, examinando su rostro tan blanco, que existían ciertas preguntas que no quería hacer. Phoebe no quería los hechos; los mantenía a distancia. En líneas generales los entendía —perfectamente bien, de eso Leventhal estaba seguro—. Pero quería insistir en que hacía falta cuidar de Allbee. Y era muy posible que ella tuviera tan pocos deseos de verlo en su situación actual como Allbee de que ella lo viera. Probablemente sabía cómo era Allbee. Claro que lo sabía. Pero quería que volviera a ser el Allbee de otros tiempos. «Mi querida Phoebe», protestó Leventhal interiormente, «no te pido que veas las cosas desde mi punto de vista, solo que mires. Eso sería suficiente. No tienes más que echar una ojeada». Sin embargo, y Leventhal siempre volvía a ello, los Williston se habían portado bien con él; estaba en deuda con ellos. Aunque lo que Stan había hecho por él no era nada comparado con lo que implícitamente se le estaba pidiendo que hiciera por Allbee.

Williston se sintió obligado a intervenir, o por lo menos eso le pareció a Leventhal.

—No creo que Kirby quiera vernos en estos momentos —dijo—. Habría venido hace tiempo.

—Es una lástima que no lo haya hecho —dijo Leventhal. Mostró sus sentimientos más de lo que pretendía, y Phoebe reaccionó inmediatamente.

—Me parece que no entiendo eso que has dicho, Asa —replicó ella.

—Tendrías que verlo. Por la forma, en que estás hablando de él creo que no lo reconocerías. A mí, por lo menos, no me parece la misma persona.

—Bueno, puede que eso no sea culpa mía. —Se detuvo y respiró entrecortadamente. La piel bajo sus ojos empezó otra vez a ensombrecerse.

—Supongo que ha cambiado —dijo Williston lentamente.

—Créeme, no es lo que Phoebe dice. Puedes estar seguro. —Leventhal insistía con tenacidad en aquel punto para controlar su creciente sensación de que se le

trataba injustamente.

—Tendrías que ser más caritativo —dijo Phoebe.

Al oír esto Leventhal casi perdió la cabeza, mirándola fijamente mientras el color se extendía por sus mejillas.

—No está en mi mano cambiar para complacerte —murmuró, apartando el plato.

—¿Qué? —dijo Williston.

—¡He dicho que si no lo soy, pues no lo soy!

—Me parece que Phoebe no quería decir exactamente lo que ha dicho. ¿Verdad, Phoebe? Creo que Asa ha sacado una falsa impresión.

—Veo que me has entendido mal —dijo ella a regañadientes.

—Bueno, no tiene ninguna importancia.

—Solo quería decir que Kirby era una persona que prometía. No quería decir más que eso.

¿Qué sabía ella sobre Allbee?, pensó Leventhal amargamente. Pero no dijo nada.

—Te telefoneé porque quería saber si podía ayudar con algún dinero —dijo Williston—. No he sido capaz de pensar en un empleo para él, pero me figuro que necesitará cosas. Imagino que no le vendrán mal unos dólares.

—Ciertamente —dijo Leventhal.

—Quiero darte unos diez. No tienes que decirle de dónde proceden. Puede que no quiera aceptar dinero mío.

—Se lo daré —dijo Leventhal—. Es muy amable por tu parte.

Los Williston se marcharon. Leventhal los vio reflejados en el espejo azul del bar, sobre las amontonadas formas de las botellas. Stan esperó mientras Phoebe se detenía para retocarse el sombrero; luego subieron juntos la escalera y desaparecieron bajo la marquesina.

Desde el vestíbulo vio a Mrs. Núñez, sentada en el diván con las piernas cruzadas, arreglándose el pelo recién lavado. Apoyaba la barbilla contra el pecho y tenía horquillas en la boca y sobre los cuadros blancos y marrones de su falda. Leventhal dio unos golpes en la puerta y ella apartó el pelo negro que le tapaba los ojos, pero no cambió de posición ni se cubrió las piernas, con las ligas colocadas a distinta altura.

—No quería molestarla —dijo Leventhal mirándolas—. Estaba pensando... mi apartamento está muy sucio. ¿Tiene usted idea de cómo encontrar una asistente? La que teníamos no ha venido.

—¿Alguien que haga la limpieza? No conozco a nadie. Si no es más que poner un poco de orden lo haré yo misma. Pero no hago trabajos pesados.

—No, no se trata de nada serio, solo quiero que esté más ordenado.

—No hay inconveniente. Yo se lo limpiaré.

—Muchas gracias. Un poco más y tanto desorden acabará conmigo.

El aspecto de la sala de estar bajo la luz eléctrica le repugnaba. A Phoebe le habría venido bien verlo. Casi lamentó no haber invitado a los Williston a que le acompañaran a casa. Se puso a trabajar, recogiendo los periódicos del suelo, colocó sábanas limpias en su cama y sacó también un pijama. En el cuarto de baño mojó y escurrió el albornoz, y frotó las manchas de tinta con un cepillo y jabón en polvo. Ya en la azotea lo retorció de nuevo y lo colgó en la cuerda de la ropa. La brisa traía olor del otoño que se aproximaba. Leventhal avanzó sobre los guijarros y el alquitrán hasta el pretil. Hacia el este las luces de las dos orillas se unían como una larga costura en el centro del río. El verano terminaría enseguida después de la fiesta del Trabajo, y con el comienzo del otoño todo cambiaría; Leventhal se sintió inexplicablemente seguro de ello. El cielo estaba cubierto. Se quedó un rato mirando el panorama y luego volvió a la escalera, cuidando de no tropezarse con las cuerdas ni con los cables en la oscuridad. Tocó el albornoz al pasar. La brisa lo estaba secando muy rápidamente.

En el rellano oyó que alguien subía y miró hacia abajo. Era Allbee. Su mano agarraba y soltaba la barandilla con regularidad mientras iba avanzando. Al ver a Leventhal desde la última vuelta de la escalera se detuvo, levantó la cabeza y pareció examinarlo. La luz del piso inferior le cruzaba el rostro hasta las cejas y los ojos, dándole una expresión —seguramente casual— de pura maldad. Leventhal sintió un ramalazo de inquietud. Recordó inmediatamente, sin embargo, que había unas cuantas cosas que Allbee tendría que explicarle. Y, antes de nada, ¿se había vuelto a emborrachar? Pero ya sabía que no, intuía que estaba sereno.

—¿Bien? —dijo.

Al llegar al descansillo, Allbee le hizo una breve inclinación de cabeza. Se había cortado el pelo. En los lados de la cabeza y parte inferior de las mejillas había un visible cerco de afeitada blanca. Su rostro brillaba. Llevaba puesta una camisa

nueva y una corbata negra y en la mano traía una bolsa de papel. Cuando notó que Leventhal le estaba inspeccionando dijo:

—Las encontré en la Segunda Avenida, en un almacén de saldos.

—No se lo he preguntado.

—Tengo que rendirle cuentas —dijo Allbee con tono de quitarle importancia.

Leventhal trató de encontrar alguna resonancia provocativa en su respuesta; no las había. Lo miró suspicazmente.

—No he bebido nada en todo el día —dijo Allbee.

—Venga aquí. Quiero cerciorarme de algo.

—¿Qué es ello?

—Aquí no, dentro de la casa.

Allbee se detuvo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

Leventhal lo agarró por la chaqueta y lo empujó hacia delante. Allbee se resistió y el otro lo sujetó con las dos manos y, mirándolo con hosca firmeza, avivada su indignación, lo arrastró hasta el interior de la casa y cerró la puerta de golpe, empujándola con el pie. Después le hizo dar media vuelta. Allbee trató nuevamente de soltarse y Leventhal le gritó:

—¿Qué demonios le hace creer que yo esté dispuesto a aguantarlo todo?

—¿De qué está hablando?

—Contésteme. No crea que va a poder escabullirse.

Allbee consiguió liberar su chaqueta de las manos de Leventhal y darse la vuelta.

—¿Qué es lo que le pasa? —dijo con una breve risa temblorosa, como asombrándose—. ¿Ha decidido darme una paliza?

—¿Cuánto cree que voy a aguantarle? —Leventhal jadeaba—. ¿Piensa que puede hacer siempre lo que le venga en gana?

—No pierda la cabeza, vamos. —Había dejado de reír y lo miraba gravemente—. Al fin y al cabo espero que se me trate cortésmente. Estoy en su casa y tiene usted ciertas ventajas sobre mí... En cualquier caso tendría que decirme de qué se trata.

—Se trata de esto. —Leventhal sacó las postales con violencia—. Registrando mi buró como un ladrón y un chantajista. De eso se trata.

—¡Ah! ¿Se refiere a eso? —Agitó vagamente la mano hacia ellas.

La voz de Leventhal se quebró mientras gritaba:

—¿Eso? ¿Le parece poco? Primero me estuvo siguiendo y espiando. Le dejo entrar aquí y mete sus sucias manos en todas mis cosas, en mis asuntos privados, en mis cartas.

—Bueno, eso no es cierto. No he tocado sus cartas. No me interesan sus asuntos.

—¡Dónde cree que las he encontrado! —Leventhal tiró las postales—. En el albornoz que ha estado usted usando.

—Ahí es donde yo las encontré. No me gusta defenderme contra semejantes acusaciones. No son justas. Es el tipo de cosas que crea dificultades a la gente.

—¿No es esto suyo? —Leventhal le mostró un recorte de la sección de anuncios del periódico.

—Sé muy bien lo que había en ese bolsillo. Pero algunas de las cosas ya estaban ahí cuando me puse el albornoz. Quizá le parece mal que haya usado el albornoz. Lo siento, yo...

Leventhal no estaba dispuesto a dejarse desviar de lo más importante.

—¿Quiere usted decir que no ha curioseado en mi buró?

Allbee hizo un gesto negativo que no admitía lugar a duda.

—¿Y qué me dice de esto? ¿Dónde lo encontró? —Leventhal señalaba la tarjeta de Shifcart.

—La encontré en el suelo. Ahí, en cambio, tengo que admitir... si realmente he hecho algo que no estaba bien ha sido quedarme con esa tarjeta. Estaba en el suelo cerca de su cama. No tenía derecho a guardármela. Quizá la necesitaba usted. Tendría que haberle preguntado. Pero no pensé en eso. Me interesaba. De hecho quería sacarla a relucir en conexión con algo que he estado pensando pero que luego se me olvida una y otra vez.

—Está mintiendo.

Allbee no dijo nada. Siguió en pie mirándolo.

—Yo no puse las postales en el albornoz —dijo Leventhal—, y esta tarjeta de Shifcart estaba en el buró.

—Si no las puso usted ahí, tiene que haberlo hecho una tercera persona. Yo sé que no lo hice —se limitó a contestar Allbee.

—¡Pero las ha leído! —dijo Leventhal con violencia, aunque más bien quería evitar el tema.

—Sí, lo hice. —Allbee bajó los ojos como para no herirlo.

—¡Váyase al infierno! —gritó Leventhal lleno de desesperación—. Y eso no es todo. ¡Qué más ha leído!

—Nada.

—¡Qué más!

—Nada, eso fue todo. No pude evitar mirarlas. No lo hice aposta. Pero las saqué del bolsillo y tenía que ver lo que eran. La culpa es sobre todo de su esposa. Cosas como esas hay que meterlas dentro de un sobre. Yo nunca habría sacado una carta del sobre. Pero esto lo leí antes de darme cuenta de qué se trataba. No es una cosa tan grave, ¿no es cierto? ¿Qué tienen de extraordinario esas postales? Cualquiera puede escribir así a su marido o el marido a la mujer. Y tratándose como yo de un hombre que ha estado casado muchos años... no es lo mismo que si cayeran en manos de una persona joven, una muchacha, por ejemplo. E incluso entonces... me pregunto si quedan inocentes. Y en último extremo no creo que a su mujer le importara. Esas no son las cosas que se escriben en una postal. Si le importara, las habría escrito en una carta.

—Todavía sigo pensando que miente.

—Bueno, si lo cree no puedo hacerle cambiar de opinión. Pero no estoy mintiendo. ¿Por qué no cierra el buró con llave mientras siga sin fiarse de mí?

—Ya lo he cerrado.

—Debiera haberlo hecho antes. A nadie le gusta que se le echen encima de esa manera. No vuelva a dejarlo abierto. Tiene usted derecho a ponerse furioso cuando existan pruebas concretas de que alguien está enredando con sus papeles. No está nada bien. Pero tampoco está nada bien hacer esas acusaciones. Suponga que he estado curioseando en su buró, y lo niego categóricamente, ¿por qué tendría que llevar encima las postales?

—¿Que por qué? ¡Y yo qué sé!

—Como si yo estuviera loco, ¿no? Se ha equivocado usted de persona.

Leventhal no supo qué añadir. Podía estar equivocado. Excepto cuando Allbee se había referido a lo de las jovencitas, todo lo demás era razonable, e incluso aquello, plenamente explicado, podía ser pertinente. Además, el corte de pelo, la camisa y la corbata, y el hecho de que estuviera sereno cambiaban las cosas. Sobre todo el corte de pelo; le daba un aspecto distinto. Su rostro parecía tener más solidez. Leventhal notó inmediatamente que había desaparecido la violencia de sus sentimientos; solo le quedaba cierta curiosidad acerca de Allbee. Se sentó junto al escritorio. Allbee se dejó caer en el sillón, estirando las piernas.

Al cabo de unos minutos de silencio, dijo:

—¿Ha visto usted el periódico esta mañana?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que decía?

—Había una noticia que pensé podría llamarle la atención. Sobre Rudiger. Más bien sobre su hijo, pero también se le nombraba a él. El hijo es militar y ayer lo ascendieron. A comandante.

—¿Y qué importancia tiene?

—Me llamó la atención, sencillamente. Estaba en la peluquería ojeando el periódico y vi la fotografía del muchacho. Trabajó en la oficina una temporada. Es un chico muy corriente. Simpático... no tengo nada de qué criticarle. Un universitario, nada más; uno del montón, sin la menor brillantez. No es asunto mío; quiero decir que a mí ni me va ni me viene. Pero siempre me interesa saber cómo funcionan las cosas. Por ejemplo, alguien sin influencia pasa veinte años en el Ejército, primero en una guarnición perdida Dios sabe dónde y luego en otra similar; tiene que vivir con chicas nativas porque no está en condiciones de casarse. Y quizá al final consigue que lo hagan subteniente. No me diga que no es una cuestión de influencia.

—Probablemente lo es —dijo Leventhal con tono despreocupado.

—En efecto. No es que yo tenga nada contra él porque sea hijo de su padre. ¿Por qué no aprovecharse de la posición del viejo? ¿Y qué otra cosa podría Rudiger hacer por él? —Repentinamente cambió de tema con una breve risa—. ¿Se ha fijado en mi corte de pelo?

—Sí, ya lo he notado.

—Tampoco he bebido. No es eso lo que esperaba, ¿verdad?

—De acuerdo, siga, sorpréndame.

—No, usted pensaba que me emborracharía otra vez.

—Quizá.

—Ya le dije que no estaba tan mal como todo eso.

—Me alegro de verlo.

—¿De verdad? —Su hilaridad se transformó por un momento en ansioso interés.

—Claro que sí —dijo Leventhal. Sintió que dentro de su pecho se estaba formando una risa de simpatía y la reprimió—. ¿Qué es lo que quiere, un cesto de rosas?

—¿Por qué no?

—¿Una medalla? —Leventhal empezó a sonreír.

—Sí, una medalla. —Tosió como aclarándose la garganta—. Habría de tener una.

—Deberían dársela.

—Ni siquiera tuve tentaciones, si he de ser sincero. No necesitaré luchar; ni pizca de problema.

Allbee se inclinó hacia delante y puso la mano en el brazo de la silla de Leventhal, y por un breve espacio de tiempo los dos hombres se estuvieron mirando y Leventhal se sintió singularmente atraído y dominado por una especie de afecto. Era algo que le oprimía, algo repelente. No sabía cómo tomarlo. Por otra parte, también lo recibió con agrado. Le preocupó vagamente verse tan mudable. Sin embargo, no le parecía en aquel momento que fuera una falta grave.

—Hice que me cortaran mucho por los lados. —Se llevó las puntas de los dedos a la cabeza—. He llegado a acostumbrarme. Es más limpio de esa forma, según he aprendido. A causa de las liendres. Usted no estará enterado de todo esto, ¿verdad?

Leventhal se encogió de hombros.

—Si usted las tuviera, con ese pelo... Su pelo me asombra. Siempre que le veo me pongo a estudiarlo. Con algunas personas se duda de que sea real y uno quiere saber si la persona en cuestión lleva una peluca. Pero su pelo...; he tratado con frecuencia de imaginarme cómo resulta un pelo así. ¿Es difícil de peinar?

—¿Qué quiere decir con que si es difícil?

—Me refiero a si se enreda. Debe de romper las púas de los peines. ¿Me deja que lo toque?

—No sea estúpido. No es más que pelo. Pelo, eso es todo —dijo Leventhal.

—No, no es pelo corriente.

—Déjeme en paz —replicó Leventhal, echándose para atrás.

Allbee se puso en pie.

—Solo para satisfacer mi curiosidad —dijo, sonriendo.

Palpó el pelo de Leventhal, que se sintió cogido bajo sus dedos e incapaz de hacer nada. Pero luego le apartó la mano bruscamente, y exclamó:

—¡Déjeme en paz!

—Es asombroso. Como el pelo de un animal. Debe de tener usted una constitución excepcional.

Leventhal alejó su silla bruscamente, arrugando la frente, lleno de confusión y de creciente enojo. Después gritó a voz en cuello:

—¡Siéntese, lunático!

Allbee regresó a su sillón. Se sentó desmañadamente, inclinándose hacia delante, con las manos bajo los muslos, la mandíbula torcida hacia un lado, exactamente como la noche en que por primera vez se enfrentó con Leventhal en el parque. El blanco de sus sienes y de su cara afeitada hacían resaltar el azul de sus ojos.

No dijeron nada más durante un rato. Leventhal estaba tratando de ordenar sus sentimientos y de descubrir la forma de recobrar el terreno perdido gracias al último episodio de locura.

—Es difícil conseguir la mezcla adecuada de todo —empezó Allbee de repente.

—¿Adónde quiere ir a parar ahora? —dijo Leventhal.

—Me refiero a que me haya llamado lunático por negarme a resistir un impulso. Nadie puede estar seguro de tener la mezcla adecuada. Nada más para darle un ejemplo. Hace cosa de dos semanas, había un hombre en el metro, sobre los raíles. No entiendo cómo llegó hasta allí. Pero estaba en la vía, llegó un tren y lo aplastó contra la pared. Se estaba desangrando. Apareció un policía e inmediatamente prohibió que se tocara a aquel hombre hasta que llegara la ambulancia. Lo hizo así porque tenía instrucciones sobre cómo actuar en caso de accidente. Ahora bien, aquello era excederse en una cosa... en no correr riesgos. El impulso es salvar a la víctima, pero lo prudente es no saltarse las reglas. Llegó la ambulancia, sacaron al hombre y murió inmediatamente. No soy médico y no puedo decir si en algún momento tuvo una posibilidad. Pero ¿y si se le hubiera podido salvar? A eso me refiero con la mezcla adecuada.

—¿Gritaba pidiendo ayuda? ¿Qué línea era? —dijo Leventhal con gesto apenado.

—La del lado este. Bueno, es lo lógico cuando un hombre está en esa situación. Llenaba el túnel con el estruendo. ¡Y la gente! Detuvieron los trenes y en la estación no había un alma. Y seguían apareciendo más. Tenían que haber quitado de en medio al policía para sacar al hombre sin esperar más tiempo. Pero se quedaron todos parados, oyéndole gritar. Esos son los verdaderos contemporizadores.

—¿Contemporizadores?

—Ni están con Dios ni con Pedro Botero. Creen que saben cuidar de sus propios intereses, pero tampoco eso es cierto.

«¿Para qué me cuenta esto?», pensó Leventhal. «¿Quiere influir en mis sentimientos? Quizá ni él mismo lo sabe».

Allbee empezó a sonreír.

—Tendría que haber visto su cara de sorpresa cuando he aparecido completamente sobrio. Pues, ¿sabe?, todavía tendrá que sorprenderse más.

—¿Con qué?

—Esta mañana bromeaba conmigo sobre un nuevo comienzo. No quería tomarme en serio.

—¿Usted sí se lo cree?

—No se preocupe —dijo lleno de confianza—. Sé muy bien lo que está pasando dentro de mí. Voy a hacerle una revelación. No hay un solo hombre vivo que no lo sepa. Eso de «¡Conócete a ti mismo!»... Todo el mundo se conoce, pero nadie quiere admitirlo. Ese es el problema. Algunos nadadores se pasan mucho tiempo sin respirar, los buceadores griegos que pescan esponjas, por ejemplo, y eso es muy interesante. Pero la manera que tenemos de cerrar los ojos también es un buen número, porque están hechos para tenerlos abiertos.

—Así que está usted en marcha otra vez. Es capaz de seguir adelante sin whisky. Yo creía que le era imprescindible.

—De acuerdo —exclamó Allbee—. Déjeme que le explique una cosa. Es una idea cristiana, pero no creo que le cueste trabajo entenderla. «¡Arrepentíos!». Ese es Juan Bautista saliendo del desierto. Cámbiate, es lo que está diciendo, y hazte un hombre distinto. Tienes que hacerlo y la razón para ello es que puedes hacerlo y cuando te llegue el momento lo harás. Hay otra cosa detrás de ese «¡Arrepentíos!»; es que sabemos de qué hay que arrepentirse. ¿Cómo? —La seriedad de su rostro obligaba a Leventhal a prestarle atención—. Yo lo sé. Todo el mundo lo sabe. Pero hay que superar el miedo a admitirlo mediante otro miedo todavía mayor. He sabido que los médicos empiezan a administrar a sus pacientes choques eléctricos. Les hacen ver las estrellas y así después ya no vuelven a quejarse por nimiedades. ¿Comprende? Hay que llegar a una situación tal que ya no se soporte seguir haciendo lo mismo. Cuando se llega a ese punto... —Al retorcerse las manos surgieron en relieve los tendones de sus muñecas—. Pasa mucho tiempo antes de que uno esté listo para dejar de escurrir el bulto. Mientras tanto se pasa muy mal. —Cerró los ojos varias veces con mucha fuerza como para librarlos de alguna obstrucción—. Somos muy tercos; por eso hace falta que nos peguen tanto. Solo cambiamos al ver que otra paliza más acabará con nosotros. Algunas personas ni siquiera entonces. Siguen igual hasta que cae el último golpe y mueren como animales. Otros tienen la fortaleza para cambiar mucho antes. Pero arrepentirse significa ahora, en este mismo momento y para siempre, sin perder más tiempo.

—¿Y ese momento ha llegado ya para usted?

—Sí.

—No sé si me engaña a mí o se está engañando usted mismo.

—Todas mis palabras son sinceras... ¡sin-ce-ras! —dijo Allbee inclinando la cabeza y mirándolo. Se quedó dudando con la boca abierta, moviendo un poco el labio superior.

—¡Siga! —Leventhal rio bruscamente.

—Bueno, pensé que trataría de explicárselo. —Se volvió levemente sobre el asiento, apoyando un hombro contra el respaldo, y se frotó lentamente un lado de la

pierna extendida—. No soy religioso ni nada parecido, pero sé que el año que viene no tengo que ser lo que era el año pasado. He estado en un extremo y puedo llegar al otro. No hay límite alguno para lo que puedo ser. E incluso aunque no llegara a cambiar tanto sé que la idea es genuina.

—Ya veremos qué es usted el año que viene.

—Usted será el mismo, ya lo sé. Ustedes... —Movi6 la cabeza y su mejilla roz6 con el cuello de la camisa.

—Si empieza otra vez con eso, estar6 en la escalera dentro de un momento. —Leventhal empez6 a levantarse amenazadoramente.

—Est6 bien, est6 bien, dej6moslo. Excepto que cuando un hombre dice algo serio sobre s6 mismo le gusta que le crean —dijo Allbee—. Para m6 tiene sentido que un hombre pueda nacer de nuevo. No me hago muchas ilusiones sobre el reino de los cielos, pero si estoy cansado de ser de esta manera puedo convertirme en un hombre nuevo. Eso es todo lo que estoy diciendo. —Enderez6ndose en el asiento, guard6 silencio y cruz6 las manos. Por el gesto de su boca Leventhal comprendi6 que estaba muy satisfecho de s6 mismo. Incluso la posici6n de sus manos hablaba m6s de aplauso que de descanso. El bulto de sombra tras 6l aumentaba de cuando en cuando debido a sus leves movimientos de cabeza. La l6mpara, con su pantalla verde de moar6, creaba un segundo centro m6s suave de luminosidad sobre el barniz del bur6. Un alud de confusos sonidos lleg6 desde la calle, y una r6faga de aire hinch6 y separ6 las cortinas; enseguida volvieron a unirse.

En aquel momento Leventhal sinti6 la presencia de Allbee, todo lo que ten6a que ver con 6l, como un enorme peso agotador, y lo mir6 con un cansancio infinito, los dedos de las manos inm6viles sobre los muslos. Ten6a que suceder algo, algo que no pod6a predecir. Fuera lo que fuese, 6l estar6a demasiado aturdido y cansado para enfrentarse con ello. Se hallaba fuera de juego. Ni su antigua debilidad ni sus nervios hab6an estado nunca en tan malas condiciones; no era capaz de concentrarse lo suficiente para resolver ninguna de sus dificultades; ten6a que esperar la ocasi6n adecuada para poder prestar atenci6n a esto o aquello y su pensamiento era lento y vacilante. Necesitaba meditar sobre lo que estaba pasando en Staten Island, aunque solo fuera por el bien de Philip, y deber6a haber telefoneado a Max una vez por lo menos. Max se hab6a apoyado en 6l en la capilla; no ten6a otra persona en quien apoyarse. Y para entonces habr6a decidido ya que no ten6a a nadie en absoluto. Pero la raz6n de que a Leventhal le diera miedo llamar era que se sent6a incapaz de aclarar sus ideas o de conseguir enfocarlas, y carec6a de la energ6a necesaria para seguir esforz6ndose. Y en cualquier caso los destellos, el claro destello de la vida de Mickey, el destello de la cordura de Elena, los destellos del pensamiento y del valor, incluso de un valor tan lleno de confianza en s6 mismo como el de Mary... ;con qu6 facilidad eran perseguidos y atrapados aquellos destellos, ahog6ndolos, extingui6ndolos! Entonces, ;de qu6 serv6a pensar? Su rostro moreno y meditabundo con sus redondas mejillas y su pelo espeso se le hab6a ido inclinando sobre el pecho.

Respiró profunda aunque entrecortadamente y levantó las manos del regazo en un gesto de exorcismo contra el fantasma de la confusión y del desánimo. La frase «Dios me sacará adelante» pasó por su mente, y no se detuvo a preguntarse qué quería decir exactamente con aquello.

—La tarjeta que me encontré —dijo Allbee—. La tarjeta comercial: ¿Es que ese hombre es un agente cinematográfico de algún tipo? Quería explicarle por qué me quedé con ella. Imagino que lo conoce.

—Un poco.

—¿Qué hace? ¿A qué se dedica concretamente?

—Creo que busca personas con talento.

—¿Es un hombre influyente? Quiero decir, es... —Pero Allbee cortó la pregunta como si fuera un signo de su persistente inocencia o de su falta de conocimiento del mundo.

—¿Es qué?

—Me refiero a si está metido... —Se le empezó a torcer el labio; sus ojos muy abiertos miraban directamente sin rastro de humor—. He llegado a la conclusión de que hoy en día si uno quiere salir adelante, tiene que estar de acuerdo con los que tienen el poder. No sirve de nada tratar de saltar por encima.

—¿Quién le ha dicho que Shifcart tenga poder?

Allbee no se dignó contestar. Alzó los hombros y miró en otra dirección desdeñosamente.

—¿Quién? —repitió Leventhal.

—Digamos que puede ayudarme y dejemos fuera otras consideraciones.

—¿Quiere usted convertirse en actor?

—¿No cree que podría hacerlo bien?

—¿Usted?

—¿Tan divertido le parece?

Una débil sonrisa cruzó el rostro en sombra de Leventhal.

—Tengo entendido que su madre creía ser una cantante —dijo—, y usted se cree actor.

—Le han contado lo de mi madre, ¿eh? ¿Quién se lo dijo, Phoebe?

—Sí. Cantó en su boda, ¿no es cierto?

—Lo hizo sensacionalmente —dijo Allbee con voz sin inflexiones; y, después de una pausa, añadió—: No, por supuesto. No es actuar lo que yo quiero. Pero pensé que con toda mi experiencia sobre revistas podría ser capaz de trabajar para el cine. Una vez oí hablar sobre alguien, un conocido de un conocido, que estaba encargado de los pasos preliminares en la preparación de un guión, revisando historias y haciendo resúmenes de ellas, y si pudiera meterme en eso... Bueno, quizá su amigo pueda decirme qué tengo que hacer.

—No es especialmente amigo mío. ¿Cuánto tiempo hace que oyó hablar de eso?

—No recuerdo exactamente ahora. Unos cuantos años.

—En ese caso, ¿cómo sabe que todavía puede conseguir un empleo así? ¿Por qué no se informa por medio de ese conocido suyo? Carece de la menor orientación. Pregúntele a él.

—No puedo —contestó Allbee muy deprisa—. No sabría dónde encontrarlo ni por dónde empezar a buscar. Además, no me debe nada. ¿Por qué tendría que ir a él?

—¿Por qué? Bueno, ¿por qué a mí? Tiene exactamente el mismo sentido.

Su respuesta excitó enormemente a Allbee.

—¿Por qué? Por muy buenas razones; ¡las mejores del mundo! —Sorprendió a Leventhal apretando los puños delante del pecho como si amenazara apasionadamente con renunciar a todo comedimiento—. Le estoy dando una oportunidad de portarse decentemente, Leventhal, y de hacer lo que es justo. Y quiero que usted me dé lo que es justo. No meta a nadie más en esto. Es un asunto entre nosotros dos.

—No diga tonterías.

—Nada más que usted y yo. Nosotros dos solos.

—Yo nunca..., nunca... —tartamudeó Leventhal.

—No tengo tiempo para bromas. Se me han quitado por completo las ganas de bromear. He conseguido enderezarme de la manera más costosa, pagando por ello con años de mi vida. —Bajó la cabeza y lo miró antes de continuar. Había una pulsación apreciable en los lados de su cara junto a los ojos, y en ellos había un destello que asombró a Leventhal; no se parecía a ninguna cosa de la que él tuviera experiencia—. Mire —dijo Allbee con tono firme y en voz más baja—. Sabe usted que cuando digo que quiero una presentación para ese Shifcart es que estoy dispuesto a ir hasta el final. Le estoy ofreciendo un arreglo de cuentas. Le estoy ofreciendo arriar mi bandera. Si él me ayuda. ¿Lo entiende?

—No, no lo entiendo —dijo Leventhal—. No entiendo nada en absoluto. Y mientras siga usted hablando de saldar cuentas no pienso levantar un dedo en favor suyo.

—Escuche —dijo Allbee—. Sé que usted quiere llegar a un arreglo. Lo mismo me pasa a mí. Y sé de qué estoy hablando cuando digo que iré hasta el final. El mundo ha cambiado de manos. Soy como el piel roja que ve un tren corriendo por la pradera donde vagabundeaban los búfalos. Bueno, ahora los búfalos han desaparecido y yo quiero bajarme del caballo y ser el maquinista del tren. No pido tener acciones en la compañía. Sé que eso es imposible. Son imposibles montones de cosas que no solían serlo. Cuando era más joven había planeado mentalmente toda mi vida. Planeé cómo iba a ser, partiendo del supuesto que yo procedía de los señores de la tierra. Tenía grandes esperanzas. Pero Dios dispone. No sirve de nada engañarse.

Leventhal, con los ojos levantados hacia el techo, parecía preguntar: «¿Usted sigue el hilo? Porque yo me he perdido por completo».

Llamaron a la puerta.

Era Max. Llevaba bajo el brazo un periódico doblado; por la camisa abierta asomaba el vello negro de su pecho, y, al igual que Philip el día que pasearon juntos, se había sacado el cuello por encima de la chaqueta. Vestía el mismo traje cruzado que se pusiera para el funeral. Al abrirse la puerta pareció vacilar en el descansillo, y Leventhal exclamó con voz entrecortada:

—¡Max! Entra, no te quedes ahí, por el amor de Dios.

—¿Estáis en casa? —preguntó Max con voz ronca, todavía vacilante.

Leventhal comprendió de repente que su hermano se comportaba como si fuera de visita a casa de un desconocido. No había estado allí nunca.

—Bueno, yo estoy, desde luego. No tuvimos ocasión de hablar de nada el otro día. Mary no está en Nueva York. Pero pasa, no te quedes ahí.

Le hizo cruzar el umbral y fue precediéndolo hasta la sala de estar, lleno de ansiedad ante este nuevo problema. No sabía qué esperar de Allbee, cuál sería su reacción al saber quién era Max. Estaba ya inclinándose hacia delante, inquisitivo. Leventhal se quedó parado un instante, incapaz de hablar o de seguir avanzando. Al notar la presencia de Allbee en el cuarto, Max dijo con tono de disculpa:

—No sabía que estabas ocupado. Ya volveré más tarde.

—No estoy ocupado —le susurró Leventhal—. Pasa.

—Tendría que haber llamado antes.

Pero Leventhal, cogiéndolo del brazo, le forzó a entrar.

—Este es mi hermano Max. Y este es Kirby Allbee.

—¿Su hermano? No sabía que tuviera usted hermanos.

—Solo uno.

Reservado y triste, Max miraba hacia el suelo, reconociendo, quizá implícitamente, su parte de culpa en el mutuo alejamiento.

—No sé qué es lo que me ha hecho pensar que era usted hijo único, como yo. — Allbee hablaba con tono despreocupado y alegre; Leventhal se preguntó qué estaría preparando, y ocultó su temor bajo una capa de estoicismo.

Acercó una silla y Max se sentó. Las punteras de sus empolvados zapatos se torcían hacia dentro. Su rostro inclinado y su ancho cuello formaban una sola superficie, desde la curva de la nariz hasta las abultadas hombreras de la chaqueta.

—Solía desear con frecuencia tener un hermano —dijo Allbee.

—¿Qué tal están las cosas en casa, Max? —preguntó Leventhal.

—Bueno, ya sabes... —dijo Max. Leventhal esperó a que terminara la frase, pero su hermano no añadió nada más.

Allbee parecía divertirse comentando consigo mismo algo acerca del aspecto de los dos hermanos. Leventhal, disimuladamente, le indicó la puerta con la cabeza. Las cejas de Allbee se alzaron interrogativamente. Todo su aspecto decía: «¿Por qué he de irme?». Leventhal se inclinó hacia él y murmuró:

—Quiero hablar con mi hermano.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Allbee en voz alta.

Con aire decidido, Leventhal repitió el mismo gesto con la cabeza.

Pero Max había oído.

—¿Me preguntaba usted a mí qué es lo que me pasa? —dijo.

Allbee miró a Leventhal y se encogió de hombros, confesando su equivocación, sin responder a la pregunta de Max.

—Imagino que se me nota bastante —dijo Max.

—Hemos tenido una muerte en la familia recientemente —explicó Leventhal.

—Mi hijo pequeño.

Una expresión que Leventhal no pudo interpretar, algo así como una fría contracción, apareció por un momento en el rostro de Allbee.

—Lo siento mucho. ¿Cuándo ha sido?

—Hace cuatro días.

—No me lo ha mencionado usted —dijo Allbee a Leventhal.

—No —contestó Leventhal secamente, mirando a su hermano.

Allbee se inclinó muy deprisa hacia delante.

—Dígame, era el chico... ¿el del otro día?

—No, no es el que estaba conmigo. Quiere decir Phil —le explicó a Max—. Lo llevé al cine hace poco y nos encontramos con Mr. Allbee.

—Ah, Phil. Toque madera. Vio usted a mi otro hijo.

—Ya veo, dos hijos...

—¿Se marcha? —le dijo Leventhal, haciendo un aparte.

—¿Me conseguirá una entrevista con Shifcart?

Leventhal le apretó el brazo con la mano.

—¿Hará el favor de marcharse?

—Usted dijo que me ayudaría.

—Hablares más tarde sobre eso. —Leventhal apenas lograba ya contener su impaciencia—. No crea que puede obligarme.

—No quisiera interrumpir algún negocio —dijo Max.

—¿Qué negocio! No se trata de ningún negocio.

Allbee se levantó y Leventhal fue con él hasta el vestíbulo.

—Volveré a por su respuesta —dijo Allbee. Miró la cara de Leventhal como si viera allí algo nuevo—. Estoy verdaderamente sorprendido. Le pasa esto... su sobrino; estoy en la misma casa y no dice una sola palabra.

—¿Para qué tendría que hablar de ello con usted?

Antes de que Allbee pudiera responder había cerrado la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Max cuando Leventhal volvió—. ¿Un amigo?

—No, es solo un tipo que insiste en venir por aquí.

—Tiene un aspecto curioso... —Max se contuvo y después dijo—: Espero no haberme entrometido en algo importante.

—No, hombre, claro que no. Iba a llamarte, Max. Pero pensé que sería mejor esperar un poco.

—Yo también esperaba que lo hicieras..., como te tomaste interés y viniste al funeral y todo eso.

Max le hablaba con desconfianza, un poco protocolariamente, avanzando con cautela y haciendo uso de una extraña cortesía, casi como si se tratara de un desconocido. Sometido, gastado y, en opinión de Leventhal, lleno de angustia, hacía, sin embargo, un esfuerzo para encontrar un tono apropiado, que no resultara demasiado íntimo. A Leventhal se le encogió el corazón con un sentimiento de culpabilidad. Quería hablar con Max acerca de ello. No sabía cómo y tenía miedo de crear dificultades todavía mayores. ¿Cómo establecer la comunicación si desde que eran niños nunca habían pasado una hora juntos? Y Leventhal supuso además que el apartamento, el contraste de las sillas tapizadas y las alfombras de buena calidad con los muebles de su casa en Staten Island, desvencijados ya antes de haber pagado la mitad de los plazos, contribuía a que Max se mostrara deferente.

—De manera que, ¿cómo van las cosas? —dijo. Imaginaba que Max hablaría de Elena. De hecho estaba seguro de que el motivo fundamental de su visita era pedirle consejo acerca de ella.

—Supongo que todo lo bien que cabe esperar.

—¿Qué tal Phil?

—Bueno, cuando un chiquillo se marcha es muy duro para el otro.

—Ya se repondrá.

Max no contestó nada a esto, y Leventhal empezó a pensar que quizá no mencionara a Elena después de todo, indeciso en el último momento y debatiéndolo consigo mismo.

—Sí, los chicos se reponen —volvió a decir Leventhal.

—Quería preguntarte... —dijo Max—. Quería arreglar contigo lo del especialista. Dice que le diste diez dólares por la primera visita.

Introdujo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—No tiene importancia.

Pero Max abrió su cartera y, levantándose a medias, dejó un billete de diez dólares sobre el buró, junto a la lámpara.

—No era necesario.

—Quería devolvértelo. Gracias.

«Ahora toma otra vez el mando», comentó Leventhal para sus adentros. Sintió renacer su anterior enojo con Max y dijo, con un asomo de frialdad:

—No tienes por qué dárme las.

—No es solo por el dinero —dijo Max—. Por lo demás, también.

Leventhal no fue capaz de controlar su irritación.

—Por haber hecho una pequeña parte de lo que tú tendrías que haber hecho, de estar aquí.

Max reflexionó, alzando su rostro de piel áspera y mandíbula grande, con su nariz pecosa y ganchuda.

—Sí —dijo—. Tendría que haber estado aquí.

Se mostraba sumiso, sin encontrar al parecer nada dentro de sí que le permitiera resistir.

Leventhal no pudo callarse la pregunta siguiente:

—¿Qué dice Elena?

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

Max pareció sorprendido.

—¿Qué tendría que decir? Le extrañó que no vinieras a casa después del funeral. Pero no habla mucho. Se pasa casi todo el tiempo en la cama llorando.

Leventhal había abierto el camino. La lámpara le iluminaba el cabello y también los hombros.

—¿Te crea muchos problemas, Max?

—¿Problemas? Hay que ser comprensivo. Es un golpe muy duro. Lloro. Es bastante lógico.

—Puedes sincerarte conmigo.

La sorpresa de Max aumentó.

—¿Sobre qué quieres que me sincere?

—Si tú no lo sabes, yo tampoco. Pero quizá sea una oportunidad para desahogarte, si quieres. Comprendo que no estamos muy unidos. Pero ¿hay alguna otra persona con quien puedas hablar? No me consta que tengas amigos. No vi que fueran muchos al funeral.

—No entiendo adónde quieres ir a parar —dijo Max perplejo.

—Te he preguntado si Elena te causa problemas.

La sangre se agolpó en el rostro de Max bajo la máscara de su barba mal afeitada. Un relámpago de miedo y de confusión cruzó sus ojos y, a regañadientes, inició un movimiento de negativa con sus manos de uñas negras; pero no llegó a terminarlo.

—Ya se está calmando.

—¿Qué dice?

—Todo tipo de cosas. —Max pronunció aquellas palabras con evidente dificultad, eludiendo aún una respuesta directa.

Pero Leventhal no necesitaba una respuesta directa. Podía imaginarse a Elena en la cama de latón donde Mickey estuvo acostado, y en aquella misma terrible habitación, llorando y enfureciéndose; y a Max sentado como lo veía en aquel momento, limitándose a escucharla. Porque ¿qué otra cosa podía hacer? Y también Philip tenía que escucharla. Este pensamiento le afectó mucho. Pero ¿cómo se podía proteger al chico? Tendría que oír y que aprender. Leventhal creía en lo que le había dicho a Max sobre lo fácilmente que se reponen los chicos. Recibían un buen castigo al nacer, pero se recuperaban luego mientras crecían, gracias a tener los huesos

blandos. Si volvían a magullarlos más tarde, también podían curarse. Era su madre, y no le quedaba más remedio que ver y oír. ¿Cabía pensar que enfocaba el problema con demasiada crueldad? Leventhal se sentía lleno de cariño por su sobrino. Pero no era bueno ser blando. ¿Blando cuando todo era tan duro? No es que hubiera que condenar la blandura, pero había ocasiones en que no era más que otro nombre de la debilidad. ¿Blandura? De toda la creación solo el hombre era así, y aun eso a medias.

—¿Has hecho que la vea un médico? —preguntó.

—¿Qué te hace pensar que lo necesite?

—¡Acuérdate de mamá!

Max dio un respingo.

—¿De qué demonios estás hablando? —dijo con un repentino brote de indignación.

—No te censuro por no querer que salga a relucir.

—¿Por qué mezclas a mamá con esto? ¿Es que Elena te recuerda a mamá?

Leventhal dudó.

—Solo de vez en cuando... Pero tú reconoces que tienes problemas con ella.

—¿Qué se puede esperar? Sigue hablando de Mickey. Claro que sigue. Era un chiquillo, después de todo. Eso hace mucho daño. Pero se le pasará. Ya está empezando a mejorar.

—Max, me parece que no lo entiendes. Las personas se desquician fácilmente. Imagino que en ese aspecto no son tan fuertes como solían serlo, y cuando las cosas se ponen muy difíciles se vienen abajo. Está sucediendo cada vez más. Todo el mundo lo nota. A mí me pasa con frecuencia. Elena estuvo muy rara en lo del chico y el hospital... ¿No es eso sobre lo que grita más? ¿El hospital? —Se iba sintiendo progresivamente menos seguro de sí mismo—. Y yo creí...

—También yo me acuerdo de mamá con mucha frecuencia, y de Hartford y todo lo demás. No eres tú el único.

—¿No? —dijo Leventhal. Lo miró inquisitivamente.

—Y te equivocas en lo de Elena.

—No pensarás que quiero tener razón, ¿verdad?

—El mayor problema que tengo ahora con ella es que quiero llevarme la familia al sur. Estuve buscando un sitio en Galveston. Eso es lo que me llevó tanto tiempo. Encontré uno y he dejado la fianza. Iba a llevármelos a todos allí.

—Eso está bien. Es lo mejor que puedes hacer. Sacar a Philip de Nueva York. No es sitio para educarlo.

—Pero no consigo convencer a Elena.

—¿Por qué?

—Quizá le hablé cuando lo del niño estaba aún demasiado reciente. El caso es que no quiere irse.

—Dime, ¿va mucho por allí la vieja... su madre?

—Entra y sale, todo el tiempo.

—¡Por el amor del cielo, échala!

Su vehemencia asombró a Max.

—No tiene nada que ver con ello.

—No dejes que se afiance. Protégete contra ella.

Max empezó a sonreír por vez primera.

—No va a hacerme ningún daño.

—Estoy seguro de que le aconseja a Elena que no vaya. ¿Cómo sabes lo que le dice? No entiendes lo que hablan.

La expresión de Max cambió; se puso otra vez serio y se le hundieron las comisuras de la boca.

—Algo sí entiendo —dijo—. Imagino que, según tú, debiera haberme casado con una chica judía.

—Nunca me has oído decirlo —contestó Leventhal con gran energía—. Nunca.

—No.

—Ni lo oirás nunca. Estoy hablando de su madre, no de Elena. Tú mismo me dijiste hace años que la vieja te odiaba. Te hará todo el daño que pueda. Quizá te hayas acostumbrado a esa bruja y no te des ya cuenta de cómo es. Pero yo he estado observándola. Para mí está tan claro como el día que en su opinión la muerte del niño es un castigo de Dios porque Elena se casó contigo.

Max dio un respingo; luego apretó los labios y se produjo una llamarada de indignación que quedó sumergida bajo su tristeza habitual y la que le añadían las preocupaciones.

—¿Qué estás diciendo? —replicó—. Nunca he oído nada tan extraño en toda mi vida. Primero se te ocurren cosas sobre Elena y ahora sobre la vieja.

—Tú no estabas aquí —dijo Leventhal—. No sabes cómo ha estado comportándose. Es una víbora.

—Bueno, no cabe duda de que te has convertido en una persona desconfiada. — Su rostro empezó a relajarse y dio un suspiro.

—Está llena de odio —insistió Leventhal.

—Como quieras, pero yo te digo que es una vieja inofensiva.

Si estuviera equivocado sobre Elena, pensó Leventhal, si hubiera exagerado y malinterpretado su última mirada en la capilla, la equivocación cometida sería terrible y perjudicial; la confusión dentro de sí mismo que le había dado origen aún resultaría más terrible. A la larga tendría que pedirle cuentas a sí mismo, cuando tuviera más calma y se sintiera más fuerte. Ahora era imposible. Pero estaba seguro de que tenía razón acerca de la anciana.

—¡Tienes que librarte de tu suegra, Max! —dijo con absoluta seriedad.

—Pero ¿de qué estás hablando? —replicó el otro cansadamente—. No es más que una pobre viuda, vieja e irritable. Elena es su única hija. No puedo decirle que no venga a casa. Esta semana ha estado ayudando, ocupándose de la limpieza y cocinando para nosotros. Sé que no le gusto. Bueno, ¿y qué? Una pobre vieja

totalmente gastada. A veces me pongo triste cuando la miro. No, nos iremos a Galveston. Phil empezará allí las clases en otoño. Quiere ir, y Elena también. Sé que puedo convencerla. Quiere marcharse de Nueva York, pero está todavía demasiado afectada. Acabará cediendo. Yo tengo que volver a mi trabajo y no queremos separarnos otra vez. No entiendo por qué la vieja te preocupa tanto. Si fuera ella el peor problema que pueda tener... —El delantero de la chaqueta, a manera de falda escocesa, le llegaba casi hasta las rodillas, donde descansaban sus manos. Sus deformes dedos se ensanchaban donde tendrían que afilarse, y los pliegues de la piel en las articulaciones parecían tuercas de tornillos aplastados—. No sabes cómo es Elena cuando las cosas se ponen difíciles —resumió—. Se excita y parece que va a derrumbarse antes de que pase algo, pero cuando ya ha sucedido lo resiste de ordinario mejor que yo. Durante la depresión, cuando me despidieron, se echó a la calle y estuvo vendiendo cosas de puerta en puerta.

—No sabía que te hubieran despedido.

—Pues sí, me echaron. Y luego, cuando vivíamos de la beneficencia, un hermano de Elena, que es un maleante, quería meterme en una especie de negocio sucio que tenía en Astoria. Podía haber sacado algún dinero, pero ella dijo que no y se puso totalmente en contra, de manera que fue «No» y seguimos viviendo de la beneficencia. Otra mujer habría dicho: «Hazlo».

—Ya entiendo.

—Después las cosas empezaron a mejorar y pensamos en ampliar la familia. Mickey nunca fue un chico saludable como Phil. Y, además, seguro que a veces nos hemos equivocado. Pero ¿qué se puede hacer? No es como en el caso de Dios, ya sabes, en la Biblia, cuando sopla con su aliento sobre Adán, o lo que sea. Creo que ya te dije que le pregunté a una enfermera en qué habitación estaba, cuando llegué al hospital. Entré y estaba ya tapado. Retiré la sábana y pude verlo.

—¡Estúpidos! —exclamó Leventhal—. A quién se le ocurre no tener a alguien de guardia.

Max los disculpó haciendo un movimiento hacia abajo con la mano.

—No todas las enfermeras lo sabían. Es un hospital muy grande. —Y a continuación añadió—: Me voy al sur con la idea de empezar de nuevo. He pagado la fianza de la casa y todo eso. Pero si he de serte sincero, no espero grandes cosas. Me siento ya medio acabado.

Leventhal sintió encogersele el corazón.

—¿Medio acabado? —exclamó—. Yo soy más viejo que tú y no se me ocurre decir semejante cosa.

Max no replicó. Su ancho tórax parecía sentirse a disgusto en la chaqueta cruzada.

—Ha habido veces en que yo me he sentido también así —prosiguió Leventhal—. Es una sensación que viene y se va.

Su hermano levantó hacia él su rostro atezado y vulgar y su voz se apagó.

Siguieron sentados en silencio hasta que Max empezó a moverse y se puso en pie.

Leventhal le acompañó hasta el metro. Había una niebla bastante espesa. En el molinete de la entrada depositó dos monedas en la ranura y Max dijo, volviendo la cabeza:

—No tienes que esperar a que venga el metro.

Pero Leventhal entró también. Se quedaron en el borde del andén hasta que los chirridos del metro que se acercaba llegaron a sus oídos.

—Si me necesitas para algo... —dijo Leventhal.

—Gracias.

—Lo digo en serio.

—Muchas gracias.

Max le tendió la mano. Leventhal abrió los brazos desmañadamente y lo abrazó. Sintieron la vibración del tren, y el rostro listado de la locomotora, con su haz de luz, vino disparado hacia ellos envuelto en una nube de polvo; después pasaron las ventanillas. Max le devolvió el abrazo.

—Llámame —le dijo Leventhal al oído con voz ronca.

La multitud se agolpó junto a las puertas alrededor de ellos. Cuando el tren se puso en marcha, Leventhal vio a Max agarrado a una correa y tratando de ver el exterior, inclinado sobre las cabezas de los pasajeros.

Leventhal se limpió el sudor con un pañuelo. Empezó a subir penosamente las largas escaleras de cemento con refuerzos de acero, abriendo la boca para facilitar la respiración. A mitad de camino se detuvo, aplastándose contra el muro para dejar paso a otros, dando la impresión de que la falta de aire le ponía de mal humor. En realidad, le mareaba la violencia con que le latía el corazón.

Después siguió adelante. La niebla se había convertido en llovizna. En lo alto de la escalera vio abrirse un paraguas, como un murciélago en la fría corriente de aire. Las barras de la puerta giratoria se movían a gran velocidad y tintineaban. Después de abrocharse todos los botones levantó también el cuello de la chaqueta y su mirada pasó del resplandor de los coches que atravesaban la calle a las altas luces que brillaban a lo lejos, y que no conseguían una inmovilidad total en la inmensa negrura.

Con el correo del sábado le llegó una invitación de Mrs. Harkavy; daba una fiesta aquella misma noche para celebrar el séptimo cumpleaños de su nieta. El cartero, a quien Leventhal se encontró en la niebla que casi ocultaba la escalera exterior, se la entregó en propia mano. No había ninguna noticia de Mary, y en el fondo se alegró de ello, porque la verdad era que tenía la impresión de escabullirse y dejar a Allbee en posesión de la casa. Ostensiblemente salía a tomar café. Al levantarse encontró el apartamento frío, las ventanas chorreando y el cielo tan gris como si estuviera hecho de estaño. Allbee dormía en el comedor, rodeando con sus brazos desnudos el estrecho colchón, despatarrado, creando una impresión de vulgaridad. Su ropa estaba tirada por el suelo y el aire de la habitación demasiado cargado. Leventhal había entrado en la cocina y puesto la cafetera en el fuego, pero al considerar que tendría que beberse el café en la melancólica sala de estar hizo un gesto de horror, apagó el gas y se fue a desayunar al restaurante del griego. Lo cierto es que ya antes de salir no tenía intención de volver después a casa.

Tomando como base casi inconsciente la invitación de Mrs. Harkavy, y de manera complicadamente indirecta, se confeccionó un horario. Al principio tuvo dudas sobre si asistir a la fiesta. ¿Debería ir estando tan reciente la muerte de Mickey? Pero después de decidir que le vendría bien ver a otras personas, se dirigió al centro para comprarle un regalo a la niña. Y como al mediodía se hallaba cerca de la biblioteca, pasó unas cuantas horas ojeando algunas de las revistas comerciales para ver lo que hacían los demás. De manera que estaba casi anocheciendo cuando al salir de un cine de noticiarios en Times Square se dio cuenta de que detrás de todo lo que había ideado para llenar aquel tedioso día se ocultaba su desgana y su incapacidad para enfrentarse con Allbee. Había empezado a andar muy decidido Broadway abajo, y de pronto algo pareció dificultar el uniforme movimiento de sus piernas; Leventhal vaciló y su paso se hizo más lento.

«De acuerdo, lo mandaré a Shifcart», decidió. «¿A mí qué más me da? Lo haré, y si no le parece suficiente, ya veremos. Pero ¿qué pensará Shifcart?». En cualquier caso él ya estaba en desgracia con Shifcart, que le había mirado desaprobadoramente en la cafetería cuando no se rio con su chiste como los demás. «Sería mejor que fuera con las manos vacías que recomendándolo yo. Pero mientras Allbee crea tanto en las buenas relaciones, será mejor dejarle que vaya y que lo descubra por sí mismo».

Pasó por su casa antes de cenar para cambiarse de camisa. Allbee había salido. La suciedad y el desorden del apartamento le ponían enfermo. Había basura en el suelo de la cocina y restos de comida sobre la mesa. «Se comportaría mejor en una pensión de mala muerte. Trata de provocarme», pensó Leventhal. Barrió la cocina. Al inclinarse con el recogedor, experimentó una curiosa tirantez en la piel de la cara. Arrojó la escoba en un rincón, se lavó las manos y salió.

Mrs. Harkavy le recibió en el vestíbulo.

—No sabes lo mucho que me ha afectado lo de tu sobrino... —dijo, y consiguió desconcertarlo porque hacía un momento, en el ascensor, Leventhal había estado pensando en Mickey—. El doctor Denisart me lo ha contado. Estoy segura de que ha hecho todo lo que ha podido.

Leventhal murmuró que también él lo creía así. Debido a su turbación, fue más consciente que de ordinario del proceso de acomodación a que tenía que someterse para poder conversar con uno de los Harkavy. Les tenía cariño, eran muy amables, pero nunca había sido capaz de establecer un equilibrio satisfactorio en sus relaciones con ellos. La expresión de Mrs. Harkavy era como la de su hijo, animada y móvil. Pero había una permanente y soterrada melancolía en su animación que a veces salía a la superficie y pillaba a Leventhal por sorpresa.

—Un buen día la ciencia vencerá a la muerte —dijo—. El domingo pasado hubo un simposio en el *Times* acerca de ello.

Leventhal consiguió reponerse lo suficiente para replicar:

—Espero que sí...

—Parece cosa hecha. Después habrá que controlar el crecimiento de la población. Pero la ciencia se encargará también de resolver eso. Hay cerebros suficientes para todo. Un científico ha descubierto algo para hacer que los tejidos vivan para siempre. No creo que podamos esperar mucho durante nuestras vidas. Es algo para las generaciones futuras. Mientras tanto tenemos que sacar todo el partido posible. Creo que el padre de Mr. Banting murió de diabetes un año antes de que se descubriera la insulina. Y Mr. Bogomolets no pudo usar su propio suero debido al mal estado de su corazón, y se murió. Asa, ¿qué edad tenía el niño?

—Tres años y medio, cuatro...

El aire extravagante pareció abandonarla. Solo sus ojos se movieron para posarse en los de Leventhal con una mirada familiar, instantáneamente llena de significado.

—¿Es ese el hermano que vive en Queens?

—En Staten Island.

—Asa, a veces me parece monstruoso estar viva a mi edad, mientras hay niños que mueren.

A Leventhal no se le ocurrió nada que responder.

—Pero no estoy quitándoselo a nadie —dijo ella, cayendo otra vez en la extravagancia; le temblaba en los rabillos de sus ojos maquillados de verde.

—Mamá —llamó la voz de Julia.

—Los hombres están en el comedor, Asa. Hay vino y licores sobre el aparador. — Con el rostro arrebolado y un amplio bamboleo de sus anchas caderas dentro de un vestido azul de hombreras muy recargadas se dio la vuelta en dirección a la cocina.

Los invitados, todos desconocidos, estaban jugando a las cartas. Leventhal se sintió decepcionado. Esperaba ver a Schlossberg o a Shifcart.

—Juega una mano —dijo Harkavy.

—No; creo que no me apetece. ¿Va a venir alguien más, Dan?

—Faltan unas cuantas personas por llegar —dijo Harkavy. Estaba enfrascado en el juego.

Leventhal se sirvió una copa de vino y cogió una pasta de forma romboidal espolvoreada con azúcar. De pronto se acordó del regalo que había traído, terminó el vino de un trago, se sacó el paquete del bolsillo y entró en la cocina. Había una nube de humo sobre la placa. Julia estaba sacando del aceite un colador con patatas fritas; tenía la cara vuelta para evitar las salpicaduras y estaba diciendo muy nerviosa:

—Madre, madre, no dejes que Libbie se acerque.

—Quédate aquí, querida. No saques demasiado pronto esas patatas, Julia. Estarán crudas.

Leventhal se adelantó con su paquete.

—He traído una cosa para la niña.

—Es muy de agradecer —dijo Mrs. Harkavy—. ¡Con todos tus problemas!

Leventhal permaneció impasible.

—Aquí está —dijo—. Feliz cumpleaños.

Había un sello dorado sobre el papel de envolver y Libbie, después de lanzar una rápida ojeada a Leventhal, empezó a despegarlo.

—Ni siquiera «gracias, tío Leventhal». —Julia parecía furiosa.

—Julia, es solo timidez; está nerviosa.

—Di gracias, bichejo.

La niña se fue corriendo al vestíbulo, y Leventhal regresó al comedor. Se sirvió una segunda copa de vino dulce y luego una tercera.

—Ven, siéntate —le dijo Goldstone.

Leventhal hizo un gesto negativo con la cabeza y se recostó contra el aparador, apoyándose en el codo y bebiendo el vino a sorbos. Era ya la cuarta copa y empezaba a sentir una pesada tibieza, disolvente y lechosa. Se notaba en posesión de una extraordinaria claridad visual; se daba cuenta de que lo veía todo, de que captaba cada movimiento como si estuviera especialmente iluminado. Mientras las cartas caían o golpeaban con violencia el tapete de cuero rojo, Leventhal se entretenía observando las manos que barajaban, servían y manipulaban el dinero, así como la diversidad de nudillos y de dedos. Los de Harkavy eran blancos, puntiagudos y sin rasgos especiales. Las manos del hombre que estaba a su lado tenían las venas muy marcadas y estaban cubiertas de vello; el pulgar se hallaba vuelto hacia atrás y ennegrecido, quizá por el plomo: podía tratarse de un cajista de imprenta. En cuanto a las palmas las tenía enrojecidas y con unas rayas brutales. «Han trabajado mucho», reflexionó Leventhal. Y, sin embargo, aquellas manos eran muy ágiles con las monedas, contándolas y manejándolas con la soltura de una prolongada familiaridad.

Separándose del aparador, Leventhal entró en la sala de estar, que tenía las luces apagadas, y encendió un cigarro. Sentía que la sangre de su corazón y de su cerebro

era un licor espeso y fuerte, y que la sensación resultaba en su mayor parte placentera. Un poco dolorosa también. Esta suave congoja era, sin embargo, parte del placer. Bebió un sorbo de vino, lamió el pie de la copa, lo secó con la muñeca para evitar que hiciera un círculo y la dejó sobre una mesita. La voz de Mrs. Harkavy le llegaba desde más allá del vestíbulo. «¡Las generaciones futuras!», sonrió. «¡Cielo santo!». Se sentó cojeando y moviendo las piernas trabajosamente.

Al cabo de un rato vio que Harkavy entraba en la habitación, buscándolo al parecer. Alzó la voz desde su rincón.

—¡Eh! ¡Estoy aquí!

—Ah. Te has escondido para fumar un cigarro tranquilamente. La casa se está llenando. Mamá y Julia van a empezar a servir.

Leventhal oyó el arrastrar de sillas sobre el parqué del comedor.

—Dime, ¿va a venir Shifcart?

—Creo que no se le ha invitado. ¿Para qué lo quieres?

—¿Te parece que le causé una mala impresión el otro día?

—Solo puedo decirte que a mí sí me la causaste. Nunca he visto otra exhibición comparable de psicología de ghetto. Me asombró la actitud que tomaste hacia Disraeli.

—No, no me refiero a eso. ¿Te dijo él algo después?

—Nada. ¿Es esto un ataque de tu vieja debilidad... de tu miedo a no caerle bien a la gente?

—Quería sondearle sobre algo... Para ver qué decía. Si estaría dispuesto a echarme una mano con alguien.

—¿Para quién es el favor?

—Da igual, ¿no es cierto?

—Sí, claro. No tienes por qué decírmelo. —Había ya un timbre de exasperación en su voz.

—No importa para quién sea.

—Lo preguntaba por mostrarme servicial. No pienso jugar a las adivinanzas contigo. Sobre todo teniendo en cuenta que me llevas ventaja. Te he visto bebiendo.

—Podías haber tenido muchas oportunidades de echarme una mano —dijo Leventhal.

—Vaya, debe de ser ese... como-se-llame, que te ha estado molestando —dijo Harkavy con la repentina risita de quien hace un divertido descubrimiento—. Se trata de ese, ¿no es cierto?

Leventhal asintió en silencio.

—Entonces, ¿por qué tanto misterio?

—No hay ningún misterio —murmuró Leventhal.

—¿Para qué necesitas que alguien te eche una mano con él? ¿Qué es lo que quiere? No entiendo qué pinta Shifcart en este asunto.

—Resulta que el tal Allbee está interesado en trabajar en guiones

cinematográficos, y puesto que me dio una presentación para Dill's quiere que yo haga lo mismo para él con Shifcart, que se dedica a cosas de cine. No es más que un gesto simbólico, fundamentalmente.

—Sabes muy bien que Shifcart no tiene nada que ver con guiones. Se ocupa de actores, busca talentos.

—Allbee pensaba que quizá conozca a alguien en ese campo. Yo no lo creo así, pero me lo pidió, y pensé... Bueno, si he de serte sincero, Dan, no sabía qué pensar. Tenía mis dudas. Pero él me consiguió la entrevista con Rudiger. Así que pensé: «Bueno, que vaya y vea a Shifcart. ¿Por qué tengo que responsabilizarme de lo que responda Shifcart? Yo demuestro mi buena voluntad y le devuelvo el favor». Esa es toda la historia.

—No me lo creo. Me da la impresión de que se está riendo de ti.

Había una planta de Mrs. Harkavy detrás de Leventhal. Notó cómo una hoja le rozaba el pelo, y cerrando los ojos se inclinó hacia atrás.

—¿Cómo ha conseguido que te tragaras esa bola? —dijo Harkavy—. ¿Dónde ha oído hablar de Shifcart?

—Dio la casualidad de que estaba en casa y vio una tarjeta de Shifcart.

—De manera que sigue rondándote. Debes de darle ánimos. Creí que habíamos llegado a la conclusión de que no estaba en sus cabales.

—¡Tú llegaste! —Leventhal extendió el brazo, enormemente excitado—. Fuiste tú. Eso fue lo que tú dijiste. Lo comparaste con tu tía.

—Vaya, estás impetuoso esta noche. Los dos llegamos a la misma conclusión.

—¡No, no! —Leventhal se negaba a escucharle—. Lo niego rotundamente. ¡Rotundamente!

—¿De dónde lo saqué yo, si tú no lo dijiste? No soy capaz de entenderte. Yo no lo he visto nunca. De todas formas, ¿qué importancia tiene? ¿Por qué hay que hacer de ello un problema? Me doy cuenta de que estás un poco desquiciado. Aunque también es cierto que te has echado unas cuantas copas al colete; quizá eso explica en parte que te comportes de una manera tan curiosa. Sí, es muy curiosa. Siempre he pensado que no sabías cuidar de ti mismo. Me doy cuenta de que ese hombre te tiene completamente dominado. Va a verte, te excitas cuando hablas de él, vas a mandarlo a Shifcart...

—Lo mandaré a cualquier sitio para librarme de él.

—Ahí tienes; no dirías nada parecido si no estuvieras hundido en este asunto hasta los ojos. Me doy cuenta de que no dices todo lo que ha pasado; no hace falta adivinarte el pensamiento para verlo. Mi ayuda solo puede consistir en recordarte que se trata de algo muy serio. Ya no eres ningún niño.

—Dan, tú conoces a Shifcart. Esto es una cosa que hay que hacer. Dime... — Leventhal cogió a Harkavy de una mano.

—Puedes decírselo tú mismo.

—Sí, lo haré, pero quiero preguntarte...

—Será mejor que volvamos al comedor. Estarán esperándonos. Discutiremos esto mañana cuando tengas la cabeza más serena y si es que quieres sincerarte conmigo.

Los invitados, hombres exclusivamente, se habían quitado la chaqueta y estaban sentados en las sillas de respaldo alto. En la puerta de la cocina, hablando con Mrs. Harkavy, se hallaba Mr. Schlossberg, que acababa de llegar y llevaba todavía puesto su gabán marrón. Leventhal le dio las buenas noches y Schlossberg contestó:

—¿Qué tal está usted?

No parecía recordarle, sin embargo.

—Calle Catorce, hace un par de semanas —dijo Leventhal.

—Anda mal de memoria —susurró Harkavy. Se llevó a Leventhal al círculo de sillas alrededor de la mesa.

Sentado frente a él, Leventhal reconoció al poseedor de las manos enrojecidas que había contemplado durante la partida de cartas. Se llamaba Kaplan y su rostro tenía el mismo color de sus manos y estaba lleno de grietas. Tenía un estrabismo muy acentuado, como si —pensó Leventhal— hubiera hecho grandes esfuerzos para penetrar los cielos, no consiguiendo con ello más que deformarse los ojos. En aquel momento estaba alzando una copa de brandy mientras decía:

—A la salud de todos.

—Bebed, bebed —dijo alguien—. El año que viene en Jerusalén.

Leventhal oyó decir a Julia:

—El año pasado tuvimos una fiesta para niños. Acabamos con los nervios destrozados. De manera que esta vez hemos preferido invitar a personas mayores.

—¿Podemos empezar a comer? —preguntó Goldstone.

—Tenemos que traer primero la tarta —dijo Mrs. Harkavy—. No han tenido mucho cuidado en la pastelería —explicó a los invitados—. Algunos de los adornos se han caído al desenvolverla. Hemos hecho todo lo posible por arreglarla.

Julia puso sobre la mesa la tarta con las siete velas. Libbie se quedó mirando las llamas. Sus ojos se parecían mucho a los de su abuela y a los de su tío.

—Sopla, guapina —dijo Harkavy—. Apagarlas todas de una vez trae buena suerte.

Pero Libbie extendió una mano y trató de coger una gota de cera derretida.

—Libbie, querida... —le apremió su padre.

—Todo el mundo está esperando —exclamó Julia, llena de impaciencia—. ¿O prefieres tenernos a todos pendientes?

La niña inclinó el rostro hacia el brillante círculo de las velas. Leventhal vio la líquida imagen de todas ellas en sus ojos y sobre su frente blanca. Libbie sopló, y el humo blanquecino y aromático de la cera se fue extendiendo sobre la mesa. Los invitados aplaudieron y lanzaron exclamaciones.

—¿No es encantadora? —dijo Harkavy a Leventhal, que asintió con la cabeza y continuó mirando las velas con ojos apesadumbrados. Julia y Mrs. Harkavy besaron a la niña.

Empezaron a cenar. A Leventhal la ropa, especialmente su camisa, le apretaba y le rozaba, de manera que se desabrochó el último botón, explicándole a Harkavy con un gruñido:

—Me está degollando.

Pero Harkavy había reanudado una discusión iniciada ya unas horas antes con un tal Mr. Benjamin, sentado entre Goldstone y Julia. Leventhal se había fijado antes en él cuando se movía con relativa soltura por el vestíbulo, gracias a un zapato especialmente confeccionado para corregir su cojera. El color de su piel hacía pensar en un hindú, y tenía la cabeza cubierta de breves rizos canosos y unos labios desdeñosos manchados de pecas; también había una pizca de amarillo en sus ojos negros muy separados. Benjamin vendía seguros de vida y Harkavy había atacado a las compañías de seguros.

—Se ve clarísimamente en la investigación de Cardozo. ¿Es que hace falta decir más? El dinero que pagan los clientes se utiliza después en contra suya.

—No veo por qué —dijo Mr. Benjamin— hay que atacar a un negocio más que a otro. Tendría usted que estar en contra de todos. Y también del gobierno. Usted es un aficionado, Harkavy, nada más que un aficionado. He oído ese argumento en la boca de expertos. Es necesario pagar para que existan reglas y para que haya un orden. Se trata de un tipo de control o de otro. Los hombres necesitan un control. Y este es un yugo suave comparado con algunos.

—Mi querido amigo, no se puede ser más reaccionario —dijo Harkavy.

—¿Está usted en contra de todos los bancos y de todos los negocios? —preguntó Benjamin.

—Maldita sea, claro que lo estoy. —Harkavy alzó la voz.

—Oigamos el tipo de sistema que usted propone. —La acritud de Benjamin casi hizo desaparecer su sonrisa.

—Deja de pelearte, Dan, por el amor de Dios —dijo Goldstone.

—Voy a ponérselo más fácil —dijo Benjamin—. ¿No desea usted asegurar el futuro de las personas que quiere? Vamos a no discutir sobre el sistema mejor. El que tenemos ahora todavía funciona.

—Puede que no dure mucho. Nunca se sabe cuándo va a desaparecer todo de la noche a la mañana.

—Pero mientras tanto...

—Dan —interrumpió Mrs. Harkavy—, estás hablando de manera sensacionalista. No me gusta oírte decir ese tipo de cosas.

—Mamá, lo que digo es cierto. Ya ha habido antes grandes organizaciones y personas que pensaban durar para siempre.

—¿Se refiere usted a Insull? —dijo el invitado que estaba a su izquierda.

—¡Hablo de Roma, de Persia, del gran Imperio chino!

—Tenemos que vivir en el presente —dijo Mr. Benjamin encogiéndose de hombros—. Si tuviera usted un hijo, Harkavy, querría que fuera a la universidad.

¿Quién va a esperar a que llegue el Mesías? Cuentan la historia de un pueblecito en el viejo continente. Quedaba muy a trasmano, en un valle, de manera que los judíos tenían miedo de que viniera el Mesías y ellos no se enteraran. Así que construyeron una torre muy alta y contrataron a uno de los mendigos del pueblo para que se estuviera todo el día subido en lo alto. Un amigo suyo se encuentra con el mendigo y le dice: «¿Te gusta tu trabajo, Baruch?», y el otro responde: «No pagan mucho, pero creo que es un empleo fijo».

Toda la mesa estalló en una carcajada colectiva.

—¡De ahí puede usted sacar una buena enseñanza! —exclamó Benjamin con voz repentinamente más potente.

El mismo Leventhal notó que empezaba a sonreír.

—¡Ya lo creo que sí! —gritó Mr. Kaplan, poniendo una mano en el hombro de Benjamin.

Mrs. Harkavy, ruborizándose, alzó las cejas aprobadoramente y se tapó la boca con el pañuelo.

—De todas formas —dijo Harkavy—, me parece que no está bien ir asustando a la gente como lo hace usted.

—Y ahora, ¿de qué se me acusa?

Harkavy frunció las cejas.

—Sé cómo trabajan ustedes, los profesionales de los seguros —dijo—. Van a ver a un posible comprador. Allí está, detrás de su escritorio o de su mostrador, todavía en buena forma física, se podría decir. Tiene sus dolores y sus dificultades, pero en líneas generales todo marcha satisfactoriamente. De repente aparecen ustedes para decirle: «¿Ha considerado el futuro de su familia?». Es cierto que todos los hombres se mueren, pero están jugando con ventaja y golpeando donde saben que duele. Ese hombre piensa en ello a solas, de noche. La mayoría de nosotros lo hacemos. Pero ustedes se dedican a socavarle la moral durante el día. Cuando lo han asustado a conciencia les pregunta: «¿Qué debo hacer?». Y allí están ustedes con el contrato y la pluma estilográfica.

—Vamos, Dan —dijo Goldstone con acento moderador.

Benjamin le lanzó una mirada con sus ojos amarillos y negros como para decirle que no necesitaba defensores.

—¿Y qué pasa por ello? —dijo—. Les estoy haciendo un favor. ¿No deberían estar preparados?

—¡Oh, Muerte! —citó alguien desde el fondo de la mesa—. Vienes cuando menos se piensa en ti.

—Efectivamente, así es —dijo Benjamin alzándose con un golpe de tacón y señalando con la mano—. Así es.

—¡Cielo santo! —dijo Mrs. Harkavy—. ¡Qué tema de conversación más morboso para una fiesta de cumpleaños! Con toda esta comida sobre la mesa. ¿No podemos hablar de algo más intrascendente?

—La comida del funeral se convirtió en banquete de boda.

—¿De dónde demonios salen esas citas? —dijo Goldstone.

—Es Brimberg. Su padre murió y él pudo ir a la universidad. Goldstone sonrió.

—A ver cómo os portáis por esa zona —dijo—. Primos míos —le explicó a Leventhal al tropezarse casualmente con su mirada.

—Mi madre cosió su propio sudario —dijo Kaplan alzando hacia ellos sus estrábicos y brillantes ojos azules.

—Es cierto, era la costumbre —dijo Benjamin—. Todas las personas de edad solían hacerlo. Una buena costumbre, además, ¿no le parece, Mr. Schlossberg?

—Hay mucho que decir en favor suyo —replicó Schlossberg—. Por lo menos en aquellos días sabían dónde estaban y quiénes eran. Ahora no saben quiénes son, pero no quieren darse por vencidos. En el último funeral al que fui tenían hierba de papel para cubrir la tierra de la tumba.

—¿Así que está usted de parte de Benjamin? —dijo Harkavy.

—No, no exactamente —dijo el anciano—. Está claro que el negocio de Benjamin consiste en asustar a la gente.

—Entonces, ¿está usted de mi parte?

Mr. Schlossberg pareció impacientarse.

—No se trata de lo que sientan las personas —dijo—. No hace falta recordarles nada. No se olvidan. Pero están demasiado ocupados y son demasiado listos para morir. Es fácil de entender. Yo estoy aquí sentado, y con la mente puedo dar la vuelta al mundo. ¿Hay algún límite a lo que yo pueda pensar? Pero dentro de un minuto puedo morir en este mismo sitio. Yo sí tengo un límite. Pero tengo que ser yo mismo plenamente. Y eso significa que voy a morir, ¿no es cierto? Eso es lo que yo era desde el principio. No soy tres, cuatro personas. Nací una vez y también me moriré una vez. ¿Quieres ser dos personas? ¿Quieres pasarte de humano? Quizá es porque no sabes cómo ser una sola persona. Todo el mundo está muy ocupado. Cada hombre se transforma en una corporación completa para atender a los negocios. De manera que un accionista sube en el ascensor, otro está en la azotea mirando por un telescopio, otro está comiendo dulces y otro en el cine viendo una cara bonita. Pero no cabe duda de que hierba de papel en la tumba convierte en papel toda la hierba...

—Schlossberg siempre acaba sorprendiéndole a uno —dijo Kaplan. Modificó extrañamente su bizquera alzando las cejas—. Y dice lo que piensa.

—Mamá tiene razón —intervino Julia—. ¿Qué clase de conversación es esta para un cumpleaños?

—Nunca está fuera de lugar —dijo Benjamin.

—¿Fuera de lugar? —dijo Brimberg desde el fondo de la mesa—. Depende de gustos. Me contaron que a una francesa de vida alegre le gustaba ponerse un velo de novia para recibir a sus clientes.

—¡Sammy! —le regañó Mrs. Harkavy a voz en grito.

Hubo más risas y un vocerío general, del que salió una nueva conversación a la que Leventhal, sin embargo, no prestó atención. Como Harkavy no le estaba mirando se sirvió otra copa de vino.

Antes de estar completamente despierto, Leventhal, tumbado en el sofá-cama de Harkavy, donde había pasado la noche, se dio cuenta de que le dolía la cabeza, y cuando abrió los ojos hasta la grisácea luz de un cielo cubierto de nubes le resultó demasiado intensa; volvió la cara hacia el respaldo y alzó la colcha por encima del hombro. Estaba en camiseta y descalzo, pero con los pantalones puestos. Como el cinturón le apretaba se lo aflojó y luego sacó una mano para darse masaje en la frente. Por encima del brazo del sofá contempló los muebles de estilo, los helechos, los bucles y pliegues de seda en las lámparas pasadas de moda, y los dragones, las flores y los ojos de la alfombra. Le era familiar aquella alfombra. El viejo Harkavy la había comprado al subastarse los bienes de un cambista que se suicidó durante la Depresión.

De cuando en cuando el fuerte viento hacía que alguna ventana se cerrase de golpe, y cuando esto ocurría las puertas de cristales temblaban un poco. El vapor de agua silbaba en las cañerías y había un olor otoñal de radiadores calentándose. La nariz de Leventhal estaba seca. Notaba la aspereza del moaré contra su mejilla, pero no cambió de postura. Cerrando los ojos trató de librarse del dolor de cabeza adormilándose de nuevo.

Al oír un ruido detrás de la puerta de cristales dijo en voz alta:

—¡Pase!

Nadie entró, sin embargo, y Leventhal apartó a un lado la ropa de la cama. El reloj se le había colocado en la parte inferior de la muñeca al aflojarse la correa. Al ver lo tarde que era frunció el entrecejo: casi la una y media. Se sentó, inclinándose hacia delante, con la camiseta colgando informe sobre su voluminoso tórax. Cuando estaba a punto de coger los zapatos y los calcetines sus manos se le quedaron quietas sobre las rodillas, y se sintió de repente incapaz del menor movimiento y casi imposibilitado para respirar. Tenía la extraña sensación de que cada partícula de su cuerpo soportaba el peso entero del mundo, que se hacía presente también en su alma, que le apretaba hacia arriba en el pecho y hacia abajo en el vientre. Se concentró, moviendo los labios como alguien a punto de hablar, y consiguió expulsar el aliento dificultosamente por la nariz. Mientras tanto, algo parecía decirle que la interrupción de sus movimientos habituales al levantarse era, a pesar del sufrimiento que le causaba, una oportunidad encubierta para descubrir algo de extraordinaria importancia. Leventhal trató de aprovechar la oportunidad. Utilizó toda su energía en concentrarse, a partir del básico convencimiento de que el mundo le estaba oprimiendo y pasando a través de él. Más allá no conseguía ir, a pesar de sus intensos esfuerzos. Se sentía profundamente conmovido, pero perplejo. Siguió sentado en la misma postura, sin cambiarla en absoluto, su rostro sombrío orientado hacia los helechos que se apoyaban suavemente contra el cristal de color gris. Sintió un cosquilleo en las aletas de la nariz. Se le ocurrió que era como un hombre en una

mina que huele el humo y siente el calor pero no consigue ver las llamas. Y luego la forzada quietud y la enigmática oportunidad se desvanecieron juntas. Sus piernas se estremecieron y fue capaz de mover los pies hacia atrás y hacia delante sobre la alfombra. Se acercó a la ventana y oyó el fuerte chasquido del viento. Zarandeaba los árboles en el diminuto trozo de parque que se divisaba seis pisos más abajo, arrancaba los cables en los tejados, arremolinaba el humo bajo las nubes, esparciéndolo como hollín sobre parafina.

Se vistió, sintiéndose ya un poco más tranquilo. Los puños de la camisa estaban manchados; se los puso del revés y cambio de lado los gemelos. Se guardó la corbata en un bolsillo; volvería a ponérsela después de lavarse. Deshizo la cama, dobló las sábanas y la colcha de seda y las dejó sobre una silla. Cuando abrió las puertas con cristales esperaba encontrar a Mrs. Harkavy o a alguien de la familia en el vestíbulo, y se preguntó por qué la casa estaba tan silenciosa. La oscura habitación de Harkavy tenía la puerta abierta y la cama estaba vacía. Leventhal encendió la luz y vio unos pantalones que colgaban muy bien doblados del cajón más alto de la cómoda, y los tirantes enrollados en el suelo. Una revista abierta tapaba la lámpara.

Harkavy estaba en la cocina, completamente solo. Muy cerca de su codo funcionaba el tostador, y una cafetera se calentaba sobre el hornillo eléctrico. Llevaba una chaqueta de pana encima del pijama; una chaqueta con cinturón y grandes botones de cuero. Tenía los pies descalzos cruzados sobre una silla. Sus zapatillas verdes habían caído al suelo.

—Buenos días. —Harkavy le miraba divertido—. Aquí llega el juerguista.

—Buenos días. ¿Dónde está la familia?

—Han ido a la comida de cumpleaños del viejo Shifcart.

—Y tú, ¿por qué no has ido?

—¿Ir hasta Long Island City cuando tengo la posibilidad de dormir a conciencia?

Se marcharon a las nueve.

—Confío en que no te hayas quedado por mi culpa.

—¿Por ti? No, quería dormir. Los días de fiesta son la muerte si hay que levantarse pronto. —Acarició la chaqueta de color oro verdoso—. Me gusta desayunar tarde y con mucha calma. Costumbres de soltero. Mientras siga sin casarme tengo que mantenerme firme en mis privilegios.

La luz de la cocina, reflejada por los azulejos, y la pintura blanca del frigorífico le resultaron demasiado intensas, y Leventhal hizo un gesto casi inconsciente para rehuirla.

—¿Qué tal te sientes? ¿No muy bien?

—Me duele la cabeza.

—No estás acostumbrado a beber.

—No —dijo Leventhal. Le molestaba que se burlara de él.

—Anoche te brillaban mucho los ojos.

Le miró hoscamente.

—¿Hay algo de malo en ello?

—Nada. No te estoy criticando, entiéndeme, por alegrarte un poco. Probablemente tenías muy buenas razones.

—¿Dónde están las aspirinas?

—En el cuarto de baño. Enseguida te las traigo. —Harkavy hizo además de levantarse.

—No te muevas; las puedo encontrar yo mismo.

—Tómame un café. Te sentará mejor. —Quitó los pies de la silla. Eran alargados y muy blancos, con dedos tan finos como los de sus manos.

Leventhal se sirvió una taza de café solo. Estaba amargo y le dejó un sedimento sobre la lengua, pero notó que le sentaba bien.

Harkavy suspiró.

—También yo estoy un poco indispuerto. No por la bebida; la excitación, las discusiones y todo lo demás. Mamá, en cambio, se levantó a las siete y puso la casa en orden. ¡Tiene una vitalidad extraordinaria! Su madre... también ella era todo un caso. Vivió hasta los noventa y cuatro. ¿Te acuerdas de ella? ¿En Joralemon Street?

—No. —Leventhal, tratando de captar otra vez el sentimiento interrumpido al vestirse, halló que casi no había retenido nada de él.

—Yo pertenezco a un tipo diferente —dijo Harkavy—. La espada que desgasta la funda. Pero algunos de estos viejos... Mira a Schlossberg, por ejemplo, manteniendo aún a su familia, a ese hijo suyo que no sirve para nada, y a las hijas. A veces es un poco fanfarrón, pero hay que reconocerle el mérito que tiene. Con él se está ante un caso de «tócame y habrás tocado un hombre», y en estos tiempos que corren no siempre puede uno estar seguro de lo que toca. De vez en cuando me enfrento con él porque me gustan las buenas discusiones. No me fío de las personas que no discuten.

Poco a poco la actitud de Harkavy se fue modificando. Su postura sobre la silla se hizo más indolente, los talones muy separados sobre el linóleo y los brazos colgando por detrás del respaldo de la silla; en sus manos, cubiertas de un vello casi blanco, resaltaban mucho las venas. Sus párpados parecieron irritarse y enrojecer de pronto, y cuando empezó de nuevo a hablar lo hizo con un nervioso movimiento de cabeza, como si estuviera rechazando ya alguna objeción.

—¿Por qué no te sinceras en ese asunto del que hablábamos anoche? —dijo.

—¿Qué es lo que tendría que aclarar?

—Me desconcierta. He estado pensando sobre ello. Después de lo que dijiste de él, que trates de proporcionarle esa entrevista...

Leventhal no alzó el rostro de la taza.

—Estuvimos hablando ayer de eso. Te expliqué lo de Dill's.

—Debe de tenerte bien cogido.

Leventhal reflexionó: «Esto no es más que curiosidad por su parte. ¿Por qué tendría que satisfacerse? El domingo que podría haberme ayudado se fue con Goldstone y sus amigos, y ahora, porque le pica la curiosidad, quiere que se lo cuente

todo». Decidió no darle ninguna satisfacción. Sin embargo, el platillo empezó a temblarle en la mano y lo sujetó contra el pecho, inclinando la cabeza hasta que la piel se le llenó de pliegues bajo la barbilla y a lo largo de la mandíbula. Meditó sobre su debilidad. ¡Qué inseguro se estaba volviendo! El mismo Harkavy podía hacerle temblar.

—¿Cómo es que has cambiado de idea acerca de él? Dijiste que no estaba en sus cabales.

—No, fuiste tú.

—Gracias a la información que tú me diste. Tuve que fiarme de lo que tú me decías. Da la impresión de que ha hecho un buen trabajo contigo; ha conseguido hacerte creer todo lo que le ha venido en gana.

Leventhal se resistía testarudamente a contestar. Mantenía la cabeza baja con expresión de gastada paciencia.

Harkavy insistió.

—¿No es cierto?

Leventhal apretó los labios contra los dientes mientras se secaba la boca.

—Quizá yo tenía ganas de creérmelo —dijo.

—Es algo que me desborda completamente. Cuando viniste a hablarme de él estabas tan enfadado que lo habrías colgado. Te acusaba de alguna fechoría y te echaba la culpa de lo que le había pasado a su esposa y de no sé cuántas cosas más. Ahora quieres mandárselo a Shifcart con una recomendación. Y a no ser que esté equivocado tratabas de cazarme para que te ayudara. No daba crédito a mis oídos cuando me preguntaste sobre Shifcart. ¿Qué impresión crees que puede hacer en él un hombre como ese? Y, ¿por qué le dejas que ande rondándote? ¿No me has dicho que cogió la tarjeta de Shifcart en tu casa? Además, sabes que Shifcart no puede hacer nada por él.

—Supongo que no.

—¿Y de dónde ha sacado la idea de que Shifcart puede ayudarle?

Aunque sabía que estaba cometiendo una equivocación, Leventhal dijo, y hasta cierto punto fue una cosa involuntaria:

—Me parece que, en su opinión, todo el mundo del espectáculo es una organización judía, y que Shifcart puede mover resortes en beneficio suyo... Los judíos tienen influencia con otros judíos.

—¡No! —exclamó Harkavy—. ¡No! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Y estás tratando de hacer algo por él? ¿Estás dispuesto, a pesar de eso? ¿Qué opinión crees que voy a tener de ti, después de esto? ¿Estás seguro de que no has perdido la cabeza?

Sus manifestaciones de horror impresionaron a Leventhal.

—Mira, Dan, no quiero hablar más de esto. No me obligues. Te he preguntado sobre Shifcart. Me has dicho lo que piensas... Vamos a dejar las cosas así.

—Pero ¿cómo lo hace? —resonó la voz de Harkavy—. ¿Qué tiene contra ti? ¿Es

un chantaje? ¿Es que has hecho algo?

—No, nada... atravieso por muchas dificultades. Mi familia..., ya estás enterado de eso. Y la ausencia de Mary también se me hace cuesta arriba. Tengo los nervios un poco alterados. Noto que he estado tratando de librarme de algo. No me estás ayudando mucho. Solo quiero que me dejes resolver este asunto a mi manera.

Para Leventhal aquello era dar muchas explicaciones; algo exorbitante, como una súplica. Le temblaban las manos más que nunca. Dejó la taza, derramando algo de café en el plato.

—¿Qué hay entre vosotros? ¿Cómo lo consigues? Primero vienes a quejarte de él. Después me entero de que dice cosas que parecen sacadas de los *Protocolos*<sup>[10]</sup>, pero eso ya no te parece mal. —Golpeó con furia la mesa de metal, la cara y la garganta completamente rojas—. ¡Influencia con los judíos! —gritó.

«Eso ha sido una equivocación garrafal», se reprochó Leventhal en silencio. «No tendría que haberlo dicho. ¿Por qué se me habrá escapado? Ni siquiera estoy seguro de que Allbee piense eso».

—No pierdas los estribos —le dijo a Harkavy—. Me doy cuenta de que parece una cosa muy desagradable, pero tú no conoces los hechos. Puedo opinar sobre esto mejor que tú. —Hablaba en voz muy baja para poder controlarla.

—¿Los hechos? ¿Qué le estás dejando hacer a ese hombre? ¿Estás perdiendo la chaveta?

—No seas estúpido, Dan —exclamó—. Sé que lo dices con buena intención, pero te estás acalorando demasiado. Y, por favor, acuérdate de mi madre antes de repetir una cosa así. Te hablé sobre ella de amigo a amigo. Todavía no te has enterado de lo que significa.

Esto silenció a Harkavy por unos instantes. Pareció mirarlo ceñudamente. En realidad se estaba aclarando la garganta. Después de examinarlo durante un rato, dijo:

—Desde luego, eres una persona privilegiada. El único hombre vivo cuya madre se volvió loca y murió. —Inmediatamente cambió de tono, dando una violenta palmada—. De amigo a amigo, ¿cuáles son los hechos? Lo de Shifcart es una tontería tan grande que no merece la pena hablar de ello. Pero tú debes de estar hipnotizado. Dime qué es lo que está pasando. ¡Fíjate en la pinta que tienes!

—¿Qué me pasa?

—Pareces un desenterrado.

—Bueno, ya te lo he dicho. Ha sido la muerte del niño en primer lugar.

—Eras más sincero anoche cuando estabas borracho. Reconociste que querías quitarte a ese hombre de encima. No te escondas detrás de tu sobrino. Eso no está bien. No es honesto. ¡Despiértate! ¿Qué es la vida? ¿Metabolismo? Eso es lo que es para los insectos. ¡Santo cielo, no! ¿Qué es la vida? Consciencia, eso es lo que es. De eso andas tú un poco falto. Por el amor de Dios, haz un esfuerzo para espabilarte. Este asunto es una cosa muy peligrosa.

Leventhal miró a Harkavy con inexpresiva perplejidad.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo —dijo finalmente—. En primer lugar, cuando acudí a ti fuiste tú quien me habló de Williston...

—¿Y?

Pero Leventhal no quiso seguir.

—¿Y? ¿Qué más? —dijo Harkavy, inclinándose hacia delante.

Se produjo una breve pausa y después Leventhal dijo:

—Oye, tengo que tomarme esa aspirina.

Se puso en pie.

—De acuerdo, no quieres que te ayude. No puedo obligarte. Que Dios te bendiga. Has perdido una oportunidad de desahogarte y de que te aconsejaran. ¿Tienes tantos amigos para permitirte ese lujo? —Puso una rebanada de pan en el tostador y bajó la palanca con un brusco movimiento.

Entre las botellas de lociones y de colonia y las cajas de polvos en el armario de las medicinas de Mrs. Harkavy, Leventhal encontró las aspirinas y se tragó una tableta bebiendo un poco de agua del grifo. Llenó el lavabo de agua tibia y se remangó la camisa; su suave color verde le producía una especie de placer. Hundió las manos en el agua y luego contempló la bañera con su grueso caño niquelado. El armario de la ropa estaba abierto y dejaba escapar un perfume a jabón. Leventhal cogió una toalla y puso el tapón en el desagüe.

—Voy a darme un baño, si no te importa —gritó en dirección a la cocina.

—Como gustes.

El agua empezó a correr con gran estrépito, Leventhal cerró la puerta y procedió a desnudarse. El cuarto de baño se fue calentando. Se sentó en el borde de la bañera, entre el fragor del agua, que dejaba escapar nubes de vapor, y procedió a enjabonarse con gran energía y total concentración. Por alguna razón el ruido del chorro al caer le servía de alivio. Después, tumbado ya y dejándose mecer por el balanceo del agua hizo notar, a manera de elogio: «No ha conseguido sacarme nada». Se frotó el pecho, liberando diminutas burbujas de aire cogidas entre el pelo. «Obtendré mejores resultados ocupándome yo solo de estas cosas», pensó. Cerró el agua fría y la caliente siguió corriendo, verde con una trama interior blanca y un hilo de vapor.

Se preguntó qué tal le iría a Max con Elena. Le preocupaba su hermano, por supuesto, pero sobre todo Philip, por quien, si resultaba que Max estaba equivocado en cuanto a Elena, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para salvarlo. Dejó para más adelante pensar sobre sí mismo. Tendría que acabar por hacerlo... en el caso de que Max estuviera en lo cierto sobre Elena, y él equivocado. No cabría minimizar las razones de semejante equivocación; era necesario ahondar para ponerlas al descubierto. Pero ahondar cuando tuviera fuerzas para emprender la tarea, no ahora. La pastilla de jabón que tenía en la mano, al disolverse, formó un anillo de espuma que se fue extendiendo sobre el agua.

Mientras se secaba el corazón le latía muy deprisa. Sin embargo, el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo y se sintió revigorizado y casi alegre.

Volvió a la cocina. Harkavy había puesto platos y estaba preparando unos huevos revueltos.

Fue ya casi al terminar de comer cuando sufrió un retroceso; una dolorosa corriente que tocó en lo vivo sus nervios demasiado tensos. No podía seguir con Allbee de aquella manera. Ya estaba bien. Tenía que terminar. Cualquiera día recibiría la noticia de que Mary se iba a poner en camino. ¿Qué pasaría si volviese antes de que aquel asunto hubiese concluido? Se libró de aquel temor de manera muy semejante a como uno se quita de la cara un insecto que se aferra a ella. Y Allbee, como él no había dormido en casa la noche pasada, podía pensar..., ¿qué podía pensar, que tenía miedo de él? Eso podría darle confianza para hacer nuevas demandas. Estaba dispuesto a darle una recomendación para Shifcart. Más, no. Y tendría que irse de su casa. «¡Ya está bien!», decidió en silencio. «¡Basta ya, basta ya!». Se le cayó el tenedor con gran estrépito. Bajo la mirada interrogadora de Harkavy dio la impresión de seguir tan imperturbable como de costumbre; algo desanimado, pero tranquilo. Recogió el tenedor y tocó la comida con él. Pero fue incapaz de ingerir un bocado más.

Se puso en camino hacia su casa a las cuatro y media. El viento había cesado, el aire estaba frío y oscurecía muy deprisa. En el parque diminuto los rojizos esqueletos de las hojas susurraban sobre el camino y crujían al aplastarlas con el pie. En las que todavía colgaban dificultosamente de los árboles quedaba muy poco verdor. Una tibieza húmeda, que olía a piedra, salió del metro, y a través de las rejillas Leventhal vislumbró la luz mortecina sobre el lecho de la vía y los raíles, duros y grises en su brillo simultáneo. Las cercanas casas de piedra tenían aspecto otoñal, y lo mismo pasaba con las tapas de hierro de las alcantarillas, bruñidas por el roce de innumerables pies, y que lanzaban destellos de gran intensidad. El verano parecía haberse transformado prematuramente en frío y oscuridad. La gente que se hubiera marchado de la ciudad para pasar la fiesta estaría encendiendo fogatas en las playas, si es que no se amontonaban ya en los trenes, de vuelta para Nueva York.

Leventhal se detuvo en la acera frente a su casa. Todas las ventanas del edificio estaban a oscuras. La lamparita roja del vestíbulo parecía estar incrustada en el montante y extendía su color ensangrentado por los rincones, iluminando incluso la barroca cabecera del pasamanos en la parte de atrás. Las enredaderas de Mrs. Núñez, trepando apretadamente, se balanceaban sobre cuerdas tirantes. «Allbee no está», se dijo Leventhal. Se sintió lleno de exasperación, casi como si Allbee se hubiera marchado para que él se sintiera defraudado. Pero en realidad le venía bien ser el primero en llegar a casa, porque aún no había decidido cómo enfrentarse con Allbee. Y mientras subía las escaleras tocaba de cuando en cuando la polvorienta concavidad de la pared, y pensaba: «¿Qué voy a hacer?». A decir verdad estaba demasiado excitado para hacer planes. Subió rápidamente, algo sorprendido ante el número de descansillos, y preguntándose hasta que reconoció una cubeta con colillas medio enterradas en la arena, por qué le resultaba todo tan poco familiar. Al llegar al cuarto piso apoyó la espalda contra la pared, mientras buscaba la llave en los dos bolsillos de la chaqueta. Sacó un puñado de monedas y varias llaves y empezó a examinarlas a la débil luz del descansillo. Entonces le pareció que alguien andaba por el apartamento. Podía ser que Allbee hubiera estado durmiendo y acabara de levantarse. Eso explicaría que las ventanas estuvieran a oscuras. Llamó con los nudillos y acercó el oído a la puerta. Estaba seguro de haber escuchado pasos.

Muy nervioso introdujo la llave en la cerradura. La puerta cedió unas pulgadas, y luego se detuvo con un entrechocar de eslabones. Leventhal introdujo la mano y comprobó que la cadena estaba echada. ¿Habría ladrones en la casa? Estaba a punto de bajar corriendo en busca de Núñez o para telefonar a la policía cuando oyó decir a Allbee:

—¿Es usted?

—¿Por qué está echada la cadena? —preguntó.

—Luego se lo explicaré.

—Nada de eso, me lo va usted a explicar ahora mismo.

Pero la cadena siguió echada. Leventhal se dijo a sí mismo que no convenía perder la cabeza, pero un instante más tarde golpeó la puerta hasta hacerla vibrar, y esperó, contemplando los ennegrecidos churretes y grietas del esmalte. Después reanudó los puñetazos, enfurecido, gritando: «¡Usted! ¡Abra!». Al dejar de golpear oyó un débil ruido, y mirando por la abertura de la puerta vio el rostro de Allbee, o más bien un segmento de su cara: la nariz, un labio carnoso y, con un curioso efecto de permanencia de la imagen, como en un estado hipnótico, un ojo y la familiar mancha bajo él.

—¡Vamos! —le dijo.

—No puedo —susurró Allbee—. Vuelva un poco más tarde, haga el favor. Deme un cuarto de hora.

—No le doy nada.

—Diez minutos. Sea razonable.

Leventhal se arrojó contra la puerta, volviéndose para golpearla de costado, con el hombro bajo y los pies bien firmes en las baldosas del descansillo. Se agarró a la jamba de la puerta y empujó. Dentro se oían ya dos voces. Volvió a arremeter más desesperadamente. La cadena se rompió y Leventhal salió disparado contra la pared del vestíbulo. Recobrándose enseguida se precipitó en la sala de estar. Allbee, desnudo y desgarbado, estaba en pie junto a una mujer que se vestía precipitadamente. Él la ayudaba, ofreciéndole las medias y la ropa interior del montón de prendas que había sobre la silla junto a la cama. La mujer tenía la falda puesta, pero estaba desnuda de la cintura para arriba. Apartando a un lado la mano extendida de Allbee, que le ofrecía las medias, se inclinó para meterse un pie en el zapato, introduciendo el dedo por detrás del talón. El pelo le tapaba la cara; Leventhal, sin embargo, creyó reconocerla. ¡Mrs. Núñez! ¿Era Mrs. Núñez? Lo horrible de aquella posibilidad hizo que se le pusieran los pelos de punta y que las protestas a punto de salir de su boca quedaran ahogadas.

La mujer se inclinó hacia la luz —solo estaba encendida la lámpara de la cama, arrojando un círculo de claridad muy limitado sobre las sábanas en desorden y la alfombra— y volvió del derecho las mangas de su blusa. Leventhal vio el brillo de unos ojos asustados y unos pechos que colgaban pesadamente, mientras la mujer introducía el brazo por una manga. Mientras tanto, Allbee se apresuró a cerrar la puerta. Al volver se puso la camisa, la camisa nueva que había comprado en la Segunda Avenida. La vuelta del cuello se le quedó tiesa contra el cogote. Después se puso los pantalones, perdiendo casi el equilibrio al cambiar de pie. Respirando con dificultad, bajó la vista y, mientras se abrochaba la pretina, dijo a Leventhal con voz queda:

—Por lo menos váyase un rato a otra habitación, hasta que ella se marche.

—Usted lárguese también.

Allbee inclinó la cabeza, y Leventhal no pudo saber por su expresión si sus

palabras habían sido una súplica o una orden. Le lanzó una mirada de indignación y de desprecio y echó a andar hacia la cocina. La mujer se volvió y pudo verla claramente. Se estaba arreglando el pelo, los codos por encima de la cabeza. Era una desconocida y no Mrs. Núñez; una mujer, sencillamente. Leventhal se sintió enormemente aliviado, y tuvo al mismo tiempo una punzada de remordimiento al pensar en su sospecha. Era una mujer corpulenta, de anchas caderas; tenía los hombros rectos, y las líneas de la blusa los hacían parecer cuadrados. Era alta y con el pelo negro; ahí acababa el parecido con Mrs. Núñez. Había algo irregular en la forma de sus ojos; uno era más pequeño que el otro. Con el más grande y brillante de los dos le devolvió la mirada. Su sonrisa era insegura y llena de resentimiento. Leventhal se quedó junto a ella un momento, respirando el fuerte olor a polvos o a perfume que se desprendía de su cuerpo con el calor de la habitación. Luego la mujer, después de colocarse en el pelo una peineta blanca, se apartó de él.

Leventhal se encerró en la cocina dando un portazo y a oscuras, junto al palpitar del frigorífico, esperó escuchando los apagados sonidos de una conversación. No intentó seguirla. Luego se oyeron pasos; eran los de la mujer, en dirección a la puerta. Leventhal había salido de la habitación por ella, fundamentalmente, para hacerle la situación menos embarazosa. No era culpa suya. Probablemente Allbee no le había dicho que el piso era de otro. ¡Semejante desvergüenza! Leventhal casi llegó a gritar de indignación. Contrajo la cara ferozmente, estirando la boca. ¡Una cosa tan sórdida! El frigorífico vacilaba y temblaba, pero siempre concluía por recuperarse y seguir marchando, caótica e interminablemente testarudo. El motor le quedaba a la altura de los ojos; podía ver cómo saltaban chispas azules. La única otra cosa visible en la habitación era el piloto del gas, también azul, un azul mucho más oscuro, entre las negras cavidades y las barras de la placa de la cocina.

Seguía teniendo presente la mirada de la mujer. Y también su perfume; parecía agarrarse a las paredes. Seguían oyéndose voces en el vestíbulo. Leventhal pasó al comedor. Sobre las sábanas arrugadas del sofá-cama, junto con la grisácea almohada, casi negra, había periódicos, ropa interior y calcetines. Entre las cortinas, sobre el alféizar, descubrió una taza de café en la que flotaban gotas de moho, y también migas y restos de comida.

La puerta del apartamento se cerró y Leventhal volvió hacia la sala de estar.

—Escúcheme —dijo Allbee, nada más verle cruzar la puerta de la cocina—. Pensé que se había ido fuera a pasar el fin de semana. Anoche no vino usted a casa. Pensé...

—Pensó en traerse una puta de la calle.

—No..., espere un momento. —Dejó escapar una risa precipitada, falta de aliento en cierta manera—. Sé que soy un bala perdida. Nunca he pretendido ser algo que no fuera. ¿Por qué sulfurarse tanto? Podía haberme concedido unos minutos. —Hablabla apaciguadoramente, protestando sin perder el buen humor. Estaba pálido y tenía los labios secos. Una sonrisa casi furtiva, fanfarrona, le duraba aún en las comisuras de la

boca.

—¡En mi cama! —Leventhal enrojció profusamente.

—Bueno, el sofá del comedor resulta muy estrecho. No era el lugar apropiado para llevar a una dama... Quería un poco más de sitio... —No estaba en absoluto seguro de sí mismo, y su voz vaciló mientras decía el chiste—. No consigo ver qué razones hay para enfadarse tanto.

—¡No las ve, claro! Seguro que ha disfrutado usted acostándose con esa mujer donde yo duermo.

La vehemencia de su odio produjo una transformación en la sonrisa de Allbee; se hizo burlona, y un fuerte tinte amarillento se extendió por sus ojos inyectados en sangre. Leventhal le oyó murmurar algo sobre «remilgos».

—¡Hipócrita! Creía que no se había repuesto aún de la muerte de su esposa.

—¡No saque a relucir a mi esposa! —gritó Allbee.

—¿Por qué no? ¿No se pasa la vida llorando por ella?

—¡Déjela en paz! No hable de cosas que no es capaz de entender.

—¿Qué es lo que no puedo entender?

—¡Eso, desde luego! —dijo Allbee con voz ronca. Su rostro estaba completamente rojo; era como si le hubieran marcado los pómulos al fuego. Pero se contuvo y el color se fue retirando lentamente. Pareció forzarse a hacer un gesto de retractación—. Quiero decir —explicó— que está muerta. ¿Qué tiene que ver con esto? Yo tengo mis necesidades, naturalmente, como cualquier persona.

—¿Y qué tenía ella que ver con las otras cosas? ¡Hipócrita, más que hipócrita!, la ha estado usando para que me compadeciera de usted. De acuerdo, ¿qué me importa? Váyase al infierno. Pero no le ha parecido suficiente ensuciar el piso hasta tal punto que ya no soporto entrar en él; ha tenido que traer a esa mujer a mi cama.

—Pero ¿qué razón hay para enfadarse tanto? ¿En qué otro sitio, mejor que en una cama...? —Parecía divertirse otra vez, y empezó a guiñar sus ojos inyectados en sangre—. ¿Qué hacen ustedes? ¿Tienen quizá algún otro método, más refinado, diferente? ¿No aseguran ustedes ser como los demás? Esa es su manera de decir que están por encima de todos. Ya lo sé.

—Recoja las cosas que tenga en el comedor y ahueque el ala. No quiero tener nada más que ver con usted.

—No le importa nada lo de la mujer. La está usando como pretexto para incumplir su promesa. ¡Y yo que creía saber todo lo que hay que saber sobre cinismo! ¡Dios es testigo de que puede usted dar lecciones! No he conocido a nadie que le llegue a la altura del zapato. Supongo que en el mundo existen ejemplos de todo lo que un hombre pueda imaginar, tanto si es algo grande como si se trata de algo monstruoso. No cabe duda de que no es usted igual que los demás. —Lo miró con viveza, resplandeciente, triunfantemente insolente—. ¡Como si mi esposa le importara algo! Pero su instinto le indicó dónde morder, de la misma manera que los insectos saben dónde van a encontrar más savia.

—¡Farsante asqueroso! —gritó Leventhal roncamente—. ¡Impostura viviente! Lo he dicho porque me asombra que se pueda mentir tanto, ¡siempre con los ojos llenos de lágrimas falsas y el nombre de su esposa en la boca cada dos palabras! La pobre mujer, ¡qué vida la suya, con un anormal como usted, que parece salido de un circo! No le importa en absoluto lo que dice. Siempre suelta lo primero que se le pasa por la cabeza. No llega usted a humano, si quiere saberlo. No tiene nada de sorprendente que lo abandonara.

—Es muy interesante que se ponga usted de su parte. Porque era como yo. ¿Qué le parece? ¡Éramos iguales! —gritó.

—Bueno, ¡váyase! ¡Ahueque el ala! Le dije que se marchara cuando se fue la mujer.

—¿Qué hay de su promesa?

Leventhal le empujó en dirección a la puerta. Allbee retrocedió unos cuantos pasos, y cogiendo un pesado cenicero de cristal hizo con él un gesto amenazador y exclamó:

—¡No me toque!

Leventhal se lanzó sobre él y le tiró el cenicero al suelo. Sujetándole los brazos le hizo dar la vuelta y lo llevó hasta el vestíbulo.

—Suélteme. Ya me voy —jadeó.

La puerta, al abrirla Leventhal con fuerza, golpeó a Allbee en la cara. No ofreció la menor resistencia cuando Leventhal lo sacó al descansillo y, sin mirar atrás, empezó a bajar las escaleras.

Completamente sin aliento, Leventhal se dejó caer en una silla al mismo tiempo que se abría el cuello de la camisa. El sudor le caía sobre los ojos, y un dolor que empezaba en los hombros fue descendiendo atravesándole el pecho. De repente pensó: «Quizá esté aún rondando por ahí. Será mejor que eche una ojeada». Tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse y llegar hasta la escalera. Apoyándose en el pasamanos miró por el hueco. No se oía nada. Mientras volvía al apartamento pensó: «Ni siquiera tuvo valor para defenderse. A pesar de lo mucho que me odia. Y es más alto; podría haberme matado». Se preguntó si lo habría atontado al golpearlo en la cara con la puerta. El ruido del choque seguía sonándole en los oídos.

Se detuvo a examinar la cadena. La armella no había hecho más que soltarse, y sería fácil clavarla otra vez. Pero uno de los eslabones se había partido. Tiró el fragmento roto. En los surcos de la alfombra, en la sala de estar, había un largo reguero de cenizas que hacía una curva. Se limpió el sudor con la manga y contempló la habitación: furioso pero exultante también; percibía vagamente que el desorden y la agitación eran parte del precio que necesitaba pagar por verse libre de Allbee.

Los radiadores estaban muy fuertes y hacía un calor insoportable en la habitación. Abrió la ventana de par en par y se asomó. Oyó inmediatamente el tumultuoso

descenso del metro de la Tercera Avenida, que se alzaba sobre el ruido de la calle, en un flujo continuo. La gente andaba entre franjas de luz en las aceras, luz que salía de ventanas que dejaban ver suelos alfombrados y formas de muebles; atravesaban el brillo de la jaula de cristal que sobresalía delante del cine, alcanzando unas sombras, tributarias de otras sombras más profundas que llevaban, todavía más adelante, a enormes agujeros llenos de luz y de ahogados rugidos. «¿Estará en algún sitio por aquí cerca?», se preguntó Leventhal. Dudaba que Allbee se hubiera quedado por aquellos alrededores. Sabía a ciencia cierta que no le quedaba la menor esperanza después de aquella noche. Y seguía siendo un misterio cuáles habían sido sus esperanzas con anterioridad a aquello. La idea de una recomendación para Shifcart perdía todo su significado; era una petición improvisada, para salir del paso. Ser capaz de darse cuenta de aquello hizo que Leventhal se sintiera otra vez él mismo después de un largo intervalo.

La brisa le estaba enfriando con demasiada rapidez. Metió la cabeza para dentro, tiritando, y se sentó, limpiándose los granos de arena del alféizar que se le habían pegado a las palmas de las manos. Tenía la garganta irritada y dolorida y un peso mortal en el costado. Pero se quedó sentado descansando un poco y enseguida se sintió mejor. Cuando se puso otra vez en pie empezó a ordenar el piso de manera totalmente asistemática, pasando lentamente y sin plan alguno de una tarea a otra.

Quitó la ropa de las camas y la echó en el cesto de la colada. Después, sin tomarse la molestia de limpiar los restos de comida derramó jabón en polvo sobre los platos amontonados en el fregadero y abrió la llave del agua caliente hasta que quedaron todos cubiertos por la espuma. Puso sábanas limpias en su cama, metió desmañadamente las almohadas en sus fundas y apartó el somier de la pared para remeter las mantas. En el comedor le dio la vuelta al colchón del sofá-cama y forzó las ventanas, que estaban muy duras porque no se abrían casi nunca. En una de las sillas encontró una bolsa con el nombre de una camiseta de la Segunda Avenida. Contenía la camisa vieja de Allbee y algunas otras cosas que no se detuvo a examinar. Puso la bolsa en el montacargas, junto con los calcetines, camisetas y periódicos que Allbee había acumulado. En el cuarto de baño, a continuación, retiró las toallas, abrió la ducha para enjuagar la bañera e hizo un esfuerzo por limpiarla. Renunció enseguida y volvió a poner el trapo en la cañería detrás del lavabo.

Estaba poniendo las sillas en su sitio cuando vio una peineta sobre la alfombra. Sería la compañera de la que usara la mujer para sujetarse el pelo. Al examinarla no pudo resistir la tentación de olerla. Era una peineta blanca, de hueso, con los dientes manchados de amarillo siguiendo una línea irregular. Por un lado estaba decorada con un trozo de vidrio en forma de rombo; en el otro se le había caído el adorno. No se detuvo mucho tiempo mirando la peineta; la dejó caer en seguida en la papelera. Se acordó de las mujeres en la trifulca de la esquina que presenciara varias semanas atrás y se le ocurrió que quizá esta podía haber sido una de ellas. No habría tenido nada de extraordinario. Después de todo, ¿dónde podía haberla encontrado Allbee?

Probablemente en un bar del barrio.

Una ráfaga de viento atravesó el piso mientras recogía las cenizas de la alfombra, y trajo a la habitación la frialdad y el vacío del exterior. Sin embargo, el olor de la peineta volvía a presentársele de cuando en cuando, trayendo consigo, como un remordimiento, algún fragmento de lo que había ocurrido allí poco antes. Tenía que haber sido aterrador para ella oír el crujido de la puerta y después salir corriendo de la cama: otra cama más. E incluso admitiendo que pudiera soportar un trato brutal mejor que otras (muchas mujeres se habrían echado a llorar de miedo o simplemente a causa de la humillación), lamentaba haber sido él el responsable. Se arrepentía de todo el incidente por causa de ella, y casi deseó haber escuchado a Allbee, alejándose por unos minutos. Podía haberse ocupado de él más tarde. Leventhal recordaba con mucha nitidez unos cuantos detalles de la mujer: la rotundidad de su figura cuando solo llevaba la falda puesta, la manera que había tenido de inclinarse para meter el pie en el zapato, la forma de mirarlo con aquellos ojos de tan extraña conformación. De pronto se le ocurrió que había en ellos más regocijo que miedo y pudo comprender también que, con un poco de distanciamiento, era posible que la mujer hubiera encontrado divertido el incidente. Fue acordándose de cómo Allbee había tropezado al ponerse los pantalones y de qué manera tan cómica le había ofrecido las medias a ella. Era vulgar, era penoso, pero resultaba divertido. Sonrió, se le dilataron los ojos y le brillaron; empezó a reír a carcajadas, golpeando el suelo con la escoba. «¡Las medias! ¡Las malditas medias! ¡Ahí de pie completamente desnudo y dándole las medias!». De repente empezó a toser. Cuando terminó de reír y de toser su rostro siguió siendo mucho más expresivo que de ordinario. Sí, y no tenía que dejarse a sí mismo fuera de la escena, lanzándoles a los dos miradas incendiarias. Mientras tanto, Allbee estaba enojadísimo, pero tratando de no perder la cabeza. La mujer debía de haber notado que no se atrevía a expresar sus sentimientos. Quizá Allbee había estado presumiendo delante de ella, contándole toda clase de mentiras sobre sí mismo, y esa era la razón de que se divirtiera viéndolo en aquel aprieto.

Pero cuando se sentó un momento en la cama, todo el aspecto cómico del incidente se esfumó como por ensalmo. Estaba equivocado en cuanto a la expresión de la mujer; trataba de transformarla en algo que él pudiera soportar. La verdad era muy diferente con toda probabilidad. Había empezado a ver lo sucedido con los ojos de la mujer y había terminado cambiándolos por los suyos, consiguiendo de esa manera ponerla de su parte. Cuando, de hecho, ella estaba más cerca de Allbee. Ambos, Allbee y la mujer, venían hacia él nadando desde unas profundidades vitales en las que él se sentiría perdido, se ahogaría. Allí se ocultaban el horror y el mal, todo lo que él había mantenido lejos de sí. En sus días de recepcionista en el hotel del East Side estuvo tan cerca de ello como era capaz de soportar. Entonces lo había visto cara a cara. Y a partir de aquello había aprendido aún más mirando por el rabillo del ojo. ¿Por qué no decir corazón, más que ojo? Era su corazón quien lo recibía, con terrible dolor y angustia, en forma de golpes violentos. Entonces, puesto que el miedo y el

dolor eran tan intensos, ¿qué era lo que le atraía?

Empuñó otra vez la escoba para volver a su tarea. Mientras se agachaba sobre sus piernas temblorosas para barrer las cenizas estaba pensando: «Quizá no hice lo que tenía que haber hecho. No sabía lo que era y sigo sin saberlo. Y tenía que producirse una crisis antes o después. ¿Qué podía yo hacer con él? Me odiaba. Me odiaba lo suficiente para cortarme el cuello. No lo ha hecho porque es demasiado cobarde. De ahí que organizara todos esos números. Los preparaba tan en contra suya como mía, y la razón para ello es que se odiaba por no tener el valor suficiente, pero haciendo payasadas conseguía olvidarse de sus propios sentimientos... Todas esas cosas, la mostaza en el restaurante y ponerse de rodillas... De eso se trataba. Y yo tenía que hacer algo con él. Imagino que lo he resuelto muy mal. De todas formas, ha terminado ya; eso es lo más importante...».

Las sillas no acababan de tener el mismo aspecto que cuando Mary las colocaba; la cama no estaba bien hecha. Todavía quedaba una línea de cenizas sobre la alfombra. Sin embargo, las cosas empezaban a enderezarse y a Leventhal le calmaba estar ocupado. Abrió una lata de sopa de verduras y la puso al fuego. Mientras se calentaba lavó los platos y, por primera vez en varias semanas, encendió la radio simplemente para oír una voz. Sonó el teléfono. Era Max, llamando, dijo, desde una farmacia en la calle Catorce. No quería presentarse una segunda vez sin avisar. Buena idea, pensó Leventhal; no le habría abierto la puerta.

Diez minutos más tarde, cuando estaba terminándose la sopa, llegó Max. Elena había accedido por fin a dejar Nueva York. Esas eran sus noticias. Venía de Pennsylvania Station, donde había ido a buscar los billetes. El hermano de Villani, que tenía un establecimiento de compra y venta en la calle Bleeker, les compraba los muebles.

—Comprar cosas nuevas en el sur nos costará el doble de lo que él nos va a dar —dijo.

—Tampoco querrías llevarte los muebles que tenéis.

—¿Qué les pasa? Lo hago porque el transporte es demasiado caro, no por otra cosa. —Después sonrió mirando a Leventhal—. ¿Qué...? —dijo.

—¿Te refieres a que me había equivocado en lo de Elena?

—Ya lo creo. Y también sobre la vieja.

—Ah. Bueno, me pillaste en un mal momento la otra noche, Max. No siempre soy así. No quisiera haberte ofendido.

Las líneas que Max tenía alrededor de los ojos se hicieron más pronunciadas.

—Creo que me divirtió la manera que tuviste de describir a la vieja —dijo.

—Me alegro mucho de que hayas conseguido que Elena cambie de opinión. Ya verás cómo todo os va a ir mejor. Me alegro especialmente por Phil. Cuando estéis instalados iré a haceros una visita.

—Estupendo. Ven cuando quieras. ¿Tu mujer volverá pronto?

Leventhal se dio cuenta de que Max no mencionaba a Mary por su nombre.

Probablemente no sabía cómo se llamaba, igual que Elena.

—¿Mary? Voy a telefonarla esta noche para decirle que se vuelva lo antes que pueda.

—Tienes la radio un poco alta. ¿Estás tratando de asustar a algún fantasma?

Sonrieron juntos.

—Creo que no sé muy bien lo que hago cuando Mary no está.

Max no quiso sentarse a tomar una taza de café, pero se bebió un vaso de agua.

—Tengo demasiadas cosas que hacer —dijo.

Al ajustarse el sombrero, Leventhal notó la longitud de sus patillas, tan crecidas, además, que casi le tapaban las orejas.

—Iré a despediros —dijo Leventhal—. ¿Cuándo os marcháis?

—El viernes a las cuatro, en el Natchez Prince.

—Allí estaré.

Después de hablar con su mujer, Leventhal se preparó para acostarse en un estado muy semejante a la embriaguez. Recorrió la habitación de arriba abajo mientras se desnudaba, se detuvo delante de la fotografía de Mary que estaba en el buró y le acarició el rostro con el pulgar por encima del cristal. Bajo el arco del pecho sentía unos latidos fuertes y muy claros que le parecían mucho más lentos que la jubilosa y desenfrenada carrera, la auténtica, de su corazón. Las piernas se le derretían a causa de la excitación. Mary estaría haciendo ya las maletas con toda probabilidad, porque le había prometido coger el primer tren del día siguiente. Por su manera de hablar, se dio cuenta de que estaba esperando aquella llamada. Cuando él dijo: «¿Puedes venir pronto?», ella contestó: «Mañana», con una vehemencia que le asombró. Llegaría el martes muy temprano, si no se retrasaba por la mucha gente que volvería a Nueva York después de la fiesta del Trabajo. Mientras tanto él tenía que ocuparse del apartamento; tenía que encontrarlo como lo había dejado. Media hora antes le había parecido pasable. Ahora lo encontraba indescritiblemente sucio. Se puso el abrigo sobre el pijama, dispuesto a bajar para ver a Mrs. Núñez. Pero se acordó a tiempo de que los Núñez tenían teléfono. Como de costumbre, se regañó; la manera más fácil y sensata de hacer las cosas era la última en ocurrírsele. Encontró el teléfono en la agenda por orden alfabético que tenía Mary y marcó el número. Enseguida le contestó Mrs. Núñez con su característica pronunciación española. Se pusieron muy pronto de acuerdo; vendría a limpiar por la mañana. Después de colgar, se disculpó en silencio por su sospecha. Pero en su exultante estado de ánimo no había sitio para la penitencia ni incluso para la reflexión.

Cerró con llave la puerta de entrada. Tenía que haber hablado con Núñez de la cadena rota aprovechando la llamada telefónica. Y, además, Allbee seguía teniendo una llave; habría que cambiar la cerradura. No se acordaba ya del número de teléfono de los Núñez y fue a mirarlo otra vez en la agenda, pero después decidió esperar al

día siguiente. Era necesario dar una explicación. ¿Cómo se había roto la cadena? ¿Por qué hacía falta cambiar una cerradura que funcionaba perfectamente? Leventhal necesitaba tiempo; no sería capaz de inventar razones mientras hablaba por teléfono.

Se fue a la cama, colocó las almohadas contra la pared y se sentó con una revista en el regazo. No leyó; no tenía ganas y, además, las palabras no conseguían traer ninguna imagen ante sus ojos. Intranquilo, fue pasando páginas mientras oía el interminable y somnoliento suspirar del vapor de agua en los radiadores y las intermitentes vibraciones del metro debajo de la casa. Finalmente, tiró al suelo la revista y se tumbó boca abajo. Al poco rato gruñía de impaciencia. Soportaba difícilmente el estarse quieto. Una y otra vez veía el andén de la estación, los coches en el túnel, y distinguía la cara de Mary entre la muchedumbre de viajeros: su sombrero, su pelo castaño, y, por fin, su rostro. Leventhal la abrazaba y la besaba, preguntándole: «¿Has tenido un buen viaje?». ¿Estaría bien así? Se debatió entre diferentes saludos. Luego, una vez más, se vio llegando al andén. Era insoportable. Decidió dormirse y apagó la lámpara. Pero nada más hacerlo, se levantó —la habitación no se hallaba completamente a oscuras porque quedaba encendida la luz del cuarto de baño— y arrastró la pesada silla del buró hasta la puerta. Ajustó el respaldo contra la manija de la puerta y se volvió a la cama. «Quiera Dios», murmuró, «que consiga descansar bien esta noche». Notó una palidez en las ventanas; había salido la luna. En pie sobre la cama, echó las cortinas y se dejó caer sobre el lecho. Se subió la manta por encima de la cabeza y muy pronto estaba durmiendo.

Al principio su sueño fue profundo, pero al cabo de un rato empezó a moverse. Tenía demasiado calor; retiró algo de ropa; sus piernas se movían como si no quisieran descansar, y una o dos veces estuvo a punto de incorporarse y encender la luz. Pero mantuvo la cabeza entre las almohadas obstinadamente y enseguida empezó a soñar.

Avanzaba por una plataforma de madera junto a una playa un día de verano. El mar fulguraba a su derecha y el agua junto a la orilla quedaba oscurecida por la multitud de los bañistas. A su izquierda había un parque de atracciones con taquillas para comprar entradas, y Leventhal vio redondos coches eléctricos amarillos y rojos que giraban y chocaban unos con otros. Entró en un sitio que parecía un hotel —había una terraza circular donde la gente se sentaba mirando hacia la bahía—, pero que resultó ser unos grandes almacenes. Estaba allí para comprarle a Mary un lápiz de labios. La dependienta estuvo probando varias tonalidades en su misma cara, limpiándose las sucesivamente con una sucia toalla para las manos y agachándose delante del espejo redondo que estaba sobre el mostrador para pintarse con un color distinto. A su alrededor, vidrio y metal multiplicaban destellos vacíos. ¿A qué vendría todo aquello?, se preguntó Leventhal. Porque estaba completamente seguro de haber visto en alguna ocasión una tabla con las distintas tonalidades. Todo aquel trabajo era innecesario. Sin embargo, estuvo viendo cómo la muchacha se embadurnaba la cara

con lápiz de labios sin tratar de interrumpirla. El olor de la toalla le había resultado familiar desde el principio. Leventhal hizo un esfuerzo tan grande para identificarlo que se despertó a medias, notando, al mismo tiempo, que el olor venía de su propia cama. Tenía los ojos abiertos y su barbilla sin afeitar raspaba contra la almohada. ¿Podía ser que el perfume de la mujer hubiera atravesado la funda? Alzó la cabeza con una sensación de ahogo, y vio la pared brillante del cuarto de baño, el cesto de la ropa con la tapa levantada, la plataforma del peso. Creyó oír el vapor de agua en las cañerías y, sin embargo, la habitación estaba fría. Tuvo un escalofrío y encendió la lámpara. Casi le estalló el corazón de miedo, porque la silla estaba caída y abierta la puerta de la entrada. Se oían movimientos en la cocina. Se inclinó hacia delante sobre el montón que formaba la ropa de la cama, escuchando, y los muelles del colchón empezaron a gemir. Su terror, como un líquido helado, como agua de mar, parecía haber quedado en libertad al romperse algo en su interior. «¡Dios mío!», exclamó sin ruido de palabras. Tenía la boca seca y el sabor de sus labios era como de sangre coagulada. Pero ¿y si la silla se había escurrido y la puerta se había abierto sola? ¿Y si la cocina estaba vacía? Sus nervios otra vez, su imaginación enferma. Pero ¿por qué los nervios... como excusa para su cobardía? ¿Es que no quería ir a la cocina para investigar? ¿No había cerrado la puerta con llave? Estaba dispuesto a jurar que sí. Y si ahora estaba abierta, era porque Allbee, que tenía una llave, la había abierto. Las piernas de Leventhal estaban preparadas para saltar, aunque se contuvo, considerando que si sus nervios volvían a engañarlo perdería por completo la confianza en sí mismo. Pero de repente salió a toda prisa del lecho, llevándose las sábanas tras él, enganchadas en un pie. Logró soltarse y entró corriendo en la cocina. Se tropezó con alguien que estaba acucillado y dejó escapar un grito. Había un olor acre muy fuerte y costaba mucho trabajo respirar. Salía gas del horno con la máxima intensidad. «Tengo que matarlo ahora», pensó Leventhal mientras luchaba cuerpo a cuerpo. Sujetó la tela de su americana con los dientes mientras cambiaba rápidamente de asidero, buscando el rostro de Allbee. El otro se liberó con un repentino espasmo de energía, pero Leventhal lo aplastó contra una esquina con su peso. El puño de Allbee le golpeó con fuerza en el cuello, junto al hombro.

—¿Es que quiere asesinarme? ¿Es eso lo que quiere? —jadeó Leventhal. El silbido del gas era casi ensordecedor.

—¡A mí, a mí mismo! —susurró Allbee desesperadamente, como si se tratara de su último aliento—. ¡A mí...!

Después su cabeza salió disparada hacia arriba, golpeando a Leventhal en la boca. El dolor le hizo abrir las manos. Allbee lo apartó a un lado y salió corriendo de la cocina. Leventhal le persiguió tropezando, escaleras abajo, hasta el primer descansillo, intentando gritar y arañándose los pies descalzos con los bordes metálicos de los escalones. Oyó cómo Allbee daba un salto y lo vio correr por el portal. Cogiendo una botella de leche del umbral de un vecino, se la tiró. Los trozos de cristal se esparcieron por las baldosas.

Leventhal regresó al apartamento a toda prisa para apagar el gas. Temía una explosión. A la luz de la lámpara de la cocina, que todavía se balanceaba violentamente, vio una silla colocada delante del horno abierto; silla de la que al parecer Allbee se había levantado al entrar él en la cocina.

Leventhal abrió de par en par la ventana de la sala de estar y se asomó lo más que pudo, respirando el aire frío de la noche mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Las largas líneas de faroles colgaban sus frutos amarillos sobre el gris y el azul de la calle. No vio a nadie, ni un solo ser viviente.

Cuando hubo respirado suficiente aire puro, se llegó cojeando hasta el cuarto de baño. Se había mordido la lengua y se enjuagó la boca con agua oxigenada. A pesar de la pelea, a pesar del asqueroso olor del gas, semejante al acre olor dulzón de las cloacas; a pesar de tener el cuello insensible y de la sangre que brotaba del corte en la lengua, Leventhal no parecía especialmente afectado. Su rostro seguía siendo una máscara impasible, bajo la espesa nube de su pelo. Se enjuagó otra vez la boca y escupió, limpió el lavabo, quitó las manchas que había en el cuello de la botella de agua oxigenada y fue a recoger la ropa de la cama que había arrastrado por el suelo. Para cuando terminó de hacer la cama, apenas quedaba olor de gas en el piso. Aunque no creía posible que Allbee intentara regresar, cerró la puerta y organizó una barricada con el aparador. Dormiría sin que le molestara nadie; era lo único que le preocupaba. Con ojos cargados de sueño, volvió a la cocina para comprobar si el gas estaba bien cerrado. Después se dejó caer en la cama. Aún seguía durmiendo a las once, cuando llegó Mrs. Núñez para empezar la limpieza. Fueron sus repetidas llamadas a la puerta las que lo despertaron.

Aquel otoño, uno de los redactores de la publicación de Harkavy, *Antique Horizons*, se fue a trabajar para una revista de ámbito nacional y, a través de Harkavy, Leventhal consiguió el puesto que dejaba libre. De manera muy típica, Beard se negó en un principio a darle el mismo sueldo que le ofrecían en el otro lado y luego le ofreció doscientos dólares más, pero Leventhal le dejó.

Las cosas le fueron bien en los años siguientes. La conciencia de una lucha diaria sin cuartel, aunque todavía presente, era más débil y menos angustiada. Su salud mejoró y se produjeron cambios en su aspecto. Parecía haberse vuelto menos terco; no era exactamente afable, pero su expresión de obstinada impasibilidad se había suavizado. Aunque su tez era más pálida y habían aparecido algunas zonas grises en sus cabellos, daba la impresión de ser varios años más joven.

Y, con el paso del tiempo, Leventhal perdió la sensación de que, como él solía decir, «se había salido con la suya», y también el culpable alivio que eso le producía y el consiguiente sentimiento de transgresión. Daba gracias por su empleo en *Antique Horizons*; no lo menospreciaba; no había muchos puestos mejores en el campo de las publicaciones comerciales. Era un hombre afortunado, desde luego. Resultaba comprensible que una persona sufriera cuando no tenía un empleo. Por otra parte, era lastimoso que envidiara al hombre que sí lo tenía. En opinión de Leventhal, esto no era una verdadera injusticia, porque, ¿cómo puede llamarse injusticia a algo tan fortuito? Era una lotería, sin otra justificación que la casualidad. Y, además, se daba importancia a algo que no la tenía. Como si un hombre pudiera realmente estar hecho, digamos, para Burke-Beard y compañía; como si se tratara de auténtico trabajo en lugar de un complicado laberinto que era preciso atravesar todos los días con una dosis de sufrimiento tan habitual que uno llegaba a olvidarse de ella. Estaba claro que no era así. Pero el error nacía de algo muy misterioso, concretamente, de la convicción o ilusión de que al principio de la vida, y quizá incluso antes, se nos había hecho una promesa. Al pensar en esta promesa, Leventhal la comparaba con una entrada, una entrada para el teatro. Y con esta entrada, una persona con derecho a un asiento normal podía sentirse demasiado mal trajeado para un palco o acomodarse en él con arrogancia y aire desafiante; otro, con derecho a la mejor butaca, podía enfurecerse con el acomodador que le llevaba al gallinero. ¿Y cuántos más esperaban desconsolados, bajo la lluvia y la nieve, en la larga cola de los que tendrían que marcharse con las manos vacías? Pero no, aquello era falso. La realidad era diferente. ¿Por qué prometer entradas, simples entradas, si era cierto que se hacían promesas? ¿Por qué entradas para sitios deseables o no deseables? Había cosas más importantes que prometer. Era posible que existiera una promesa, puesto que tantos lo sentían así. Él mismo estaba casi dispuesto a afirmar que así era. Pero no se la entendía correctamente.

De vez en cuando pensaba en Allbee y se preguntaba si Williston sabría qué había

sido de él. Pero a Williston le había escrito, devolviéndole los diez dólares que, por un motivo u otro, nunca había entregado a Allbee. En la carta hizo un especial esfuerzo para explicar su posición, y, comprendiendo que Williston le creía con tendencia a exagerar, hizo un relato muy preciso y moderado de lo que había sucedido. Allbee, decía en la carta, «intentó una especie de pacto para suicidarnos juntos sin pedirme permiso antes». Podría haber añadido, objetivamente, «y sin intención de morir él mismo». Porque había motivos suficientes para sospecharlo. Pero Williston no le respondió y Leventhal era demasiado orgulloso para escribir una segunda carta; se habría parecido demasiado a una súplica. Quizá Williston pensara que había evitado darle el dinero a Allbee deliberadamente. Leventhal explicó con la mayor claridad posible que no había tenido ocasión de hacerlo. «¿Tan despreciable me cree?», se preguntó lleno de resentimiento. Una y otra vez revivió todo lo sucedido durante aquellas semanas llenas de confusión. ¿No había tratado de portarse honestamente? ¿No era su intención ayudarlo? Consideraba que Allbee y él estaban en paz, de acuerdo con cualquier criterio razonable. ¡Como si diez dólares pudieran suponer alguna diferencia! Al principio se sintió profundamente molesto; más adelante preparó unas cuantas cosas para decirle a Williston si llegaban a verse. Pero la oportunidad nunca se presentó.

De cuando en cuando oía rumores acerca de Allbee. Todas las veces, sin embargo, procedían de personas que no lo conocían personalmente y Leventhal nunca podía estar seguro de que el hombre del que hablaban fuera realmente Allbee. «Un periodista, originario de Nueva Inglaterra, que empinaba el codo», etc. En tres años llegaron a sus oídos una docena de historias, más o menos, y no había dos que coincidieran. No trató de profundizar en ninguna de ellas. Aunque siempre le interesaban, la verdad era que no quería saber con precisión dónde estaba o qué era lo que hacía. Estaba convencido de que habría ido cayendo cada vez más bajo. Para entonces estaría ya acogido en alguna institución benéfica, quizá en algún hospital o incluso enterrado en una fosa común. Leventhal no sentía ganas de pensar mucho ni de manera demasiado precisa sobre todo ello.

Pero una noche vio de nuevo a Allbee.

Sucedió que un comerciante que había proporcionado algunas de las antigüedades para una obra que se estaba representando en Broadway le regaló dos entradas a Leventhal. Se mostró reacio a ir, pero Mary insistió. Su mujer estaba embarazada; esperaba el niño para dentro de un mes y adujo que después no podría salir durante mucho tiempo. Leventhal dijo que haría mucho calor en el teatro —aunque estaban a primeros de junio, el verano se había adelantado—, pero no ofreció mayor resistencia. La tarde que iban a ir al teatro Leventhal llegó pronto a casa. (Se habían mudado al extremo norte de Central Park West, más cerca del suburbio portorriqueño que de las ostentosas marquesinas de las calles Sesentas y Setentas). Durante la cena se le cerraban los ojos. Pero antes de que hubiera terminado el postre, Mary estaba quitando la mesa. Se lavó, se afeitó por segunda vez en aquel día y se puso un traje de

verano, rompiendo para ello el envoltorio de papel marrón con que había vuelto de la tintorería ocho meses antes. Los pantalones le quedaban un poco apretados y cortos, porque había engordado algo durante el invierno.

En el metro ya hacía calor, pero la temperatura en el teatro resultaba sofocante. Leventhal se sentó en su butaca y aguantó la representación. En general, no le gustaban las obras de teatro y esta era sentimental y falsa: una complicada historia de amor en un palacio renacentista. Retuvo todo el tiempo la mano de Mary entre las suyas. Al resplandor de las candilejas, vio gotas de humedad en su frente, bajo la espesa rosca que formaba su trenza y en su nariz. Su piel parecía especialmente traslúcida y el corazón de Leventhal latió con más fuerza mientras la contemplaba, totalmente absorta en la representación. Al cabo de un rato volvió la vista al escenario. Su rostro moreno también estaba húmedo, se le había arrugado el traje y tenía el cuello de la camisa empapado en sudor.

Al caer el telón al final del primer acto, se puso rápidamente en pie y guio a Mary hasta el vestíbulo a través de la multitud. Un acomodador abrió las puertas que daban a la acera y salieron a la calle. El bar vecino al teatro se estaba llenando muy deprisa. Leventhal y Mary encendieron cigarrillos y contemplaron la calle y el resplandor de los faroles amarillos que se filtraba a través de la neblina. La tarde había sido casi tropical. Llegaron a caer unas pesadas gotas de lluvia; el aire resultaba húmedo, denso y lleno de olores; uno lo sentía como un peso blando y flexible. Había clubes nocturnos y restaurantes en aquella manzana, y el tráfico era intenso. De repente, un taxi tomó una curva de manera peligrosa en la esquina más distante de la calle; después, frenó bruscamente delante del teatro. Se produjo un unánime clamor de bocinas detrás de él. Al abrirse la puerta apareció una mujer. Leventhal tuvo una vivencia muy íntima de lo extraña que resultaba la existencia —algo que constataba una y otra vez en torno suyo— al ver el rostro de su acompañante a la escasa luz de los faroles. La corredera de cristal en el techo del taxi se movió hacia un lado y por la abertura se vio la parte superior de su sombrero de paja, redonda y brillante. La mujer se bajó del guardabarros con un leve salto, sujetándose el pañuelo de seda contra la garganta con una mano y recogiendo la falda con la otra. Esbelta y de piernas largas, andaba con pasos resueltos, elegantes y, sin embargo, algo desmañados. Llevaba joyas debajo del pañuelo y en los dedos de las manos. Parecía que tuviera uñas pintadas de color morado bajo la helada luz de la marquesina. Se quedó parada, de espaldas a la calle, dando muestras de irritación y apretando entre las manos un pequeño bolso centelleante. Por alguna razón el hombre no acababa de salir del taxi.

Mary tocó a Leventhal en el brazo.

—¿No la reconoces? —susurró. Pero Leventhal trataba de ver a su acompañante.

—¿No es Yvonne Crane?

—¿Quién?

—La actriz.

—No lo sé —respondió con aire perplejo—. ¿Estás segura?

—Todavía está guapísima —dijo Mary con admiración—. ¿Cómo se las apañan para seguir tan jóvenes?

La mujer, después de esperar algún tiempo, se volvió y dijo con voz grave y algo áspera:

—Vamos. ¿Quieres salir de ahí?

El hombre dentro del taxi gritó con acento pendenciero:

—Nos ha traído por el camino más largo. ¿Se cree que no conozco la ciudad? No soy ningún imbécil.

Leventhal y Mary no pudieron oír lo que dijo la mujer a continuación, pero sí las palabras del taxista, lacónicas y llenas de seguridad, y después las del acompañante, clamando burlescamente:

—No me venga con esas... Déjelo para visitantes con el riñón bien cubierto.

La mujer abrió el bolso y le tiró un billete al taxista.

Leventhal, al oír la voz, no tuvo ya duda alguna de que el hombre era Allbee, y, con el rostro completamente rígido y en los ojos una expresión cercana al horror, esperó a que apareciera.

Allbee puso el pie en la acera, diciendo:

—No deberías haber hecho eso.

El taxi se puso en marcha con la puerta abierta; el chófer, sin reducir la marcha, se inclinó hacia atrás y la cerró de un portazo.

Leventhal pudo ver a Allbee desde muy cerca cuando los dos entraron en el teatro. Llevaba una chaqueta blanca de esmoquin. Una flor, colocada caprichosamente, se balanceaba en su solapa; apretó el sombrero debajo del brazo y avanzó, con los hombros muy erguidos, fanfarrón y galante. Le brillaba la cara y tenía encarnadas las mejillas. Su buen humor contrastaba con la seriedad y el nerviosismo que dejaba traslucir el agradable rostro de su acompañante. Parecía estarla empujando en broma, y resultaba evidente, por la tensión de sus brazos, que ella no deseaba en absoluto que lo hiciera.

—A él no lo reconozco —dijo Mary—. Pero estoy segura de que es Yvonne Crane. He visto su fotografía cientos de veces. ¿Tú no te acuerdas de ella?

Durante el segundo acto, Leventhal estuvo mirando los palcos con curiosidad. Pero no podía ver más que el color de un rostro gracias al brillo que reflejaba el escenario, de vez en cuando, el contorno oscuro de una cabeza que se levantaba cerca del globo rojo de una salida o cuya sombra se movía sobre el brillo apagado de las barandillas. Se le ocurrió que estarían sentados en un palco. La mujer podía ser o no Yvonne Crane, aunque lo más probable era que Mary tuviese razón. Se trataba, en cualquier caso, de una mujer con dinero; y Allbee daba una impresión de más que moderada prosperidad con su chaqueta de esmoquin y sus pantalones de etiqueta con cintas de seda sobre las costuras. Y, además, estaba la flor. La flor le causó a Leventhal una impresión muy curiosa como símbolo de algo extraordinario, suntuoso, incluso decadente. «Sí, ha tenido éxito», reflexionó Leventhal. «Y a esa

mujer, sea quien sea, la tiene bien cogida». Ninguno de los rumores le había descrito tan bien situado. «¡Yo que había llegado a pensar que estaba muerto y enterrado en una fosa común! Y ahí le tienes...». Se sacó el pañuelo del bolsillo del pecho y se secó el cuello y la barbilla. Las luces de la sala empezaron a encenderse, haciéndole guiñar los ojos y fruncir el entrecejo. Estaba cayendo el telón. Se oyeron aplausos. Leventhal no se había dado cuenta de que terminaba el acto. La orquesta atacó una marcha y, dándose más prisa que en el primer entreacto, ayudó a Mary a levantarse.

Estaba encendiendo el cigarrillo a su mujer y mirando a todas partes en busca de Allbee, cuando, por encima de la cabeza de Mary, lo descubrió bajando la escalera. Estaba solo y, abriendo mucho los ojos, sonrió a Leventhal y alzó la mano, con todos los dedos rígidamente extendidos, en un gesto que el otro no entendió. Mary le dijo algo. Totalmente confundido, Leventhal le dio una respuesta cualquiera. Mary repitió lo que había dicho. Le estaba pidiendo la polvera, que él llevaba en el bolsillo. Quería ir a los servicios. Leventhal la sacó precipitadamente y se la dio. Su expresión pareció desconcertarla y le lanzó una mirada muy incisiva antes de alejarse.

Al cruzarse con ella en las escaleras, Allbee contempló apreciativamente la rotundidad de su perfil. Leventhal abandonó el vestíbulo. Era consciente de que Allbee venía en su dirección, pero no levantó los ojos hasta que le oyó hablar.

—Hola, Leventhal.

La voz grave y apagada, con el familiar tono de complicidad, y el aspecto de Allbee, que quizá parecía más alto y más atrevido con la chaqueta blanca, le hicieron sentirse incómodo.

—Hola —contestó Leventhal, nervioso.

—Le vi cuando entrábamos.

—Yo creía que no me había visto.

—Sabía que no le parecería mal que yo me comportase como un desconocido, de manera que la iniciativa tenía que tomarla yo ahora; confieso que me sentiría un completo imbécil si no le hablara... Usted también me vio, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y vio quién iba conmigo?

—¿La actriz? Mi mujer la reconoció.

—Claro, su mujer. Muy guapa —dijo cortésmente—. Muy atractiva, incluso en su estado. —Empezó a sonreír con una sonrisa cada vez más amplia, enseñando todos los dientes. Con las manos en las caderas, se inclinó un poco hacia delante—. Enhorabuena. Veo que cumple usted órdenes. «Creced y multiplicaos».

Leventhal respondió con una breve y poco expresiva inclinación de cabeza. Tuvo la impresión de que Allbee no trataba realmente de burlarse; no hacía más que obedecer a una costumbre. Podía estar riéndose de sí mismo y apelando a una especie de entendimiento mutuo. Viéndolo desde más cerca, el aspecto de Allbee no era demasiado bueno. El color de su piel era poco saludable. Leventhal tuvo la sensación de que se trataba del deterioro de algo relacionado con su actual apariencia de

bienestar; algo muy íntimo. Había muy poco movimiento en las hondas arrugas alrededor de los ojos. Daban la impresión de estar hechas de tela arrugada. Leventhal advirtió también que olía a whisky.

—No ha cambiado usted mucho —dijo Allbee.

—No era yo el que tenía que cambiar.

—Ah, se refiere a aquello. Bueno, ¿yo le sigo pareciendo igual?

—Sigue bebiendo.

—Desde que le he visto, me he estado preguntando si mencionaría ese punto. Veo que no pierde facultades. —Sonrió, pero estaba un poco dolido—. No, ingiero bebidas alcohólicas en mis actividades sociales porque todo el mundo lo hace.

—Da usted la impresión de tener éxito.

—Éxito es una palabra peligrosa —dijo en tono de broma—. Hay que tener cuidado al usarla.

—¿A qué se dedica?

—En este momento, soy el acompañante de miss Crane. Los columnistas dicen que somos amigos cuando se molestan en hablar de ella. Ya no es la gran atracción que solía ser. Estará usted enterado, probablemente. Bueno, lo cierto es que no quiere llamar mucho la atención del público; de lo contrario se haría acompañar de alguien más conocido. Está contenta de que todas esas obligaciones profesionales hayan terminado y de poder vivir un poco más tranquila. En realidad, es una persona muy inteligente. Nos sentimos los dos un poco perdidos allí, en la costa.

Leventhal asintió nuevamente con la cabeza.

—Sí. Es una mujer realmente aristocrática. Hay algo regio en ella, si entiendo lo que quiero decir. Algunas de esas mujeres se vuelven odiosas cuando su popularidad desaparece. Viven como delincuentes. Imagino que quieren resarcirse por los años que se pasaron expuestas a todas las miradas.

—Así que... también yo tengo que darle la enhorabuena —murmuró Leventhal.

—No es Flora, por supuesto... Mi mujer. —Su continuo sonreír puso un toque de cinismo en la terrible expresión de dolor que apareció en sus ojos. Leventhal comprendió que no podía evitarlo y le compadeció—. Tiene cualidades...

Sus últimas palabras se perdieron entre los bocinazos de los taxis. Leventhal no encontró nada que decir.

—Quiero que sepa una cosa —dijo Allbee—. Aquella noche... quería acabar conmigo. No pensaba hacerle daño a usted. Supongo que se lo habría hecho, claro, de llegar hasta el final... Pero no pensaba en usted. Ni siquiera lo tenía presente.

Leventhal se echó a reír al oír esto.

—Pudo usted tirarse al río. Es una mentira curiosa. ¿Por qué me la cuenta? ¿Era necesario que usara mi cocina?

Allbee miró alrededor nerviosamente. Las entradas que dividían sus sueltos cabellos rubios adquirieron una tonalidad carmesí.

—No —dijo con aire abatido—. Bueno, de todas formas no recuerdo cómo fue.

Debí de perder la cabeza completamente. Cuando uno se vuelve contra sí mismo, tampoco los demás significan ya nada para él. —Profundamente avergonzado y burlándose de sí mismo a la vez, cogió una mano de Leventhal y la apretó—. Pero quiero decir que le debo a usted algo. Era a eso a lo que quería llegar cuando he hablado de que solo quería matarme yo mismo. —Hablaba con gran dificultad—. No me gustaría exagerar, pero tampoco quisiera quitarle importancia. Sé que le debo a usted algo. Lo supe aquella noche, cuando estaba debajo de la ducha en su casa...

Leventhal retiró la mano.

—¿Qué hace usted allí, en California? ¿Es actor?

—¿Actor? No, trabajo en la radio. Publicidad. Un empleo de mediana importancia. Así que, como ve, he hecho las paces con las cosas tal como están. Me he bajado del caballo... ¿recuerda lo que le dije aquella vez? Ahora voy montado en el tren.

—¿Es el maquinista?

—¿El maquinista? ¡Qué va! Un simple pasajero. —Su risa fue breve y apagada—. Ni siquiera primera clase. No soy de los que mandan. Nunca podría serlo. Hace mucho tiempo que me di cuenta. Soy de los que llegan a un acuerdo con los que mandan. ¿Qué más me da? El mundo no se hizo precisamente para mí. No está en mi mano cambiar las cosas.

Leventhal le sonrió.

—Tendré que conformarme con un mundo hecho aproximadamente para mí. Toda aquella inflexibilidad de otros tiempos ha desaparecido, no queda nada.

El público estaba empezando a volver. Había sonado el timbre.

—De todas formas, disfruto de la vida. —Repentinamente miró a su alrededor y dijo—: Bueno, tengo que irme corriendo. Yvonne es capaz de mandar a alguien a buscarme.

—Espere un minuto, ¿qué idea tiene usted de los que mandan? —dijo Leventhal. Pero oyó la voz de Mary a su espalda.

Allbee echó a correr y subió a toda prisa las escaleras. El timbre siguió sonando y Leventhal y Mary estaban todavía en el pasillo cuando se apagaron las luces. Un acomodador tuvo que acompañarlos hasta sus butacas.

[1] Los miembros de cada pareja en esta carrera llamada *three legged race* (de tres piernas) se colocan costado contra costado y llevan enlazadas la pierna derecha de uno con la izquierda del otro; han de correr como si en efecto fueran un solo cuerpo provisto de tres piernas. (N. del T.). <<

[2] Referencia a la carga suicida de George E. Pickett el 3 de julio de 1863 en la batalla de Gettysburg, y que quedó como prototipo de valentía en los anales de la guerra de Secesión. (*N. del T.*). <<

[3] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[4] ¡Serviré! (*N. del T.*). <<

[5] Juan I de Luxemburgo (1296-1346), rey de Bohemia (1310-1346), murió en la batalla de Crécy. Posible confusión de Harkavy o quizá de Bellow. (*N. del T.*). <<

[6] Aquí hay un juego de palabras intraducible. La palabra inglesa *race* significa al mismo tiempo *raza* y *carrera*. De ahí el chiste de Schlossberg. (N. del T.). <<

[7] El Kentucky Derby es una de las grandes carreras americanas de caballos, y se celebra desde 1875. Junto con Preakness, en Baltimore (Maryland) y Belmont Stakes, en Elmont (Nueva York) constituye la serie conocida como The Triple Crown (la triple corona). (*N. del T.*). <<

[8] Alusión al personaje de Shakespeare en *La tempestad*, el deforme, semihumano hijo de un demonio y una bruja, esclavo de Próspero. (N. del T.). <<

[9] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[10] *Protocolos de los sabios de Sión*, colección de supuestas ponencias expuestas en la sesión secreta de la Sociedad de los sabios de Sión, que había tenido lugar en Basilea, en 1897, con ocasión del primer congreso sionista. Los protocolos pertenecen a la literatura antisemita de la Rusia zarista. Ph. Graves demostró su falsedad en *The Times* en 1921. (N. del T.). <<



SAUL BELLOW (Lachine, 1915 - 2005) fue un escritor canadiense y estadounidense de origen judío-ruso. Nació en Canadá, pero vivió desde pequeño en Estados Unidos. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1976.

Su obra narrativa es leída como una crónica corrosiva, irónica, y a la vez sublime y enérgica sobre del hombre moderno a partir de la descripción del mundo de los judíos en Estados Unidos.

Procedente de una familia de emigrados rusos, vivió en Canadá y luego en Chicago. Estudió en las universidades de Chicago e Illinois y fue profesor de antropología y literatura inglesa en instituciones docentes norteamericanas.